



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

Dirección General de Estudios de Posgrado

Facultad de Ciencias Sociales

Unidad de Posgrado

**El proyecto urbano moderno de los company towns en
el Perú: La Oroya y Talara, 1940-1970**

TESIS

Para optar el Grado Académico de Doctora en Ciencias Sociales
en la especialidad de Sociología

AUTOR

Edith Teodora ARANDA DIOSES

ASESOR

Nicolás Javier LYNCH GAMERO

Lima, Perú

2017



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Aranda, E. (2017). *El proyecto urbano moderno de los company towns en el Perú: La Oroya y Talara, 1940-1970*. [Tesis de doctorado, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Ciencias Sociales, Unidad de Posgrado]. Repositorio institucional Cybertesis UNMSM.



UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
Universidad del Perú, DÉCANA DE AMÉRICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIDAD DE POST GRADO

**ACTA PARA OPTAR EL GRADO ACADÉMICO DE
DOCTORA EN CIENCIAS SOCIALES EN LA
ESPECIALIDAD EN SOCIOLOGÍA**

En Lima, a los doce días del mes de Marzo del año dos mil diecisiete, reunidos en la Sala de Grados de la Unidad de Post-Grado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, a horas 4:00 p.m., bajo la Presidencia del Dr. CRISTOBAL ROQUE ALJOVIN DE LOSADA y con la concurrencia de los demás Miembros del Jurado Examinador, se inició la ceremonia invitando a la graduanda **EDITH TEODORA ARANDA DIOSES**, para que hiciera la exposición de la Tesis para optar el Grado Académico de Doctora en Ciencias Sociales en la especialidad en Sociología. Siendo el trabajo titulado:

**“EL PROYECTO URBANO MODERNO DE LOS COMPANY TOWNS EN
EL PERÚ: LA OROYA Y TALARA, 1940-1970”**

A continuación fue sometido a las objeciones por parte del Jurado. Terminada esta prueba y verificada la votación; se consignó la calificación correspondiente a:

B MUY BUENO 18

Por tanto el Jurado, de acuerdo al Reglamento de Grados y Títulos, acordó recomendar a la Facultad de Ciencias Sociales para que proponga que la Universidad Nacional Mayor de San Marcos otorgue el Grado Académico de Doctora en Ciencias Sociales en la especialidad en Sociología, a la Magíster **EDITH TEODORA ARANDA DIOSES**. Siendo las 7:00 p.m. y para constancia dispuso se extendiera la presente Acta y firmaron:

Dr. Cristóbal Roque Aljovín de Losada.
PRESIDENTE

Dr. Osmar Alberto Gonzales Alvarado.
MIEMBRO

Dr. César Armando Germana Caveró.
MIEMBRO

Dr. Julio Abel Calderón Cockburn.
MIEMBRO

Dr. Nicolás Javier Lynch Gamero.
ASESOR



**DR. NICOLAS JAVIER LYNCH GAMERO
DIRECTOR**

DR. CARLOS MARIÁTEGUI – CIUDAD UNIVERSITARIA

Teléfono: 6197000 Anexo 4003, 4004. Lima – Perú.

Correo: upgccss@unmsm.edu.pe, upgccss@yahoo.es, upgccss@hotmail.com

Web: <http://sociales.unmsm.edu.pe/>

A la memoria de mis padres

“Sin poder explicárselo, y no quiere preguntar por qué, cuando busca una palabra en inglés, a la boca sin dificultad le llega el vocablo en quechua”

Laura Riesco, *Ximena de dos caminos.*

“El sol había asomado temprano soleando los chalecitos de ladrillo, los jardines de terregales (...). Talara era una noche con ramalazos de sal, daba la sensación de un largo conversar siempre interrumpido (...) Toño y Edmundo nunca conocieron dónde sonaban los pitos de las horas. Pitaban en el lado prohibido, en el lado de los gringos”

Carlos Calderón Fajardo, *La conquista de la maravilla. Parte I: Así es la pena en el paraíso*

Agradecimientos

Expreso de manera especial mi agradecimiento al asesor de esta tesis doctoral, Dr. Nicolás Lynch Gamero por su orientación y valiosos comentarios que fueron muy provechosos para el desarrollo de esta investigación. Asimismo al Dr. José Ignacio López Soria con quien compartimos un interesante intercambio de ideas sobre el discurso de la modernidad al inicio de este estudio.

Mi reconocimiento y gratitud por su apoyo y el espíritu de grupo a la Dra. Arq. Patricia Caldas Torres, profesora de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes de la Universidad Nacional de Ingeniería y a la Dra. Arq. Paula Kapstein López, profesora de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Valparaíso (Chile), con las que desarrollamos un diálogo interdisciplinario enriquecedor, motivadas por el interés intelectual de acercarnos a una visión integral de la problemática urbana.

La presente tesis ha tenido una invalorable contribución expresada en los testimonios de nuestros entrevistados (as) que nos relataron sus vivencias en los *company towns* de La Oroya y Talara, a todos ellos mi sincera gratitud.

Todo esto nunca hubiera sido posible sin el afecto y el amparo incondicional de mi familia, que me alienta siempre a alcanzar mis metas. Este logro es también de ustedes.

Índice

Introducción

Capítulo I: Lo urbano y lo moderno: consideraciones teóricas

- 1.1 Precisiones conceptuales: lo urbano y lo moderno
- 1.2 El escenario histórico: la ciudad como espacio institucional de la modernidad
- 1.3 La ciudad y la modernidad
- 1.4 La ciudad en la modernidad de América Latina y el Perú
 - 1.4.1 Aproximaciones a la ciudad desde la modernidad en el Perú.

Capítulo II: Modernidad y morfología urbana

- 2.1 Modernización urbanística en América Latina y el Perú
- 2.2 La modernidad y el proyecto urbano de los *company towns*
- 2.3 Concepción arquitectónica y urbanística de los *company towns* y su relación con el espacio social.

Capítulo III: El proyecto urbano moderno de La Oroya, *company town* minero: 1940-1970

- 3.1 El proceso fundacional de La Oroya: de la ocupación al poblamiento
 - 3.1.1 El proceso histórico de Cerro de Pasco Corporation en la sierra central
- 3.2 Configuración urbana y sociabilidad de hábitat en la vida cotidiana
 - 3.2.1 La modernización de la actividad minera y la formación de un mercado libre de mano de obra
 - 3.2.2 Configuración urbana del campamento
 - 3.2.3 Sociabilidad de hábitat: vida cotidiana en el campamento
- 3.3 Dinámica sociocultural: adaptación y continuidades

3.4 Sistema de poder y dominación implementado por la empresa.

Capítulo IV: El proyecto urbano moderno de Talara, ciudad empresa petrolera: 1940-1970

4.1 El proceso fundacional de Talara: de la ocupación al poblamiento

4.2 Configuración urbana y sociabilidad de hábitat en la vida cotidiana

4.2.1 La modernización de la actividad petrolera y la formación de la fuerza de trabajo

4.2.2 Configuración urbana del campamento y de la ciudad empresa

4.2.3 Sociabilidad de hábitat en la ciudad empresa

4.3 Dinámica sociocultural: adaptación y continuidades

4.4 Sistema de poder y dominación implementado por la empresa.

Capítulo V: Análisis comparativo del proyecto urbano moderno de los *company towns* en el Perú: los casos de La Oroya y Talara, 1940-1970

5.1 El proceso fundacional: de la ocupación al poblamiento

5.2 La modernización de la actividad minera y petrolera: la formación del mercado de mano de obra

5.3 Configuración urbana de La Oroya y Talara

5.4 Sociabilidad de hábitat en la Oroya y Talara: vida cotidiana y dinámica sociocultural

5.5 Sistema de poder y dominación implementado por las empresas.

A manera de conclusión.

Referencias bibliográficas.

Anexo.

El proyecto urbano moderno de los *company towns* en el Perú: La Oroya y Talara, 1940-1970.

Introducción

En la historia urbana de nuestro país los campamentos (*company towns*) agro industriales, mineros y petroleros constituyen referentes importantes de espacios construidos siguiendo planteamientos urbano-modernos, bajo el control de una entidad empresarial, en enclaves dedicados a la explotación de recursos naturales. En el presente estudio reflexionamos sobre la problemática de la modernidad a partir del análisis de una morfología urbana de concepción moderna como los *company towns*, considerando las formas de sociabilidad que desarrollan sus habitantes. Nuestro interés por la relación entre lo urbano y lo moderno nos lleva a abordar la problemática de la modernidad en el Perú, a través del análisis de una configuración espacial y de la vida cotidiana que en ella se da.

Enfoque de la investigación.

Para sistematizar el marco conceptual que nos permita conocer el problema planteado, incorporamos la interpretación de J. Habermas (2008: 54) quien considera dos ejes constitutivos de la modernidad: “*las esferas culturales de valor (modernidad a secas o racionalismo occidental) y los subsistemas de acción racional con respecto a fines (modernidad social, modernización o racionalización)*”. Asimismo no perdemos de vista el debate sobre la modernidad en países como el nuestro, en la medida que toma en cuenta la “resistencia” de sus tradiciones la “contemporaneidad” de sus atrasos, las contradicciones de su modernización, lo tardío y heterogéneo de su modernidad¹. Es en este contexto, que nos interesa dilucidar hasta qué punto los *company towns* constituyen en el Perú un proyecto de desarrollo urbano moderno en zonas aisladas del país (enclaves) o solamente son un artificio de modernidad. Estos espacios urbanos plasman en su diseño y construcción conceptos y procedimientos modernos, como parte de un proyecto integral de desarrollo capitalista en los

¹ Ver los aportes de H. García Canclini (1998), J.I. López Soria (1992).

enclaves de explotación agroindustrial, minera y petrolera controlados por empresas extranjeras, que se instalan en el país en una etapa que corresponde a uno de los intentos modernizantes del país, entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. Según W. Ludeña (2000: 17), los *company towns* surgen como “islas de modernidad” antecediendo en casi medio siglo a los orígenes oficiales del urbanismo moderno peruano.

La compleja relación entre las obras arquitectónicas y urbanísticas y la “realidad de la vida cotidiana” compartida por la gente que habita estos espacios, nos lleva a considerar las formas de sociabilidad en el ámbito específico de los *company towns*, con sus diferentes niveles de formalización e institucionalización y observar cómo aún en las relaciones más casuales todo el bagaje cultural de la sociedad está presente y es reproducido a través de la interacción².

Entendemos por formas de sociabilidad un sistema de relaciones sociales específicas entre un número determinado de actores que constituyen colectivos como parte del tejido social, entre la diversidad de relaciones sociales tomamos en cuenta por ejemplo, las relaciones de apoyo, colaboración, conflicto, reciprocidad, control o influencia, asimismo las decisiones organizacionales, las relaciones de poder que son parte de la estructura social. Sin perder de vista la importancia de los distintos recursos que logran los individuos a través de sus relaciones de parentesco, vecinales y laborales en el espacio geográfico y social de los *company towns*.

Entre la amplia gama de relaciones sociales posibles nos proponemos indagar en torno a las siguientes formas de sociabilidad al interior del espacio social de los *company towns*:

- a) La sociabilidad de hábitat en la vida cotidiana que involucra relaciones laborales en la actividad productiva, relaciones vecinales, formas de integración / segregación socio espacial, y la acción colectiva de los habitantes
- b) Relaciones socio culturales que manifiestan adaptación y/o continuidades en el contexto del estilo de vida en los campamentos, considerando las costumbres y los hábitos que son

² En relación a *realidad de la vida cotidiana* Berger y Luckmann (2001) señalan: “*se me presenta como un mundo intersubjetivo (...) requiere una explicación sistemática de la relación dialéctica entre las realidades estructurales y la empresa humana de construir la realidad en la historia*”.

parte de la tradición cultural de la población que reside en estos lugares y cómo estas se redimensionan en el nuevo escenario urbano

c) Relaciones de poder y dominación desarrolladas por las empresas que controlaban estos centros urbano industriales.

En el capítulo III referido a La Oroya y en el capítulo IV relativo al caso de Talara se analizan las formas de sociabilidad mencionadas en su dimensión empírica.

El concepto de formas de sociabilidad nos permite analizar, como hemos señalado, relaciones sociales con sus diferentes niveles de formalización e institucionalización, es una propuesta metodológica de análisis e identificación de prácticas relacionales con distintas complejidades. En este sentido sustenta la flexibilidad necesaria para su aplicación en el análisis del mundo de la vida en los *company towns*, considerando que la dinámica social en estos lugares presenta mayor organización y regulación normativa en el ámbito del trabajo y el control urbano y, a la vez en la vida diaria observamos relaciones familiares, amicales, comunitarias, más o menos informales como expresión de sociabilidad. Ésta conforma un escenario de acción delimitado para los actores sociales, sustentado por factores racionales y emotivos que les brinda recursos para alcanzar sus objetivos y aspiraciones.

Desde la perspectiva de L. Girola (1992: 2) el estudio de la sociabilidad incorpora tanto los aspectos normativos como no normativos, de sentido común, de pautas culturales, entre otras experiencias de vida. Analizamos relaciones sociales de diferente grado de agregación y complejidad, entre ellas la sociabilidad de hábitat y el sistema de poder y dominación que las empresas ejercen sobre la población residente en los *company towns*, donde la organización social del espacio constituye un intento reflexivo destinado a dominar la actividad colectiva a través de la integración y el orden de manera más consciente y sistemática, es decir, más “racionalizada”³. El espacio urbano de los *company towns* representa un “orden social privatizado” que se caracteriza por la segregación de usos, la distribución de los sectores sociales en áreas funcionales y diferenciadas tratando de implementar un proceso de

³ Para analizar el sistema de poder y dominación en los *company towns* recuperamos los aportes de Michel Foucault en *Vigilar y castigar* (2009) y de Richard Sennett en *La autoridad* (1982).

racionalización del conjunto de la vida individual y colectiva que es característico de la modernidad (M. Weber 1971: 54).

Marco general materia de estudio.

En el contexto de la grave crisis que atraviesa el Perú, después de la Guerra del Pacífico (1879-1883), la reconstrucción nacional fue impulsada por un ciclo de expansión económica asentado en las actividades de explotación minera y agroindustrial orientadas a la exportación. Este período histórico trae consigo grandes transformaciones políticas, económicas y sociales en la historia del Perú republicano. A nivel de los países latinoamericanos, esta experiencia histórica se vincula con la incorporación de sus economías al mercado mundial, el proceso de industrialización, el crecimiento de las ciudades y, la influencia del positivismo en la dimensión de las ideas⁴.

Se trata de una etapa de expansión de la economía peruana que implica el desarrollo acelerado del capital comercial europeo, dedicado a la explotación de materias primas necesarias para su industrialización y las demandas de la población. De tal manera que en diversos países de África, Asia y América, donde existían básicamente inversiones de capital inglés, se constituyeron enclaves productivos y de residencia que disfrutaban de una considerable autonomía en relación al control estatal del país donde se instalaban. En estos enclaves se desarrollaron proyectos urbanísticos y administrativos denominados *company towns* gestionados por empresas extranjeras.

A fines del siglo XIX surgen referentes destacados de infraestructura modernizante en el Perú situados fuera de Lima. Nos referimos a la construcción de los ferrocarriles, la edificación y/o modernización de algunos puertos, y en los enclaves de explotación agroindustrial, minera y petrolera se instalaron los *company towns* como manifestación de la modernidad capitalista a nivel urbanístico y productivo. En este contexto, según E. Aragón (2003: 70), estos proyectos urbanos aparecen como una solución al requerimiento del capital para concentrar en un lugar

⁴ Al respecto existe consenso entre reconocidos historiadores al considerar este período como un hito histórico, desde el destacado historiador del Perú republicano: Jorge Basadre (1963), asimismo E. Yepes (1992), R. Thorp y G. Bertram (1985), M. Burga y A. Flores-Galindo (1987).

determinado: mano de obra, maquinaria y materia prima, incrementando así la rentabilidad y la competitividad. Se trata de formas urbanas privatizadas, de propiedad de la empresa que tiene a su cargo la explotación del recurso natural que justifica el asentamiento. Son centros urbanos edificados y controlados, en función de la racionalidad capitalista de rentabilidad y organización burocrática, donde se aplican procesos tecnológicos de vanguardia. La autonomía que presentaban estos *company towns* los convertían en “territorios de excepción”, en donde el Estado prácticamente no intervenía, pero su importancia en la economía agro-minero exportadora superaba su demarcación espacial y abarcaba al conjunto del país. Por ello nuestro interés de estudiar la problemática de la modernidad en estos espacios urbanos y sus repercusiones en las formas de sociabilidad de los actores sociales que construyen la realidad social.

Analizamos la experiencia de los *campamentos* en el período que transcurre entre las décadas de 1940 a 1970, contexto en el cual se llevó a cabo un importante intento de modernización de la sociedad peruana, siendo ésta afectada por cambios significativos ocasionados por los procesos sociales que dicha modernización trajo consigo, como: la migración, urbanización y en menor medida la industrialización. Hemos seleccionado como referentes empíricos el caso de la ciudad petrolera de Talara controlada por la London Pacific Petroleum Co. (1889-1914) y, posteriormente por la International Petroleum Company (1914-1968). El otro caso ilustrativo es la ciudad minera de La Oroya bajo la administración de la Cerro de Pasco Cooper Corporation (1922-1974). Se trata de dos casos de *company towns*, instalados en diferentes lugares del país, cada uno con características particulares, intentaremos rescatar los rasgos comunes y las diferencias que presentan.

Efectivamente en la postguerra (1945) se producen cambios significativos en el desarrollo urbano de estos campamentos como resultado de la modernización de los procesos tecnológicos en la actividad minera y petrolera, el período concluye con la estatización de los complejos minero y petrolero y el redimensionamiento de estos centros urbanos que se convierten en ciudades abiertas.

Hay que considerar que esta experiencia se desarrolla, como hemos señalado, en el contexto del proyecto de modernización del Perú que se lleva a cabo en la posguerra, en el cual se

procede a la aplicación fallida del modelo de desarrollo de industrialización por sustitución de importaciones. De tal suerte que la urbanización adquiere especial relevancia como demostración de la experiencia moderna, por consiguiente nos interesa abordar la relación entre lo urbano y lo moderno a través del estudio de una configuración espacial (*company towns*) y su articulación con las formas de sociabilidad que desarrollan sus habitantes.

Es importante destacar que el diseño urbano de los campamentos se basa en la concepción funcionalista del urbanismo que se afianzará precisamente después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el modernismo de los CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna), hará sentir su influencia en la modernización urbanística de América Latina. En este marco de referencia el racionalismo modernista y la planificación de la intervención en los proyectos de arquitectura y proyectos urbanos, en el caso particular materia de estudio en mayor o menor medida, se convierten en el norte programático de los urbanistas que diseñan los *company towns*.

Cabe señalar que existen estudios de caso sobre los campamentos agroindustriales, mineros y petroleros en el Perú y en otros países, que tratan el tema de estos espacios urbanos en su dimensión social, antropológica y urbanística. Sin embargo la investigación de estos complejos productivos y residenciales, desde el punto de vista de su concepción moderna, en relación a su estructura y significado urbanístico expresado en la dinámica sociocultural de su población es prácticamente inexistente en relación al caso peruano. La reflexión sobre la problemática materia de estudio comprende los siguientes temas: Capítulo I: *Lo urbano y lo moderno*, que aborda el marco conceptual sobre esta relación para luego hacer referencia a la ciudad como espacio de modernidad en el Perú. Capítulo II: *Los company towns y la modernidad*, pretendemos dilucidar, desde la perspectiva de la construcción social del espacio urbano, si una morfología urbana que es concebida en términos arquitectónicos y urbanísticos modernos encuentra o no correspondencia con la sociabilidad de hábitat y dinámica sociocultural que en ella desarrollan sus habitantes. Capítulo III: *El proyecto urbano moderno de La Oroya, company town minero: 1940-1970* en esta parte analizamos la configuración urbana y sociabilidad de hábitat en la vida cotidiana, la dinámica sociocultural y el sistema de poder y dominación implementado por la empresa en el caso de La Oroya. Capítulo IV: *El proyecto urbano moderno de Talara, ciudad empresa petrolera: 1940-1970* trata también de

los aspectos antes señalados en relación al caso de Talara. Capítulo V: *Análisis comparativo del proyecto urbano moderno de los company towns en el Perú: el caso de La Oroya y de Talara, 1940-1970*, con el fin de contribuir a reforzar el estudio de los casos mencionados desarrollamos un análisis comparativo que aporta explicaciones alternativas para profundizar el conocimiento de la problemática estudiada, y a manera de conclusión algunas ideas que intentan condensar lo central del análisis realizado sobre el tema en cuestión

Metodología

Para aplicar el enfoque construido al conocimiento de la problemática planteada, realizaremos un sistemático examen de aquellos aspectos de la realidad social que constituyen nuestro objeto de estudio. La puerta de entrada para abordar la experiencia de la modernidad representa una elección epistemológica, que consiste en el estudio de una forma urbana específica como contexto de la interacción social. Con el propósito de elaborar una explicación de dicha problemática, consideramos dos niveles de análisis complementarios:

- A. La relación entre lo urbano y lo moderno, es decir, las condiciones y límites de su validez en el caso materia de estudio.
- B. El desarrollo de las formas de sociabilidad en el ámbito de la vida cotidiana en los *company towns*, concebidos como espacios urbanos modernos.

La integración del análisis de los dos niveles antes mencionados se da a través de la reflexión sobre el “sentido de la modernidad” en ambos. Nuestra reflexión se inicia con el análisis de la relación entre lo urbano/lo moderno, abordando esta cuestión en el caso de la ciudad latinoamericana y peruana como contexto de referencia general, para indagar sobre dicha relación en una morfología urbana específica: los *company towns*. Esto nos lleva a explorar la estructura y la desestructuración de formas demográficas, socioeconómicas, culturales, arquitectónicas y urbanísticas que tienen realidad objetivable en el caso de los *company towns* estudiados (La Oroya y Talara) y, a la vez esto exige revelar cómo se representan los sujetos los actos por los cuales existen estas estructuras en el escenario de la vida cotidiana.

Siguiendo este derrotero el análisis de las formas de sociabilidad, de la dinámica socio cultural y del sistema de poder implementado por las empresas en los *company towns* tiene especial importancia para dilucidar la problemática de la modernidad a partir del estudio de una configuración espacial concebida como un proyecto urbano moderno y su articulación con la sociabilidad que desarrollan los habitantes, aspectos que son materia de análisis en el capítulo III referido a La Oroya y en el capítulo IV relativo a Talara.

Para captar la realidad social a la que hace referencia nuestro objeto de estudio, aplicamos las siguientes técnicas de investigación:

1) Entrevistas abiertas a actores sociales que residieron en los *company towns*, con el propósito de acercarnos al conocimiento de las múltiples prácticas sociales en las que participaron, a fin de obtener información relevante para el estudio de los casos considerados. Elegimos esta herramienta de trabajo cualitativo porque la información que proporciona es aquella que la persona recuerda por su mayor significación positiva, negativa, emotiva y simbólica.

En el caso de La Oroya las entrevistas se realizaron entre los años 2009-2014. Mientras que nuestros informantes de Talara fueron entrevistados en dos períodos diferentes: 1993-1995 y 2009-2014, en la medida que la autora ha realizado un estudio previo sobre el desarrollo urbano de la ciudad petrolera, se recuperaron algunos testimonios recogidos entre 1993 y 1995 que resultaban ilustrativos para explicar la problemática del presente estudio.

Las personas que nos dieron su testimonio, residieron en La Oroya y Talara durante el período que abarca el estudio: 1940-1970. El procedimiento de selección de las personas entrevistadas se basó en la pertenencia a tres sectores sociales diferenciados (A, B y C). En ambos casos (La Oroya y Talara), esta diferenciación social está determinada por su ubicación en la jerarquía empresarial y lugar de residencia, también se consideró a residentes de los *company towns* que no laboraban en las mencionadas empresas.

En relación a La Oroya se realizaron dieciocho entrevistas a personas pertenecientes a los siguientes sectores sociales: sector social A integrado por ingenieros residentes en Chulet;

sector social B conformado por empleados de la compañía o del sector público, residentes en La Oroya Nueva y en La Oroya Antigua; sector social C constituido por obreros de la C.P.C. que habitaban los campamentos y trabajadores independientes que residían en La Oroya Nueva y en La Oroya Antigua.

En el caso de Talara se realizaron cuarenta entrevistas a personas pertenecientes a los siguientes sectores sociales: sector social A integrado por personal ejecutivo, residente en Punta Arenas; sector social B conformado por empleados de la I.P.C., y profesionales que no laboraban en la compañía, este conjunto de personas residieron en las avenidas o en el barrio particular Santa Rosa; sector social C constituido por obreros de la I.P.C. y trabajadores independientes que habitaban en los parques o en los barrios ocupados por pobladores que no eran personal de la compañía.

Cabe precisar que los entrevistados que nos relataron sus vivencias en los *company towns* mencionados, presentan las siguientes características específicas:

a) Las personas entrevistadas en La Oroya que tuvieron mayor tiempo de permanencia en este centro minero-metalúrgico, declararon períodos que fluctúan entre los cinco y doce años consecutivos en distintas etapas, habiendo trabajado en diversas actividades (agropecuarias, comercio y servicios) además de la minería a lo largo de su experiencia laboral. Aquellos informantes que han residido durante toda su vida en este centro minero, habitaron La Oroya Antigua. Por su parte los informantes que nos relataron su experiencia de vida en Talara permanecieron en esta ciudad, durante toda su trayectoria laboral en la I.P.C. hasta su jubilación y 25 de ellos continúan residiendo allí.

b) En relación a La Oroya entrevistamos a residentes de La Oroya Antigua y La Oroya Nueva respecto de esta última, se recogió el testimonio de personas que habían habitado los campamentos de obreros: Plomos, Club Peruano etcétera, los campamentos de empleados como Marcavalle y el campamento Chulet (personal ejecutivo y técnicos profesionales). No perdamos de vista que en los *company towns* el lugar de residencia está determinado por la ubicación de los trabajadores en la jerarquía empresarial. Es decir, son marcadas las diferencias socio-económicas entre aquellos sectores sociales que residen en las áreas urbanas consolidadas dotadas de equipamiento urbano como Chulec y Marcavalle, lugares de

residencia del personal staff y empleados, y la población que habita viviendas precarias en lugares que carecen de infraestructura adecuada como los campamentos Plomos y Alto Perú constituyendo sectores sociales subalternos. La categoría ocupacional, la ubicación y condiciones de la vivienda que ocupan son referentes de pertenencia a determinados sectores sociales. Siguiendo el criterio mencionado, en el caso de Talara se recogió el testimonio de obreros residentes en los parques, empleados residentes en las avenidas, personal ejecutivo residente en Punta Arenas. Asimismo se entrevistó a personas que no laboraron en la I.P.C. entre ellos empleados públicos y trabajadores independientes.

c) Considerando que nos interesaba recoger testimonios que relataran la experiencia de vida en los *company towns* entre 1940 y 1970. Cabe señalar que nuestros informantes sobre La Oroya nacieron entre las décadas de 1930- 1950, se ubican en el grupo etario de 50 a 80 años de edad. De los dieciocho entrevistados 6 nacieron en La Oroya, el resto son inmigrantes procedentes del valle del Mantaro y de otros pueblos del sur andino que se incorporaron al trabajo en la actividad minera. Del conjunto de entrevistados 5 son mujeres. El nivel de educación de éstos corresponde con la categoría ocupacional que tienen en la compañía: obreros, empleados y personal staff (ingenieros, geólogos). Asimismo se entrevistó a personas residentes en La Oroya que no trabajaron en la C.P.C. como comerciantes, personal de servicio: educación y salud (4 personas).

Respecto a Talara las personas entrevistadas nacieron entre las décadas de 1920-1950 son parte del grupo etario de 50 a 90 años de edad. De los cuarenta entrevistados 24 nacieron en Talara, el resto son procedentes de Paita, Piura, Sullana o centros poblados de la región Piura y Tumbes, algunos proceden de otras ciudades del país como Lima, Trujillo y Arequipa. Entre el grupo de entrevistados 11 son mujeres. El nivel de educación está relacionado con la categoría ocupacional que desempeñaban en la I.P.C. el personal obrero tenía el más bajo nivel de educación y los de mayor calificación eran profesionales que integran el personal staff. También se recogió el testimonio a habitantes de Talara que no laboraron en la I.P.C., entre ellos, profesores, comerciantes y empleados públicos⁵.

⁵ En el Anexo de la tesis ver tablas con la lista de los entrevistados y las guías de entrevista aplicadas en La Oroya y Talara.

2) Análisis documental a partir de la lectura e interpretación de:

- a) Fuentes escritas de variado tipo: historias de los *company towns*, tesis universitarias, libros, ensayos, documentos institucionales y documentos periodísticos como diarios y revistas.
- b) Fuentes gráficas como planos urbanísticos, planos de diseño arquitectónico y fotografías.
- c) Textos que describen y al mismo tiempo imaginan estos lugares: cuentos, novelas, crónicas periodísticas y literarias.

Se trata de rescatar a través de estos documentos los múltiples discursos de los diferentes actores sociales que habitaron los *company towns*, lo cual hace posible cotejar a unos discursos con otros, con los hechos sociales sobre los cuales esos discursos aluden y con las vivencias de los sujetos que los enuncian.

Capítulo I

Lo urbano y lo moderno: consideraciones teóricas

En este capítulo abordamos el análisis de la relación entre lo urbano y lo moderno, con este propósito incorporamos en el primer acápite algunas precisiones conceptuales sobre los componentes de esta relación, tomando en cuenta contribuciones del pensamiento de A. Heller, A. Giddens, Z. Bauman y J.I. López Soria. En el segundo acápite hacemos referencia al escenario histórico para explicar el papel de la ciudad como espacio institucional de la modernidad; el enfoque teórico desarrollado recupera los aportes de F. Braudel, K. Marx, L. Mumford, U. Pipitone y M. Weber.

En el tercer acápite reflexionamos sobre la relación ciudad/modernidad desde la perspectiva del discurso moderno, nos basamos en algunos textos referidos a la ciudad moderna como los de G. Simmel, W. Benjamín, M. Berman y J. I. López Soria. Asimismo recogemos aportes de otros estudiosos de la modernidad, si bien su reflexión no está centrada en la temática urbana, sus ideas contribuyen a profundizar el análisis sobre el tema, me refiero a J. Habermas y A. Heller entre los más importantes.

En el cuarto acápite tratamos sobre la ciudad moderna en América Latina y el Perú, nuestras indagaciones al respecto toman en cuenta los trabajos de: M. Castells, N. García Canclini, J. Calderón, C. Franco, J. E. Hardoy, R. Ledgard, A. Quijano y E. Yepes. La reflexión desarrollada intenta dilucidar lo particular en la conformación de la ciudad moderna, en sociedades como la nuestra.

1.1 Precisiones conceptuales: lo urbano y lo moderno.

La modernidad es un fenómeno específico de una dimensión cultural, económica y social históricamente determinada: la civilización occidental. Este fenómeno socio cultural involucra una serie de procesos. Uno de estos procesos claves es el centrado en la razón humana que

lleva a racionalizar el conjunto de la vida, renunciando a posiciones míticas o metafísicas de la existencia que constituyen la visión pre-moderna de las sociedades tradicionales. Es decir nos ubicamos en el mundo de la ciencia, primer nivel de validación de la razón, la racionalidad de esta ciencia se basa en el método científico, que a su vez se sustenta en la verificación de los fenómenos y en la aplicación de instrumentos de observación de la realidad que permiten la verificación. Lo que antes se cimentaba y sustentaba en los textos sagrados ahora precisa de la epistemología científica (A. Heller 1982: 32)

La constelación llamada moderna, como señala A. Heller (1982), se habría iniciado al final de la Baja Edad Media, manifestando en la Revolución Francesa, en la Revolución Industrial, en los Estados Nacionales, en las ciudades y en el arte moderno sus puntos más altos; y habría entrado en crisis luego de la segunda guerra mundial, pasando entonces, según algunos estudiosos, a una nueva era: la postmodernidad.

Desde la perspectiva de A. Giddens (1999), lo que estamos viviendo es una modernidad radicalizada, no es una ruptura de una etapa a otra sino que estamos en una etapa en la cual las consecuencias de la modernidad se han radicalizado y se han vuelto más universales. Giddens hace un análisis institucional de la modernidad, a diferencia de los posmodernistas que hacen énfasis en el análisis epistemológico. Sostiene que las instituciones sociales modernas son únicas, muy diferentes a las tradicionales tanto en su extensión como en su intensidad. En su extensión, porque han establecido formas de interconexión social que se expanden por todo el globo. En su intensidad porque han alterado las características más íntimas y personales de la existencia humana.

Al respecto Z. Bauman (2004) propone el concepto de «modernidad líquida» (en el sentido de fluidez) propia de lo contemporáneo, a diferencia de lo que él llama «modernidad sólida», que caracteriza a la modernidad de la época industrial. Bauman nos muestra cómo la modernidad sólida corresponde con la idea de una sociedad que busca el «orden» social, es decir, la regularidad frente al desorden y la precariedad, en la que se desarrollan los primeros impulsos modernos ligados a las luchas revolucionarias de los siglos XVIII y XIX. Esta idea de modernidad vinculada al orden está presente hasta mediados de siglo XX. Desde la

postguerra, habría evidencia de la existencia de nuevos fenómenos asociados a los cambios políticos, sociales, económicos y tecnológicos, producidos principalmente en Europa. Para Z. Bauman, es evidente que la sociedad moderna de mediados del siglo XX en adelante ya no es la misma, es a esto a lo que denomina «modernidad líquida» o «fluida», en donde el primer problema es precisamente definir esta realidad, ya que es justamente su característica dialéctica de creación/destrucción lo que dificulta tal intento.

Consideramos lo urbano, como un aspecto fundamental de la modernidad en países como el nuestro, entendiéndolo como el conjunto de experiencias que representan *el mundo de la vida* (J. Habermas, 1990) en el espacio social de la ciudad. Ésta constituye en la cultura occidental un fenómeno revelador para el despliegue de la modernidad como lo fueron la industrialización o los principios democráticos. Al referirnos a lo urbano aludimos específicamente a la ciudad moderna.

La ciudad, según J.I. López Soria(2003: 19): “*es el topos por excelencia desde el que se concibe, se enuncia y en el que se realiza el proyecto de la modernidad*”. La imposibilidad de encontrar un criterio empírico de definición de lo urbano, señala Manuel Castells (1978: 42), es una imprecisión ideológicamente necesaria para connotar a través de una organización material, el mito de la modernidad.

Estas reflexiones nos llevan a plantear la siguiente cuestión teórica: ¿cuál es el proceso de producción social de las formas espaciales de una sociedad? Y recíprocamente ¿cuáles son las relaciones entre el espacio constituido y las transformaciones estructurales de la sociedad? Se trata de revelar los procesos de articulación entre las “formas urbanas” y el sistema de producción de las representaciones y prácticas sociales.

1.2 El escenario histórico: la ciudad como espacio institucional de la modernidad.

Las ciudades de Europa occidental son el escenario de la modernidad en sus albores, según U. Pipitone (2003), en ellas se establecen los elementos incipientes de una forma de producir,

una forma de vivir colectivamente y una concepción de la existencia. La ciudad mercantil es el principal protagonista de ese primer recorrido de la modernidad en ciernes.

Desde la perspectiva de M. Weber (1967: 5), la ciudad nació como un fenómeno de la sociedad occidental porque, aun cuando en distintas civilizaciones y en momentos diversos los hombres hubiesen construido caseríos en áreas espacialmente contiguas, sólo en el mundo occidental ocurrieron dos procesos simultáneos que permiten caracterizar con propiedad el asentamiento poblacional como una ciudad: el mercado (y las reglamentaciones de la política de la economía urbana) y la autoridad política-administrativa que sujetaba a los habitantes de la ciudad, pero, al mismo tiempo, les aseguraba (o por lo menos a un grupo de ellos) ciertos derechos relativos a su destino político.

Por su parte K. Marx⁶ mostró, además, que la existencia de una economía urbana supone un extenso proceso de división social del trabajo y una redefinición de las formas de explotación de unas clases por otras, de tal manera que la ciudad surge como una manifestación de la fractura de la economía feudal y del antiguo régimen señorial: la economía cerrada del feudo y el régimen de corporaciones de oficio de los ayuntamientos va a ser reemplazada por una forma de organización económica que se caracteriza por la existencia de la mano de obra “libre y disponible”, la concentración de los medios de producción en las manos de cierto tipo de propietarios, siendo estos elementos fundamentales para la aparición del modo de producción capitalista. Para este autor la era capitalista se desarrolla con mayor claridad a partir del siglo XVI.

Así, para Marx la ciudad es tan indispensable para la existencia del capitalismo como lo es el obrero para la ganancia del patrón. Sin mano de obra “libre y disponible” y sin los propietarios de los medios de producción también “libres” no existe mercado. De tal manera que para este autor la ciudad es, a la vez, un hecho económico y una relación política, considerando que detrás de la igualdad formal del mercado, se encubre la discriminación de la propiedad.

⁶ Marx, K. *El capital*. Tomo I, vol. 3, pp. 894-895, 1979.

La modernidad, plantea U. Pipitone (2003: 7) se ha constituido a través de dos grandes experiencias institucionales y territoriales: la ciudad mercantil de la Baja Edad Media y el Estado nacional. Pero, desde la segunda mitad del siglo XX, comienza a surgir un tercer protagonista: la región plurinacional. En la Baja Edad Media con la emergencia de centros urbanos que crecen en riqueza y en poder, ya no es posible suponer que Edad Media y feudalismo sean sinónimos. Con la ciudad, un nuevo mundo va conformándose en relación y en contraste con el viejo. La ciudad moderna es una entidad social compleja, en el diseño de sus calles, en sus edificios, mercados y plazas se va perfilando una nueva racionalidad en la cual la presencia y la ausencia se entremezclan. Como dice J. De Vries (1997: 23), cuanto más avanzamos en la Edad Moderna registramos la formación de un “sistema de ciudades” que cubre Europa occidental como las intersecciones de una trama cada vez más tupida.

Con la ciudad avanza lo que F. Braudel (1984: 72) considera una doble conquista: la de la tierra (roturación de nuevas superficies, obras de riego y apertura de nuevas rutas de comunicación) y otra, igualmente fundamental, la del mar. Sin embargo desde mediados del siglo XIV, la peste va a interrumpir una prolongada etapa de crecimiento urbano y demográfico. El período de un siglo y medio posterior a comienzos del siglo XIV será un período de retroceso o estancamiento económico y urbano en gran parte del viejo continente.

Una vez superados los efectos más atroces de la enfermedad, desde fines del siglo XV, se manifiesta una reactivación de las actividades urbanas y del comercio. La ciudad, en esta época, como señala L. Mumford (1963: 349) comienza a tomar otra respiración:

“para volver a respirar, los nuevos planificadores y constructores removieron los muros atestados de gente, demoliendo barracas y viejas casas, perforando sinuosos callejones para construir calles rectas y plazas rectangulares. Una clarificación geométrica del espíritu”.

En el siglo XVI de prosperidad económica, creciente poder de los incipientes Estados nacionales y conquistas coloniales se abre un nuevo ciclo, en el cual las ciudades en pleno desarrollo, según U. Pipitone (2003: 37), tienen que enfrentar las nuevas fuerzas políticas de los Estados nacionales en formación. El ciclo histórico de las ciudades europeas podría ser

revelado a partir de sus intentos (exitosos o fallidos), señala el mencionado autor, de encontrar una forma institucional apropiada frente a los cambios que se producen. Si la experiencia urbana fue históricamente exitosa en la conformación de nuevos valores y comportamientos económicos, difícilmente podría decirse lo mismo acerca de las instituciones políticas del capitalismo incipiente. Las frágiles democracias urbanas oscilan a menudo entre dos polos: el autoritarismo y la anarquía, sin poder crear instituciones sólidas.

La ciudad no es autosuficiente, por consiguiente el vínculo con el campo es una cuestión central desde los inicios. Para sostener su población creciente, la ciudad necesita asegurarse fuentes de abastecimiento de alimentos, madera, carbón y las materias primas requeridas por sus artesanos. De tal suerte que, las urbes mercantiles se convierten en el principal impulso de la modernización del campo y de las complejas relaciones sociales que lo caracterizan. Las ciudades imponen reglamentos y esquemas de regulación fiscal, comercial y política con sus territorios cercanos (L. Mumford 1963: 352).

El mundo moderno tiene en la ciudad un referente de expansión inicial y en la ampliación de la geografía (viajes, conquistas) un impulso de trascendental impacto. El cambio fundamental en la Baja Edad Media está compuesto por el incremento demográfico, el progreso agrícola, la reactivación del comercio y el renacimiento urbano. La continuidad de estos hechos fue diferente según las regiones de Europa, la mezcla de los factores mencionados varía en cada caso de acuerdo al devenir histórico. La ciudad moderna es el espacio donde lo local se inserta en redes universales que le exigen renovarse para perdurar. La ciudad es incubadora de modernidad porque es ahí donde se despliega una acción recíproca entre economía y política sin una misión prefijada.

Simplificando el recorrido histórico de las ciudades en el contexto de la modernidad, tal vez pueda decirse que las ciudades se desarrollan desde la Baja Edad Media sobre todo a partir de un principio de riqueza en el cual el poder es aún una necesidad colateral y subordinada a la producción de bienes y su circulación. Pero, a partir de algún momento, cuando los mercados se amplían y las comunicaciones se extienden, otro principio se aplica: la protección de la riqueza, el principio de poder. El poder del Estado se vuelve principio ordenador cada vez

más poderoso. El Estado nacional necesita promover y apoyar procesos globales de creación de riqueza: economía y poder se complementan (U. Pipitone 2003: 57).

1.3 La ciudad y la modernidad

Al vincular la modernidad con la ciudad reconocemos una relación dialéctica entre lo moderno y lo urbano. Sin perder vista que cronológicamente la ciudad antecede al origen de la modernidad, de tal suerte que la modernidad abarca mucho más que cualquier configuración espacial. Como señalan A. Heller y F. Ferenc (1985: 78), desde el siglo XVII se van conformando y difundiendo las lógicas de la modernidad: la realización del intercambio a través del mercado, la producción de bienes a través de la industrialización, la gestión macro-social a través de la democracia parlamentaria, la producción y difusión de conocimientos a través de la escuela urbana etcétera. Estos componentes traen consigo el desmantelamiento del orden “villano” o “aldeano” que es pre-moderno, religioso, atravesado por mitos y organizado estamentalmente para dar paso a la emergencia del orden urbano y moderno. Este proceso ha sido analizado por los historiadores de la ciudad mencionados anteriormente.

El advenimiento de la ciudad moderna, según López Soria (2003: 19), producto ella misma de la racionalidad del proyecto moderno, hace posible que la razón despliegue todas sus potencialidades, es decir, el poblador urbano establece con respecto a sus tradiciones y a los demás una relación racional. Sin embargo, no podemos dejar de reconocer que la ciudad contiene a la vez el pensamiento y los instrumentos de deshumanización e irracionalidad. La ciudad moderna es escenario de la libertad pero también de la coerción, realidad contradictoria de carencia y bienestar, de participación y exclusión.

Respecto al carácter general de la ciudad moderna, recuperamos de J. Habermas (1990) en relación a la modernidad, el reconocimiento de su hipercomplejidad y del conjunto de lo que este autor denomina sus *patologías y ambivalencias*. Desde la teoría de la acción comunicativa propone la idea de desacoplamiento del sistema (el dinero y el poder) con el “mundo de la vida” (en el cual entrarían en juego la diversidad de actores urbanos), junto al surgimiento de múltiples formas de control sistémico y la generación de las mencionadas

patologías: segregación socio-espacial, pobreza urbana, contaminación, etcétera y *ambivalencias*, se puede comprender tanto la heterogeneidad territorial de la ciudad como la expresión espacial de los conflictos urbanos, lo que va más allá de los procesos económicos. La ciudad desde la perspectiva de J. Habermas no sería, como señala M. Weber, el espacio de la racionalidad por excelencia, sino aquel en donde coexisten, inclusive en forma contrapuesta, los intereses del sistema y los heterogéneos y contradictorios intereses del mundo de la vida privada.

Si bien planteamos la existencia de una sustancial relación entre modernidad y ciudad, es conveniente precisar que se trata de fenómenos sociológicos distintos. Sobre el particular L. Mumford (1963) distingue tres aspectos claves: a) la ciudad no es consecuencia de la modernidad; b) la génesis de la modernidad tiene una estrecha relación con la ciudad; c) la modernidad surgió vinculada a la ciudad, dando lugar a un tipo especial de ciudad, la metrópoli (ciudad moderna), en la cual la propia modernidad se manifiesta de forma emblemática y se reproduce.

La ciudad no puede ser pensada como una consecuencia de la modernidad, considerando que su origen es anterior al fenómeno moderno. L. Mumford (1963) en su amplio estudio sobre la ciudad en la historia, afirma que la génesis de la ciudad se encuentra en la prehistoria de la humanidad, inclusive antes de las formaciones urbanas helénicas. Para Mumford, la ciudad no surgió en función de necesidades materiales, sino de necesidades rituales y simbólicas, siendo, por tanto un fenómeno antropológico más que económico. Resultaba que había que enterrar a los muertos, homenajearlos y, principalmente, ofrendarles rituales, por consiguiente se da el primer paso para el proceso de fijación del hombre prehistórico en ciudades. Como ocurrió en las culturas prehispánicas que se desarrollaron en el actual territorio de América Latina, y en el Perú en particular.

En este sentido la modernidad está relacionada con la evolución y con la consolidación del espacio social urbano. La ciudad cumple un papel central en el establecimiento y afirmación del fenómeno moderno, en la medida que no sólo es su soporte material, sino también representa el escenario de la formación de la mentalidad moderna. Desde esta perspectiva, se

puede pensar dialécticamente la relación ciudad moderna/ modernidad como una relación de mutua determinación.

En las ciudades se instalan las fábricas y los servicios públicos modernos como por ejemplo la electricidad; el gran comercio se concentró en la ciudad, así como la mano de obra industrial. Precisamente en el contexto de la Revolución Industrial, el fenómeno moderno encuentra un ambiente propicio, entre otros factores, por la pre-existencia de las ciudades, impulsando su transformación. Por consiguiente, la relación dialéctica de mutua determinación no se da propiamente entre ciudad y modernidad, sino más bien entre metrópoli y modernidad. Es decir, tomando en cuenta el planteamiento de diversos autores que analizan la relación ciudad –modernidad, reconocemos que la ciudad es una realidad anterior y distinta a la modernidad, pero sin perder de vista que la ciudad contribuyó para la formación y consolidación de la modernidad. Asimismo, se trata de aceptar que la propia modernidad contribuye a la emergencia de una nueva forma de lo urbano: la metrópoli, que es consecuencia directa del fenómeno moderno y condición para su existencia, en la cual observamos diversidad, complejidad, disenso, diferencia como elementos a tomar en cuenta desde una perspectiva sociológica del fenómeno metropolitano.

Nos apoyaremos para continuar con esta reflexión sobre la ciudad y la modernidad en autores como Georg Simmel y Walter Benjamin. Según G. Simmel (1976: 55), la metrópoli es el teatro en que el dinero actúa como valor hegemónico de los intercambios materiales y no materiales entre los hombres. La metrópoli sería, no sólo un símbolo de la modernidad, sino que ella sería, también, productora de características modernas las cuales simboliza. Para G. Simmel, la búsqueda incesante y frenética de dinero es lo que produce el ritmo nervioso y de desgaste de la vida moderna y, en consecuencia, también de la vida metropolitana. No obstante, para este autor, la metrópoli es más que un escenario en el que la modernidad ocurre, es el espacio que contiene, de forma condensada, lo característico en la modernidad. Si bien la modernidad no es la gran ciudad, es aquí en donde la modernidad mejor se manifiesta.

Desde la perspectiva de G. Simmel, lo moderno no es percibido como el mundo de lo positivo, del progreso y del triunfo. La visión simmeliana sobre la modernidad manifiesta un cierto pesimismo, expresa el testimonio de una tragedia. El otro autor que ve con cierto desaliento el mundo moderno es W. Benjamín (1980) su mirada melancólica se revela en la denuncia de las pérdidas que trae consigo la modernidad: la pérdida de la experiencia colectiva; la pérdida del arte de narrar experiencias comunes; la pérdida del narrador; la pérdida del aura en la obra de arte.

En la reflexión de W. Benjamin existe una importante categoría para comprender la relación entre modernidad y ciudad, nos referimos a la noción de tiempo⁷, ligada a la idea del “*instante como repetición*”, que atraviesa el pensamiento de este autor. Lo moderno, entonces, contiene en sí el germen de su propia superación. La modernidad es tan trágica para G. Simmel y como para W. Benjamín, no obstante, el eje central de la tragedia moderna es diferente entre estos autores. Es el tiempo, y no el dinero, el núcleo fundamental de la tragedia moderna para Benjamín. No se refiere al tiempo abstracto e indefinido, sino al tiempo social que contiene el envejecimiento y la muerte de todo lo que es nuevo por definición. Es la conciencia moderna de su *transitoriedad inmanente* el sello trágico de la modernidad. W. Benjamín trata de demostrar como la proliferación fantasmagórica de nuevas mercancías que distinguía la vida urbana, bajo las condiciones del capitalismo del siglo XIX, en realidad constituían una regresión a la noción de “eterna recurrencia” o “repetición mítica”; esto es, representaba un regreso a la noción de *tiempo cíclico* dominante en la vida prehistórica, en la medida en que las mismas novedades eran completamente intercambiables (J. M. Cuesta 2004: 54).

Mientras que para G. Simmel (1958: 17), la modernidad pasa por el tiempo auto-consumido, frenético, que nunca cesa y que determina un mundo de estímulos alucinados. Por su parte Benjamín, se refiere al tiempo de la historia que contiene lo transitorio y efímero de la modernidad. Para ambos pensadores, la gran ciudad aparece como una posible síntesis de la modernidad, como el espacio dialécticamente productor de esa modernidad, en donde el tiempo es siempre tiempo moderno.

⁷ Al respecto recuperamos el aporte de José Manuel Cuesta en su libro *La historia según Walter Benjamin*, (2004) en el cual desarrolla un interesante análisis de la categoría del tiempo en la obra de Benjamin

La relación ciudad/modernidad es notable en el pensamiento de G. Simmel como en el de W. Benjamín, quien narra la condición urbana a través de su visión de *Paris como la capital del siglo XIX* (1980), recurriendo a metáforas, alegorías y al mismo tiempo a conceptos para ofrecernos una mirada aguda sobre la ciudad moderna. La modernidad es, para Benjamín, el tiempo/espacio de la sociedad capitalista. Es el tiempo del fetiche de la mercancía, de la división del trabajo y de la alienación. Por lo tanto, es un tiempo de lo fragmentario y de las múltiples pérdidas. El hombre moderno, típicamente un hombre urbano, pierde la experiencia colectiva, alejado de la comunidad tradicional en la cual “*memoria, palabra y prácticas eran compartidas por todos*”. Este hombre tiene cada vez más experiencias vividas, particulares, efímeras, en contraposición a la experiencia colectiva, interpersonales y asentadas en una temporalidad común a varias generaciones.

Las pérdidas producidas por la modernidad es una cuestión muy importante en el pensamiento de Benjamín, y permite establecer un nexo entre su teoría de la modernidad y el papel de la gran ciudad. Desde su punto de vista, esas pérdidas que la modernidad provoca, llevan a una nueva barbarie: un tiempo de hombres carentes del espíritu comunitario y colectivo tradicional, pero dominados por la racionalidad moderna. En este sentido, la cuestión de las pérdidas nos remite, a la dualidad moderno/tradicional, considerando todo un conjunto de valores y prácticas sociales que van a ser relegadas por el efecto devastador de la modernidad. La metrópoli, gran escenario del tiempo moderno, es el espacio de todas las pérdidas y de las reminiscencias. W. Benjamin no plantea que la pérdida de la aureola en la obra de arte o la pérdida de las experiencias de comunicación interpersonales, a las cuales hemos hecho referencia, sólo se manifiesten en el medio urbano, sino que enfatiza que la ciudad tiene el poder de concentrar y, por tanto de simbolizar, los más importantes componentes que son parte del espíritu de la modernidad.

El enfoque pesimista de G. Simmel y W. Benjamín fue destacado a propósito, reconociendo su importante contribución a la reflexión de la relación ciudad/ modernidad, en la medida que constituye una perspectiva diametralmente opuesta sobre la ciudad moderna planteada por

corrientes de pensamiento como el urbanismo modernista y el ecologismo urbano⁸. Le Corbusier (2001) connotado representante del urbanismo modernista, observa también la ciudad moderna con una mirada bastante pesimista. La diferencia del pesimismo modernista en relación al pesimismo de los dos autores anteriores, es que, para los modernistas, la enfermedad de la ciudad tiene cura, a través de la intervención de un urbanismo positivo, racional, moderno. Asimismo posibles aspectos patológicos de la ciudad son detectados por los sociólogos de la Escuela de Chicago, los cuales coinciden con los urbanistas modernistas en una posible cura. Para los ecologistas urbanos no es preciso reconstruir la ciudad o levantar otra, como pensaban los modernistas. La propia ciudad tiene el potencial de auto-regularse y lograr una mejor disposición.

El urbanismo modernista y la Escuela de Chicago, han difundido por décadas la apuesta por la ciudad como un proyecto posible. Se trata de dos visiones positivas no sólo sobre las posibilidades de la ciudad, sino también, de la modernidad, considerando que ambas perspectivas asumen un nexo fundamental entre lo urbano y lo moderno. Estos dos enfoques promovieron discursos y prácticas e influenciaron algunas generaciones de planificadores urbanos. Precisamente entre ellos se encuentran arquitectos y urbanistas que realizaron el diseño arquitectónico y urbanístico de los campamentos mineros y petroleros en varios países de América Latina y el Perú en particular. Desde esta concepción se ve la ciudad a través de una lectura que vincula lo urbano con lo moderno como el lado positivo de la dualidad tradición/modernidad. Moderno y urbano pasan a ser sinónimos entre sí, y ambos a su vez representan progreso y futuro.

El notable aporte de G. Simmel y W. Benjamín a la reflexión sobre la relación ciudad/modernidad se presenta en contraposición teórica al optimismo modernista que caracteriza a varias corrientes del pensamiento social. Reflexionar la metrópoli a partir de la lectura de estos dos autores implica necesariamente pensar la modernidad. No hay remedio para las “patologías” de la ciudad que no tenga que ser dado a la propia modernidad. El

⁸ Al respecto recuperamos la perspectiva del urbanismo modernista representado por Le Corbusier en su obra *Cómo concebir el urbanismo* (2001). La Escuela de Chicago es conocida también como la Escuela Ecológica. en la obra de Louis Wirth: *El urbanismo como modo de vida* (1968) encontramos planteamientos centrales de esta corriente de pensamiento en relación a la ciudad.

pensamiento de G. Simmel y W. Benjamín nos invita a pensar la ciudad no como una totalidad, sino como fragmento. La gran ciudad, así como otros espacios sociales son parte de un mundo social mucho mayor y su complejidad expresa al mismo tiempo la complejidad del mundo del cual ella es parte. Se trata de pensar la ciudad moderna como fragmento y símbolo de la modernidad.

De manera sugerente M. Berman (1988: 1) nos dice: *“ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, “todo lo sólido se desvanece en el aire”*. Precisamente refiriéndose a la ciudad moderna, en particular a Nueva York, señala que ésta ha sido concebida: *“para demostrar al mundo entero lo que pueden construir los hombres modernos y como puede ser imaginada y vivida la vida moderna”*. De tal manera que las estructuras más impresionantes de la ciudad fueron planificadas como expresiones simbólicas de la modernidad (Central Park, el puente Brooklyn, la estatua de La Libertad etc.). Desde la perspectiva de M. Berman, la modernidad se expresa en la vorágine de la vida en la ciudad, donde el dinamismo innato de la economía y de la cultura moderna aniquila todo lo que crea (ambientes físicos, instituciones sociales, visiones artísticas, valores morales etc.) *con el fin de seguir creando el mundo infinitamente*. Al plantear este autor que todos estamos inmersos en la experiencia de la modernidad, que atraviesa todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y de la ideología, nos invita a reflexionar sobre nuestra propia modernidad, tema que abordaremos en el siguiente acápite en relación a la ciudad latinoamericana y peruana.

1.4 La ciudad en la modernidad de América Latina y el Perú.

En nuestros países la permeabilidad de la sociedad ha tolerado componentes modernos y pre-modernos, instaurando así una coexistencia entre ambos que va a generar una diversidad de tensiones. Las ciudades latinoamericanas contienen una sociedad de masas con un alto nivel de pobreza y exclusión social urbana. La gran ciudad latinoamericana se caracteriza por el desorden de su expansión demográfica y física, por la violencia. Crece irregularmente, se hipertrofia sin dirección. La urbanización como parte del proceso de modernización de nuestras sociedades no cambia ni destruye las estructuras del atraso, es decir, no hace realidad

para las mayorías el ideal del progreso. Como señala A. Quijano (1988: 15), la modernidad en Europa se consolida como experiencia social cotidiana y a la vez como ideología legitimadora, mientras que en América Latina, hasta bien entrado el siglo XX, se instala “*una profunda y prolongada brecha entre la ideología de la modernidad y las prácticas sociales, no infrecuentemente dentro de las mismas instituciones sociales y políticas*”.

Si tomamos en cuenta las digresiones históricas sobre la formación de las ciudades en el mundo occidental, presentadas en el segundo acápite, lo que importa retener para los fines inmediatos de esta reflexión, es que la ciudad fue pensada como un fenómeno social en el que se dan dos procesos simultáneos: el mercado (división social del trabajo) y la autoridad político-administrativa que sujetaba a los habitantes de la ciudad pero a la vez les aseguraba ciertos derechos (M. Weber, 1967).

¿Hasta qué punto este tipo de planteamiento del fenómeno urbano, se aplica a las ciudades latinoamericanas? Comencemos por la primera cuestión. Es sabido que en la colonia la ciudad latinoamericana nació y creció bajo la inspiración del capitalismo comercial ibérico y en el marco de la relación Metrópoli-Colonia. Dentro del dominio hispánico, tal como lo señala J. E. Hardoy (1968:19), la ciudad nació bajo la inspiración directa de los reglamentos de “las Leyes de los Reinos de Indias”. Se impuso a la naturaleza y a los pueblos dominados la marca del Rey, diseñando “ciudades abstractas”, en las cuales el cuadrilátero central de la Plaza Mayor y la disposición de las calles obedecían estrictamente al modelo de los reglamentos, marcando la geografía local con el sello de la autoridad metropolitana. Las ciudades coloniales crecieron, en su mayoría, como ciudades administrativas, como piezas amoldadas al sistema imperial en las Colonias más que como núcleos de soberanía y representación propia; fueron sobre todo ciudades de funcionarios más que ciudades de burgueses.

La ciudad concebida como foro de la libertad de los habitantes locales y como mercado que igualaba jurídicamente a los económicamente desiguales, señala J. E. Hardoy (1968), no tenía razón de ser en las Colonias, que exportaban la producción basada en la explotación de una mano de obra que, si no era esclava estaba sujeta al régimen de las “encomiendas”, “mitas” y

otras formas no mercantiles de explotación del trabajo, y cuya relación política con la Metrópoli derivaba del patrimonialismo colonial.

Cuando se produce el proceso de autonomía nacional, constituyéndose los Estados independientes en América Latina, el continente pasó a depender de la penetración del capital inglés para su inserción en el mercado internacional. Entonces la presencia de la “ciudad-capital” constituirá un referente de cohesión importante en la vida nacional. En este sentido, el pasaje de la situación colonial a la independencia formal, tendrá cierta incidencia sobre la vida urbana. La reactivación de las ciudades como centros de decisión política se había comenzado a dar en los años inmediatamente anteriores a la independencia en un contexto de “ruptura del pacto colonial”.

En el siglo XIX, el modelo de crecimiento económico dependiente del mercado externo, propició la formación de algunos centros urbanos en toda la región. Sin embargo, a parte de las “ciudades-capital”, el desarrollo urbano fue mediocre en aquellas sociedades latinoamericanas donde la economía latifundista creció independientemente de las ciudades. Este limitado proceso de urbanización se aprecia con más claridad en las economías nacionales que mantuvieron la explotación esclavista o las formas no asalariadas de explotación del trabajo. Posteriormente, el estímulo básico para el crecimiento urbano se dio con la introducción y generalización del trabajo libre. Asimismo en aquellos casos en que se dio una importante inmigración extranjera, este proceso constituyó un factor importante en el impulso a la vida urbana.

Desde fines del siglo XIX, los propietarios rurales paulatinamente se trasladan a las ciudades, esta experiencia es importante no sólo porque es un indicador de la expansión urbana, sino porque el propietario rural pasa de ser “señor” a convertirse en burgués agrario que se instala en la ciudad y en ella va a consumir e invertir parte de su excedente. A pesar de la inevitable simplificación, es posible decir que en el caso peruano, los latifundistas serranos tienden a mantener relaciones e instituciones tradicionales en el campo y no se convierten en burgueses agrarios. (E. Yepes 1992: 52).

El sistema político que articuló el nuevo pacto entre las clases agrarias y los sectores urbanos ligados a ellas, fue denominado en América Latina: “sistema de dominación oligárquica”, que implica múltiples alianzas entre diferentes clases en los distintos países. En el Perú, la alianza entre los gamonales de la sierra y los hacendados de la costa (aliados a la burguesía mercantil) definía a la oligarquía. De cualquier forma, para los fines de este estudio importa señalar que, a pesar de la influencia evidente de la base agraria del sistema de dominación, no se puede minimizar el papel de las ciudades en el sistema político, durante el período de expansión de la economía exportadora. Reconocemos la importancia que en varios países tuvo la oligarquía en el proceso de “modernización” de fines de siglo, sin perder de vista la relación que había entre ciudad y liberalismo oligárquico.

En las primeras décadas del siglo XX, el viejo conflicto europeo ciudad burguesa *versus* campo terrateniente, según E. Yepes (1992: 32), difícilmente se dará en el Perú. Por el contrario, la ciudad gradualmente se consolidó como el espacio físico de la principal relación de poder en aquel período: burguesía/terratenientes tradicionales. Es decir, la economía urbana que adquiere cierta dinámica (servicios, banca, comercio, industria etc.) no se desarrolla en oposición a la agro-extractiva que se amplía, sino que más bien resultará siendo derivada y complementaria a esta última. De tal manera que la urbe, más que constituir un centro productor, considerando la incipiente industrialización, sostendrá su desarrollo básicamente como centro privilegiado de intermediación. Precisamente, cuando asume el poder Augusto B. Leguía (1919-1930), quien cuestiona la legitimidad del poder oligárquico, su gestión representa una etapa significativa en el trazo propiamente moderno de la ciudad capital del Perú.

Cabe señalar que, el proceso de politización de las clases sociales urbanas en América Latina, no puede ser entendido a partir del paradigma clásico de construcción de los derechos ciudadanos. En nuestros países, según J. E. Hardoy (1972: 33), no hubo aproximadamente desde el siglo XVIII hasta inicios del siglo XX, la lucha por las libertades urbanas contra el feudalismo y el señorío, las ideas sobre la individualidad, derechos de la persona, representación, es decir, la construcción de ciudadanía estuvo prácticamente ausente como parte fundamental de la experiencia urbana. En el caso peruano la clásica separación entre

economía y política, entre sociedad civil y estado, según E. Yepes 1992: 41-42) que caracteriza al capitalismo moderno no se da con claridad en las primeras décadas del siglo XX, existe más bien una continuidad político-ideológica del mundo señorial mercantil del siglo XIX que se evidencia en el control que ejercen las clases propietarias costeñas sobre la mayor parte de los niveles estatales y en las relaciones paternalistas con las clases subalternas.

Después de 1930, con el incremento de la industrialización y en particular en el caso peruano con el impulso de la migración del campo a la ciudad este proceso adquirió nuevas dimensiones. En este escenario la relación peculiar entre clase y Estado que caracteriza el patrimonialismo no llegó a romperse. El auge del populismo urbano, según señala J. E. Hardoy (1972), representó muchas veces la alianza del conservadurismo oligárquico con la masa deseosa de participación contra otros sectores de la oligarquía, consolidando en la cultura política urbana latinoamericana un estilo de participación dependiente del Estado, que tiene poco que ver con el sistema de representación y voto heredado del liberalismo individualista europeo, incluso en los casos en que, aparentemente la “inclusión” de las masas se dio por el voto.

1.4.1 Aproximaciones a la ciudad desde la modernidad en el Perú.

Nos interesa referirnos a la modernidad en el Perú considerando sus alcances y límites como proyecto dominante y escenario objetivo, a partir de la década de 1940 del siglo XX. Este planteamiento nos permite reflexionar sobre la modernidad en el Perú, tomando en cuenta que la sociedad peruana recibe la influencia de un contexto internacional marcado por la supremacía económica, cultural y política de los Estados Unidos, después de la segunda guerra mundial, y simultáneamente experimenta un considerable proceso de urbanización dinamizado sobre todo por la masiva migración de procedencia andina que tiene un notable impacto en la dinámica socioeconómica y cultural del conjunto del país, siendo reconocida esta migración rural-urbana por diversos analistas como uno de los fenómenos sociales más importantes del siglo XX en el Perú.

En la posguerra, después de 1945, el proceso de modernización se halla vinculado a la diversificación y afianzamiento del crecimiento económico, la consolidación de la expansión urbana y la ampliación del acceso a la educación de sectores mayoritarios de la población. Desde la perspectiva de R. Ledgard (2015: 139) el mito del permanente progreso tecnológico, del crecimiento económico ilimitado, del “estilo de vida americano” como modelo al cual aspirar, ejercen influencia en la vida urbana nacional y se difunden por todo el país. Este proyecto modernizante en el Perú se caracteriza por una industrialización incipiente, dando lugar a un acelerado proceso de urbanización.

Como hemos señalado anteriormente, lo moderno expresado en la dinámica urbana se relaciona directamente con otro fenómeno particularmente significativo: la migración masiva a la ciudad. En el Perú, el traslado de los migrantes de origen campesino hacia el mundo urbano constituye una apuesta por la modernidad. Al respecto C. Franco (1991: 195) plantea que la migración puede ser considerada como el proceso fundador de la “*otra modernidad*” en la medida que supuso la ruptura de la sociedad rural, la liberación de la subjetividad campesina y provinciana de los lazos de la tradición, el cambio de patrones conductuales y estilos culturales de los actores involucrados y la capacidad para coproducir la urbanización, la economía informal, la cultura chola y la organización popular del Perú actual. Dicho proceso social fue protagonizado por multitudes que no sólo se dirigen a Lima, sino que este traslado masivo de población se irradia a las principales capitales de las diversas regiones del país⁹.

En el caso peruano, a partir de la posguerra se aplica el modelo de industrialización de “sustitución de importaciones” en el contexto de una corriente desarrollista en América Latina, pero el mencionado estilo de desarrollo no logra consolidarse, entonces la urbanización cobra especial relevancia como manifestación de la modernidad. Sin embargo el crecimiento urbano no se explica básicamente por la ocupación formal del suelo, a través del mercado inmobiliario, sino que predominan modalidades ilegales de acceso al suelo, Para

⁹ C. Franco (1991: 195) se refiere a la migración iniciada en los años 50 del siglo XX como un proceso fundamentalmente nuevo y distinto, los protagonistas de esta experiencia: “*Al optar por sí mismos, por el futuro (...), por el cambio, por el progreso, en definitiva, por partir, cientos de miles o millones de jóvenes comuneros, campesinos y provincianos en las últimas décadas se autodefinieron como “modernos” (...)*”

interpretar esta experiencia J. Calderón (2005: 13) refiriéndose al caso de Lima, la denomina “ciudad ilegal”¹⁰, destacando las barriadas como una de las modalidades que configuran la ciudad ilegal, se trata de asentamientos que surgen a partir de la invasión o reubicaciones de tierras¹¹. En general el proceso de urbanización en nuestro país se caracteriza por el notable incremento de las barriadas y por la expansión de la informalidad en el mercado laboral urbano, generándose formas precarias de producción, predominando actividades de comercio y servicios con amplios sectores de mano de obra que no está adecuadamente empleada. Esta experiencia, según A. Quijano (1998: 70), trae consigo la *terciarización marginal* de la economía urbana, conformada por una mano de obra sobrante. Se trata de un amplio contingente de fuerza laboral que no participa en relaciones asalariadas propiamente capitalistas como parte del proceso de modernización, dinamizado por el desarrollo urbano.

En este escenario urbano para enfrentar el deterioro de la calidad de vida de la mayoría que sufre la escasez de puestos de trabajo, se practica una “cultura del recurso” que recrea formas de sobrevivencia, insertando en la modernidad urbana estrategias que nacen de la iniciativa popular para obtener ingresos a través de la autogeneración de puestos de trabajo. Pero su rentabilidad es tan baja que no permite sino ingresos para la sobrevivencia familiar y/o la reproducción de la misma actividad económica, sin ningún margen de acumulación o de capitalización. Asimismo los sectores populares urbanos se organizan en colectividades para procurar mejorar sus condiciones de vida, recreando en la ciudad ciertos valores de su tradición comunitaria característica de la cultura andina (E. Aranda 2009: 113).

¹⁰J. Calderón (2005: 14) señala: “*Por ilegal se entiende aquello que se ha constituido infringiendo las normas vigentes (...). En la ciudad ilegal se infringen las leyes y normas a través de invasiones de tierras, ocupaciones graduales, compras ilegales y alquileres en edificios de calidad por debajo del promedio. No obstante la ciudad legal y ciudad ilegal forman parte de un mismo proceso de constitución histórico y configuran un espacio único*”.

¹¹Para ilustrar cómo el crecimiento de Lima se da mayormente mediante barriadas, J. Calderón (2005: 13) presenta los siguientes datos: “*En 1961, cuando Lima tenía poco menos de dos millones de habitantes, existían alrededor de 200 barriadas con aproximadamente 200 mil pobladores, que representaban el 17% de la población metropolitana. En 1998, cuando Lima alcanzaba los siete millones de personas (...) las barriadas ya cobijaban al 38% de la población metropolitana (...). Mientras que la población metropolitana se había multiplicado por 3.5 las barriadas lo habían hecho por 10*”

Abordemos la modernidad en la ciudad, tomando en cuenta la forma urbana, perspectiva de particular interés en este estudio, y observamos que la modernidad se expresa arquitectónicamente a través de un lenguaje formal que intenta representar sus valores centrales. La arquitectura moderna, señala R. Ledgard (2015: 140) pretende alcanzar validez universal; frente a esto, la cultura local, la tradición de usos del espacio, las limitaciones económicas y técnicas de sociedades menos desarrolladas, constituían trabas que podían ser resueltas introduciendo en diversos contextos socio culturales los recursos racionalistas del “estilo internacional”, y el funcionalismo de la nueva arquitectura.

En relación a la morfología urbana nos interesa conocer cómo se aplicó en la ciudad los principios del urbanismo moderno, al respecto un aspecto a destacar es la *zonificación*¹² (L. Benévolo 1994: 23) que organizó en zonas el espacio urbano, en función de usos diferenciados (vivienda, trabajo, comercio, industria etc.). En nuestro medio, este planteamiento llevó a concebir el desarrollo urbano, según R. Ledgard, como un instrumento de la expansión urbana: la ciudad se extendió notablemente, dando lugar a la especulación en la ocupación del territorio urbano. El mencionado autor considera que la especulación anuló uno de los mitos principales del urbanismo moderno: la reconciliación de la ciudad y el campo, expresado en la concepción de la “ciudad-jardín”. En la urbanización especulativa los pequeños *chalets* y los edificios en altura dirigidos a la clase media son los paradigmas de la vivienda moderna. La “ciudad especulativa” es un modelo predominante de ciudad que se sustenta en el valor de cambio de la tierra, en el terreno considerado como una mercancía que se negocia comercialmente para incrementar la rentabilidad de la inversión. Es decir, según el criterio de R. Ledgard (2015:195), la “ciudad especulativa” en el contexto capitalista es sinónimo de “ciudad moderna”, definida como: *“aquella que por su tamaño-magnitud de extensión y población- está compuesta por diversas estructuras de orden espacial y social, relativamente desarticuladas entre sí; que se encuentra sometida a un cierto ordenamiento global de índole*

¹²El concepto de zonificación es parte del racionalismo arquitectónico y urbano que aplicó al diseño de la ciudad y de los edificios un sentido de funcionalidad derivado de la idea básica de que el manejo lógico de los factores que intervienen en la conformación urbana lograría supuestamente entornos físicos confortables. La zonificación urbana consiste en dividir una ciudad en secciones reservadas para usos específicos, ya sean residenciales, comerciales e industriales con el propósito de regular el crecimiento y desarrollo ordenado de un área (L. Benévolo, 1994).

burocrático y cuya única homogeneidad cultural se la dan los medios masivos de comunicación”.

Esta aproximación a la ciudad desde la modernidad en nuestra sociedad, nos lleva a diferenciar entre: a) la emergencia del modernismo arquitectónico y urbanístico, y b) la modernidad en la vida urbana, diferenciación que manifiesta profunda asimetría. Observamos en el paisaje urbano un precario entorno urbano representado por las barriadas, coexistiendo con una arquitectura y urbanismo que presenta propuestas estéticas modernas en las zonas urbanas consolidadas. Por un lado la urbanización significa acceso a los servicios: agua potable, energía, educación, salud, redimensionamiento de la tradición y cierta legitimación de las culturas populares; por otro lado, es también desarraigo y crecimiento de la exclusión social (E. Aranda 2007: 114). Este proceso trae consigo una desigual distribución de sectores sociales en el espacio urbano que da cuenta de la segregación residencial que se manifiesta en el grado de proximidad espacial de familias pertenecientes a un mismo grupo social¹³.

A este nivel destacamos que en la sociedad predominantemente urbana, la ciudad se ha convertido en un componente significativo del imaginario colectivo. Para América Latina, y particularmente para el Perú la ciudad es un referente empírico clave de la modernidad. Desde la perspectiva de N. García Canclini (1998), la expansión urbana es una de las causas que intensificaron en nuestros países la hibridación cultural. Al respecto formula la siguiente pregunta *¿Qué significa para las culturas latinoamericanas que países que a inicios del siglo XX tenían 10 por ciento de su población en las ciudades, concentren ahora más de 70 por ciento en las áreas urbanas?* En relación a esta experiencia el mencionado autor argumenta, que hemos transitado de sociedades dispersas en miles de comunidades campesinas con culturas tradicionales y locales, en algunas regiones con fuertes raíces indígenas, poco integradas al resto de la nación, a una escena mayoritariamente urbana, donde se dispone de una oferta simbólica heterogénea, renovada por una constante interacción de lo local con redes nacionales y transnacionales de comunicación. A juicio de N. García Canclini, la perspectiva pluralista que acepta la fragmentación y las combinaciones múltiples entre

¹³M. Castells (1998: 203) define la segregación urbana como: “la tendencia a la organización del espacio en zonas de fuerte homogeneidad social interna y de fuerte disparidad social entre ellas, entendiéndose esta disparidad no sólo en términos de diferencia, sino de jerarquía”

tradición, modernidad y posmodernidad, es indispensable para entender la dinámica sociocultural latinoamericana. El problema reside en la manera contradictoria y desigual en que esos componentes se han venido articulando.

Las ciudades son territorios donde interactúan tendencias importantes del mundo moderno, y donde sus efectos son fácilmente visibles. En la actualidad, las ciudades expresan nuevas condiciones de la modernidad: los fenómenos de *conectividad* tienden a prevalecer sobre las relaciones de *proximidad* debido al crecimiento de los flujos informáticos y en la escena urbana observamos una mayor diversidad sociocultural (S. Sassen 2007: 133). La modernidad es una situación que envuelve a las ciudades, al campo, a las metrópolis y a nuestras sociedades en vías de desarrollo. Precisamente por el reconocimiento de las contradicciones que existen entre modernidad y modernización, la primera es un escenario de tránsito interminable en la que permanece, como señala W. Benjamin, *la incertidumbre de lo que significa ser moderno*.

Capítulo II

Modernidad y morfología urbana

La ciudad como construcción humana, también da cuenta de la cultura. Como construcción social e histórica va expresando los múltiples aspectos de la vida social y transmitiendo sus significados. A este nivel, nos interesa dilucidar cómo se expresa el discurso de la modernidad en la morfología urbana: en sus edificaciones, en sus calles, y en los comportamientos que imprimen de sentido la dinámica social.

A través de la delineación del espacio urbano se expresa, en forma material y simbólica, la desigualdad social, la diversidad de los grupos sociales que la habitan y las diferencias y conflictividad que los envuelven. En la ciudad se pueden reconocer las tendencias sociales dominantes en cada período histórico. Es así que la ciudad de hoy da cuenta, en su evolución, de los cambios tecnológicos recientes y de la gravitación que ejercen las fuerzas del mercado.

La ciudad es sobre todo sus habitantes, quienes expresan en ella la cultura que comparten. No es sólo objetos, edificios, calles, arquitectura; si bien éstos revelan las características culturales de su gente, es también los lenguajes, los comportamientos, las vivencias y estilos de vida de sus habitantes. La ciudad es, asimismo, construcción de imaginarios a partir de los itinerarios y usos del espacio urbano por los ciudadanos (A. Silva 2001: 7).

La modernidad se expresa en el pensamiento urbanístico que inspira las reformas que se aplican en el siglo XIX en Europa. Las intervenciones efectivas se hacen tanto para crear tejido urbano nuevo como para modificar el ya existente. A partir del siglo XIX, el caos medieval que caracterizaba el centro de diversas ciudades europeas comienza a transformarse mediante acciones como la apertura de grandes avenidas, la remoción de las murallas y la creación de barrios nuevos definidos por su regularidad geométrica y la mayor amplitud de sus calles (U. Pipitone 2003: 18).

Para L. Benévolo (1994: 14), el urbanismo moderno surge como una reacción tardía que aspira introducir correctivos frente a los desequilibrios ocasionados por la revolución industrial en relación a la ciudad entre ellos: el crecimiento de la población, del tráfico y de la conflictividad social, que suscitaba problemas de orden público difícilmente controlables en las callejuelas del casco antiguo. El ejemplo más claro es el de París, a partir de 1860, bajo la autoridad de Napoleón III y la dirección del prefecto George Eugène Haussmann, la ciudad fue sistemáticamente demolida y reconstruida, el viejo núcleo medieval es renovado por una impresionante red de bulevares varios de ellos rematados por monumentos, se diseñaron grandes panorámicas que transformaron la imagen urbana de París. Hacia 1880 el modelo de George E. Haussmann era generalmente aceptado como el modelo del urbanismo moderno, y alcanza difusión e influencia en otras ciudades del mundo. Al respecto nos remitimos a la mirada de Walter Benjamín¹⁴ que trata de descifrar las señales impuestas por un sistema social en el que impera el fetichismo de la mercancía, imponiendo su influencia a la ciudad y sus componentes (calles, casas, objetos). Benjamín deambula por París y trata de interpretarla, siguiendo la tradición europea del *flâneur*¹⁵.

Algunas de las intervenciones en el espacio de la ciudad reflejaban también las nuevas concepciones higienistas que pretendían acercar los atractivos de la naturaleza a las viviendas en el medio urbano y proveerlas de un hábitat más saludable. Estas ideas cristalizarán a finales del siglo XIX en la contribución teórica del británico Ebenezer Howard, (Benévolo, L. 1994: 21) quien consideraba que para detener la creciente migración hacia las ciudades, causante de diversos problemas, había que instaurar un nuevo tipo de ciudad capaz de brindar a la gente un mejor atractivo que el que ofrecía la ciudad tradicional o el campo por sí solos, fusionando las ventajas de ambos en la *ciudad jardín*. Ésta se construiría formando constelaciones con otras ciudades semejantes de acuerdo con un modelo de ordenación espacial en el que varias ciudades menores se distribuirían, como satélites, en torno a la ciudad central. Tomando como base esta propuesta se expandieron colonias y suburbios ajardinados en ciudades inglesas, francesas, alemanas y estadounidenses, en principio para

¹⁴Nos referimos aquí la obra de W. Benjamin (1980). *El libro de los pasajes: París capital del siglo XIX*.

¹⁵Se refiere al individuo que pasea o vagabundea por la ciudad, con espíritu abierto y perceptivo. W. Benjamín utiliza la figura del *flâneur*, y tal vez lo sea él mismo al recorrer París, ciudad que busca captar y descifrar.

acoger a los obreros de las grandes fábricas, y que se distinguirían por su baja densidad, sus viviendas unifamiliares con jardín y espacios verdes comunes.

A este nivel nos preguntamos ¿en qué consiste esta modernidad en la ciudad? Se puede percibir en el caso de G. Haussmann su preocupación por los problemas de organización. Primero, se lleva a cabo una racionalización del municipio de París, toda la administración es reformulada para atender de forma más eficiente las exigencias de una planificación sistemática. Ingenieros, topógrafos, administradores son contratados para encargarse de la tarea. Nos encontramos por primera vez delante de una política de urbanización consciente y explícita. Segundo, la racionalización del espacio se manifiesta en el trazado de calles, avenidas, plazas, puentes, conectando los puntos neurálgicos de la ciudad. Un eje norte-sur, este-oeste comunica el centro y la periferia, y las grandes vías convergen en las estaciones de tren. Un sistema de circulación se implanta. Surge entonces una metáfora sugestiva para describir París: la ciudad es vista como un organismo vivo, los órganos comunicándose entre sí (R. Ortiz 2000: 23).

Cabe señalar que la preponderancia de la circulación adquiere sentido cuando se refiere a un “sistema” que, según R. Ortiz (2000), es una noción clave para comprender el espacio de la modernidad, categoría que está vinculada a cuestiones de comunicación: sistemas telegráfico, telefónico, ferroviario, de envío de noticias (las agencias de prensa). Por consiguiente, el espacio es concebido como una trama, una red de interconexiones, la conectividad de los puntos neurálgicos de la ciudad alcanza especial importancia.

Desde la perspectiva del urbanismo moderno Eugène Hénard publica, entre 1903 y 1909, estudios sobre las transformaciones de París, planteando una concepción original de planificación urbana, su racionalidad se basa en una noción del espacio radicalmente moderna. E. Hénard advierte que en las ciudades antiguas las calles seguían un recorrido determinado por la topografía de los terrenos. Es decir, el trazado urbano era pautado por la “naturaleza”. En la etapa moderna, se asume una mirada de la ciudad como un espacio donde actúan ingenieros y arquitectos, por lo tanto se perfila una política de intervención.

Mientras que G. Hausmann, según R. Ortiz (2000), aplica la metáfora organicista exclusivamente al cuerpo biológico de la ciudad de París; E. Hénard la transforma en

estructura de comprensión de lo social. La ciudad deja de ser un órgano vivo particular, para volverse un *continuum* espacial abstracto¹⁶. Dentro de esta visión, se busca construir un modelo espacial. La circulación es el único vínculo que comunica los diversos espacios. Sin embargo, no hay que perder de vista que los fenómenos sociales, como es el caso de la ciudad, no se distribuyen de manera aleatoria en el espacio, sino de acuerdo con cierta lógica que tiene que ver con las características del medio y con los procesos de adaptación del mismo que experimentan los individuos y grupos sociales que ocupan un determinado hábitat.

A inicios del siglo XX se observa con mayor claridad el surgimiento de un urbanismo contemporáneo, calificado así porque la estética de la “ciudad industrial” establece distancia significativa con la tradición. Como muestra tangible: el hierro, material de la primera modernidad, es reemplazado por el hormigón armado. Como señala G. Sjoberg (1988: 19), por primera vez se elabora completo el plano arquitectónico de una ciudad: de la plaza principal a la ubicación de la fábrica, de las viviendas etc. La obra de Tony Garnier es el primer ejemplo de esta contemporaneidad, en su propuesta trata de incorporar todas las funciones de una ciudad: trabajo, tránsito, habitación, descanso, consideradas como variables independientes, éstas requieren del urbanista procedimientos arquitectónicos diferenciados. La zona industrial se localiza cercada por un cinturón verde; a los barrios se les asigna un papel exclusivamente residencial; en el centro se agrupan los servicios públicos; determinados lugares son destinados para el ocio (canchas, piscina etc.).

Cabe señalar que esta perspectiva espacial de las funciones contenida en el pensamiento de los urbanistas tiene sus cimientos en la sociedad. A lo largo del siglo XIX, la ampliación de la ciudad hacia la periferia marca aún más el contraste entre residencia y empleo; la división del trabajo en la sociedad moderna da lugar a otra forma de distribución y concentración de las actividades en el espacio urbano. Resulta interesante para ilustrar esta experiencia: la transformación de la configuración espacial de los edificios de departamentos burgueses, en los cuales crece el número de pisos, aumentando la densidad del volumen del predio, asimismo los interiores se especializan, cada pieza cumple una función¹⁷.

¹⁶ La perspectiva de E. Hénard es más genérica, su estudio es comparativo, incluye a las ciudades de París, Moscú, Londres y Berlín. (L. Benévolo, L. 1994: 12)

¹⁷Loyer, Francois (1987) *París siglo XIX: el edificio y la calle*, citado por Renato Ortiz (2000).

La morfología urbana constituye un sistema que involucra movilidad y funcionalidad. La necesidad de circulación y conectividad lleva a la existencia de grandes arterias rectilíneas que se entrecruzan. Los cambios que trae consigo el proyecto moderno serán objeto de críticas, se cuestiona la estandarización resultado de una arquitectura regularizada por la autoridad que prescribe la forma estética. En este sentido la irrupción de un espacio uniforme tiene efectos sociológicos significativos.

Como señala R. Ortiz(2000), la memoria colectiva generaba un espacio que le era propio, esta idea nos permite comprender mejor las contradicciones de la modernidad. Al respecto M. Halbwachs (1992:124) sostiene que toda memoria se materializa, es decir, se enraíza en el espacio, este referente material hace posible la solidaridad de los sujetos que la comparten. Existen lazos que cohesionan a las personas en relación al medio ambiente que habitan. Por ejemplo la memoria colectiva religiosa se asienta en la espacialidad de las iglesias, separando lo sagrado de lo profano. Lo mismo ocurre con las ciudades. Al respecto, M. Halbwachs (1992) decía: *“los diversos barrios en el interior de una ciudad, las casas en el interior de un barrio, tienen un lugar fijo, son colocados en el suelo como los árboles y los peñascos, una colina o un altiplano”*. La reciedumbre de las piedras y de las construcciones abonaría a la continuidad de la tradición. La modernidad resquebraja este principio, porque como dice la metáfora de Marx: *“todo lo sólido se desvanece en el aire”*. La modernidad, como señala M. Berman (1988), nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación. De tal manera que la permanencia de lo tradicional es amenazado.

Sin embargo la tradición no desaparece de repente, sino que se recrea y coexiste con la modernidad, dentro de un nuevo pacto social. Se da lo que Zygmunt Bauman (2005) denomina “la ambivalencia de la modernidad”. El espacio y el tiempo de la modernidad no conocen fronteras, se basan en principios como circulación, racionalidad, funcionalidad, sistema, desempeño. En este sentido difieren de la noción de espacio y de tiempo de la memoria nacional que se restringe al ámbito de las sociedades específicas; la modernidad envuelve un área geográfica que va más allá de las fronteras. Inaugura un tipo de civilización que se irá transformando en una cultura mundial, a este proceso Anthony Giddens (1999) se refiere como la “mundialización de la modernidad”.

Como hemos mencionado anteriormente la *Carta de Atenas*, publicada en 1943¹⁸ contiene principios fundamentales del urbanismo moderno, dicho documento resume en gran medida las conclusiones de los primeros Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM), y puede considerarse como el acta de nacimiento de la *ciudad funcional*. Según J. Picó y E. Sanchis (2003: 192) se adopta una concepción de la ciudad basada en su organización al servicio de las *funciones* del individuo y de la sociedad. Con este propósito se trata de identificar, caracterizar y cuantificar las funciones humanas básicas (habitar, trabajar, descansar, circular, cultivar el cuerpo y el espíritu) de un individuo estándar, universalmente válido, de comportamiento tipificado, como base de referencia para distribuir el espacio urbano de tal forma que satisfaga a esas funciones individualizadas, asignando localizaciones precisas e inequívocas a cada una de ellas. Centrar el análisis sobre la ciudad, en su configuración, en las formas de sociabilidad que en ella se desarrollan, significa revelar algo que en ella está contenido pero que la trasciende. En este sentido se puede comprender, a partir de una morfología urbana específica, los componentes característicos de la modernidad¹⁹.

Los antecedentes de la ciudad funcional se encuentran en la *Bauhaus*, escuela fundada en 1919 por el arquitecto alemán Walter Gropius, con el fin de reformar la metodología del proyecto. Este enfoque plantea que para diseñar una vivienda hay que analizar primero las funciones o necesidades que debe satisfacer y luego proponer una solución. A partir de los nuevos tipos de vivienda concebidos, se transita a la configuración de nuevos conjuntos arquitectónicos-urbanísticos, y de ahí a la unidad urbana total. Asimismo otra propuesta estimulada por el urbanismo moderno es la de recuperar el papel de la *comunidad*, es decir, del grupo basado en relaciones primarias para constituir una ciudad mejor. Se asume una

¹⁸ La presencia de Le Corbusier y José Luis Sert como figuras principales del CIAM IV (1933) daría lugar a la publicación posterior por parte de ellos de los textos resumen del contenido del congreso. J. L. Sert en 1942 publicó bajo el título *Can Our Cities Survive?* su particular versión de lo acontecido y Le Corbusier un año más tarde, en 1943, publicó su propia versión de los extensos debates del CIAM IV con el título de *La Charte d'Athènes*. Dichos textos se convirtieron en los principales documentos de los planteamientos de la ciudad funcional que dejaba de lado la ciudad histórica apostando por la separación de usos (zonificación) y que fue el modelo a seguir hasta que comenzó la Segunda Guerra Mundial en el año 1939 (J. P. Sanz, M. Centellas, P. García 2013: 86)

¹⁹ En el Perú, la presencia de José Luis Sert y Paul L. Weiner, (1946-1948), contratados para realizar los planes de desarrollo urbano de Lima y de la ciudad de Chimbote, fue la versión local de la penetración efectiva de los modelos de análisis y acción del urbanismo de la Carta de Atenas (J. P. Sanz, M. Centellas, P. García 2013: 87). Asimismo, el aporte de la Agrupación Espacio, conformada por jóvenes arquitectos nacionales durante estos años, contribuyó a la difusión y aplicación de los manifiestos doctrinarios de los CIAM en el país.

concepción de la ciudad y de la sociedad como conjunto de grupos primarios vinculados a un fragmento del espacio, lo que derivará en la idea de *unidad vecinal*. Ésta podría definirse como un área poblada delimitada físicamente por vías de tráfico, de manera que las vías interiores sólo se utilicen para acceder a la misma. La unidad vecinal constituiría la célula primaria de la estructura social, el fragmento espacial básico del tejido urbano. El conjunto de unidades vecinales próximas forman una unidad física y social superior: el barrio, y varios barrios conforman a su vez lo que denominaríamos la *ciudad comunitaria* (J. Picó y E. Sanchis 2003: 193).

Sin embargo la ocupación de los nuevos espacios urbanos puso en evidencia aspectos negativos que en ciertos casos eran producto de la improvisación, de la rapidez del proceso o de la calidad de las construcciones, en otros mostraron las carencias y errores de las concepciones teóricas²⁰. A partir de los años sesenta diversas posiciones críticas desde las Ciencias Sociales, como la de Henri Lefebvre (1983: 45), empiezan a señalar algunos de los errores del modernismo funcionalista. Entre ellos, el énfasis puesto en la integración de la naturaleza provocaba una disolución exagerada del espacio urbano, la desaparición de la calle comercial y de la plaza como lugar concurrido de interacción social, de encuentro ciudadano. Al observar la declinación del espacio público, se vuelve la mirada a determinadas características del espacio urbano tradicional que hacían posible el disfrute ciudadano, cuya importancia como escenario de sociabilidad había ignorado el urbanismo moderno con su concepción simplista de la nueva forma de vida urbana.

En síntesis, lo cierto es que, por una parte, el desarrollo real de las ciudades ha tomado en cuenta muy pocas veces las previsiones de los planes urbanísticos y, por otra, que las recomendaciones de éstos apenas han sido seguidas. En el proceso de evolución de las ideas urbanas, desde los años setenta va surgiendo una nueva forma de concebir el urbanismo, caracterizado por reconocer que las decisiones sobre la ciudad son al mismo tiempo de

²⁰ La Segunda Guerra Mundial (1939-1945) representó un cambio de rumbo en el pensamiento arquitectónico y urbanístico, tal y como lo describen los diferentes estudios teóricos sobre la materia. En el CIAM IX (1953) se reconoce la necesidad por crear entornos arquitectónicos que fomentasen las relaciones entre habitantes en un edificio y su entorno, tomando en cuenta los condicionantes culturales propios. Este enfoque significó una renovación en el concepto de hábitat que implicó la ciudad funcional, la preocupación por los problemas sociales y su vínculo con la arquitectura estaba presente. De tal forma que en el CIAM X (1956) se considera recoger de la arquitectura vernácula las herramientas suficientes sobre las que crear el nuevo hábitat (J. P. Sanz, M. Centellas, P. García 2013: 94).

naturaleza técnica y política, se intenta incorporar la participación ciudadana para tomar en cuenta los puntos de vista y requerimientos de los actores sociales que al fin y al cabo van a disfrutar o padecer la ciudad (J. Picó y E. Sanchis 2003: 194)

2.1 Modernización urbanística en América Latina y el Perú.

En las capitales latinoamericanas, durante las primeras décadas del siglo XX, la modernización urbanística presenta tres vertientes principales: las reformas sanitarias, las propuestas de renovación urbana y la expansión residencial. Cabe destacar en el europeizado clima de la Bella Época, el debate sanitario como eje central en la formulación de las diversas propuestas de renovación y extensión urbana en las ciudades latinoamericanas (A. Almandoz 2007: 62). Pero la mayoría de los proyectos urbanos eran más cercanos al linaje del “urbanismo académico” representado por la École des Beaux-Arts, y más tarde por el Instituto de Urbanismo de la Universidad de París, se trataba de un academicismo formalista y poco innovador. Si bien, señala Almandoz, había algunas intervenciones inspiradas en el modernismo funcionalista, los planes de renovación permanecieron apegados a la aproximación parcial sobre el tráfico, los espacios verdes o el embellecimiento, sin incorporar dimensiones económicas, sociales o ambientales propias de la planificación técnica.

En el caso nuestro, según F. Muñoz (2002:34), desde finales del siglo XIX y durante el inicio del siglo XX, Lima como sede del poder político y social, se transformó en el espacio de realización de la anhelada modernización, considerando que su desarrollo tendría influencia sobre el resto del país. La ciudad se constituyó en un referente a través del cual se podía mostrar hacia el exterior el grado de progreso que alcanzaba el país. Sin embargo, este proceso de transformación no discurrió sin obstáculos. Simultáneamente la asimilación y el rechazo a los cambios actuaron en la mentalidad de los diferentes sectores de la población. La modificación de las costumbres y del estilo de vida, como consecuencia de las reformas fue un proceso mucho más lento que el esperado por la elite²¹

²¹ Como señala F. Muñoz (2002: 46) entre 1860 y 1890, cambiar la imagen de Lima a la altura de las principales ciudades del mundo se convirtió en un elemento central del discurso de la “elite modernizante” y del Estado. Sin embargo, en el caso de Lima, a diferencia de lo que sí ocurrió en Buenos Aires y México, el ejemplo del barón Haussmann no se siguió exactamente, pues las transformaciones que se emprendieron no afectaron la antigua estructura del casco urbano.

En relación a las primeras décadas del siglo XX, la historiografía social y política del Perú considera al gobierno de Augusto B. Leguía (1919-1930) como un hito que marca el fin de la llamada República Aristocrática y el inicio de la modernización capitalista de la sociedad peruana. Sin embargo, como señala W. Ludeña (2002: 53), el tránsito de una etapa a otra no significó un cambio profundo en la esfera de la acción urbanística, en particular acerca de la idea de ciudad, que estuvo a la base tanto del urbanismo oligárquico como del discurso urbanístico de la administración Leguía.

La ciudad muestra en su morfología símbolos de una modernidad capitalista dependiente, y a la vez en la escena urbana se desencadena un proceso caótico de urbanización, que atrae en la segunda década del siglo XX los primeros contingentes de la migración campo-ciudad. A inicios del mencionado siglo se establecen tendencias en la dinámica urbana que no presentan cambios notables en las décadas posteriores, entre ellas destaca la consolidación del centralismo limeño. Durante este período de la historia republicana, se renueva la antigua estructura de Lima que se habían mantenido prácticamente sin alteraciones significativas por más de trescientos años. En este contexto, el desarrollo urbano de la ciudad mantendrá ciertos patrones básicos aproximadamente hasta mediados del siglo XX.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta mediados de los años 1960, las mayores economías latinoamericanas mostraron relativa prosperidad, caracterizada por un crecimiento industrial por sustitución de importaciones, con una sostenida urbanización que supuestamente ampliaba los mercados de consumo. Las sociedades latinoamericanas en proceso de industrialización eran también consideradas como exponentes de la teoría clásica de modernización en la concepción del desarrollismo económico y la sociología funcionalista. Sin embargo, estas sociedades padecían profundas distorsiones en comparación con exitosas experiencias de modernización en Europa, Norteamérica y otras partes del mundo (P. Hauser, 1967). Entre otros aspectos, la frágil industrialización no había precedido sino más bien seguido a la urbanización latinoamericana, asimismo buena parte del excedente de población improductiva en las ciudades habitaba en barriadas, dependiendo de la economía informal.

En la segunda posguerra el término urbanismo es sustituido por los vocablos “planificación” o “planeamiento”, este tránsito epistemológico manifiesta también el desplazamiento de los centros de influencia desde donde era importada la modernidad: de Europa a Estados Unidos.

Desde el enfoque de la planificación se produce una renovación técnica, procedimental e institucional. Las principales influencias foráneas en América Latina de la posguerra transitaban del academicismo al modernismo funcionalista del CIAM, el cual sirvió al objetivo progresista de regímenes latinoamericanos, tanto democráticos como dictatoriales. El legado del CIAM se extendió en diversas capitales latinoamericanas durante los años 1940, a través de la intervención de algunos de sus representantes como consultores o consejeros de los nuevos organismos de planificación (A. Almandoz 2007: 71).

2.2 La modernidad y el proyecto urbano de los *company towns*

A fines del siglo XIX se desarrollaron los primeros referentes arquitectónicos y urbanísticos modernos en el Perú y se localizaron fuera de Lima. Nos referimos a la construcción de los ferrocarriles, la construcción y/o modernización de algunos puertos y la emergencia de los primeros enclaves de explotación agroindustrial, minera y petrolera que incorporaron símbolos de la modernidad capitalista en términos edilicios y productivos. Estas últimas instalaciones desde una concepción urbanística y administrativa se denominan *company towns* (*campamentos*) o ciudades-empresa (E. Aragón 2003: 70). En la historia del urbanismo los *company towns* se instalan como una manufactura urbana organizada por un proyecto de ingeniería y arquitectura que formaliza y distribuye las edificaciones del área industrial, los equipamientos y la residencia, en un conjunto que alcanza una organización física, productiva y social. (E. Garcés 2003:132)

Al terminar la guerra con Chile (1879-1883), el país atraviesa una grave crisis económica, el proceso de reconstrucción nacional fue impulsado por un ciclo de expansión económica que tuvo como soporte la explotación minera y agroindustrial (azúcar y algodón) orientadas a la exportación. Este período histórico es considerado un momento de grandes cambios y transformaciones políticas, económicas y sociales en la historia del Perú republicano. Al igual que lo sucedido en otros países latinoamericanos, se vincula con la incorporación de sus

economías al mercado mundial, el proceso de industrialización, el crecimiento de las ciudades y, en el plano de las ideas al predominio del positivismo²².

Este período de crecimiento de la economía peruana corresponde con un ciclo de desarrollo notable del capital comercial europeo, interesado en la explotación de materias primas para proveer su proceso de industrialización y atender las demandas de la población. Para tal fin se constituyeron en varios países de África, Asia y América, donde existían inversiones de capital inglés básicamente, enclaves productivos y de residencia con un alto nivel de autonomía respecto al control estatal del país donde se instalaban.

Estos proyectos urbanos aparecen como una solución a la demanda del capital para concentrar en un lugar determinado: mano de obra, materia prima y maquinaria, con el fin de incrementar la generación del excedente. Los *company towns* constituyen morfologías urbanas que son prácticamente propiedad privada de la empresa que explota el recurso natural, actividad que justifica el asentamiento. Según E. Aragón (2003:70) son centros urbanos construidos y regulados por la lógica capitalista de rentabilidad y eficacia, donde se implantan avances tecnológicos de vanguardia. La autonomía que presentaban estos *campamentos* los convertían en “territorios de excepción” (De Chené, A. 1969: 4) en donde el Estado no tenía mayor injerencia, sin embargo debido a la importancia en la economía nacional del sector agro-minero exportador, su existencia tenía impacto en el conjunto del país. En estos lugares se plasma una propuesta importante del urbanismo peruano, que contiene ideas novedosas de ordenamiento territorial y por lo tanto una propuesta urbano moderna. Por ello nuestro interés de estudiar la problemática de la modernidad en estos espacios urbanos, y sus repercusiones en las formas de sociabilidad de los actores sociales que construyen la realidad social.

Hemos seleccionado como referentes empíricos la ciudad petrolera de Talara controlada por la Internacional Petroleum Company, y la ciudad minera de La Oroya bajo el control de la Cerro de Pasco Cooper Corporation. Se trata de dos casos de *campamentos*, instalados en contextos distintos al interior del país, cada uno con características particulares, intentaremos rescatar los rasgos comunes y las diferencias existentes entre ellos. Abordamos el estudio de

²² Al respecto existe un consenso, entre importantes historiadores peruanos, al considerar este período como un hito histórico. Ver Jorge Basadre (2005: 147), Ernesto Yepes (1992), Manuel Burga y Alberto Flores Galindo (1987), Thorp y Bertram (1985).

estos complejos productivos y residenciales, desde el punto de vista de su concepción moderna en relación a su estructura y significado urbanístico expresado en la dinámica sociocultural de su población.

Los componentes de la modernidad se presentan en estos espacios sociales de manera contradictoria y desigual, en los cuales los cruces socioculturales hacen posible una mezcla entre lo tradicional y lo moderno. Si consideramos por ejemplo, que la mano de obra que trabajó y vivió en estos lugares era en su mayoría de origen campesino. El problema no reside en que los *campamentos* constituyan una innovación trunca, sino que se trata de ver, como señala N. García Canclini (2013: 41), cómo se transforman las relaciones entre tradición, modernismo cultural y modernización socioeconómica.

Desde la perspectiva de la construcción social del espacio urbano, pretendemos conocer si los *campamentos* representan una construcción moderna. Es decir, intentamos reflexionar sobre el significado de los conceptos del lenguaje moderno expresado en el diseño de estas formas urbanas. Estos planes urbanísticos imaginan una ciudad ideal donde supuestamente el ordenamiento urbanístico y el ordenamiento social se identifican entre sí. Para entender esta problemática recuperamos la perspectiva de M. Berman (1988:73) quien plantea la doble dimensión de la modernidad: *“una referida a la modernización material y la otra a su lado subjetivo, es decir, la experiencia y la interpretación del mundo en nuestro interior”*.

Estamos frente a una transformación urbanística modernizante, donde primó un proyecto controlista de orden y disciplina guiado por el ideal del progreso. La experiencia de los *campamentos* manifiesta, en países como el nuestro, el carácter contradictorio de la modernidad que se da en medio de anacronismos como el de las desigualdades, la no participación, los límites impuestos a la libertad. La historia del urbanismo registra a los *campamentos* como un modelo del nivel de progreso en el país, en la medida que la concepción urbanística y la tecnología incorporada en la actividad productiva es vista para la época como un avance significativo en comparación a otras áreas urbanas.

Tal como indica T. Rojo (1981: 3) no son similares los procesos de urbanización surgidos en relación a industrias vinculadas a fuentes de energía y materias primas, y por lo tanto alejadas de asentamientos existentes, que aquellos en los que el desarrollo urbano resultante proviene

de la penetración de industrias en ciudades ya existentes. En el primer caso, se trata de *campamentos* conocidos también como “ciudades-empresa”, en los cuales la división del trabajo al interior de la empresa determina la estructuración social del espacio de habitación; mientras que en el segundo caso se puede hablar de “ciudades y metrópolis proletarias”, como lugares de mayor permeabilidad y elasticidad social, donde se escenifica la superposición de espacios históricamente constituidos. Las diferencias entre ambos tipos no son sólo de complejidad funcional sino también de posibilidades de reapropiación social y política del espacio por la población. Las “ciudades-empresa” son fundadas sobre la base de una trama planificada sistemáticamente, impuesta en el paisaje natural. Para su localización y construcción se hacían proyecciones acerca de su población y el tamaño y número de las parcelas edificables, la trama puede ser considerada como un principio que rige el uso ordenado del suelo. Sin embargo, este marco preconcebido no excluye una dinámica social que se reapropia de él y le da un contenido particular.

La experiencia vital de la población que se afinsa en estos lugares, tiene como base un escenario urbano con las características antes señaladas, en el cual se desarrolla un proceso de reestructuración e integración de los actores sociales frente a las condiciones del medio urbano, éstas van siendo adecuadas por los protagonistas de esta experiencia de acuerdo a su propia percepción del contexto en el que viven.

En el Perú la instalación de la inversión extranjera en determinados lugares como La Oroya y Talara, para la explotación de recursos mineros y petroleros, dio paso a la creación de *campamentos* que constituyeron centros residenciales relacionados de manera espacial con la localización de actividades industriales. En estos sitios el ejercicio de cierta disciplina, la introducción de la ordenación jerárquica y segregada en el diseño urbano, se inspira en un modelo funcional acorde con el control social que la empresa trata de ejercer sobre la fuerza laboral residente. En la ciudad-empresa se intenta un proceso de racionalización del conjunto de la vida individual y colectiva, que es, según M. Weber (1971), característico de la modernidad. De tal forma que se generan reacciones complejas frente a lo nuevo, que combinan formas de adaptación y estrategias de resistencia, produciéndose una racionalización que es resultado de una experiencia particular. Ello ilustra en este caso lo que ocurre en países como el nuestro frente a la experiencia de la modernidad.

De acuerdo al nivel técnico y salarial los trabajadores ocupan con su familia, un tipo de vivienda homogénea entre niveles similares, y diferente entre niveles jerárquicamente distintos. En los campamentos diseñados desde una concepción moderna, si bien se da cierta segregación social en la ocupación del espacio, también se propicia una mayor flexibilidad para la movilidad y el encuentro social en espacios públicos como plazas, parques, centros recreativos etc. La estructura del diseño de los *campamentos* permite una calibrada distribución de elementos y diferenciación de zonas de residencia orientada a regular y ordenar el comportamiento y estilo de vida de la población que habita en el lugar. En este sentido, en el contexto de una organización funcional del espacio, los actores sociales que comparten la vida cotidiana manifiestan actitudes de adaptación y/o adecuación al control social puesto en práctica por la empresa, en la medida que resulta conveniente para ellos tomar en cuenta las reglas de juego establecidas por aquella para garantizar su permanencia en la ciudad-empresa, lo que no implicaba necesariamente dejar de lado sus propias pautas culturales.

La gente que habitaba en los *campamentos* se diferenciaba del resto de pobladores de la región donde éstos se ubicaban. Constituía un grupo humano que disponía de vivienda, servicios de educación y salud para sus familias proporcionados por la empresa, para garantizar su presencia en la zona como mano de obra. Sin perder de vista que ciertas condiciones de vida, como por ejemplo los servicios relacionados a la salud y educación habían sido logrados como resultado de la presión gremial y social ejercida sobre la empresa para mejorar la calidad de vida. Es decir, entre estos pobladores se construían identidades que tenían como eje su condición de trabajadores y habitantes de los *campamentos*, proceso de particular complejidad que será analizado más adelante.

El proceso de modernización que se desarrolla en América Latina en la segunda mitad del siglo XX es el marco de referencia de la transformación que experimentan los *company towns*, que conduce a la superación del esquema que obligaba a la prestación de servicios para sus habitantes (trabajadores y familias). En algunos casos las ciudades-empresa evolucionan a ciudades abiertas; en otros el *company town* toma dos direcciones, según E. Garcés (2003: 148): una, la villa u hotel para el alojamiento, relacionado a la actividad industrial, pero a una cierta distancia, organizando el trabajo en un sistema de turnos; y dos, condominios para las

familias de los trabajadores: obreros, empleados, técnicos, ejecutivos, en una ciudad vecina. A fines del siglo XX, la villa minera y el hotel minero terminan reemplazando a la ciudad minera. Se produce un reacomodo en la vida cotidiana y específicamente en las relaciones laborales que se desarrollan en estos asentamientos. En el caso peruano a partir de 1968, debido a la nacionalización de la minería y la industria petrolera, se da paso a cambios fundamentales en la experiencia urbana de los campamentos.

2.3 Concepción arquitectónica y urbanística de los *company towns* y su relación con el espacio social.

El diseño arquitectónico y urbanístico representa el intento de plasmar la imagen de un medio ambiente ideal o de hacer congruentes un medio ambiente ideal y otro real. Cualquier artefacto que resulte de esta experiencia, puede ser la planificación de una ciudad nueva o una zona peatonal moderna, implica elegir determinadas alternativas. Por consiguiente el diseño involucra decisiones humanas, y la forma específica que resulta de este proceso requiere un proceso de gestión.

Los lugares urbanos pertenecientes a distintos grupos sociales tienen significado, simbolizan e indican una identidad social, por lo tanto no son meros receptáculos de actividad. En arquitectura, como señala A. Rapoport (1978: 15), por ejemplo, esto nos conduce a diferenciar entre una ventana como artefacto de ventilación (en algunas culturas de luz) y como medio de comunicación con la calle y con otros edificios. En el contexto urbano podemos distinguir entre una zona verde como espacio abierto y público o como indicador de un status social; una casa como lugar habitable, o como símbolo de identificación del status social; una calle como espacio de paso o como lugar para vivir.

De tal manera que la dimensión sociológica del espacio depende del hecho de que éste sea objeto de representaciones colectivas particulares susceptibles de variar con las culturas, las clases sociales o incluso los grupos sociales. Por lo demás, está socialmente generado y como tal influye sobre las interacciones sociales. El espacio, según R. Ledrut (1974:13), no es una proyección sino una expresión de la realidad de las relaciones sociales. La disposición del espacio, incluso cuando nos parece anárquico o desordenado, traduce una concepción de la vida en sociedad y por lo tanto de las relaciones sociales. Cargado de significado social, el

espacio se convierte en una dimensión susceptible de ser tomada en consideración en la explicación de los fenómenos sociales.

A través de sus instituciones la sociedad define los espacios asignándoles significados específicos: lugares sagrados, lugares profanos; lugares privados, lugares públicos; lugares de trabajo, lugares de ocio etcétera. Estas consideraciones sobre la disposición del espacio y las prácticas que se desarrollan en ellos revelan que si bien efectivamente los “productores” del espacio y de su disposición, arquitectos y empresarios de la construcción, cada uno con su lógica, estética y funcional para unos, comercial para los otros, determinan los usos del espacio, éste puede ser objeto de una recreación por los habitantes que refleja un sentido de pertenencia y asimismo muestra la manera cómo se apropian del espacio a partir de sus códigos culturales.

En el caso del diseño de los *campamentos*, éstos son concebidos como espacios cerrados, se trata de garantizar la vigilancia, la mirada del que controla es eficaz cuando abarca un campo limitado. Según Foucault (2009:144) la fábrica “*se parece explícitamente a la fortaleza, a una ciudad cerrada*”. La empresa que controla el campamento saca un ventajoso partido del encierro: reúne a los trabajadores en un mismo espacio industrial con el fin de controlar, por un lado mejor su proceso de producción, y por otro someterlos a su propia disciplina. El reagrupamiento geográfico de las viviendas de los trabajadores alrededor del centro de producción responde a una preocupación paternalista, ya no tanto de vigilar en efecto al personal, como de hacer sentir la coacción de una vigilancia permanente sobre éste. Estas consideraciones sociológicas sobre estos espacios cerrados, ponen en evidencia las cuestiones de poder y de autoridad, pero no deben hacernos perder de vista la dimensión simbólica de un territorio destinado a controlar la vida privada de los individuos.

Los *campamentos* en zonas mineras y petroleras revelan una concepción moderna, en la cual la organización social del espacio configura un intento reflexivo del hombre conducente a dominar las formas espaciales de la existencia colectiva. La actividad colectiva de integración y orden se muestra de manera más consciente y sistemática; es decir, más “racionalizada”. El espacio urbano en los *campamentos* se define por la segregación de usos, la distribución de los sectores sociales en áreas funcionales y diferenciadas. Por consiguiente se ubica a los

habitantes en áreas específicas, de acuerdo al lugar que ocupan en la jerarquía empresarial, como un indicador de status socio-económico (E. Aranda 1998: 79).

La morfología de estas ciudades-empresa manifiesta componentes que son parte de la “lógica campamental”:

- La construcción de un espacio nuevo, ordenado y regulado.
- La educación de los inmigrantes, a los que se les inculca una disciplina basada en el orden y en el trabajo
- La selección y la promoción del personal, destacando el criterio de eficiencia.

Se instala un sistema urbano moderno con una forma específica de organización espacial, a nivel estructural y en relación a la vida cotidiana, de tal manera que los valores dominantes en este espacio social: eficacia y productividad, no han de ser asumidos solamente por la empresa y sus trabajadores, sino por el conjunto de la población residente. Se recrean los códigos culturales propios, desarrollándose formas de sociabilidad que expresan una suerte de adaptación conveniente frente a la influencia cultural que ejercen las empresas extranjeras que controlan los campamentos. Con el fin de comprender el proceso de adaptación de los migrantes (campesinos, artesanos) a la nueva experiencia laboral y urbana en estos lugares, tomaremos en cuenta más adelante cómo ellos redimensionan los elementos de su tradición cultural, lo que los lleva a consentir ciertas reglas de juego impuestas por las compañías para resguardar su permanencia en el trabajo y por lo tanto su residencia en estos centros urbanos.

Si bien la experiencia de La Oroya y Talara corresponden a nivel general a otros casos similares de campamentos mineros y petroleros en América Latina, es conveniente precisar que tratamos de explicar cómo una forma particular de organización del espacio urbano por las empresas extranjeras (Cerro de Pasco Cooper Corporation e Internacional Petroleum Company respectivamente) procura implantar condiciones singulares en el modo de vida, mientras se va generando una adecuación al cambio entre la población. Hay que considerar que esta experiencia se desarrolla en el contexto del proyecto de modernización del Perú que se lleva a cabo en la posguerra (después de 1945), en el cual se procede a la aplicación fallida del modelo de desarrollo de industrialización por sustitución de importaciones.

Los elementos ideológico-morfológicos de la estructura urbanística de los campamentos corresponden a la concepción funcionalista del urbanismo que se consolidará después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el modernismo de los CIAM, como hemos señalado anteriormente, hará sentir su influencia en la modernización urbanística de América Latina. La década de 1940 representa, según W. Ludeña (2003: 168) un periodo fundacional para el urbanismo peruano y la instauración de los ideales del Movimiento Moderno en este ámbito, desde el punto de vista institucional, normativo y de formación profesional²³

El diseño arquitectónico y urbanístico de los campamentos puede ser considerado una versión local de la influencia de los modelos de análisis y acción del urbanismo de la Carta de Atenas. El sustrato teórico y práctico del Movimiento Moderno (en arquitectura y urbanismo) fue difundido en el Perú, según J.C. Huapaya (2014: 185), bajo la tutela de colectivos como la Agrupación Espacio²⁴, y destacados profesionales como el arquitecto Fernando Belaunde Terry y el urbanista Luis Dorich que contribuyeron a institucionalizar el urbanismo y el planeamiento urbano en el país. El racionalismo modernista y la planificación de la intervención en los proyectos de arquitectura y proyectos urbanos se convierten en el norte programático de estos nuevos reformadores.

Como hemos mencionado, la ordenación del espacio en los campamentos se basó en los principios de estructuración social que inspiraban el urbanismo moderno, lo que Murard y Zylberman (citados por L. Sanz 1981: 28) han denominado:

“Laboratorios para una sociedad disciplinaria las ciudades mineras rompen los lazos con las ciudades de la primera edad industrial y prefiguran el funcionalismo de las

²³Para la divulgación de las ideas sobre urbanismo y, posteriormente, sobre planeamiento urbano, fue decisiva la participación del urbanista Luis Dórich Torres, quien regresó al Perú a inicios de 1944, después de concluir un curso de posgrado en el *Massachusetts Institute of Technology* (MIT). Junto con él y con otros profesionales peruanos, el arquitecto Fernando Belaunde Terry decidió crear, en 1944, el Instituto de Urbanismo del Perú (IUP), institución privada dirigida a graduados en arquitectura e ingeniería civil, pionera en el ramo a nivel nacional y sudamericano (Huapaya, J.C. 2014). Asimismo en 1946 se crea la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo y la Corporación Nacional de la Vivienda. Cabe destacar que el urbanista Luis Dorich fue el encargado de dirigir el planeamiento urbano de Talara.

²⁴ La Agrupación Espacio (AE) integrada por arquitectos, artistas e intelectuales, surge tras la publicación de su manifiesto en mayo de 1947: “Expresión de Principios de la Agrupación”. Según López Soria (1997: 23) “*Vemos la AE como un semillero de modernidad en cuyos talleres se comienza a preparar parte de las categorías conceptuales, valores, claves ideológicas, actitudes, percepciones, etc. que informan las propuestas modernas en el Perú contemporáneo tanto en términos culturales, artísticos y urbanísticos como políticos e ideológicos*”.

ciudades de Le Corbusier (...). Al recorrer sus calles, enseguida se comprende que se está en una ciudad, no de placer, sino de trabajo”.

En la concepción modernizante de las ciudades empresa se propiciaba la segregación social acompañada por la segregación espacial, que tenía como referente la estratificación social dada por la jerarquía existente dentro de las empresas entre ejecutivos, empleados y obreros. En estos lugares se producía, en cierta forma, la unificación del trabajo y de la vida, al prolongarse las determinaciones de la acumulación capitalista en ámbitos de la vida cotidiana, es decir, todo giraba en torno a un principio de organización: la extracción de recursos mineros y petroleros.

De tal manera que se produce una articulación entre lo heredado y lo nuevo. Cada experiencia como el habitar en un determinado lugar y tipo de vivienda, la relación de trabajo, la relación familiar y los hábitos de consumo, entre otras, son componentes que caracterizan el estilo de vida. Estas vivencias son afectadas por determinantes estructurales, entre ellos: procedencias sociales, situación socio-profesional, ideología, biografía etcétera. Nos interesa dilucidar más adelante, los vínculos esenciales que existen en la relación: trabajo-modo de habitar, más vida cotidiana en el contexto de los campamentos concebidos como una morfología urbana modernizante.

Capítulo III

El proyecto urbano moderno de La Oroya, *company town* minero: 1940-1970

3.1 El proceso fundacional de La Oroya: de la ocupación al poblamiento

El sitio de emplazamiento de la ciudad está fragmentado por el paso del río Mantaro, y se encuentra limitado por cerros agrestes de fuertes pendientes. Se trata de un territorio angosto y sinuoso que debido a las pendientes pronunciadas de su suelo carece de zonas amplias, planas y continuas. San Jerónimo de La Oroya situado a 3,750 msnm (metros sobre el nivel del mar) es una ciudad de la sierra central del Perú, capital de la provincia de Yauli, departamento de Junín²⁵. En este lugar se instala un complejo industrial metalúrgico y campamentos con funciones urbanas, que no logran conciliar con el desarrollo de la función industrial dando lugar a un crecimiento urbano congestionado²⁶. La ubicación estratégica de La Oroya en el cruce de varios caminos importantes va a determinar sus potencialidades para su evolución futura.

²⁵ Consideramos como espacio físico de la “sierra central” los territorios de los departamentos de Junín, Pasco y parte de Huancavelica. Esta región se ubica a unos 300 kilómetros al oriente de Lima. Analizamos información referida a la ciudad minero-metalúrgica de La Oroya tomando en cuenta el valle del Mantaro como contexto de referencia.

²⁶ Al respecto diversos urbanistas coinciden en señalar que este lugar no es adecuado para servir de asiento a una ciudad.



Figura 1: Mapa de la provincia de Yauli (La Oroya), región Junín, Perú.

Recuperado de

<https://www.google.com.pe/search?hl=es&site=imghp&tbm=isch&source=hp&biw=1366&bih=667&q=mapa+de+la+oroya+peru&oq=mapa+de+la+oroya+peru&gs>

En el sitio donde se encuentra esta ciudad existió en tiempos antiguos alguna forma de ocupación, los vestigios pre-incas que existen en la cumbre de los cerros, son evidencia de una cierta organización social. Los hombres que ocuparon el lugar adaptaron su estancia a una geografía accidentada, lo que interesa destacar es la disposición de hábitat humano de la zona a pesar de sus complejas características físico-espaciales. Por su ubicación geográfica constituye un paso de la cordillera de los andes, que comunica a varios valles de los andes centrales y la costa. De tal forma que durante el incanato fue paso obligado para viajeros y chasquis hacia la región de Chinchaysuyo (C. Chuquimantari, 1992: 4). Los cronistas que hacen referencia a La Oroya, coinciden en sus testimonios al señalar que su toponimia está vinculada a la existencia de una especie de puente colgante hecho de sogas, que se utilizaba

desde la época prehispánica para trasladar personas y cargas en recipientes llamados “oroyas” que tenían forma de canasta para atravesar de una orilla a otra el río Mantaro.

La ubicación estratégica de La Oroya como paraje de encuentro de caminos desde la etapa prehispánica será reconocida en la Colonia, constituyéndose lugar de paso ineludible por la región central del virreinato del Perú en los recorridos entre Lima (capital del virreinato) y el valle del Mantaro. En esta época se aprovecha el sitio de La Oroya como encrucijada de grandes rutas de circulación y los pasos naturales de los ríos Mantaro y Yauli. Durante la Colonia, La Oroya fue lugar de tránsito obligado de los arrieros con sus piaras de llamas, era una “pascana” en el recorrido entre Jauja, Huancayo, Cerro de Pasco y Tarma. Probablemente, La Oroya era una zona de pastoreo y agricultura, siendo parte de su paisaje el sistema de trasbordo fluvial (oroya) y algunas chozas dispersas, cercanas a la fuente de agua, que servían como refugio eventual a las personas que transitaban por la zona. El surgimiento de las minas de Cerro de Pasco en la época favoreció el tráfico por esta ruta de los Andes, para trasladar los minerales hacia Lima, al puerto del Callao.

En la sierra central donde se ubica La Oroya, la minería es una actividad que tiene una larga trayectoria histórica. En esta región desde la Colonia, las ciudades de Cerro de Pasco y Huancavelica fueron centros mineros muy importantes, la primera destacó por la producción de plata y la segunda como reserva de mercurio²⁷. La minería de Cerro de Pasco alcanza apogeo a fines del siglo XVIII, debido al agotamiento de las vetas de plata del “Cerro Rico” de Potosí que era el más importante complejo minero de la época colonial²⁸.

Después de las guerras de independencia, durante las primeras décadas del siglo XIX, que corresponden al inicio de la República, la actividad minera prácticamente colapsó. A partir de 1840, el guano de las islas reemplazó a la minería como fuente principal de ingresos fiscales para el país, pero solamente fue una actividad transitoria que no alcanzó conformar un circuito

²⁷ Sobre Cerro de Pasco ver Carlos Sempat Assadourian, Heraclio Bonilla, Antonio Mitre y Tristan Platt, *Minería y espacio económico en los Andes, siglo XVI- XX*, Lima, 1980. Para el caso de Huancavelica, Carlos Contreras, *La ciudad del mercurio, Huancavelica, 1570-1700*, Lima, IEP, 1982.

²⁸ La importancia que adquirió la minería de Cerro de Pasco durante las últimas décadas del período colonial es estudiada por Jhon Fisher. *Minas, mineros en el Perú colonial, 1776-1824*. Lima, IEP, 1977.

económico interno a diferencia de la minería de los Andes en la colonia²⁹. En la segunda mitad del siglo XIX, en la sierra central la explotación de las minas era desarrollada por un grupo de familias propietarias, con un bajo nivel de capitalización, atraso tecnológico en la explotación de los socavones y sin apoyo estatal a su actividad productiva. En los últimos años del siglo XIX, se instalan en la zona algunas compañías mineras de capitales nacionales o extranjeros que buscan fusionar las dispersas propiedades mineras, comprando las concesiones de las familias mineras o asociándose con ellas para constituir nuevas empresas (R. Pajuelo 2005:14).

El científico y viajero suizo Johan Jakob Von Tschudi en su obra *Testimonio del Perú 1838 - 1842* (1966: 234, 236-237) relata que conoció La Oroya entre 1841-1842, indicando la siguiente ubicación: “*está sobre la ribera izquierda del río que lleva el mismo nombre, unido por la ribera derecha, por donde pasa el camino, con un gran puente colgante (puente de soga) (...). El pueblo está en una ladera a un cuarto de hora del puente (...) se compone de unas cincuenta chozas ruines, dispersas, habitadas por indios paupérrimos, unos cientos de indios*”. Es probable que el pueblo al que se refiere sea la actual Oroya Antigua. Asimismo señala que: “*en la orilla derecha cerca del puente de La Oroya queda un tambo bastante limpio en el cual vive el puentero que vigila el tránsito y cobra los derechos respectivos*”. Con el paso del tiempo el área donde se ubicaba el tambo sería ocupada por La Oroya Nueva. Hasta entonces el pueblo, el puente y el tambo son los elementos que caracterizan este sitio.

Durante la primera mitad del siglo XIX, La Oroya no era un asiento importante de población, más adelante va a experimentar la introducción de un nuevo elemento en su paisaje: el ferrocarril. Al respecto Antonio Raimondi³⁰, quien recorrió el Perú aproximadamente entre 1855 y 1870, en uno de sus viajes al llegar a La Oroya señala lo siguiente: “*bajo enseguida al triste pueblo de La Oroya, cuyo nombre se ha hecho célebre por estar ligado a la más grandiosa obra del Perú, el ferrocarril trasandino*” (Raimondi, A. 1929: 142). Cuando el

²⁹ Carlos Sempat Assadourian. *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*. Lima, IEP, 1982.

³⁰ La obra del sabio italiano Antonio Raimondi constituyó un importante aporte científico para las futuras exploraciones mineras. Destacan el inventario de recursos minerales del Perú: *Minerales del Perú o catálogo razonado de una colección que representa los principales tipos minerales de la República* (1878) y, en relación a la sierra central del Perú publica: *Memorias sobre el Cerro de Pasco y las montañas de Chanchamayo* (1885).

Estado peruano promueve la política ferroviaria a fines del siglo XIX y principios del siglo XX se pondría en valor la característica dominante de La Oroya como sitio de confluencia de importantes vías nacionales de tránsito. Primero, el ferrocarril Central del Perú y luego el ferrocarril a Cerro de Pasco convierten La Oroya en lugar de enlace de ambas vías férreas.

El proyecto del ferrocarril Central fue interrumpido debido a la falta de financiamiento y a la Guerra del Pacífico (1879-1883), y se reanuda en 1890, llegando la línea a La Oroya en 1893³¹. Se crea entonces el distrito de La Oroya (Ley N°682 del 15 de noviembre de 1893) como parte de la provincia de Tarma. En 1907 se terminó la construcción del tramo La Oroya – Huancayo. Con la construcción del ferrocarril a Cerro de Pasco, desde inicios del siglo XX, La Oroya se convierte en el centro ferroviario que controla todo el tráfico de la región central del Perú. La construcción de esta vía se inicia en 1902, llegando el primer tren de Cerro de Pasco a La Oroya el 28 de julio de 1904. Al constituirse en estación principal de los ferrocarriles, la vida comunal en La Oroya se dinamizó, inaugurándose en 1906 el edificio del Municipio, y el 10 de diciembre de 1906 se creó la provincia de Yauli (Ley n° 459), dividiéndose la antigua provincia de Tarma, pasando el distrito de La Oroya a formar parte de la nueva provincia (H. Bastos 1991: 5). Sin embargo en esa época La Oroya no es un asentamiento de población destacado en la zona, tal como testimonia el ingeniero Enrique Gamero A. en sus notas de trabajo de campo llevado a cabo en 1916: *“La Oroya considerada como población es un lugar de poca importancia, y puede decirse que lo único que le da vida es que sirve como punto de reunión de los ferrocarriles de Lima, Cerro de Pasco y Huancayo (...)*³².

Un hito en la historia minera de la sierra central fue la modernización de los procesos tecnológicos para producir a gran escala con la instalación de la empresa norteamericana Cerro de Pasco Corporation, que inició sus operaciones en 1902³³. La permanencia de la

³¹El Ferrocarril Central fue una proeza de la ingeniería mundial en esa época. La construcción del ferrocarril duró aproximadamente 40 años: comenzó en 1870 y culminó en 1908 (T. Hampe Martínez 2010: 86)

³²Notas de trabajo de campo de Enrique Gamero A. *“Ferrocarriles y puentes. Algunas informaciones interesantes sobre el ferrocarril del Callao a La Oroya”*. Alumno del 5° año de la Sección de Construcciones Civiles, 1916. Boletín de Minas, Industria y Construcciones. Serie II, tomo X, 31 de marzo 1918, p. 9.

³³La empresa se funda con el nombre Cerro de Pasco Investment Co. (1902), después de una reorganización en 1908 pasó a denominarse Cerro de Pasco Cooper Company, y desde 1915 Cerro de Pasco Cooper Corporation.

mencionada empresa en esta región se prolongó por más de siete décadas, entre 1902 y 1974, período en el cual ejerce un control hegemónico de la economía regional, al monopolizar la explotación minera e incursionar en sectores estratégicos, tales como la industria metalúrgica, el transporte ferroviario y la ganadería (R. Pajuelo, 2005: 15). Debido a la cercanía de yacimientos mineros y por ser cruce de líneas férreas (ferrocarril Central y ferrocarril de Cerro de Pasco), La Oroya fue elegida por la Cerro de Pasco Corporation para iniciar, en la segunda mitad de la década de 1910, la construcción de la fundición y las refinerías, concluyendo en 1922 la instalación de este equipamiento industrial, especialmente diseñado para procesar el mineral poli-metálico típico de los Andes centrales (D. Kruijt y M. Vellinga, 1983). La puesta en funcionamiento de este centro minero-metalúrgico impulsa el crecimiento urbano de La Oroya constituyéndose en una de las ciudades industriales más importante del Perú.

A grandes rasgos la conformación físico-urbana de la ciudad comprende, a lo largo de su devenir histórico, dos formas de asentamiento: una aldea cuya base económica fue la ganadería y la agricultura, sobre la cual se superpone una ciudad industrial metalúrgica. La instalación del complejo metalúrgico contribuye a perfilar la fisonomía de la ciudad, como un asentamiento cuya característica principal es el contraste y la diversidad (Amaro y Santos 1975: 6). Como parte del proceso de consolidación urbana se traslada la capital de la provincia de Yauli a La Oroya, durante el gobierno de Augusto B. Leguía (Ley N° 5216 del 9 de octubre de 1925). En el contexto de este proceso urbano, la Cerro de Pasco Corporation cedió algunos locales de su propiedad para que fueran sede de diversas oficinas públicas, asimismo se pone en funcionamiento el campamento Club Peruano en julio de 1925. En 1927 se crea el Departamento de Investigaciones Metalúrgicas, y en 1930 empieza a funcionar el hotel Junín. Es entonces que la estructura urbana de La Oroya Nueva queda definida (H. Bastos 1991:10).

En 1951, cambia por última vez de denominación: Cerro de Pasco Corporation. En este estudio haremos referencia a este último nombre para mencionar a dicha empresa a lo largo de su trayectoria histórica (R. Pajuelo 2005:15)

Durante el gobierno de Augusto B. Leguía (1919-1930) se inicia la construcción de importantes carreteras para lograr la integración vial del país, una de ellas fue la carretera central que empieza su construcción en 1924³⁴. Tanto la vía férrea como la carretera central constituyen referentes destacados de la infraestructura que caracteriza el proceso de modernización de la sierra central. En este contexto, La Oroya que era una estación principal del ferrocarril, además va a ser conectada en un solo tramo a Lima y a la costa a través de red vial central. El ferrocarril de la sierra central desde 1893 había integrado a La Oroya al circuito de la economía regional. De tal forma que la construcción de la carretera central mejora el transporte y confirma la importancia de este lugar como punto de encuentro de diferentes rutas del país. A la vez la innovación en el proceso de fundición amplió la escala de operaciones, impulsando el proceso de urbanización en este centro minero-metalúrgico.

La instalación de la Cerro de Pasco Corporation en la sierra central, a inicios del siglo XX, marca un antes y después en la historia regional y en la actividad minera en particular. La evolución urbana de La Oroya está vinculada a la extracción e industrialización de minerales, y al comercio. La compañía Peruvian Corporation Limited (importadora de materiales de uso ferroviario) y Mercantil La Oroya (comercio) fueron las primeras empresas en establecerse en esta ciudad. El proceso de cambio de este centro poblado rural a urbano fue rápida y desordenada, particularmente en la parte baja de La Oroya Antigua, el medio rural fue perdiendo importancia debido a la expansión del comercio, y las actividades rurales se van a desarrollar en la periferia (Long y Roberts, 2001).

Como hemos señalado contribuyen a la modernización de la sierra central: el ferrocarril, la instalación de Cerro de Pasco Corporation y la carretera central. Si relacionamos el impacto de la compañía minera en esta región, con la experiencia de las grandes haciendas azucareras y el desarrollo de la explotación petrolera en la costa norte, observamos que el inicio del desarrollo capitalista moderno en nuestro país estuvo ligado a la expansión del capital

³⁴Se trata de una carretera de penetración transversal, cuyo recorrido en gran parte va paralelo al río Rímac, conecta la costa con el valle del Mantaro y la selva central, además de las ciudades de Huancayo y Huancavelica. Su punto más alto, a 4.818 m.s.n.m., es Ticlio o abra Anticona, nombre de uno de los tres nevados que se encuentran en ese lugar. Desde Lima la carretera consta de un sólo tramo hasta la ciudad de La Oroya, donde se encuentra actualmente el Intercambio Vial Repartición. Recuperado de <http://www.proviasnac.gob.pe/>

extranjero. En los casos mencionados, debido al tipo de empresas agrícolas, mineras y petroleras y a la forma de explotación que éstas aplican, el capitalismo asume la modalidad de “enclave” dependiente de la acumulación externa e internamente fragmentado (H. Bonilla 1974: p.24). Sin embargo algunos autores como P. Drinot. (2003: 248) relativizan la existencia de una economía de enclave en la sierra central peruana, porque consideran que la CPC estableció enlaces con la economía regional, constituyéndose redes comerciales y de transporte, además, según el mencionado autor, se generó un proceso de diferenciación social que hizo posible la emergencia de una burguesía campesina local, y el desarrollo de una clase comerciante en Huancayo.

3.1.1 El proceso histórico de Cerro de Pasco Corporation en la sierra central

Dada la importancia de la empresa Cerro de Pasco Corporation en la dinámica socio-económica de la sierra central, destacando en particular el impacto de su actividad productiva en La Oroya, consideramos pertinente hacer referencia a la historia de esta compañía basándonos en el estudio de Dick Kruijt y Menno Vellinga³⁵, uno de los estudios más relevantes acerca de la minería de la sierra central durante el siglo XX. En la mencionada investigación se consideran cuatro etapas en la actividad productiva de la CPC: a) 1902-1920, etapa de formación y establecimiento, b) 1920-1950, etapa de consolidación gradual, c) 1950-1968, etapa de diversificación y formación de satélites y d) 1968-1974, últimos años de la compañía.

a) En la etapa de establecimiento que corresponde a las dos primeras décadas del siglo XX, la empresa compró las principales minas que eran propiedad de familias de la zona, concentrando la propiedad de los recursos mineros, asimismo controló el transporte por ferrocarril e inició la industria metalúrgica. El proceso de modernización de la actividad minera a gran escala tuvo un impacto significativo en la vida de la población del lugar, de origen campesino y caracterizada por compartir una cosmovisión andina. El cambio que trajo

³⁵Dick Kruijt y Menno Vellinga (1983). *Estado, clase obrera y empresa industrial. El caso de la minería peruana, 1900-1980*. México: Siglo XXI.

consigo la actividad minera suscita entre ellos un sentimiento de nostalgia en relación al tiempo anterior a la instalación de la compañía norteamericana³⁶.

Como hemos señalado, para efectuar el procesamiento industrial de los minerales extraídos en bruto, Cerro de Pasco Corporation decidió en la segunda mitad de la década de 1910, instalar una fundición en La Oroya, lugar elegido debido a su ubicación estratégica en relación a Lima³⁷. La Oroya hasta esa época era una pequeña aldea rural, donde se ubicaban instalaciones del ferrocarril central. Antes de la construcción del complejo metalúrgico no existía la ciudad industrial. El sitio del emplazamiento urbano ubicado a la derecha del río Mantaro, frente a las instalaciones de la fundición, era un espacio ocupado por algunas casas dispersas y chacras cercanas al puente que permitía cruzar el río Mantaro³⁸ (R. Pajuelo 2005: 16).

b) Etapa de consolidación gradual (1920–1950): la construcción de la planta metalúrgica demoró varios años, mientras tanto se procedió a reclutar fuerza laboral en los pueblos rurales de la región. Al iniciarse las operaciones de la fundición en 1922 se dio paso a un crecimiento urbano acelerado, en pocos años la población de La Oroya llegó a 25,000 habitantes, procedentes la mayoría de distintos lugares de la sierra central como: Cerro de Pasco, Huancayo, Jauja, Junín, Tarma entre otros. A la vez en La Oroya se despliega una importante actividad comercial, convirtiéndose en un lugar de atracción para la migración, destacando

³⁶ En las mulizas mineras, género musical propio de Cerro de Pasco, se expresa la memoria de un pasado feliz perdido. “Añoranzas” una de las mulizas más populares de Pablo Morales Paredes, en sus versos dice: “¿Dónde están aquellos tiempos/ de abundancia y bonanza / de la más dulce esperanza / que en el Cerro se acabó? / (...) / Pobre mineral del Cerro/ plagado del extranjero / que aparenta protegernos / con nuestro propio dinero. (En: César Pérez Arauco, *Cerro de Pasco, Historia del pueblo mártir del Perú (1941-1945)*. Tomo VIII, Lima: Ediciones El pueblo, 2004, p. 227). Citado por R. Pajuelo (2005).

³⁷La provincia de Yauli-La Oroya, creada en 1925, es una de las nueve que forman parte de la región Junín. Su territorio comprende 10 distritos, que se distribuyen en tres áreas: el área central que articula al conjunto provincial debido a su importancia económica, urbanística y territorial está compuesta por los distritos de La Oroya, Paccha, Santa Rosa de Sacco, Morococha y Yauli. En esta área se ubica el complejo metalúrgico de La Oroya, capital de la provincia y centro de la dinámica económica del resto de la provincia y de gran parte de la sierra central, además se encuentran diversas unidades de producción minera. La segunda zona comprende el extremo sur del territorio, y la tercera área de la provincia el extremo norte (R. Pajuelo 2005: 34)

³⁸El traslado de la fundición Smelter, que estaba localizada cerca de Cerro de Pasco, a La Oroya en 1922 cambio totalmente la vida de sus pobladores, iniciándose el desequilibrio ecológico (Kruijt y Vellinga, 1983)

entre los negocios instalados la Compañía Mercantil que ofrecía productos importados directamente de los Estados Unidos.

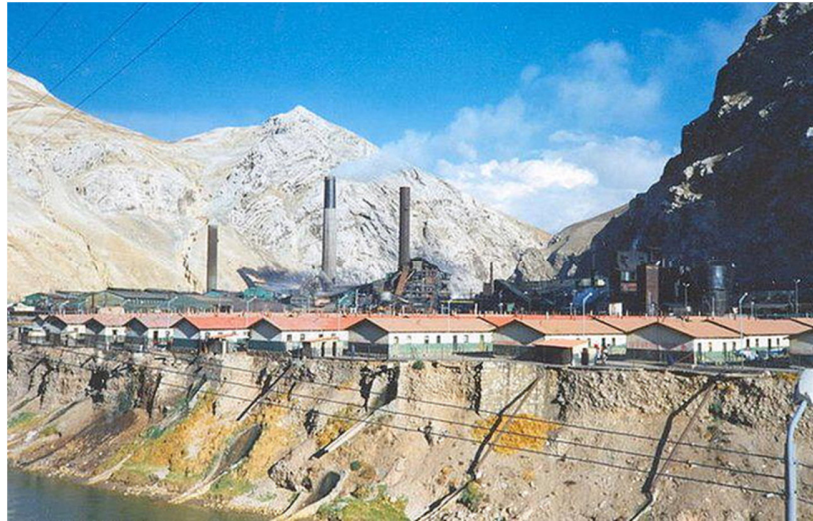


Figura 2: Complejo metalúrgico de La Oroya y campamento Club Peruano, 1950. Recuperado de <https://www.flickr.com/photos/lluquish/9721802778/in/set-72157635366077549>

La puesta en funcionamiento del complejo metalúrgico tuvo impacto en el desarrollo productivo de la empresa, hizo posible mejorar el procesamiento de los minerales extraídos de las diferentes minas de la región, y permitió diversificar la producción que hasta entonces estaba limitada al cobre. Así tenemos que se inicia la producción de plomo en 1928, y conforme va avanzando la modernización de los procesos tecnológicos, a mediados del siglo XX se llega a producir 22 tipos de metales (R. Pajuelo, 2005: 17).

El impulso de esta actividad industrial (metalúrgica) tuvo un efecto negativo en el medio ambiente de la región. Al contaminar las aguas (lagunas y ríos), el aire y las tierras ocasionó graves daños a la agricultura y ganadería, generando un impacto social negativo debido al deterioro de las escasas tierras de cultivo y la destrucción de los pastos. Las comunidades más cercanas a La Oroya, tales como Paccha, Sacco, Huaynacancha, Huay Huay y Huari, así como las haciendas Casaracra, Antahuarro, Quiulla y Tallapuquio lugares de residencia de la mayoría de la población de la zona, ubicadas en el entorno de la planta metalúrgica, fueron seriamente afectados por la contaminación producida por los humos vertidos por las enormes

chimeneas, también por el vaciado al río Mantaro de residuos ácidos generados en el proceso industrial.

Frente a las acciones legales interpuestas por los afectados, la Cerro de Pasco Corporation decide llevar a cabo un programa de compra de tierras a los propietarios, pagando precios por debajo del valor real. Se constituye la División Ganadera de la Cerro de Pasco encargada de administrar la extensa propiedad agraria de la Corporación, que logra concentrar la propiedad de las tierras agropecuarias de la región. Al conformar una considerable propiedad agraria, la empresa alcanza una situación ventajosa que se manifestó, entre otros aspectos, en el control de los conflictos con las comunidades y con los propietarios de las haciendas afectadas por la contaminación, el autoabastecimiento de los bienes necesarios para el consumo de sus trabajadores, y además el desarrollo de la actividad comercial basada en la venta de productos agropecuarios. Asimismo, contribuyó a la captación de una mano de obra disponible, constituida por los campesinos expulsados de las tierras de sus comunidades. Algunos estudiosos consideran que esta acción de la Corporación estaba orientada a despojar a los campesinos, agricultores locales de sus tierras, quienes se veían obligados a vender su fuerza de trabajo a la compañía (CIDA, 1966).

A partir de la década de 1920, con el funcionamiento del complejo metalúrgico, La Oroya comienza a poblarse. Antes de la instalación de la fundición, como hemos mencionado, este lugar era solamente un pequeño centro poblado conformado por un conjunto de casas instaladas alrededor de la estación del ferrocarril central, y donde había cierta actividad comercial. En el área conocida como La Oroya Antigua existían chacras y terrenos comunales. Mientras que la zona denominada La Oroya Nueva era un extenso y angosto valle que albergaba comunidades y algunas haciendas dedicadas a las actividades agropecuarias. Dada la ubicación de la zona sobre los 3,7500 m.s.n.m. las difíciles condiciones climáticas no favorecían el desarrollo de la agricultura, siendo ésta una actividad complementaria de la ganadería que era la principal actividad económica en el valle. Para desarrollar la producción agropecuaria, desde la década de 1940, la Corporación mejoró las condiciones ambientales, instalando una nueva tecnología que redujo el nivel de contaminación, particularmente el uso

de las maquinarias Cotrells. A su vez se mejoran las técnicas en la crianza y tratamiento del ganado.

c) Etapa de diversificación (1950-1968): la empresa amplió y diversificó sus actividades, creando empresas “satélites” en el Perú y el extranjero. En este contexto construye plantas hidroeléctricas, incursiona en nuevas operaciones mineras en provincias cercanas, y da paso al proceso de explotación a tajo abierto en Cerro de Pasco, que va a ocasionar la destrucción de un sector de la ciudad y el desarrollo de propuestas para su reubicación. Hay que considerar que la CPC además de invertir en la minería también lo hacía en otras actividades industriales, el comercio, las finanzas en el Perú y en otros países.

d) Etapa final (1968-1974): en 1968 la escena política nacional experimenta un cambio fundamental con el golpe de Estado realizado por el autodenominado Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, liderado por el General Juan Velasco Alvarado. A partir de entonces se inicia la última etapa de la empresa en el país, se abre un proceso de negociación para que el Estado asuma su control. Desde 1971 una nueva administración se encarga de preparar la venta. En 1969, al aplicarse la reforma agraria, las tierras de la División Ganadera fueron expropiadas, y en 1972 fue constituida la Comunidad Minera que hizo posible una mayor participación de los trabajadores en el reparto de utilidades de la empresa. Esta etapa se cierra con la nacionalización de Cerro de Pasco Corporation llevada a cabo el 1 de enero de 1974.

Cabe destacar que en el período que va desde la década de 1920 hasta la década del 60, la economía minera moderna ejerció una importante influencia sobre otras actividades económicas locales. Dentro de esta etapa hay acontecimientos relevantes que marcan su desarrollo: la depresión económica mundial de 1929-1932 y la Segunda Guerra Mundial 1939-1945. Ambos hechos afectaron la actividad minera, el primero provocó una significativa baja de la producción y despido de mano de obra, y el segundo ocasionó el congelamiento de los precios de los metales con el resultado de una baja rentabilidad para la minería y la escasez de productos importados; se intenta entonces que la economía nacional acceda a la industrialización por sustitución de importaciones. En la mencionada etapa la región de la

sierra central se encontraba plenamente integrada a la economía de exportación del Perú. Durante todo este período hasta 1960, el cobre, la plata, el plomo y el zinc estaban entre los principales productos de exportación del país en comparación con la exportación de petróleo que fue reduciéndose constantemente (Thorp y Bertram 1985:195).

Tabla 1: Composición de exportaciones por valor (porcentajes)³⁹

Años	Plata, cobre, plomo, zinc	Azúcar y algodón	Lana y café	Productos pesqueros	Petróleo	Otros
1920	12.0	72.0	2.0	-	5.0	9.0
1930	26.9	28.5	3.3	-	29.7	11.6
1940	25.4	28.2	5.2	-	24.8	16.4
1950	21.1	50.5	4.6	2.9	13.1	7.8
1960	36.4	27.8	5.9	11.5	4.1	14.3

Fuente: Thorp y Bertram, 1985: 45

En la minería peruana, La Oroya representa una ciudad emblemática, es el lugar de ubicación del complejo metalúrgico construido por Cerro de Pasco Corporation para procesar el mineral de sus propias minas y además el mineral que compraba a los productores independientes de la región. El territorio de la provincia de Yauli (La Oroya) ha desempeñado un rol articulador con el resto del país, a través de las vías de comunicación que la atraviesan: el ferrocarril y la carretera central, vinculadas estrechamente a las actividades mineras de importancia nacional.

³⁹ La producción de minerales estaba concentrada en la sierra central. En 1940, por ejemplo, Junín produjo el 89% del cobre, el 74% de la plata, el 86% del plomo y el 99% del zinc (*Extracto Estadístico*, 1941).

3.2 Configuración urbana y sociabilidad de hábitat en la vida cotidiana

3.2.1 La modernización⁴⁰ de la actividad minera y la formación de un mercado libre de mano de obra.

Nos interesa analizar las condiciones socio-económicas y culturales que caracterizan el devenir histórico a través del cual se forma un mercado libre de mano de obra en la actividad minera, y el proceso de transformación de los campesinos en proletariado minero. En relación a la época colonial, según Heraclio Bonilla (1974), destacan dos hechos: a) La población nativa durante casi toda la Colonia estuvo fundamentalmente concentrada en la sierra, donde funcionaron instituciones como la encomienda y la mita con cierta eficacia. En el caso de las haciendas de la costa, la fuerza laboral estaba integrada básicamente por esclavos negros traídos desde África. b) En la etapa colonial, los indios fueron incorporados primero al trabajo en las minas y, luego obligados a formar parte de la mano de obra en las haciendas de los Andes. La crisis colonial y las revueltas durante la guerra de la Independencia crearon las condiciones para la desorganización de la mano de obra. Situación que según H. Bonilla⁴¹ y otros autores va a mantenerse durante todo el siglo XIX e inclusive en las primeras décadas del siglo XX. Algunos de estos estudiosos hacen referencia a la “escasez” de mano de obra durante este período⁴².

El proceso de formación de la fuerza laboral en la minería de los andes centrales en el siglo XIX es analizado por C. Contreras (1987: 109-110), quien señala claras diferencias entre las dos fases principales del proceso productivo que son la extractiva y la metalúrgica. En la primera (extractiva) el uso de la mano de obra fue intensivo, los mineros al necesitar mayor cantidad de mano de obra y disponer de escaso capital pusieron en práctica el sistema de

⁴⁰Según N. Gagnon (citada por H. Urbano 1991:10) la palabra modernización designa el aumento de productividad por efecto de la innovación tecnológica. Se trata de operaciones que obedecen al principio de la racionalidad burocrática.

⁴¹En las haciendas del litoral la escasez de mano de obra fue más grave. El decreto de San Martín declarando la libertad de los hijos de esclavos; la manumisión de los esclavos, decretada por Castilla en 1854 contribuyeron a profundizar la crisis. La solución consistió en traer *coolíes chinos* que fueron empleados en la extracción del guano de las islas, en la construcción de ferrocarriles y como fuerza de trabajo en las haciendas de la costa, en condiciones de trabajo que evidenciaban una nueva forma de esclavitud (H. Bonilla 1974:21)

⁴²J. Martínez Alier en su libro *Los huacchilleros del Perú* (1973) señala la existencia de barreras institucionales a la movilidad de la mano de obra que explicarían la resistencia campesina a su proletarización.

trabajo al “partido” en el que se concedía parte de la producción al trabajador, y optaron por el empleo de fuerza laboral estacional con el propósito de disminuir el costo de los salarios. Mientras que en la fase metalúrgica⁴³ se hizo un uso intensivo del capital fijo para incorporar mayor valor agregado a la producción, se disponía de una mano de obra, con mayor nivel de calificación y con relativa fijación a la actividad productiva.

No hay que perder de vista la procedencia campesina de la fuerza laboral en la minería de la sierra central. De tal manera que hasta las primeras décadas del siglo XX, esta mano de obra realizaba por temporadas labores en los pastizales o las parcelas agrícolas que alternaban con el trabajo en las minas. Al respecto Alberto Flores-Galindo (1983: 32) señala:

“En la década de 1920, la situación dominante en la masa laboral parece ser de un proletariado transitorio. Estos hombres que iban sólo por un período de tiempo a las minas, lo hacían en función del campo o pensando volver al campo cuando mejorase su situación (...) Además constituía una fuerza laboral muy especial, que a la vuelta de unos pocos años se renovaba: estaba en permanente proceso de conformación. Frente a los mineros de esos años, estamos ante trabajadores muy jóvenes no sólo por la edad que tenían, sino también por su “record” en los campamentos”.

Se trata de dilucidar por qué en la actividad minera de la sierra central existió esta forma de relación laboral, que supuestamente limitaba su modernización, y por el otro lado, por qué los campesinos de las zonas mineras se incorporaron estacionalmente a dicha actividad. Al respecto se han dado a conocer diversos planteamientos que tratan de explicar la lenta y compleja generación de un mercado de trabajo libre en la región y el impacto que tuvo en las actividades rurales. Sobre el tema en cuestión C. Contreras (1987: 15) sostiene que el trabajo estacional hizo posible la protección de la salud de los mineros y por consiguiente de la oferta laboral a largo plazo, asimismo favoreció a la actividad minera en la medida que trasladó hacia la economía campesina buena parte de los costos de reproducción de la mano de obra. Por lo tanto era funcional para dicha actividad preservar la forma de producción campesina. Según C. Contreras, la minería fue la principal bisagra entre el sector “moderno” o de

⁴³Esta fase consistía en transformar los minerales en el metal precioso. En el siglo XIX, el trabajo se realizaba en “haciendas minerales” distantes a unas cuantas decenas de kilómetros de las minas y ubicadas en las riberas de los ríos a fin de aprovechar el agua (C. Contreras, 1987).

“economía hacia fuera” y el sector agrario tradicional de las economías andinas. Los ejes de la bisagra eran los mercados de bienes y de mano de obra. Las relaciones de interdependencia entre estas formas de producción hicieron posible que ninguna de ellas, para su reproducción, prescindiera del apoyo de la contraparte.

A fines del siglo XIX debido a la escasa oferta de mano de obra en el mercado de mano de obra estacional o eventual, se hace uso del sistema de enganche⁴⁴ como mecanismo de captación de fuerza laboral indígena para el trabajo minero. Asimismo se inicia una migración voluntaria a los campamentos mineros como consecuencia de la expansión del capitalismo a través de la actividad comercial, la apertura de nuevas vías de comunicación como el ferrocarril, el empobrecimiento del campo por la presión demográfica sobre el recurso tierra y depredación de los recursos naturales por efecto de la actividad minera, entre otros factores. Diversos informes técnicos publicados en los primeros años del siglo XX en el *Boletín del Cuerpo de Ingenieros de Minas*⁴⁵ dejan testimonio acerca de la inestabilidad de la mano de obra. Un informe de 1906 señala:

*“La población obrera ocupada en las minas no es en el Perú estable, porque el indio sólo ocurre a los centros mineros en busca de trabajo para complementar sus entradas en períodos de tiempo determinados pero no para dedicarse exclusivamente a la minería pues su natural indolencia, sus chacaritas y sus pequeños rebaños le permiten vivir más o menos miserablemente, sin sujetarse a la dura necesidad de trabajar diariamente para otros, por horas fijas, por salarios generalmente mezquinos”*⁴⁶

Nos interesa destacar para fines del presente estudio, la recomposición del sistema de relaciones entre la economía minera y la economía campesina hacia fines del siglo XIX, que según C. Contreras (1987: 16) fue impulsado, en el caso de la sierra central, por las siguientes fuerzas exógenas: el cambio en la demanda del mercado mundial después de la Segunda

⁴⁴ El sistema de enganche, según Long y Roberts (2001: 92-93), “consistía en un pago al contado por adelantado, al futuro trabajador o al jefe de su familia, para ser retribuido trabajando para la empresa durante un periodo determinado (...) El éxito de este sistema dependía de una red de intermediarios locales quienes recibían dinero adelantado por la Corporación y que tenían suficiente influencia con las autoridades locales como para poner en efecto el contrato que se había firmado con los futuros trabajadores”

⁴⁵ Estos informes técnicos registran la información contenida en las libretas de campo de los profesores y estudiantes de la Escuela de Minas que hicieron visitas a la zona minera durante los primeros años del siglo XX (Archivo Historia UNI, Universidad Nacional de Ingeniería)

⁴⁶ *Boletín del Cuerpo de Ingeniero de Minas*, Lima, 1906, N° 41, p.27

Revolución Industrial (que ocasionó el desplazamiento de la minería de metales preciosos por la de metales industriales), y la incursión del capital transnacional representado por la compañía norteamericana Cerro de Pasco Corporation que al comenzar el siglo XX tomó el control de los principales yacimientos mineros.

Cabe señalar que la no fijación de la mano de obra a la actividad productiva minera era una traba para la proletarización definitiva, esta fuerza laboral no se involucraba completamente con la organización industrial-burocrática necesaria para un sector dedicado a la exportación. Existe evidencia de que la fuerza de trabajo en la minería de la región central era relativamente inestable, De Wind (1977:189) (citado por Long y Roberts, 2001) basándose en los índices de cambio de personal proporcionados por la Corporación, estima que en 1958 el promedio de permanencia en las minas era de un poco más de tres años, y para 1969 esto había aumentado a cinco años.

La trayectoria laboral de uno de los informantes de Long y Roberts (2001:99) del pueblo de Miquiyauyo ilustra la realidad subyacente a las estadísticas señaladas. Esta persona empieza a laborar para la Cerro de Pasco en 1941, a la edad de dieciocho años, permaneció allí durante cuatro años, luego se traslada a Jauja para estudiar secundaria. Estudia dos años, vuelve a la mina por dos años más. Pasa en Lima un año como obrero de construcción y un año en Huancayo como ayudante en una panadería. En 1952 regresa a la mina donde permaneció hasta 1968, concluyendo su experiencia laboral en la actividad minera como empleado en los almacenes. Invierte sus ahorros y su indemnización en la compra de un tractor y la apertura de una tienda en Muquiyauyo, pasando a ser un agricultor relativamente próspero en su pueblo.

En la sierra central el escenario urbano-industrial del campamento minero fue un espacio de sociabilidad marcado por una doble experiencia: el trabajo en la mina y los vínculos permanentes con el mundo campesino⁴⁷. La gran empresa minera Cerro de Pasco Corporation

⁴⁷La mayoría de la mano de obra se encontraba ligada a la agricultura en las comunidades o en las grandes haciendas. En las comunidades, la actividad agrícola dependía a la vez del trabajo comunal (minga) y del intercambio recíproco de trabajo entre individuos (aine). Los miembros de la comunidad tenían obligaciones que cumplir, cuando iban a trabajar a las minas eran objeto de una fuerte presión social porque debido a su ausencia corrían el riesgo de perder el compromiso de otros comuneros de ayudarlos cuando regresarán. (Long y Roberts 2001: 247)

era administrada por extranjeros y operada por trabajadores que retenían el derecho a tierras y retornaban cada cierto tiempo a sus pueblos de origen. Los mineros de los andes centrales tenían un pie en la mina y otro en la agricultura campesina. La relación entre estos dos ámbitos de sociabilidad estaba en función de cubrir la subsistencia de sus familias la mayoría de ellas asentadas en los pueblos del valle del Mantaro. Situación que nos lleva a pensar que los lazos con el medio rural y su cosmovisión andina representaban una impronta fundamental en la vida de estos trabajadores.

En relación al impacto del enclave minero en la tradicional organización socio-económica del área rural, por las evidencias encontradas parece ser que las relaciones de producción capitalistas propiamente modernas desarrolladas en el centro minero, en las primeras décadas del siglo XX, coexistieron con las relaciones pre-capitalistas de producción existentes en el entorno rural. Esto no significa que la comunidad campesina no sea afectada por el cambio, sino que lo procesa y aprovecha a partir de sus propios intereses. De tal manera que, el campesino migrante recreó sus relaciones con su comunidad de origen, y en muchos casos el trabajo en la minería hizo posible que conservara o expandiera sus tierras. ¿Cuáles son los aspectos claves a tomar en cuenta para explicar este complejo proceso de adecuación de los campesinos a la proletarización? Intentaremos dar una respuesta explorando las formas de sociabilidad, las relaciones de poder y la dinámica socio-cultural que caracterizan la vida de los trabajadores mineros en el campamento. Se trata de revelar el proceso de cambio en la cosmovisión de estos trabajadores que tiene como consecuencia un reordenamiento social y cultural. Proceso que no se produce “de un día para otro” sino que se estableció paulatinamente a través de una trayectoria histórica

Hemos hecho referencia anteriormente a la constante fluctuación de la fuerza laboral minera, a la persistencia de su vínculo con la tierra y con sus pueblos de origen. H. Bonilla (1974: 61), a partir de las estadísticas elaboradas por la Cerro de Pasco Corporation, trata de reconstruir el movimiento de esta población. Así, entre 1920 y 1970, según este autor⁴⁸ se

⁴⁸H. Bonilla en su libro *EL minero de los Andes*(1974) analiza las fichas de registro de los trabajadores de la Cerro de Pasco entre 1920 y 1970, es decir, prácticamente todo el período de operaciones de la Cerro de Pasco. Incluye aquellos datos que permiten tener una idea de las características fundamentales de la población migrante:

puede revelar siete fases alternas, de expansión y de contracción en el movimiento del volumen de la población obrera:

- 1) 1920 a 1929: 7,850 a 12,858 obreros (más)
- 2) 1929 a 1932: 12,858 a 4,244 “ (-)
- 3) 1932 a 1940: 4,244 a 10,513 “ (más)
- 4) 1940 a 1946: 10,513 a 8,206 “ (-)
- 5) 1946 a 1956; 8,296 a 13,176 “ (más)
- 6) 1956 a 1958: 13,176 a 10,725. “ (-)
- 7) 1958 a 1970: 10,725 a 13,763 “ (más)

La población anual promedio durante todo este período fue aproximadamente de 10 mil obreros mineros. No tenemos una explicación definitiva de esta dinámica de la población trabajadora. Sin embargo, H. Bonilla supone que estos ciclos de movilidad de la mano de obra minera estuvieron estrechamente relacionados a los ciclos de explotación del mineral, particularmente del cobre, los cuales, a su vez, estuvieron determinados por la coyuntura del mercado internacional. Por otro lado no podemos perder de vista que si bien la actividad minera logró fijar un sector de la población minera en las áreas inmediatas a los yacimientos (campamentos) estos habitantes se caracterizaron por su constante movilidad.

Aproximadamente hasta la década de 1950, según sostienen Long y Roberts (2001), una serie de hechos se entremezclaron para limitar la generación de una fuerza de trabajo industrial que se asiente permanentemente en la actividad minera. Por el tipo de trabajo en las minas como en las actividades de construcción minera gran parte de la fuerza de trabajo era transitoria, y no requería calificación lo que facilitaba su reclutamiento en los pueblos de la sierra central. El perfil del empleo minero como básicamente no permanente se explica también por las fluctuaciones de los precios internacionales de los minerales que provocaban una marcada contracción y expansión en la demanda de mano de obra. Al respecto, los mencionados autores (2001: 98) señalan que el empleo total de las operaciones de Cerro de Pasco cayó de 13,066 en 1929 a 5,686 en 1930, en el contexto de la depresión económica mundial que

su lugar de procedencia, su ocupación anterior, su grado de alfabetización y su edad. Al analizar un período lo suficientemente largo esto le permite observar el cambio de las tendencias fundamentales.

ocasionó una significativa baja en la producción minera y una notable reducción en la contratación de mano de obra. El empleo en la compañía recuperó el nivel de 13,000 trabajadores hasta 1955 y continuó con su tendencia fluctuante. Además, es muy importante considerar, como hemos visto, que los salarios eran bajos e insuficientes como para cubrir la subsistencia permanente de los trabajadores y sus familias.

A partir de 1940, según H. Bonilla (1974: 69-70), las fichas de los trabajadores de Cerro de Pasco Corporation presentan información específica sobre el grado de instrucción de la población migrante. Entre 1920 y 1930 sólo indican si el trabajador sabe o no leer y escribir. Desde la década de 1940, señala el mencionado autor, observamos la elevación del grado de instrucción de la fuerza laboral minera, hecho que se explica por el nivel de modernización que alcanza el conjunto del valle del Mantaro en comparación a otras zonas rurales del país que se manifiesta por ejemplo, en el mayor grado de alfabetismo y escolaridad de su población, y asimismo hay que considerar la necesidad de la empresa de incorporar trabajadores más calificados conforme se ampliaba el desarrollo tecnológico de la actividad minera.

A mediados del siglo XX se despliega una etapa caracterizada por el impulso de la proletarianización de los trabajadores mineros y una progresiva recomposición de su ligazón al mundo campesino, aunque no estamos frente a un proceso homogéneo. El proceso de modernización de la minería en la sierra central fue impulsado en particular por el avance tecnológico en la producción minera (orientada ahora a producir metales industriales como el cobre), experiencia que requirió una fuerza de trabajo fija y calificada, dando lugar a una aguda diferenciación económica dentro del campesinado que hiciera posible la formación de un proletariado minero (Flores-Galindo, 1983, Long y Roberts, 2001). A partir de entonces la transformación capitalista de la minería implica una notable recomposición de la relación entre la economía minera y la economía campesina. Precisamente la modernización de la actividad minera fue dinamizada por la importante inversión de Cerro de Pasco Corporation en la sierra central, acompañada por el avance tecnológico en el proceso productivo.

Tomando en cuenta a los diversos analistas antes mencionados⁴⁹ en la formación del mercado laboral minero podemos diferenciar en el siglo XX dos etapas: una primera, que corresponde al inicio del proceso de modernización de la minería mediante la instalación de la Cerro de Pasco Corporation (1902), y una segunda, que se desarrolla aproximadamente a partir de la década del 40 y que se caracteriza por la consolidación del desarrollo moderno en la actividad minera y su impacto en la economía nacional.

En la sierra central, la minería fue la principal actividad que coadyuvó al establecimiento del sistema capitalista moderno, desarrollando una particular relación con la economía de subsistencia (pre-moderna) dedicada a la actividad agropecuaria. Si bien el sistema capitalista es dominante e impulsa el desarrollo urbano-moderno, resulta pertinente indagar para fines del presente estudio lo siguiente: ¿cuál es el impacto que tiene en la difusión de una cultura “moderna” el hecho de que los habitantes del campamento minero participen en formas de sociabilidad y compartan pautas culturales propias del mundo andino? Se trata de conocer la experiencia tal como fue vivida y sentida por los mismos mineros para acercarnos a dar respuesta a esta cuestión. Para desarrollar esta perspectiva de estudio recogeremos testimonios de nuestros protagonistas en el campamento minero, registrando en su biografía hitos vinculados a la actividad minera que representen cambios fundamentales en su trayectoria vital. Recurriré también a estudios diversos sobre los mineros de la sierra central, relatos de viajeros, novelas y cuentos que expresen el sentir, los avatares y el imaginario de los mineros de La Oroya.

Como hemos señalado la formación del mercado libre de mano de obra estuvo ligada al proceso de industrialización de las minas en la sierra central del Perú con la aparición de la empresa norteamericana Cerro de Pasco Corporation (1902) que controló hegemoníamente la explotación minera en esta zona. Se incorpora entonces al proceso productivo tecnología avanzada para la época, como el motor a combustible, la electricidad, y el aire comprimido, lo que eleva la productividad que se había alcanzado hasta entonces en las minas. Entre otros avances tecnológicos se pasó del taladro de mano y el martillo a las perforadoras que

⁴⁹A. Flores Galindo (1983) H. Bonilla (1974) C. Contreras (1987)

funcionaban con aire comprimido; la dinamita fue reemplazada por explosivos alternativos más poderosos y menos peligrosos (De Wind 1986: 7).

La organización de la actividad productiva en la minería estaba básicamente dividida en las labores de extracción y fundición. Las minas bajo tierra (socavón) requerían considerable mano de obra para hacer los pozos y extraer el mineral. Durante las primeras décadas del siglo XX la productividad de las minas de Cerro de Pasco no se elevó significativamente, no obstante los avances tecnológicos introducidos, debido a las limitaciones en la mecanización de las minas de socavón⁵⁰. Más aún, hasta los años cuarenta hubo un alto nivel de trabajo manual no solamente en las operaciones de perforación bajo tierra, sino también en la construcción de caminos de acceso, ferrocarriles e infraestructura en los campamentos mineros. A fines de la década de 1930 y durante la década de 1940, el número promedio de trabajadores empleados en la minería probablemente era de 16,000 al año, de los cuales aproximadamente más del 60% trabajaban en las minas de la Corporación, según los registros de esta empresa correspondientes al período 1920-1970 (J. Laite, 2001).

Las otras fases del proceso de producción minera son concentración y refinación. Las plantas de concentración que retiraban los desechos de los metales, fueron ubicadas cerca de las minas. Las operaciones de fundición se centralizaron en la refinería de La Oroya, donde se desarrollaba un proceso tecnológico complejo que comprendía dos circuitos principales, uno para cobre y el otro para plomo, produciendo un mineral de alta calidad para la exportación. Las operaciones en la fundición requerían ciertas capacidades y destrezas, asimismo una organización racional-burocrática que no era necesaria en las minas. Por lo tanto la cantidad de obreros y empleados calificados era más alta en La Oroya que en cualquier otro centro minero de la Corporación. A fines de los años treinta y en la década del cuarenta, la fuerza laboral de La Oroya fluctuaba entre 3,000 y 5,000 trabajadores de los cuales 6% eran empleados (Long y Roberts 2001: 92).

⁵⁰Según De Wind (1977: 85-87), (citado por Long y Roberts) recién en los años 60 se incursionó en la minería a tajo abierto en la sierra central, pero en menor escala en comparación al sur del Perú (Cuajone y Toquepala). La minería a tajo abierto que emplea molinos giratorios, palas mecánicas y enormes camiones de remolque con motores diesel, podía producir dieciocho veces más mineral por trabajador que el sistema subterráneo empleado en las minas de Cerro de Pasco.

El tránsito de un sistema productivo intenso en mano de obra por otro intensivo en capital fue gradual y acumulativo, propiciando la incorporación de mano de obra con mayor nivel de calificación. Se necesitaron mecánicos, electricistas, soldadores, es decir, personal con conocimiento de los principios básicos del motor de combustión, de los circuitos eléctricos y de metalurgia para desarrollar la progresiva mecanización de las diferentes fases del proceso productivo. Precisamente la construcción de las plantas metalúrgicas en La Oroya en 1922 y la instalación de plantas concentradoras junto a las minas, a fines de 1930 y a comienzos de 1960 hace necesario contar con obreros calificados (De Wind 1986: 8).

Al incrementarse la cantidad de mineros a tiempo completo, se crea la necesidad de mejores salarios y adecuadas condiciones de vida en los campamentos mineros. Cuando estas demandas no fueron debidamente atendidas por la compañía, las huelgas fueron frecuentes, siendo estos conflictos controlados y reprimidos tanto por la compañía como por el gobierno. Esta fuerza laboral minera en conjunto con los trabajadores de la industria textil y de la actividad petrolera constituyen las primeras fracciones del proletariado peruano, siendo tradicionalmente los mineros una de las más organizadas y con capacidad de movilización. Como señala H. Bonilla (1974: 15), en las décadas de 1920 y 1930, de una manera implícita hablar del proletariado en el Perú era hablar de los mineros. Se trata de un sector de trabajadores ubicado en un sector estratégico de la estructura productiva del país orientado a la exportación, donde la presencia del capital extranjero es fundamental. En la historia sindical se registra la huelga de 1963 como un hecho que fue objeto de una severa represión. La ciudad metalúrgica de La Oroya fue ocupada por las tropas y los líderes sindicales fueron encarcelados. El período que va entre 1969 a 1971 se caracteriza por un alto nivel de conflicto social, se desarrollaron una serie de huelgas debido a la falta de solución de las reivindicaciones sociales y económicas de los mineros (De Wind 1986: 1).

La experiencia por la que transitaron los mineros de La Oroya implica un proceso complejo que combina la permanencia y el cambio a la vez, dando paso a un proceso de adaptación no sólo a una nueva experiencia laboral sino al modo de vida en el campamento. Al elevarse el nivel de mecanización en las operaciones mineras, la compañía empieza a contratar

trabajadores permanentes y mejor calificados. Para contar con fuerza laboral de estas características, la CPC ofreció salarios un 25% más alto que los que recibían los trabajadores enganchados temporalmente (H. Bonilla, 1974). Por su parte la tradicional comunidad campesina no estaba aislada de la economía capitalista, tampoco era completamente autosuficiente. La incorporación de algunos campesinos como trabajadores asalariados en la minería, aumentó la necesidad de dinero en las comunidades campesinas e impulsó a sus miembros a trabajar por un salario, participando en el proceso de proletarización impulsado por la actividad minera.

Aproximadamente a inicios de la década de 1940, el sistema de enganche va perdiendo importancia como modalidad para captar mano de obra, debido a una mayor integración de la economía campesina al mercado. Según De Wind (1986:12) el intercambio recíproco de trabajo en la tierra de la comunidad (aine) declina a favor del trabajo asalariado. La producción de subsistencia en la agricultura fue progresivamente reemplazada por la producción de cultivos comerciales, y los bienes artesanales fueron sustituidos por bienes manufacturados. Esta experiencia es propiciada también por la presión de una creciente población sobre los recursos de tierra existentes y los cambios tecnológicos que mecanizaron el trabajo en la minería. Cada vez más los mineros de origen campesino optaron por quedarse a trabajar a tiempo completo en la minería, en comparación con el pasado y reacomodaron paulatinamente sus relaciones con la economía campesina. Si bien la compañía aumentó en parte los salarios, buscó mantener una relación de dependencia entre sus trabajadores y la agricultura, trasladando esta relación hacia el sector agrícola comercializado, sin costo adicional. Esta relación conveniente entre las minas y la economía campesina se prolongó hasta 1969, cuando el gobierno expropió las haciendas y las organizó en cooperativas, en este caso se constituye la Sociedad Agrícola de Interés Social “Tupac Amaru” (De Wind 1986: 15)

Después de la Segunda Guerra Mundial (1945) la sociedad peruana experimenta un importante proceso de modernización en el cual los procesos de migración y urbanización tienen mayor impacto que la industrialización. En este contexto modernizante como ocurrió en la sierra central, la mano de obra se ve obligada a trabajar por un salario. Con la masiva emigración del campo que se desencadena en esta etapa se amplía notablemente el mercado

de trabajo libre, desapareciendo la dificultad para incorporar trabajadores en la minería del centro. Se incrementa la cantidad de fuerza laboral que busca empleo en la Cerro de Pasco Corporation superando las vacantes ofrecidas. Entonces la compañía empieza a seleccionar mano de obra calificada, al haber introducido innovaciones tecnológicas y contar con una oferta amplia de fuerza laboral, pone en práctica criterios técnicos, médicos, políticos y culturales para elegir entre los candidatos a un puesto de trabajo. Uno de los requisitos más importantes era hablar, leer y escribir español hasta cierto nivel por lo menos para que los mineros pudieran acceder a los boletines de la empresa y manejarán información contenida en los reglamentos de seguridad. Cada postulante pasaba por un examen médico antes de ser contratado para descartar, entre otros impedimentos físicos, una afección a los pulmones (silicosis, tuberculosis). El estado de salud era un criterio estricto, debido a la existencia de leyes laborales y al convenio colectivo celebrado con los sindicatos que obligaban a la compañía a proporcionar a los trabajadores servicios médicos completos y gratuitos, lo cual significaba un costo que ésta tenía que asumir (Bonilla, 1974; De Wind, 1986)

La existencia de un mercado de trabajo libre como determinante capitalista requiere la modernización de las relaciones laborales, que implica entre otros aspectos la captación de trabajadores calificados. Sin embargo la compañía incorporará personal con aptitudes básicas pero no siempre con el nivel de calificación que el trabajo requería. Se necesitaba trabajadores que tuvieran conocimiento y experiencia en mecánica, electricidad, carpintería y otras destrezas que muchas veces los interesados no disponían. La estrategia de la empresa para enfrentar este problema involucró dos acciones. Por un lado implementó un programa de entrenamiento para capacitar a los trabajadores en determinadas tareas; por otro lado empezó a trabajar con contratistas que tenían personal calificado para realizar labores específicas como la construcción de la planta de concentración, los talleres y las viviendas del campamento minero.

El avance del proceso de modernización en la minería se manifiesta también en el desarrollo del sindicalismo que se fortalece con la presencia de una mayor fuerza laboral permanente. Si bien los primeros intentos para formar sindicatos se dieron en 1918, la organización sindical logra concretizarse hasta 1929, cuando miembros del Partido Comunista lideraron una huelga

en Morococha (D. Sulmont y M. Valcárcel, 1993). Este hecho incentivó la formación de sindicatos en otras minas, y los dirigentes sindicales intentaron constituir una federación nacional de mineros⁵¹. Sin embargo la organización no estaba todavía consolidada como para resistir la represión del gobierno que desactivó el movimiento sindical. Simultáneamente a la ampliación del mercado de trabajo libre y la introducción de mejoras tecnológicas, el sindicalismo se consolida después de la Segunda Guerra Mundial. A partir de entonces se incrementa la cantidad de trabajadores permanentes en las minas y la tendencia a la sindicalización se fortalece porque estos trabajadores cada vez más dependen del salario para satisfacer sus necesidades que de la producción agrícola. En 1945, se logra el reconocimiento de los primeros sindicatos mineros por parte del gobierno y de la compañía (D. Sulmont, 1980). Conforme los mineros se van separando paulatinamente de la agricultura campesina, gana centralidad entre sus intereses el asunto de los niveles de salarios, condiciones de trabajo y de vida en los campamentos mineros, estos aspectos tienen una importancia crucial en las negociaciones entre los sindicatos y la compañía para celebrar el convenio colectivo, es decir, se involucran en relaciones laborales de carácter moderno.

Si bien la minería no era la única fuente de ingresos factible en la zona, era la más accesible y principal fuente de trabajo asalariado a tiempo completo para aquellos pobladores que carecían de niveles de educación relativamente altos (Long y Roberts. 2001: 93). Sin embargo, los bajos ingresos en la agricultura y las limitadas oportunidades de ingresos hicieron posible que la compañía minera contratara mano de obra por salarios relativamente bajos. Así tenemos que los cálculos hechos de los salarios promedio pagados durante 1949 indican que, en el sector minería los trabajadores recibían 1,733 soles por año comparado con 4.457 soles para trabajadores en manufactura textil y 3,090 soles para trabajadores en curtiembres (Tomado por Long y Roberts 2001: 94 del Extracto Estadístico, 1949: 600-601).

⁵¹En 1930 se funda el Sindicato de trabajadores metalúrgicos de La Oroya. El 5 de diciembre de 1969 se funda la Federación Nacional de trabajadores Mineros, Metalúrgicos y Siderúrgicos del Perú en la ciudad de La Oroya (D. Sulmont, 1980).

Los salarios en el sector minería mejoran en los años cincuenta, debido a la presión por parte de los sindicatos⁵², y el impacto del incremento de la demanda internacional de metales ocasionado por la Guerra de Corea. Es a partir de las décadas de 1950 y 1960 que los aumentos salariales para obreros en la Cerro de Pasco Corporation estuvieron por encima de los incrementos en el costo de vida (De Wind, 1977: 183, citado por Long y Roberts). Un hecho importante que explica el incremento de los salarios, además de la actividad exitosa de los sindicatos mineros especialmente después de 1945, fue el impulso a la mecanización por parte de la compañía. Cabe señalar que, la mecanización incrementó la productividad de tal forma que se podía dar a los trabajadores salarios más altos, no obstante el costo de los salarios como una proporción de los costos totales siguió bajando. En 1951, los salarios pagados a los obreros eran del 10.1% de las ventas. En 1968, el costo de la planilla de trabajadores había bajado a 8.96% del valor de las ventas. Una de los efectos del incremento de la productividad fue que la fuerza laboral de la Cerro de Pasco en los años sesenta y setenta no se incrementó significativamente, no obstante que hubo un fuerte incremento de la producción, manteniéndose entre 13,000 y 15,000 trabajadores (De Wind, 1977: 181 citado por Long y Roberts). En el primer Censo Económico de 1963, la refinería de La Oroya contaba con unos 5,000 trabajadores.

3.2.2 Configuración urbana del campamento.

Los *company towns*⁵³ surgieron como resultado de la producción agroindustrial, minera y petrolera incorporando los primeros complejos de transformación industrial moderna en la

⁵² En el caso de La Oroya una de las instituciones más importante y representativa era el Sindicato de Trabajadores y Empleados de la fundición. Del total de obreros de La Oroya (CPC) el 70.1% eran afiliados al Sindicato; y en el caso de los empleados el 57.5% eran afiliados (Informe sobre la vivienda, construcción y desarrollo urbano: La Oroya, 1963)

⁵³ Dal Co citado por E. Garcés, 2003, p 132 define a la company town como “un modelo que interpreta el mito del primer capitalismo al de una sociedad ‘perfecta’ al servicio de la manufactura [...] Como modelo urbanístico representa una alternativa completa a la ciudad histórica, no tanto a causa de las formas en las que se estructura, cuanto por el hecho de asumir una única y nueva función, la fábrica, sin otros fines que los de máxima eficiencia productiva, creando un sistema monocultural sin rupturas socioeconómicas”.

Los ejemplos internacionales de company towns son diversos: en Estados Unidos, Lowell y Pullman; Saltaire y Bournville en Inglaterra; Le Creusot y Mulhouse en Francia; la Colonia Güell en Cataluña (España), entre otros. En América Latina: los casos chilenos como Lota (minería del carbón); las oficinas salitreras Santa Laura cerca de Iquique; y Chacabuco, María Elena y Pedro de Valdivia, en la región de Antofagasta (E. Garcés 1999). Además hay que tomar en cuenta los campamentos petroleros en Venezuela.

historia industrial del país. En estos espacios de explotación y transformación de recursos naturales se concentró población, tecnología moderna instalada por el capital transnacional para generar excedente que se enviaba a la casa matriz. Dado el alto nivel de los procesos tecnológicos aplicados para la época, según W. Ludeña (2008: 102), el urbanismo y la arquitectura modernos en el Perú se inician en gran medida en estos espacios a fines del siglo XIX. Las instalaciones de estas ciudades industriales representaban entonces lo más avanzado a nivel técnico y constructivo. En este escenario de modernización nos interesa reflexionar hasta qué punto los habitantes de los campamentos asumieron pautas culturales modernas en su modo de vida, para tal fin analizaremos la configuración urbana de estos lugares como contexto de las formas de sociabilidad que en ella se desarrollan.

Los campamentos eran el hábitat de los trabajadores que laboraban en actividades extractivas como la minería, constituían un espacio social funcional a las actividades productivas, donde se aplicaban un conjunto de reglas residenciales, como mecanismo de control social, que pretendían dar continuidad en el lugar de residencia a la disciplina del trabajo industrial. Estos asentamientos cumplían una función de ordenamiento territorial con el propósito de concentrar capital y trabajo necesario para la extracción y procesamiento de los recursos, en este caso, en las inmediaciones del complejo minero-metalúrgico. Los campamentos se organizaban con cierta autonomía en el territorio, es decir, contaban con instalaciones industriales, equipamiento urbano y viviendas, división funcional que, según E. Garcés (1999: 11), ya anunciaba las propuestas para la ciudad moderna que más tarde hizo suyas la *Carta de Atenas*⁵⁴.

En la sierra central se formaron alrededor de los yacimientos mineros, controlados por la Cerro de Pasco Corporation, campamentos con una estructura administrativa propia para atender las necesidades de la población que trabajaba en las operaciones mineras. Es decir, eran asentamientos de población directamente vinculados a las actividades de extracción e

⁵⁴La *Carta de Atenas* fue publicada en 1943 por Le Corbusier, a partir de las conclusiones del primer CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna), puede ser considerada la partida de nacimiento de la *ciudad funcional* como propuesta del urbanismo moderno. Es decir, una concepción de la ciudad basada en su organización al servicio de las *funciones* del individuo y de la sociedad (habitar, trabajar, descansar, circular, cultivar el cuerpo y el espíritu de un individuo estándar, universalmente válido y de comportamiento tipificado) (E. Garcés, 1999).

industrialización de los minerales. En el caso de La Oroya ubicada en el sitio geográfico de confluencia de los ríos Yauli y Mantaro, su crecimiento urbano se extendió por las riberas derechas e izquierdas de ambos ríos. Si bien el sitio geográfico es de incuestionable valor (encrucijada de los Andes centrales) es inadecuado para desarrollar allí un asentamiento urbano⁵⁵. Según señala L. Ortiz de Zevallos (1982: 306): *“La Oroya semeja en el territorio peruano un cuello de botella en donde confluyen fuerzas de crecimiento urbano cuyos efectos se estrangulan por la estrechez del paraje en el que se asienta (...). Es sólo un conjunto de grandes industrias mal amalgamadas, con campamentos alineados, sin orden y armonía a lo largo de una carretera regional”*. Al respecto cabe destacar la falta de un conveniente planeamiento urbano con visión regional. La Oroya carece, según el mencionado autor, de un apropiado equipamiento urbano para favorecer la vida comunal entre sus pobladores, a lo que se agrega un grave problema habitacional que se manifiesta en la baja calidad y déficit de viviendas para atender la demanda de la mayoría de su población.

⁵⁵ Este punto de vista es compartido por diversos urbanistas. Rescatamos al respecto la opinión del arquitecto Luis Ortiz de Zevallos Paz Soldán (1982), quién señala que La Oroya no posee un trazado apropiado, carece de espacios públicos y áreas verdes. En este centro minero industrial no existe una adecuada zonificación: la vivienda se entremezcla con la industria y es del tipo de rancherías o de bloques de edificios.

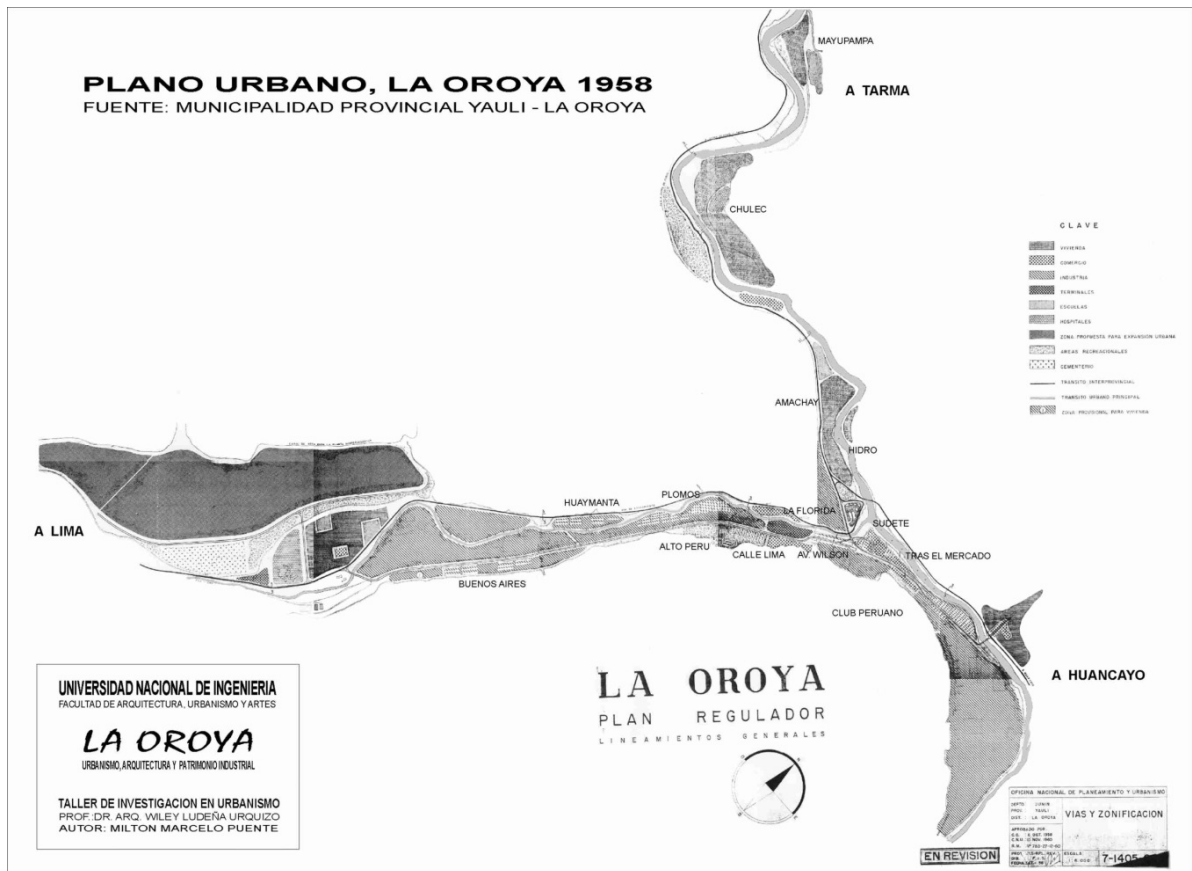


Figura 3: Plano urbano de La Oroya, 1958. Tomado de Milton Marcelo Puente, Taller de Investigación en Urbanismo, FAUA-UNI, 2005

Como todo campamento minero La Oroya tuvo un impacto significativo en la población y el paisaje del entorno, generando un importante cambio en la cultura y en el imaginario procesado por su gente acerca de esta experiencia. La estructura urbana se caracteriza por su estratificación social y funcionalidad como parte de un urbanismo residencial que incluía campamentos de distintas categorías, con escuelas, hospitales etc. La concepción de este emplazamiento urbano y la tecnología en los procesos productivos constituyeron una transformación radical a nivel socio-económico y cultural en la zona donde se ubicó.

La explotación de minerales implicó un desarrollo industrial: empleo de máquinas, racionalidad basada en la eficiencia para organizar la producción, división técnica del trabajo (línea de producción, separación de operaciones) e incorporación de un amplio contingente de mano de obra. Sin embargo en este centro de industrialización minera, la configuración

urbana en su integridad no presenta características propiamente modernas, se construyeron progresivamente viviendas, edificios públicos (escuelas, iglesias, hospitales), se abrieron calles de acuerdo a los requerimientos de la actividad productiva, pero el equipamiento urbano y las viviendas no ofrecían condiciones de vida adecuadas para la mayor parte de los habitantes del lugar. Se usaron materiales del lugar como la tierra y la piedra y otros de tecnología avanzada importados como el acero y el hormigón armado. Asimismo se construyó una red de ferrocarriles para sacar los minerales procesados en el complejo metalúrgico al puerto del Callao y conectar este enclave minero al resto del país. En la sierra central del Perú este desarrollo industrial fue impulsado por una compañía extranjera (CPC) que explotó los minerales y no fue la realización de un proyecto de desarrollo interno. Se trata de una forma de ocupación del espacio en la historia del urbanismo de América Latina, organizada por un proyecto de ingeniería y arquitectura controlado por el capital transnacional que distribuye las edificaciones del área industrial, los equipamientos y la residencia, constituyendo una organización física, productiva y social.

La Oroya simboliza un campamento minero representativo en la historia urbana del país. Constituida como una villa (Villa La Oroya), su desarrollo como centro urbano es impulsado a partir de 1922, cuando Cerro de Pasco Corporation instala ahí la primera planta metalúrgica del país. El campamento, como ya hemos señalado, se ubica en un lugar que no ofrece condiciones adecuadas para crecer como asentamiento urbano, de tal manera que con el paso del tiempo presenta la forma de un estrecho corredor de viviendas. Precisamente uno de los aspectos que caracteriza la modernización de un hábitat es la capacidad de sobreponerse a las restricciones que impone el territorio, aplicando en la construcción de asentamientos en zonas agrestes las tecnologías y los conceptos propios del urbanismo y arquitectura modernos de pretendida validez universal, como ocurrió en el caso de este campamento minero. Sin embargo el proceso de expansión urbana llevó a la población de más bajos ingresos, a ganar gran parte de terrenos a los cerros aledaños, ocupando viviendas precarias.

El antecedente inmediato anterior a la ocupación del espacio por la actividad minera-metalúrgica es registrado por el historiador lugareño J. Sánchez Maraví (1996) quien relata que después de la guerra con Chile (1879 -1883) dos compañías inglesas: la Peruvian Corporation Limited, importadora de materiales ferroviarios, y la Mercantil Oroya (más

adelante Mercantil del Perú) dedicada a la comercialización de toda clase de mercaderías, aprovechando la ubicación estratégica del lugar, arrendaron cada una de ellas un lote de terreno en la parte media y llana de la hacienda La Oroya, a inmediaciones del antiguo Camino Real, con el fin de instalar sus tiendas, concentrando a un buen número de trabajadores. Como las transacciones comerciales prosperaban, en 1892 las empresas antes mencionadas compraron los terrenos que arrendaban. De tal manera que para ampliar sus negocios y brindar condiciones de habitabilidad a sus obreros y empleados construyeron una infraestructura básica. Entre algunas de las instalaciones que formaban parte del equipamiento urbano podemos mencionar: una escuela para los hijos de sus trabajadores, una capilla, una posta sanitaria, un mercado de abastos y el Cine Club Peruano. A su vez la Mercantil mandó construir un edificio como sede de su actividad comercial.

Este pequeño pueblo por el diseño de sus construcciones, según J. Sánchez Maraví (1996) tenía una forma semejante, en apariencia, a un villorrio inglés. Se trataba de un pueblo nuevo, habitado por gente foránea de identidad heterogénea y de estadía no permanente, con una imagen completamente diferente a los pueblos de origen colonial de la zona. Hay que tener presente que la línea del ferrocarril llega a La Oroya en 1893 convirtiéndose este lugar en una estación principal, ese mismo año durante el gobierno del Presidente General Remigio Morales Bermúdez se promulgó la ley que elevó a rango de Villa este reducido centro poblado, conociéndose desde entonces como Villa de La Oroya u Oroya Nueva.

Cuando en 1902 llega la compañía norteamericana Cerro de Pasco Corporation compra progresivamente las tierras de las haciendas ubicadas en la zona, realizando esta transacción con la hacienda La Oroya para construir allí un gran complejo metalúrgico, desencadenándose un importante flujo migratorio hacia La Oroya Nueva. En 1905 la Cerro de Pasco Railway Company, empresa que era parte de la corporación minera, instala en Villa La Oroya sus bodegas de almacenamiento de materiales ferroviarios, incursionando en la actividad comercial hasta entonces controlada por las empresas inglesas antes mencionadas, de tal forma que este hecho contribuye a consolidar la presencia monopólica de dicha corporación en la zona.

Al crearse la Villa de La Oroya conocida como Oroya Nueva, a la otra Oroya de origen colonial se le llamó Oroya Antigua, entre ellas el contraste de su imagen era significativo. La

Oroya Nueva era un campamento minero-metalúrgico habitado por los trabajadores al servicio de la compañía. La Oroya Antigua va cambiando su fisonomía de pueblo andino de casas de tapiales, con techos de paja y algunos de tejas. Un sector de la población que había adquirido terrenos comunitarios construyó pequeños cuartos con techos de calamina para alquilarlos, generándose hacinamiento. Otros subdividieron sus tierras en pequeños lotes para venderlos, lo mismo hicieron los comuneros que se replegaron a la periferia, dando lugar a la conformación de un pueblo de morfología irregular, en un reducido suelo de topografía accidentada, con calles cortas y estrechas, donde se expandieron las tiendas de comercio⁵⁶. Resulta interesante destacar que la habilitación urbana moderna se concentraba en La Oroya Nueva, coexistiendo con la ocupación informal del espacio urbano en La Oroya Antigua vinculada también a la actividad minera. En este pueblo dedicado a los cultivos de sus chacras y su ganado, según relata Sánchez Maraví, la última siembra se hizo en 1922, porque al empezar a operar las chimeneas de la fundición, las sementeras, los campos de pastizales se secaron, perjudicando la supervivencia del ganado como consecuencia de los efectos nocivos de los humos de la fundición⁵⁷.

Al adquirir la propiedad de toda la hacienda La Oroya, la Cerro de Pasco Corporation encarga al Gerente General George D. Dillingham y los ingenieros residentes planificar la construcción en gran escala de la nueva planta de fundición como de los campamentos para sus obreros, empleados, profesionales y personal ejecutivo, además instalaciones como el hotel Junín y el cementerio general en la parte alta de la hacienda Tallapuquio también comprada por la compañía. El antiguo puente de Chanchahuaro es reemplazado por otro de mayor resistencia (hoy conocido como Cascabel). Conforme se avanzaba el trabajo de construcción en La Oroya se va desmantelando la planta de fundición de Tinyahuarco, y trasladando a La Oroya parte de las instalaciones que podían ser recuperadas. En 1918, la compañía compró a la comunidad de San Jerónimo de La Oroya el fundo Chulec-Cancha donde se construiría un hospital y viviendas independientes para los representantes de la compañía que ocupaban

⁵⁶El 15 de octubre de 1925, La Oroya Antigua fue anexada a la Villa distrital de La Oroya Nueva. Con el traslado de la capital de la provincia y la anexión de La Oroya Antigua, se había integrado legalmente a las dos Oroyas después de 174 años de haber sido separadas, para entonces eran dos pueblos que presentaban notables diferencias (Sánchez Maraví 1996: 223).

⁵⁷ La primera planta de fundición de minerales instalada en el Perú, de propiedad de la compañía venía funcionando desde 1904 en Tinyahuarco, jurisdicción de Cerro de Pasco. Se traslada la fundición a La Oroya por su ubicación estratégica, empezando a operar en 1922 (Sánchez Maraví 1996: 243).

altos cargos. A fines de 1922, se había concluido el traslado de aproximadamente cinco mil trabajadores entre obreros y empleados a la Villa de La Oroya. La población asentada en el lugar experimentó un considerable crecimiento (Sánchez Maraví 1996: 260).

El 22 de noviembre de 1922, el presidente de la República Augusto B. Leguía inauguraba el complejo industrial metalúrgico de fundición de minerales más grande del Perú, construido con la técnica más moderna de la época para producir una variedad de productos metálicos: oro, plata, cobre, zinc, plomo etc. Al entrar en funcionamiento las chimeneas de la fundición arrojaron humo impregnado de sustancias tóxicas como el arsénico contaminando a amplias distancias a la redonda las aguas, pastos, tierras de cultivo y ganado. El desarrollo industrial metalúrgico tuvo un impacto ecológico negativo por la grave contaminación ambiental que ocasionó. Al tomar conocimiento de que la pérdida de sus sementeras, la enfermedad y muerte de su ganado era provocada por los humos provenientes de la fundición de La Oroya, la población afectada y autoridades locales se movilizaron para hacer sus reclamos directamente a la compañía propietaria de la fundición, y al gobierno central. A partir de entonces se inicia la larga lucha de los pobladores contra la contaminación de los “humos de La Oroya”⁵⁸ que marca la trayectoria histórica de este centro minero.

⁵⁸ El *Informe sobre los humos de La Oroya*, elaborado por el ingeniero José Julián Bravo, entre 1923 y 1926, es un informe técnico pionero donde se identifican las causas y se dan a conocer propuestas para solucionar este problema ambiental. Este documento se publicó en el *Boletín del Cuerpo de Ingenieros de Minas del Perú* n° 108, 1926.



Figura 4: Campamento Club Peruano, La Oroya.

Recuperado de <https://www.flickr.com/photos/lluquish/9721988906/in/set-72157635366077549>

El contraste ha sido una característica relevante en el desarrollo urbano del conglomerado de campamentos que constituyen La Oroya. Por un lado prevalece el equipamiento industrial: la fundición, las plantas de refinación, y en los alrededores del complejo industrial las áreas de vivienda: La Oroya Antigua, La Oroya Nueva y Chulec que eran parte del emplazamiento urbano. Estas áreas se diferenciaban a primera vista en relación a las viviendas, equipamiento y servicios, siendo evidentes las deficiencias en la infraestructura a las dos Oroyas (Nueva y Antigua) en menor y mayor medida, Mientras que Chulec ubicado a espaldas del complejo industrial, en una zona privilegiada por la dirección del viento y el microclima, contaba con chalets al estilo norteamericano y equipamiento urbano moderno para el personal ejecutivo residente.

La Oroya Antigua presentaba serias carencias en relación a la vivienda: la mayor parte de ellas ubicadas en las faldas de los cerros eran tugurios, se ubicaban en calles sin pavimento. La parte baja asfaltada tenía un mejor aspecto. La Oroya Nueva comprendía dos zonas: la fundición y el área urbana (viviendas, servicios), la instalación industrial ocupaba el pequeño valle en su parte más plana, dejando las cañadas que están a continuación para la expansión de la ciudad. En la primera cañada se encontraba La Oroya Nueva, en dirección a Lima, constituyendo el asiento de los campamentos que sucesivamente fue construyendo Cerro de

Pasco Corporation. Dichos campamentos van mejorando conforme se alejan de la fundición, en relación a la calidad de su infraestructura (número de ambientes, servicios, etc.) como en relación a su ubicación (lejos de los humos de la fundición presentan más vegetación) (Amaro y Santos, 1975).

A mediados del siglo XX, la compañía fue desarrollando en La Oroya Nueva una habilitación urbana basada en el modelo de ciudad industrial. A partir de esta concepción luego de delimitar el espacio para las actividades minero-metalúrgicas, se instalan una cantidad limitada de viviendas y equipamiento urbano necesario para la vida cotidiana de los trabajadores y sus familias, pero este proceso no contribuye significativamente a mejorar la calidad de vida de la población dependiente de la empresa. Esta parte de la ciudad se extendió en forma lineal, por ella pasaba la carretera central, se ubicaba paralela al ferrocarril central y no tenía calles transversales. En este corredor estaban ubicados algunos servicios públicos, instituciones estatales, el hospital del Seguro Social, el estadio municipal, además algunas instalaciones de la compañía como la refinería de cobre. Al final del corredor se encontraba el barrio de Chucchis (Amaro y Santos, 1975).



Figura 5: Campamento Chulec, campo de golf.

Recuperado de <https://www.flickr.com/photos/lluquish/9721802952/in/set-72157635366077549>

En la segunda cañada se ubicaba Chulec y otras zonas residenciales, en dirección a Tarma. En esta área existían chalets de estilo norteamericano, construidos con materiales de mejor calidad, y con infraestructura propia de una concepción urbana moderna: pistas, veredas, jardines. Estos conjuntos residenciales mejoran también sus instalaciones (imagen urbana, acabados) conforme están más distantes de la fundición. Eran parte del equipamiento de esta área residencial el hospital que mantenía la empresa y un campo de golf. Al alejarse de esta zona, en el barrio Shinca existían construcciones precarias, y en un sitio cercano se encontraba un campo de aterrizaje de avionetas. Completan el paisaje donde se ubica La Oroya, dos pueblos que están al final de las dos cañadas mencionadas: Santa Rosa de Sacco y La Purísima Concepción de Paccha, hacia Lima y hacia Tarma respectivamente que, según Amaro y Santos (1975), hasta mediados del siglo XX eran pueblos andinos con sus respectivas comunidades campesinas.

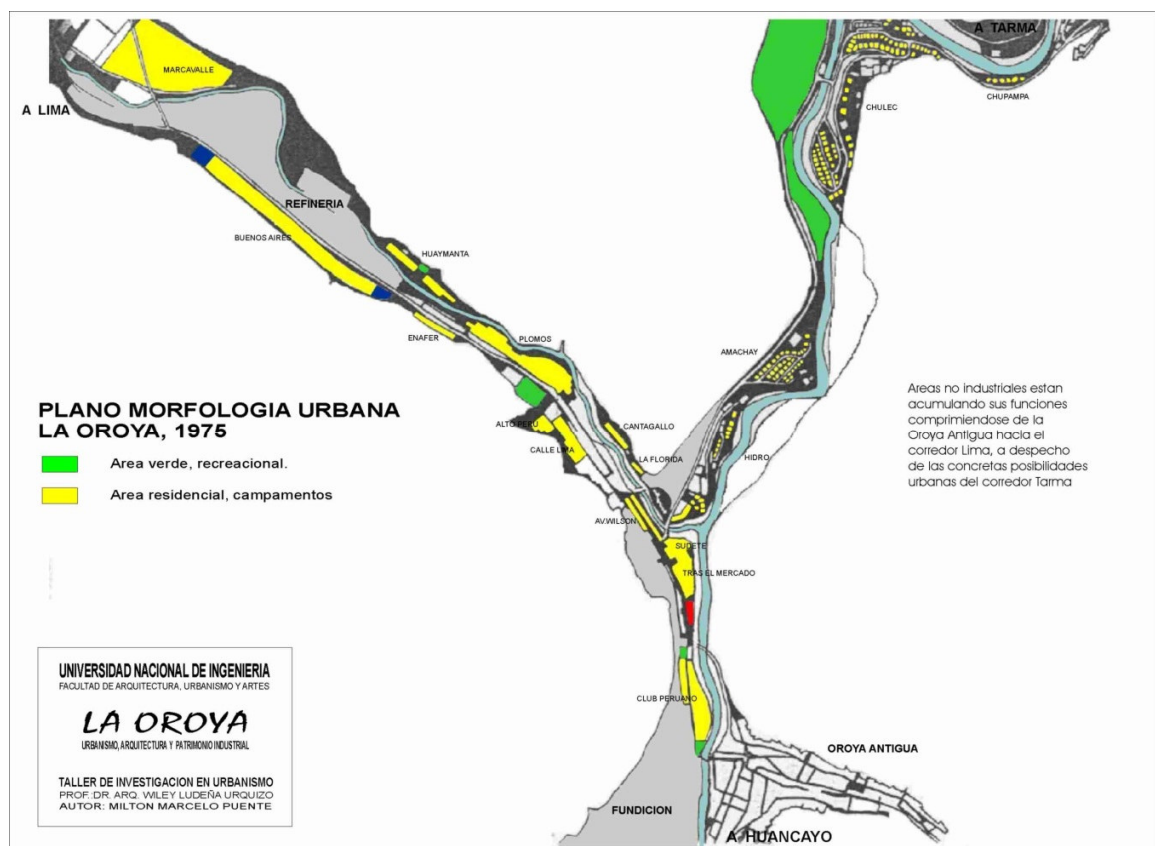


Figura 6: Plano morfología urbana La Oroya, 1975. Tomado de Milton Marcelo Puente, Taller de Investigación en Urbanismo, FAUA-UNI, 2005

La Oroya hacia 1963⁵⁹ era un campamento minero con aproximadamente 900 viviendas. La mayoría de ellas construidas con tapiales, adobes: 45%, de material ligero (eternit, calamina etc.): 43% y solamente el 12% era de ladrillo. En el período inter-censal 1940 -1961 este centro minero había experimentado un incremento demográfico promedio de 3.3% que resultaba ser uno de los más altos del país, debido al impulso de la industria metalúrgica. Sin embargo la compañía no proporcionaba vivienda a la totalidad de sus trabajadores, para distribuir las casas-habitación en los campamentos Cerro de Pasco Corporation había establecido una escala de puntajes que tomaba en cuenta: la antigüedad, categoría, estado civil y número de integrantes de la familia del personal etc.⁶⁰. Del total de trabajadores, según el mencionado Informe de situación sobre la vivienda (1963), solamente alrededor del 45% habitaba en viviendas proporcionadas por la empresa, entre ellos 1,931 eran obreros, 522 empleados que sumaban un total de 2,453. De tal manera que una cantidad importante de trabajadores se alojaba en cuartuchos y corralones que alquilaban a los propietarios de las viviendas precarias de La Oroya Antigua. Lo anterior confirma la inestabilidad de la fuerza de trabajo en relación a su residencia en La Oroya, en la medida que sus habitantes la consideraban fundamentalmente como un centro de trabajo, y se desplazaban constantemente a sus pueblos de origen, entre otros motivos, porque no disponían la mayoría de ellos de una vivienda adecuada en el campamento.

La situación antes mencionada no solamente era compartida por los trabajadores de la compañía, sino también por los empleados estatales o particulares, entre ellos los que laboraban en la Caja de Depósitos y Consignaciones, el hospital y el ferrocarril, gran parte de los cuales vivían en el agrupamiento de Marcavalle, quienes en su mayoría al ser entrevistados a propósito del estudio realizado en 1963 sobre la vivienda en La Oroya, declararon que no deseaban permanecer definitivamente en este centro industrial. Sin embargo, habría que hacer una excepción con los comerciantes, propietarios de bares, restaurantes y otros servicios quienes al encontrarse en un medio propicio para sus actividades, por ubicarse La Oroya en un sitio estratégico de la red vial de la sierra central,

⁵⁹ *Informe de situación sobre la vivienda, construcción y desarrollo urbano: La Oroya, 1963.*

⁶⁰ En 1963, según datos proporcionados por el Jefe de Relaciones Industriales, la Cerro de Pasco Corporation empleaba en la Oroya a 4,409 obreros, 1,041 empleados, en total 5,450 trabajadores (Informe de situación sobre la vivienda, 1963).

tenían una numerosa clientela por atender que justificaba la fijación de su residencia en el lugar.



Figura 7: Comerciantes en la Estación de La Oroya.

Recuperado de <https://www.flickr.com/photos/lluquish/9721802174/in/set-72157635366077549>

Este centro minero-metalúrgico era sobre todo un lugar de trabajo, donde la vida cotidiana giraba en torno a la actividad productiva. Los flujos de población eran intermitentes, de mayor o menor intensidad según la demanda de fuerza laboral en el complejo industrial. En este sentido los datos de los Censos de población constituyen solamente una fotografía de un momento que no logra captar la movilidad persistente de los habitantes. Diversos testimonios de personas que habitaron La Oroya, en el período materia de estudio, confirman lo señalado. La imagen urbana de La Oroya presenta la contraposición de dos elementos que deberían ser integrados el trabajo y la vida. No existían en el campamento ambientes de esparcimiento adecuados, se carecía de espacios públicos apropiados para el encuentro de la gente que habitaba el lugar. Las largas filas de viviendas del campamento presentaban una imagen monótona y recordaban permanentemente que se trataba de un centro industrial que existía en función del trabajo en el complejo metalúrgico. La configuración urbana de La Oroya siguió el orden que impuso la producción. Los edificios se situaron en el territorio en función de la secuencia de las actividades productivas, siguiendo la lógica de la eficiencia.

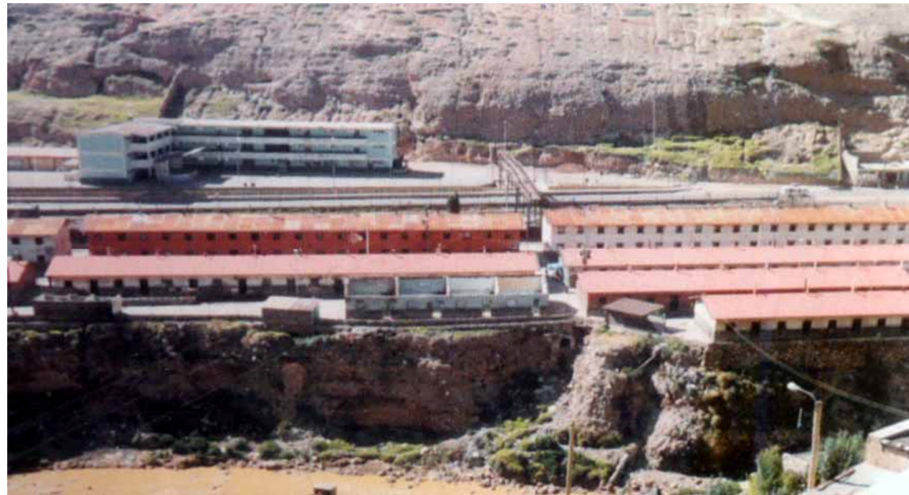


Figura 8: Campamento Plomos, La Oroya.

Recuperado de <https://www.flickr.com/photos/lluquish/9718762319/in/set-72157635366077549>

La Oroya mantuvo hasta 1974 su condición de campamento minero-metalúrgico, controlado por una empresa transnacional, al ser nacionalizada la CPC por el gobierno militar de Juan Velasco Alvarado. Se crea entonces la empresa estatal Centromin Perú, para hacerse cargo de las operaciones mineras de la CPC en la sierra central del país⁶¹.

3.2.3 Sociabilidad de hábitat: vida cotidiana en el campamento.

La experiencia de vida en el conglomerado de campamentos de La Oroya se desarrollaba en torno de la principal actividad: el trabajo en el complejo metalúrgico. En este escenario el proceso de estructuración urbana dio lugar a la conformación de determinadas áreas (Amaro y Santos, 1975), que nos interesa analizar como espacios de sociabilidad, para tal propósito es importante definir su conformación física como producto de la intervención humana:

I.- La Oroya Antigua de origen colonial es expresión física de la forma de producción local organizada en base a la ganadería y agricultura, que van a ser afectadas por la industria minera, desarrollándose actividades alternativas como el comercio y los servicios

⁶¹ El gobierno militar negoció con la CPC hasta lograr que ésta tomara la iniciativa de vender sus posesiones al Estado, accediendo al pago de una indemnización substancial. Los generales trataron de mantener un clima favorable para la inversión extranjera en el sector minero (De Wind 1986: 4)

II.-La Oroya Nueva (complejo industrial y campamentos) expresa la consolidación de una nueva actividad productiva industrial acompañada de cierto desarrollo urbano.

El emplazamiento urbano en su conjunto comprende áreas de trabajo (función industrial) y áreas de vivienda (función residencial y de servicios). Se trata de dos zonas claramente diferenciadas. Las estructuras físico-urbanas se transforman debido a la dinámica socio-económica: La Oroya Antigua y La Oroya Nueva corresponden al declive de una forma de organización económico-social, y a la emergencia y consolidación de una nueva forma respectivamente. Esta última significa un cambio significativo en el paisaje del lugar, genera otras actividades sociales y expresiones físicas (campamentos agregados a la instalación industrial) que le son funcionales, conformando un conjunto urbano-industrial cuyo eje es la industria minero-metalúrgica. Sin embargo el crecimiento urbano no logra ser regulado manifestándose caos y desorden en la ocupación del espacio debido al incremento de la población: proliferan tugurios, se reproducen sin control actividades terciarias informales. Este proceso va acompañado de la expansión de la instalación industrial que amplía su ocupación del suelo.

En este escenario del centro minero en La Oroya Nueva y en La Oroya Antigua, según el Censo Nacional de Población y Vivienda de 1972, residía alrededor del 90% de la población del medio urbano, conformada sobre todo por obreros y sus familiares, aproximadamente éstos últimos representan el 83% de la población. Chulec y algunos otros agrupamientos residenciales eran habitados por personal “staff” (altos ejecutivos de la compañía). Entre los sectores sociales antes mencionados existía un reducido sector social integrado por empleados, y una fuerza laboral dedicada a servicios y comercio.

En La Oroya se podía observar dos estilos de vida diferenciados, según Amaro y Santos (1975), en razón de la posición de sus habitantes en el sistema productivo, su extracción social, nivel cultural y grado de educación como referentes empíricos. En la Oroya Antigua caracterizada por su alta densidad poblacional y reducida extensión de terreno, la diferenciación social no era tan clara, pues la mayoría era gente de condición socio-económica de bajos ingresos: pequeños comerciantes, personal de servicios múltiples, maestros, obreros, empleados etc. (con trabajo en la empresa o fuera de ella). La población de

más bajos ingresos económicos generalmente habitaba la parte más alta de los cerros, donde se daba una ocupación informal del suelo.

En la Oroya Nueva si existía una diferenciación socio-económica más definida entre los residentes de los barrios, que se ubican uno tras otro, alejándose progresivamente de la fundición en dirección a Lima y Tarma respectivamente. Esta zona era lugar de residencia básicamente del personal de obreros, empleados profesionales y ejecutivos de la compañía. Era notorio como mejoraba la imagen urbana y por consiguiente la calidad de vida a medida que las áreas de vivienda se distancian de la instalación industrial, evidenciando un marcado contraste en relación al nivel socio-económico con los habitantes de la Oroya Antigua. Además de la calidad de la infraestructura urbana se observa mayor vegetación en las áreas de los campamentos más distanciados de la planta metalúrgica que pone de manifiesto menores niveles de contaminación de los humos generados por el procesamiento industrial de los minerales.

Tomando en cuenta el nivel de ingreso y las condiciones de la vivienda Amaro y Santos (1975) distribuyen a la población de acuerdo a su diferenciación socioeconómica en la siguiente ubicación espacial (barrios):

- Mayor ingreso económico/ vivienda confortable: Chulec, Mayupampa, Amachay, Las Flores, Judete, Marcavalle, Buenos Aires, Huaymanta.
- Menor ingreso/ tugurios: Alto Perú, Calle Lima, Club Peruano, Oroya Antigua, Los Plomos, Chucchis, Shinca.

Es decir, son marcadas las diferencias socio-económicas entre aquellos sectores sociales que residen en las áreas urbanas consolidadas dotadas de equipamiento urbano como Chulec y Marcavalle, lugares de residencia del personal staff y empleados, y la población que habita viviendas precarias en lugares que carecen de infraestructura adecuada como Oroya Antigua y Alto Perú constituyendo sectores sociales subalternos.

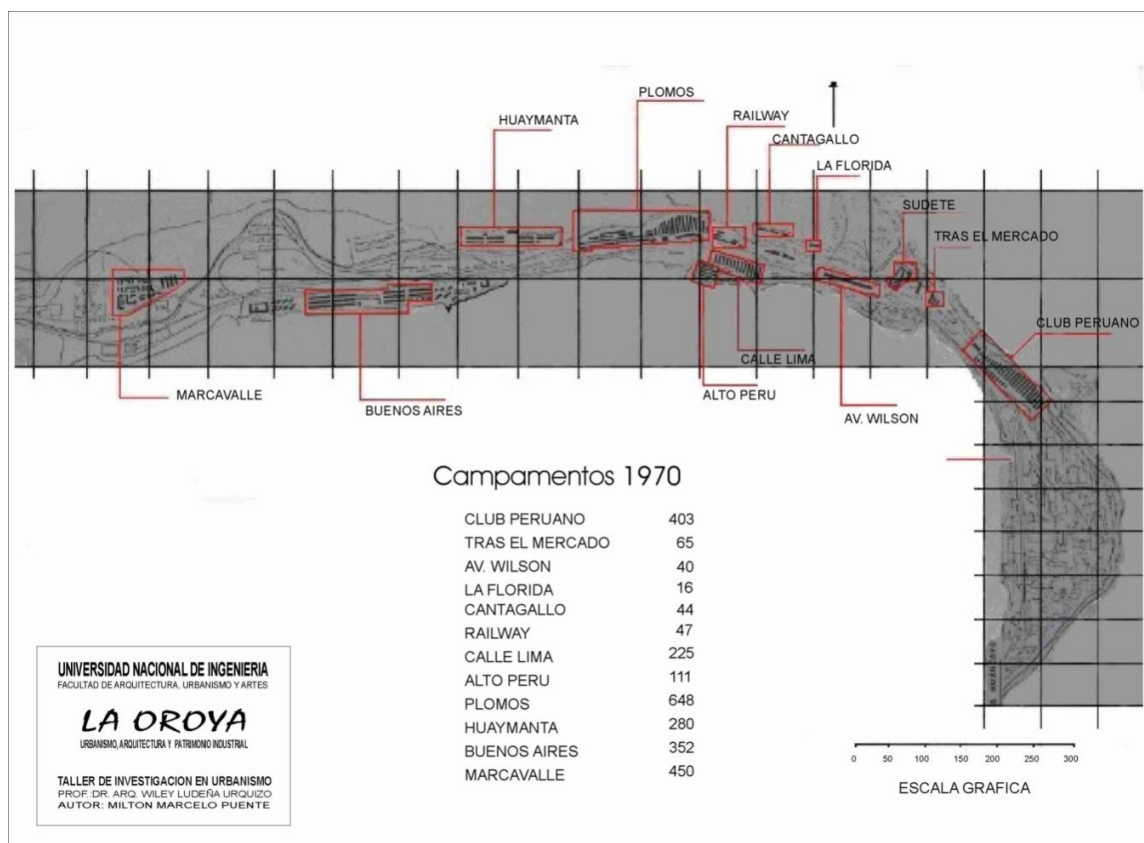


Figura 9: Campamentos en La Oroya, 1970. Tomado de Milton Marcelo Puente, Taller de Investigación en Urbanismo, FAUA-UNI, 2005.

La economía de la ciudad descansaba en la industria de refinación y fundición del cobre y otros minerales metálicos con importante impacto a nivel regional y nacional. Había otras pequeñas industrias artesanales dependientes de la principal actividad productiva que generaba un efecto multiplicador, impulsando el desarrollo de actividades como el comercio y los servicios, que se concentraban básicamente en La Oroya Antigua. Asimismo había también un comercio flotante que llegaba a la ciudad el día de pago de los obreros.

El principal problema urbano de La Oroya ha sido la gradual desintegración de la relación entre el área de trabajo y el área de vivienda provocada por la incremento de la función industrial (Amaro y Santos, 1975). Ambas áreas eran parte de un proceso conflictivo en la ocupación del espacio disponible, siendo el saldo negativo para las áreas de vivienda, en perjuicio de su creciente importancia urbana, es decir, la función industrial se va imponiendo

en desmedro de las condiciones de hábitat⁶². La compleja relación vivienda-trabajo se manifiesta en las contrastantes condiciones de vida entre la tugurizada Oroya Antigua, y el sub-poblado Chulec, ambos coexisten en una dinámica urbana que es producto de la actividad industrial.

El carácter estacionario de un sector de la fuerza laboral del conglomerado metalúrgico de La Oroya se refleja en la relativa contracción demográfica del casco urbano, en el cual destacan entre sus habitantes, a nivel general, tres grupos sociales: el sector social alto constituido por los ejecutivos de la compañía, el sector social medio integrado por los empleados, y el sector social subalterno conformado por los obreros, y los trabajadores independientes. En relación a estos sectores sociales hay que tomar en cuenta su inestable permanencia y residencia declarada fuera de La Oroya tanto entre los ejecutivos como entre los obreros cuyas familias residían en las comunidades o pueblos del entorno, por las razones ya mencionadas cuando hemos analizado la formación de esta mano de obra, a las que habría que añadir la protección de los miembros de la familia frente a la contaminación ambiental. La población trabajadora de este centro minero-metalúrgico se caracterizaba por su alto nivel de movilidad, según testimonios que ilustran este hecho: en los días no laborables parecía un lugar abandonado. La Oroya aparece como un centro de industria metalúrgica y campamentos que crecen congestionados, con viviendas inadecuadas y sobre pobladas. Las características físico-espaciales habían hecho del lugar una encrucijada natural de rutas de circulación, y el hombre lo ha utilizado como asiento de un centro urbano-industrial

A.- La vida cotidiana en el centro minero metalúrgico

Una experiencia fundamental de la modernidad cultural consiste en el impacto que tiene en el *mundo de la vida*⁶³ a partir de las transformaciones que trae consigo, en el caso materia de estudio, la producción industrial en la vida social, la economía, la organización del trabajo, y

⁶²Los terrenos disponibles para urbanizar eran limitados además hay que considerar la incidencia de la contaminación ambiental en ellos. Los urbanistas han considerado el corredor Tarma como la zona natural de expansión urbana, por sus características topográficas y ambientales, teniendo en cuenta además la eficacia de los sistemas “cotrells” de control ambiental aplicados que elevarían la calidad del corredor y sanearían el microclima (Ortiz de Zevallos, L. 1982; Amaro y Santos 1975; Bastos, H. 1991).

⁶³ La fenomenología social siendo fiel a la propuesta por E. Husserl de atenerse a las vivencias para obtener conocimientos, construye su teoría del mundo de la vida desde la perspectiva de las experiencias o vivencias de los sujetos en la vida cotidiana. La experiencia del mundo de la vida está estructurada temporal y espacialmente. El mundo de la vida es un mundo intersubjetivo y social (Schutz y Luckmann, 1977.)

asimismo en la concepción del espacio habitado expresada en su diseño arquitectónico y urbanístico. Los actores sociales que compartieron la vida en La Oroya: los trabajadores, sus familias, administradores, técnicos y profesionales que participaron en la gestión empresarial constituyen un referente fundamental, a través de sus relatos, de la forma cómo se vivió la experiencia de la modernidad impulsada por una compañía extranjera, dándose paso a un proceso de transformación cultural moderna con características que corresponden a nuestra particular manera de ser modernos, y que tuvo repercusión a nivel nacional⁶⁴

Al respecto, en la novela *Ximena de dos caminos* de Laura Riesco (1995) se relata la vida cotidiana de una niña, hija de un funcionario de una corporación minera en la ciudad metalúrgica de La Oroya, cómo ella va descubriendo un mundo ocultado por sus padres: la vida de los obreros que laboran en el complejo metalúrgico, una realidad diferente al estilo de vida en el campamento del personal staff donde esta niña residía. En la narración la mezcla de elementos de la tradición y la modernidad aparecen como característica de la dinámica social en el lugar. En la novela de Riesco, según R. Forgues (1999), los “dos caminos” del título, desde la sensibilidad de la autora, harían alusión a los conflictos que se dan en la realidad en relación a: modernidad y pasado, mundo andino y mundo occidental, pobreza y comodidad, blancos e indios etc. Sin embargo tratándose de una obra literaria esto no se enuncia directamente sino que es interpretado desde la subjetividad del lector.

En relación a la experiencia de la modernidad en los campamentos, E. Garcés (1999) refiriéndose al caso chileno en un estudio sobre las “ciudades del salitre”, desde una perspectiva arquitectónica y urbanística, señala lo siguiente: “*el conjunto de actividades relacionadas con la extracción, beneficio y exportación del salitre inauguró la modernidad en Chile: modernidad geopolítica, económica, técnica, social, urbana*”. Según este autor el

⁶⁴Se realizaron dieciocho entrevistas a personas pertenecientes a tres sectores sociales diferenciados a partir de su ubicación en la jerarquía empresarial de la C.P.C. y lugar de residencia: sector social A integrado por ingenieros residentes en Chulet; sector social B conformado por empleados de la compañía o del sector público, residentes en La Oroya Nueva y en La Oroya Antigua; sector social C constituido por obreros de la C.P.C. y trabajadores independientes que habitaban en La Oroya Nueva y en La Oroya Antigua.

aporte específico a la modernidad se manifestó mediante el desarrollo concreto de los campamentos (oficinas salitreras) en la región de Antofagasta y otras zonas mineras del país⁶⁵

Existe un consenso entre los diversos autores al señalar que a partir de la década de 1940 en el Perú, una serie de factores ligados a la expansión y profundización de la modernización en el campo: el crecimiento poblacional, la limitada disponibilidad de tierra, el incremento de la diferenciación campesina entre otros factores, desencadenaron el traslado de los campesinos hacia los campamentos mineros. Es preciso tomar en cuenta que esta experiencia significó una gradual incorporación al trabajo permanente en las minas, y a la vez el distanciamiento de la agricultura campesina transformó la vida doméstica del minero y su familia. Cuando la familia nuclear dependía cada vez más del salario del minero para su subsistencia adecuaba sus lazos con la familia extensa asentada con la economía campesina como alternativa para cubrir sus necesidades.

La compañía estaba interesada en promover la permanencia de la fuerza de trabajo. Para consolidar su presencia en la actividad minera, según De Wind (1986), a la empresa le convenía contar con una mano de obra sedentaria que desarrollara aptitudes y una tradición en el trabajo minero. Durante mucho tiempo, la compañía había desempeñado un papel básicamente paternalista, proveyendo desde vivienda y servicios médicos e inclusive promocionando actividades recreativas a través de donaciones de uniformes a los equipos de fútbol y exhibiendo películas en los campamentos. La Cerro de Pasco Corporation consideraba que sí los trabajadores se instalaban permanentemente en los centros mineros, serían responsables de cubrir con sus salarios sus necesidades personales y familiares.

Al incrementarse el número de trabajadores proletarizados instalados en los campamentos, las demandas de éstos por mejores condiciones de vida y de trabajo se acrecentaron. En el pasado cuando los trabajadores se incorporan al trabajo minero sólo por pocos años, aceptaban habitar en viviendas de una sola habitación que no reunían condiciones de comodidad básicas

⁶⁵Los asentamientos constituidos en América Latina, para la explotación de materias primas recibieron diversos nombres en función del producto beneficiado: ingenios azucareros, ciudades del carbón y del cobre, oficinas salitreras entre otros. En la actualidad, el término *company town* designa a las ciudades industriales de distinto tipo que fueron surgiendo a partir de la Revolución Industrial: industrial villages, cités ouvrières, arbeitsiedlungen, colonias industriales, campamentos mineros. (E. Garcés, Revista **eure** (Vol. XXIX, N° 88), pp. 131-148, Santiago de Chile, diciembre 2003).

porque pensaban que era una situación transitoria. Conforme era mayor la cantidad de fuerza de trabajo que se establecía permanentemente en los centros mineros, se ampliaba la demanda por viviendas. En el proceso de adaptación a la vida en el campamento, las necesidades cubiertas por bienes del mercado capitalista aumentarán, ocasionando inevitablemente reivindicaciones por aumentos salariales. Como hemos señalado anteriormente la existencia de un contingente de trabajadores estables residiendo en los campamentos creará condiciones favorables para dinamizar la organización y acción sindical, elevando la tendencia a la realización de huelgas para que sus reivindicaciones por mejores condiciones de trabajo y de vida sean atendidas. Los mineros eventuales no tenían un proyecto de vida de largo aliento a realizar en la actividad minera, mientras que los trabajadores que habían optado por quedarse como mineros por varios años, si calculaban beneficios futuros y también inmediatos que podrían lograr en su lucha sindical. Precisamente en La Oroya dadas las características del trabajo en la fundición que demandaba cierto nivel de calificación, este fue uno de los factores que propició la permanencia cada vez más recurrente de la mano de obra.

Además del sindicato de obreros y empleados de la fundición que era la institución más consolidada y representativa, existían en La Oroya como parte de la institucionalidad en el medio urbano: el sindicato de trabajadores ferroviarios, los clubes de madres, la Cooperativa de Crédito, la Asociación de Propietarios Oroya Antigua. También los residentes de La Oroya se involucraban en asuntos relativos a la comunidad de Sacco que era una de las más cercanas al centro minero, con la finalidad de conseguir un terreno para vivienda (Informe sobre la vivienda ,1963).

El particular proceso de urbanización de La Oroya está relacionado fundamentalmente con la actividad industrial-metalúrgica, situación que ilustra C. Chuquimantari (1992: 12) cuando señala: *“no hay límites visibles (en La Oroya) entre las zonas dedicadas a las instalaciones empresariales, ni para la población (...). Los carros metaleros, la refinería, el ritmo de vida al compás del pito de la fundición, el ambiente cargado de humo, sus hombres caminando con casco y mameluco por las calles, y su característica siempre humeante nos grafica el concepto de ciudad –empresa. Lo productivo y lo familiar se cruzan, se entremezclan”*.

Si bien la actividad industrial en La Oroya alcanzó un alto nivel de desarrollo, no se logró consolidar un proceso de urbanización plenamente moderno en relación al modo de vida de la

gente que habitaba el lugar, estos pobladores reacomodan sus vínculos con el medio rural de origen, pero esto no significa un desarraigo definitivo de la cosmovisión andina que es parte de su identidad cultural. Para ellos el campamento era un lugar de residencia en función de su experiencia laboral. En el campamento como espacio de sociabilidad la tradición y la modernidad no son excluyentes, sino que son recreadas de acuerdo a los intereses de sus habitantes, dando lugar a un proceso socio-cultural de extraordinaria complejidad. Como señala P. Ricoeur (2000: 371): *“antes de ser un depósito inerte, la tradición es una operación que implica el intercambio entre el pasado interpretado y el presente que interpreta”*. Es decir, la tradición es una reconstrucción peculiar del pasado, creada desde el presente. Reconocemos con ello que los procesos históricos constituyen una trama de eventos humanos que fusionan ciertos componentes del pasado para configurar presente y delinear futuro, y no representan una sucesión lineal basada en la idea de “evolución histórica”. Por otro lado, hay que considerar que los campamentos del conglomerado urbano de La Oroya no habían sido planificados de forma integral por la compañía, que los iba construyendo de acuerdo a las necesidades de la industria metalúrgica, sin incorporar en todos estos asentamientos las viviendas, la infraestructura y el equipamiento urbano que ofrecieran efectivamente condiciones de vida adecuadas.

Las relaciones asalariadas en el ámbito industrial-urbano dieron lugar a clases sociales modernas con características peculiares. Las identidades se construyeron en relación a la condición laboral, son identidades profesionales y también de sentido de pertenencia al lugar sobre todo para aquellos pobladores que residían de manera permanente en el campamento. Los mineros de La Oroya han constituido un sector importante en la historia del movimiento sindical minero y del movimiento obrero a nivel nacional. En La Oroya, los trabajadores metalúrgicos fueron el eje dinamizador de la economía urbana, a diferencia de otros centros urbanos donde la industria se instaló en una estructura urbana con actividades económicas diversas.

El proceso de ocupación del espacio en La Oroya se fue ajustando a los requerimientos de la empresa, con avances y retrocesos, generando un efecto de carácter social: la carencia de viviendas. La idea de organizar bajo un nuevo orden la vida en el lugar tiene efectos sobre el territorio, y los asentamientos humanos bajo el control de la economía capitalista vinculada a

la producción industrial. En la experiencia cotidiana de los habitantes del campamento esto significó un cambio en las percepciones del nuevo paisaje rural y urbano, otra forma de distribución del territorio, proliferación de nuevos edificios renovando las costumbres y los usos como parte de la transformación urbana. La idea de modernidad está asociada a un cambio en las condiciones de vida vinculado a la idea de progreso, comodidad, bienestar. Si bien en La Oroya se aplicaron ciertos criterios de racionalidad moderna en la organización del espacio urbano, la forma resultante, la estructura y distribución de recintos no representó la mejora de la calidad de vida del conjunto de la población asentada en el lugar, tal como hemos mencionado cuando hemos hecho referencia a las condiciones de la vivienda y del equipamiento urbano en La Oroya Antigua y La Oroya Nueva. En términos generales, la experiencia de la modernidad en este centro minero ha sido el resultado de un largo devenir histórico, con presencia tanto de elementos de continuidad como de ruptura.

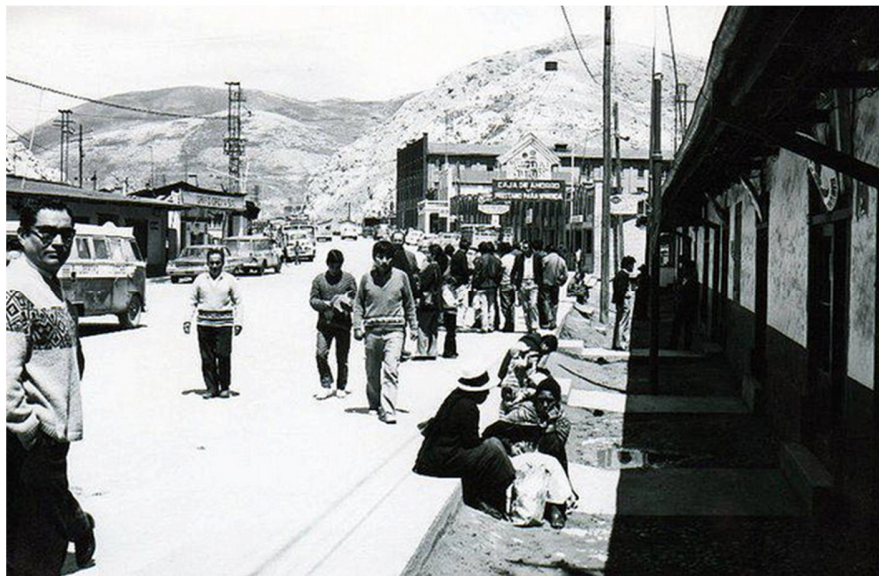


Figura 10: La Oroya Antigua: Av. Wilson (actual Av. Horacio Zevallos)

Recuperado de <https://www.flickr.com/photos/lluquish/9721803084/in/set-72157635366077549>

En La Oroya habitaban también trabajadores ferroviarios, policías, maestros, otros empleados públicos, y personal que laboraba en el sector terciario. En el Informe sobre la vivienda (1963), en una entrevista a un dirigente del sindicato de ferroviarios se obtuvo esta declaración: “*en más de 20 años, nunca se nos había ocurrido, hasta la fecha, ni siquiera*

mencionar la vivienda propia entre nosotros". Asimismo, un empleado público señaló: "*por nada quisiera dejar que se me entierre en esta tierra*". Estos testimonios son ilustrativos de diversas declaraciones, hechas en ese sentido, que fueron recogidas por el mencionado estudio, y muestran que entre estos pobladores, a pesar de permanecer muchos años en el lugar, no había un sentimiento de arraigo y sentido de pertenencia en relación al centro minero donde residían, lo cual corrobora lo señalado anteriormente acerca de la constante movilidad e inestabilidad de un sector importante de la población asentada en La Oroya.

Una de las estrategias de la CPC para reducir la presión de los trabajadores de los campamentos mineros por mejores salarios, consistía en proveer vivienda y alimentos subsidiados, pero como hemos señalado, los salarios reducidos no permitían cubrir los costos de subsistencia. Al respecto Grondin (1978: 102) entrevistó a los pobladores de Muquiyauyo que habían trabajado en las minas alrededor del año 1930, quienes declararon no haber podido enviar mucho dinero a sus familias residentes en los pueblos del valle. En una encuesta acerca de presupuestos familiares de trabajadores en cinco principales centros mineros de la sierra central, realizada por el gobierno en 1948, (Long y Roberts, 2001: 97; Extracto Estadístico, 1948-1949), se reveló que de 114 familias encuestadas, el gasto semanal promedio de una familia de cinco miembros era de 96.42 soles. Sin embargo, para esta fecha, el salario diario promedio de un minero era de 5.56 soles y de un trabajador calificado, 8.1 soles. Entonces se supone que la diferencia era cubierta trabajando varias horas de sobretiempo o porque no se mantenía a la familia en el campamento sino que ésta residía en algún pueblo cercano, donde recurría a la agricultura campesina para conseguir bienes de subsistencia. También era posible que otros miembros de la familia aportaran con ingresos provenientes de pequeños negocios o venta de artesanías. La encuesta realizada en 1948, nos revela que una tercera parte de las familias de La Oroya eran propietarias de máquinas de coser, aunque sólo el 10% contaba con radio, sugiriendo que accedían a la compra de bienes durables aquellos que tenían otras fuentes que añadir al ingreso familiar. De Wind (1986) señala que el avance tecnológico fue lento y estuvo acompañado por una política conservadora de inversión de la Corporación, que incrementaba sus ganancias manteniendo una fuerza laboral barata.

De tal manera que para los trabajadores mineros preservar los vínculos con sus comunidades de origen les permitía contar con una alternativa para cubrir sus necesidades básicas. Diversos

estudios comprueban efectivamente que los trabajadores dejan parte o la totalidad de su familia en sus pueblos, mientras ellos trabajan en la actividad minera, retornando los fines de semana, en vacaciones o para las fiestas del pueblo⁶⁶. En relación a La Oroya, J. Laite (2001) señala que el tamaño de la población residente era mucho más pequeño de lo que se hubiera esperado si es que el personal de la compañía en su mayoría hubiera estado acompañado de su familia. Esto se explica, en parte porque los trabajadores jóvenes solteros representaban hasta el 21% de los empleados y el 17% de los obreros. Sin embargo, en los registros de la Corporación sobre los trabajadores en La Oroya, se consigna que había 18,520 niños, mientras el Censo de 1972 daba cuenta sólo de 9,080 niños viviendo en la ciudad. Si consideramos que los trabajadores de la compañía constituyen solamente el 40% de la población de varones adultos de La Oroya, y además que los adultos que no laboran en la Corporación tienen familias y dependientes, es evidente que un gran número de los trabajadores de La Oroya dejan a sus familias en sus pueblos.

Asimismo esta información estadística confirma lo que varios estudios sobre condiciones de vida de los centros mineros indican acerca de la calidad de las viviendas. En el caso de La Oroya Nueva existían viviendas de tipo cuartel ubicadas en las laderas desprovistas de vegetación y afectadas por el humo, y por otro lado en La Oroya Antigua, los tugurios no ofrecían un ambiente favorable para la crianza de los hijos. Si comparamos ambos tipos de casa-habitación con el ambiente rural de los pueblos donde existía por lo menos un espacio más amplio, actividades agrícolas y de crianza de animales, es comprensible que los mineros prefirieran mantener a sus familias en los pueblos, donde debido al avance del proceso de urbanización podían acceder a servicios de educación, salud, agua y electricidad. Al respecto un obrero del centro minero metalúrgico residente en el campamento Plomos declara:

“No solamente la compañía destruyó la naturaleza, sino que no brindó vivienda a la mayoría de nosotros, además los que lograron tener vivienda, ésta no tenía buenas condiciones, era muy estrecha para la familia que teníamos (...) Mejor estábamos en la casa que teníamos en el pueblo, había más espacio y podíamos tener aire limpio”

⁶⁶ Estudios acerca de los trabajadores mineros de la sierra central como los de H. Bonilla, A. Flores Galindo, C. Samaniego, De Wind, Long y Roberts constatan lo señalado,

La preparación de los empleados y obreros era de diferentes niveles, permaneciendo por períodos de tiempo similares en la compañía. Si bien la mayoría de trabajadores tenía un origen campesino, existían contrastes entre los tipos de pueblos que proveían diferentes categorías de personal para la Corporación. Los trabajadores menos calificados venían de los pueblos más pobres de la puna, mientras que los de mayor calificación, en particular los de La Oroya eran procedentes de pueblos agrícolas del valle del Mantaro. Estos contrastes se manifiestan en las diferencias en el nivel de educación entre los pueblos de la puna y los pueblos del valle, habiendo sido estos últimos favorecidos anticipadamente con el funcionamiento de colegios de educación primaria y secundaria (J. Laite, 2001). Como indica este autor, hubo diferenciación entre algunos pueblos que proveían empleados y otros obreros al sector minero, aunque hay que tomar en cuenta que algunos empleados procedían de Lima y otras ciudades de la costa y de la sierra

Al respecto J. Laite (2001) basándose en los registros de la compañía señala que en la ciudad-refinería de La Oroya, el 16% de los empleados y el 10% de los obreros nacieron en esta ciudad, mientras que el 49% de los empleados y el 64% de los obreros nacieron en diversos pueblos del departamento de Junín. Un 8% adicional de los obreros y empleados eran naturales de Cerro de Pasco. Sólo el 3% de los empleados y el 1% de los obreros nacieron en la ciudad de Lima. Los demás trabajadores, en su mayoría, venían de las partes altas del departamento de Huancavelica. Los trabajadores de la fundición de La Oroya en su mayoría comparten una procedencia común de los pueblos cercanos, contribuyendo este hecho a la cohesión social y a fortalecer la solidaridad en las relaciones de trabajo, además más allá del ámbito laboral se identifican con sus pueblos y sus intereses. Si bien los trabajadores permanecían más tiempo laborando en la fundición, mantenían vínculos con su pueblo de origen, entre otros motivos, porque sus hijos al llegar a la edad escolar eran inscritos en los colegios del pueblo para su formación educativa. A la vez un sector de trabajadores optará por invertir en tierras y vivienda, preparando con anticipación el retorno final a sus comunidades. En este escenario, la familia representa una institución clave para la articulación entre campesinos, la actividad minera y de servicios.

Se genera un particular sistema de integración con la economía capitalista moderna: los campesinos se trasladaban de su comunidad para ir a trabajar a las minas, sin embargo

conservaban intereses sociales y económicos en su lugar de origen donde estaba su familia, su tierra y su ganado. En relación a esta experiencia Campaña y Rivera (2001) sostienen que las comunidades campesinas experimentaban dos procesos, por un lado, hay un relativo estancamiento de la producción agrícola interna, por otro lado, debido a la disponibilidad de ingresos salariales, el “progreso” de las comunidades hacía posible la movilidad social y la inversión en proyectos de trabajo comunal: escuelas, centro médico, iglesias y carreteras que contribuían a la modernización de estos pueblos. Un sector de la mano de obra de la actividad minera y haciendas de la Corporación logra también relativa prosperidad invirtiendo en el comercio y transporte fuera de sus comunidades.

Como señalan Campaña y Rivera (2001) estos procesos de diferenciación interna eran más marcados en los pueblos del valle que tenían mayor acceso a las comunicaciones y un recurso tierra más rico. La expansión de actividades micro-empresariales en el sector servicios y comercio, y su relación con la fragmentación de los recursos agrícolas es una de los rasgos más destacados de la economía organizada en el entorno de la actividad minera de la sierra central.

El impacto de la economía minera en la sierra central no es homogéneo, es fundamental tomar en cuenta la racionalidad de la organización socio-económica de las otras actividades locales⁶⁷. Como sabemos, los campesinos que se proletarizaron obtuvieron ingresos monetarios que complementaban los recursos procedentes de la economía campesina, y además les permitían extender su economía doméstica incursionando en actividades como la artesanía, el comercio y el transporte. No hay que perder de vista que el incremento demográfico genera la fragmentación de la tierra, sin existir condiciones que hagan posible la constitución de empresas agrícolas, debido a la imposibilidad de acumular tierra a través de un proceso agrícola comercializado, el resultado fue la proliferación de parcelas familiares dedicadas a complementar los ingresos. De tal manera que las redes sociales de parentesco cumplen una función clave con el fin de desarrollar una variedad de actividades económicas simultáneas.

⁶⁷ Una contribución importante para entender la racionalidad andina es el estudio de Jurgen Golte (2001). *Cultura, racionalidad y migración andina*.

En este contexto la pequeña empresa (tiendas, restaurantes) caracterizada por su flexibilidad y diversificación tenía posibilidades de salir adelante en contexto de crisis de la minería, ocasionada por causas externas como por ejemplo el sistema de precios internacionales. Es decir, la diferenciación social al interior de las comunidades no era consecuencia de la capitalización de la actividad agropecuaria, sino que se explica básicamente porque los campesinos al asumir el rol de “proletarios”, posteriormente tenían la opción de convertirse en pequeños empresarios, por lo tanto el trabajo asalariado fuera de la comunidad impulsaba el proceso de diferenciación, contribuyendo a su consolidación las redes de parentesco y compadrazgo (Campaña y Rivera, 2001).

Se trata de una combinación de relaciones contractuales propias del mercado capitalista moderno y de redes de parentesco características de una sociedad tradicional, de tal manera que las formas de sociabilidad recrean la relación tradición/modernidad y estarán en permanente proceso de adaptación o adecuación a los intereses en juego. Como señala L. Girola (2005:22-23):

“En el pensamiento sociológico del siglo XX la tradición ha sido, por lo general, considerada como un conjunto de características propias de la cultura y de los modos de vida de pueblos y civilizaciones previos a la irrupción de la modernidad, o como ciertos obstáculos socioculturales a la implantación de formas de vida modernas. Últimamente, sin embargo, se ha reflexionado acerca de cómo las sociedades olvidan, destruyen pero también reconstruyen, modifican e inventan tradiciones”.

Esta perspectiva reconoce que los procesos de modernización no se producen en el vacío, sino que se desarrollan en sociedades y culturas que los recrean y reinterpretan, es decir, se procesa la experiencia de ser moderno a partir de las características particulares del contexto social de referencia.

A mediados del siglo XX, la modernización del país concentrada en la costa y en particular en Lima, incrementó las oportunidades en la economía urbana, este proceso fue acompañado por la reducción de la tasa de crecimiento de la agricultura. En las comunidades campesinas se reduce el nivel de trabajo disponible, entonces la migración hacia las ciudades y las minas fue una opción cada vez más recurrente. La población en edad de trabajar abandona sus parcelas o

las deja al cuidado de parientes ancianos, mujeres o peones migrantes. Algunas comunidades se convierten en centros suburbanos de servicios, como es el caso de Sacco, ubicada aproximadamente a dos kilómetros de la fundición de La Oroya, donde residían una cantidad importante de personas que laboraban en este centro metalúrgico. De sus 200 comuneros legalmente inscritos, sólo 20 trabajaban en la agricultura. Los restantes 180 eran comerciantes, dueños de restaurantes, mecánicos o trabajadores de la fundición (COMACRA: Encuesta de Comunidades Campesinas, 1971).

Las inversiones de capital a gran escala en la minería de la sierra central trajeron consigo referentes de modernización como la apertura de caminos, ferrocarriles y un significativo impacto en la configuración urbana de los campamentos mineros como espacios de sociabilidad. Las relaciones entre la gran empresa minera y los pueblos campesinos de la sierra central fueron recreadas de acuerdo a los intereses de ambas partes (Campaña y Rivera, 2001: 140). Las economías campesina, minera y urbana quedaron así integradas a un solo circuito de relaciones sociales que combinan rasgos tradicionales y modernos en una mezcla de extraordinaria complejidad. Hay que considerar además el impacto ecológico como un factor adicional en la transformación de las comunidades ubicadas cerca de la actividad minera-metalúrgica, se trata de un efecto perverso del proceso de modernización que trajo consigo la instalación del complejo metalúrgico, que va a representar un hito de la innovación industrial de la época para el Perú y América Latina.

En un estudio realizado por P. Vega-Centeno (2007: 63-64) se llama la atención sobre el importante número de trabajadores tanto del complejo metalúrgico de La Oroya (Doe Run) como de las empresas proveedoras que poseen una segunda residencia. Lima concentra las preferencias en cerca de la mitad de los casos, mientras que Huancayo es el lugar elegido por un tercio de aquellos que tienen una segunda vivienda. Es decir, un sector importante de la población con empleo estable en La Oroya mantiene la tendencia histórica según la cual la aspiración a una buena calidad de vida está inversamente relacionada con su permanencia en la ciudad, pues invierten fuera de ella. Esta decisión está asociada históricamente al gran pasivo de la ciudad: la contaminación ambiental. Asimismo la ciudad sigue demostrando una gran dependencia de la empresa, según el mencionado autor, debido a la superposición de lógicas urbanas con lógicas laborales.

3.3 Dinámica sociocultural: adaptación y continuidades

Abordaremos las prácticas culturales para captar la experiencia vivida de los actores sociales que habitan el campamento, quienes construyen representaciones acerca de la interacción social que desarrollan en este ámbito. Al respecto hay que tomar en cuenta que el cambio progresivo de mineros-campesinos temporales a mineros asalariados permanentes implica un proceso complejo. Los mineros son proletarios al vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario para poder subsistir, sin embargo esta condición de proletarios para un sector importante de estos trabajadores iba acompañada de rasgos peculiares: disponibilidad de tierras y capacidades para el emprendimiento que abrían la posibilidad de renunciar al trabajo en las minas, y optar por retornar a las labores agrícolas o desarrollar pequeños negocios independientes. Aproximadamente a partir de la década de los años 40, debido a la modernización de la economía peruana se impulsa un mayor desarrollo del mercado interno, reduciéndose la presencia de la economía campesina de auto-subsistencia a la vez que se genera una mayor dinámica en la proletarianización de la mano de obra (A. Quijano, 1977).

Para un campesino su conversión en minero significa un cambio fundamental. El campesino que se incorpora al trabajo minero experimenta una transformación radical de sus condiciones de vida y de trabajo. La organización jerárquica del trabajo, la disciplina industrial, la utilización de maquinaria, la adecuación al estilo de vida en el campamento etc. son parte de una nueva experiencia vital. El nuevo minero procesa una concepción distinta de la vida y el mundo, en comparación a la concepción compartida en el mundo campesino, sin embargo los elementos de esta concepción tradicional no desaparecen por completo, se reconstruyen. Los mineros dan testimonio de su nueva condición de vida a través de sus mitos, leyendas y canciones como la siguiente:

Cerro, porque eres ingrato

para los hijos de tu seno

vas regalando tus riquezas

de tu profundo cariño

Hoy el triste obrerito

trabaja lleno de martirio,

agotado mucho en la mina

con ese polvo venenoso

En este huayno “Huraña tierra” registrado por H. Bonilla (1974: 31) se expresa la percepción, el sentimiento de los mineros frente al impacto del cambio. La racionalidad moderna representada por la compañía que explota y procesa los minerales evidencia una diferencia sustancial con las tradicionales formas de explotación minera que se habían desarrollado en la zona aproximadamente a través de cuatrocientos años. En las mentalidades de los mineros procedentes del mundo rural: el espacio geográfico, el trabajo, la cotidianidad que son parte de su tradición han sido transformadas por la implantación de elementos ajenos. Se produce una suerte de contradicción: el campesino tiene una estrecha relación con la naturaleza y la aprovecha de acuerdo a su propia racionalidad, mientras que la explotación minera destruye la geografía y genera desequilibrio ecológico al contaminar ríos y campos de cultivo. Sólo los humos de la fundición de La Oroya destruyeron miles de hectáreas de terrenos a su alrededor. La ciencia aplicada al proceso productivo desarrolla nueva tecnología para lograr resultados más eficientes, pero aquí la racionalidad moderna no cumplió ese ideal, por el contrario la compañía en nombre de la modernidad despliega el uso de la tecnología que destruye campos y sembríos, y ejerce autoridad en la vida cotidiana de los campamentos como una forma de expresión del poder que detenta.

Los habitantes de los campamentos de origen campesino compartían códigos culturales que no eran funcionales a la organización racional moderna de la producción. Al respecto la participación de los trabajadores en las fiestas de los pueblos cercanos propiciaba la ausencia a sus labores. Estas celebraciones de la cultura popular andina eran prolongadas y numerosas, provocando el incremento de los costos de producción por el alto nivel de inasistencia a la jornada laboral, lo cual afectaba la disciplina laboral orientada a lograr la eficiencia y mayores niveles de productividad. Asimismo la diversificación laboral era una práctica social extendida en la sierra central, apoyada por redes sociales familiares y extra-familiares que protegían los intereses de los campesinos en sus pueblos, en caso de que emigraran. Se trataba de una antigua tradición en la región que hacía posible el manejo de diversos pisos ecológicos

y de diversas economías paralelas a través de la movilización de mano de obra desde la época prehispánica y colonial (C. Contreras 1987: 146).

Si bien los trabajadores mineros mantienen vínculos con la organización tradicional campesina, cuando deciden trasladarse a los campamentos lo hacen para conseguir un ingreso monetario, de esta forma paulatinamente se van integrando a la economía capitalista moderna. Sin embargo un sector importante de trabajadores mineros poseía tierra como un respaldo económico frente a la eventualidad de un accidente, enfermedad o pérdida del empleo. Al concluir su trayectoria laboral en la minería, un sector de estos trabajadores invertía el capital que disponía, conformado por sus ahorros e indemnización, en la actividad agrícola de tipo comercial. También tenían la alternativa de dedicarse a un oficio aprendido en las minas de forma independiente: instalaban talleres de carpintería, de mecánica o de soldadura en las zonas urbanas. Otros optan por la actividad comercial, abriendo pequeñas bodegas en sus pueblos o en otros casos se dedican al servicio de transporte.

Según varios estudiosos de la actividad minera en la sierra central⁶⁸ la proporción de mineros permanentes, con características propias de un proletariado, se va incrementando desde la década de 1940, resultado, como hemos señalado, de la modernización de los procesos tecnológicos en la minería, y de la penetración del mercado en la economía campesina. Las estadísticas de la Corporación nos ilustran acerca de esta tendencia: la tasa anual de rotación de trabajadores se reduce de 30% en 1958 a 20% en 1969, lo que evidencia una mayor estabilidad de la fuerza laboral (De Wind 1986: 24). Contribuyen a afianzar esta tendencia, la ley especial que regula a las comunidades campesinas dada en febrero de 1970 (Estatuto Especial de Comunidades Campesinas). En los artículos 23 y 25 de esta norma, se estipulaba que los comuneros debían residir permanentemente en sus comunidades, y estar vinculados principalmente al trabajo agrícola. Por lo tanto recortaba la posibilidad de disponer de una fuente de ingresos alternativa como el trabajo en la minería. En los casos de que la tierra de la comunidad no fuera suficiente para mantener a todos sus miembros, de acuerdo al artículo 126 de la Ley de Reforma Agraria (Decreto Ley N° 17716, 17 de febrero 1970)), el gobierno estaba obligado a proporcionar más tierras a los comuneros para que supuestamente no necesitaran trabajar en la minería. No residir de manera permanente en la comunidad era un

⁶⁸ Ver De Wind (1986), Laite (2001) y Long y Roberts (2001).

motivo para perder los derechos como comunero, inclusive su acceso a la tierra. Debido a la aplicación de las leyes mencionadas, los trabajadores mineros tendrán que elegir entre retornar a sus comunidades o perder sus tierras. Considerando que la frontera agrícola en la zona no era suficiente para proveer a cada familia rural con un lote del tamaño estipulado por la Ley de Reforma Agraria, se incrementara la cantidad de mano de obra sin tierra que va a competir por un puesto de trabajo en la actividad minera (De Wind 1986:25).

La expansión de la producción para la exportación, como es el caso de la minería en la sierra central, representa un factor de cambio clave a nivel local en la dinámica socio económica y cultural: la demanda que esta producción ha tenido en relación a la mano de obra, la tierra y la infraestructura esencial han significado no sólo la ampliación de oportunidades comerciales, sino que también han impactado en las prácticas de la economía familiar y en la división rural del trabajo (Long y Roberts 2001: 36). La actividad económica local se ha diversificado en nuevas actividades artesanales (de servicios) y de comercialización. Más allá de los cambios reflejados en la vida material, hay aspectos de la dinámica socio-cultural relacionados a afiliaciones comunales o de parentesco e inclusive religiosas que se redimensionan. En el ámbito socio-cultural, se entrelazan los comportamientos ancestrales con otros derivados de los procesos de modernización: coexisten costumbres de raigambre campesina con otras propiamente urbanas. Las tradiciones se recrean y se re-significan continuamente y se articulan con perspectivas que podríamos identificar como modernas.

En relación a la modernidad en los Andes, H. Urbano (1991: 35-36) sostiene que habría una *razón andina* que se basaría en una estrategia socio-política de apertura a todo lo ajeno como uso y costumbre prehispánica, frente al discurso dogmático y sectario español del siglo XVI. La gran apertura del universo simbólico andino a otros géneros de lenguaje, según este autor, en cierta manera explicaría la rápida difusión del catolicismo en los Andes en el siglo XVI. En este sentido nada impide a los hombres que habitan los andes, el acceso al discurso de la modernidad y mucho menos a la modernización o a industrialización. En la cosmovisión andina hay una capacidad de asumir símbolos impregnados de lógicas distintas a las andinas, que según H. Urbano, constituye una práctica social abierta y libre.

En la cultura campesina andina se desarrollaban relaciones de cooperación que sustentaban la agricultura familiar. Entre los individuos se establecía el acuerdo de “al partir” (compartiendo

el costo y las ganancias de la tierras) e hipoteca (el empleo temporal de la tierra). Las familias interactuaban mediante el “uyay” (intercambio de miembros de la familia en épocas de siembra y cosecha), la “minka” (pagando a la gente en especie y no en dinero) y el trueque. En la comunidad los campesinos se apoyaban mutuamente en las faenas agrícolas y en la construcción. Las cofradías o hermandades religiosas se encargaban del trabajo en las tierras de la iglesia, y de la distribución del producto. Siguiendo la costumbre, la distribución se llevaba a cabo a veces por medio de una fiesta, en la cual todos los miembros participaban en las danzas y actos celebratorios con referentes simbólicos de la cultura andina (Long y Roberts, 2001).

La introducción de una nueva forma de producción tuvo una importante repercusión en la sociedad local, propiciando la emergencia de nuevos grupos de interés y agudizando las contradicciones entre formas organizacionales tradicionales y nuevas. Las fluctuaciones de la economía de exportación afectan la dinámica local. A su vez se produce una reestructuración de las formas preexistentes de organización socioeconómica como la agricultura y las actividades artesanales basadas en la comunidad y en la familia, como base de subsistencia para un sector de la población, que permanecen y cambian a la vez. Las interrelaciones que se establecieron entre estas formas previas de producción y el sistema capitalista de la economía minera dieron lugar a una compleja estructura socioeconómica, en el contexto de un proceso de modernización que se va consolidando.

En este escenario, las oportunidades para aumentar los ingresos estaban en el trabajo asalariado de la minería y en las actividades de servicios. Sin embargo, hay un proceso de reacomodo al nuevo orden de cosas que implica la reorganización de la familia para poder aprovechar mejor las oportunidades de ingresos dispersas espacialmente. Las instituciones del medio rural ayudaban a afianzar los nexos con el sector minero, facilitando la incorporación de mano de obra asalariada, y proveyendo una base social para el desarrollo de la vida cotidiana en los campamentos mineros. En esta experiencia de vida las redes de parentesco y compadrazgo desempeñaban un rol fundamental. Resulta ilustrativo a partir de lo señalado el siguiente testimonio de un obrero metalúrgico de la fundición de La Oroya que se dedicaba también al comercio:

“La gente que trabajaba conmigo siempre estaba pensando cómo hacer para tener más plata que ayudara a nuestras necesidades, porque el pago de la Cerro era poco. Así que como somos gente muy trabajadora hacíamos lo que se acostumbraba hacer, ayudarnos entre nosotros y con nuestros familiares para hacer un pequeño negocio”

Una apuesta por acceder a la modernidad se da a través de la creciente inversión en educación con el fin de conseguir empleo fuera del entorno rural, y la adecuación de las instituciones del pueblo, tales como las fiestas y las asociaciones para establecer vínculos entre las zonas urbanas y rurales. A propósito del desarrollo de oportunidades educativas Alberti y Sánchez (1974: 69) hacen referencia a la adopción de patrones urbanos de comportamiento en la población campesina que se manifiesta, entre otros aspectos, a través de la castellanización y educación formal. En el Censo de 1940, el 68% de la población del departamento de Junín era hispano hablante, en el Censo de 1961, esta cifra se eleva a 89%, lo que evidencia un abandono del quechua en la región. En cuanto a la educación formal, en 1940 no había capital distrital que no contara con uno o más planteles educativos. En un período de treinta años (1938 -1968) la educación formal logra un significativo incremento: la población escolar crece más del 300% (Alberti y Sánchez 1974: 70).

A mediados del siglo XX los cambios a nivel socio-económico y cultural que ocasiona el proceso de modernización en la zona dan lugar a un peculiar proceso. Así tenemos que, la economía campesina de auto-subsistencia coexiste con la pequeña empresa en el comercio, la industria y los servicios; paralelamente se expanden las operaciones mineras a gran escala. Entre estas actividades se establecen intercambios e interdependencias. Por su parte la consolidación de un proletariado industrial se desarrolla en un contexto singular, donde inclusive los mineros sindicalizados mantenían vínculos con sus pueblos y tenían tierras en ellos. La familia se convierte en un factor clave para articular las actividades de campesinos, de servicios y de minas.

Los campesinos llegan a diferenciarse socialmente mientras son absorbidos de diversas maneras en la economía capitalista. En esta zona de la sierra peruana las prácticas campesinas se mantienen dentro de un marco capitalista. La agricultura de subsistencia existe al lado de la

agricultura comercializada, así como de actividades empresariales y de la minería industrializada (J. Laite, 2001).

Desde inicios del siglo XX, la población de los pueblos de la sierra central, debido al desarrollo capitalista que impulsó la migración, estaba compuesta básicamente de mujeres, niños (as), jóvenes y ancianos, debido a que los hombres en edad de trabajar se incorporaban al trabajo asalariado. Este proceso se refuerza a partir de la Segunda Guerra Mundial, cuando los campesinos migran no solo a las minas sino también hacia la costa y en particular a Lima. Como consecuencia de esta dinámica, la economía campesina experimenta una diferenciación socio-económica progresiva, de tal manera que el conjunto de los sectores sociales agrarios se van transformando mientras la economía capitalista se va desarrollando.

La migración de mano de obra procedente de la economía campesina hacia los campamentos mineros forma parte del desarrollo capitalista. No planteamos una perspectiva dual en relación a la economía de la región, entre sector tradicional y sector moderno. El valle del Mantaro no ha permanecido al margen de procesos más amplios, que involucran al conjunto del país, como la modernización que se despliega a mediados del siglo XX. Es decir, en un contexto de cambio los diferentes sectores sociales de la región aprovechan estrategias sociales propias del medio local para atender las nuevas situaciones que tienen que enfrentar. De tal manera que los campesinos ricos aprovechan las redes de parentesco para reclutar mano de obra, y por otro lado, existen campesinos pobres con una larga trayectoria como trabajadores asalariados en las minas (J. Laite, 2001).

Los actores sociales que vivieron esta experiencia han construido representaciones sociales acerca del cambio socio-cultural expresadas en el siguiente testimonio:

“Toda La Oroya era, pues, unos corrales, donde se sembraba y había crianza de animales que pertenecían a los comuneros en aquella vez (...). El paisaje empezó a transformarse, por eso que los cerros quedaron calcinados (...). La Oroya antes, era un pueblo campesino, era un pueblo de comunidades campesinas. Ahora eso ya no es así, ahora es un pueblo minero, es un pueblo más bien metalúrgico. Y eso cambia las cosas, no es lo mismo un pueblo de campesinos que un pueblo de mineros, son cosas distintas (...). La fundición trajo gente de todos lados, no solamente del valle

del Mantaro (...). Seguramente la mayoría ahora no es originaria de La Oroya. Bueno, La Oroya empieza a ser una ciudad cosmopolita, teníamos aquí, créame, extranjeros, alemanes, científicos, aparte de esos que vienen de toda la zona de Huancayo, Tarma” (Testimonio de Amador Pérez Mandujano) (Cooper Acción 2000: 28).

En relación al impacto sociocultural que trae consigo el proceso de modernización, cabe destacar el estudio sobre las comunidades indígenas del valle del Mantaro de José María Arguedas (1957). Al respecto este autor plantea que la modernización de la zona fue el resultado de un proceso histórico caracterizado por la debilidad de las instituciones tradicionales como la hacienda y la servidumbre y el predominio de las comunidades indígenas. Según J.M. Arguedas, el desarrollo de las comunidades se debe a un singular proceso histórico que abarca no menos de cuatrocientos años y que tiene como base la alianza de los conquistadores españoles con la población *huanca* para la conquista del Cusco. Dicha alianza va a tener consecuencias favorables para el desarrollo del valle del Mantaro. Como resultado de ella se le concedió al *huanca* un status especial que le permitió *“continuar en posesión de sus tierras, en proporción mucho mayor que en otros valles interandinos, y mantener en el mismo grado la conservación de la autoridad y el prestigio de los gobernadores indios (...) Se crea una especial correlación de elementos socio-económicos que hicieron posible su vasta insurgencia moderna, mediante una excepcional integración de razas, de culturas y de sistemas económicos”* (J. M. Arguedas 1957: 98).

Desde fines del siglo XIX se desarrolla en la región un acelerado proceso de modernización. Entre los cambios que trajo consigo esta experiencia, J. M. Arguedas señala las migraciones, la urbanización, la expansión del comercio, así como la transformación de las formas tradicionales de organización social, sobre todo en las comunidades, donde los varayoc de origen colonial fueron sustituidos por un sistema moderno de cargos. Sin embargo los habitantes de la región no pierden sus particulares características socio-culturales, sino que logran incorporarse a *“la economía y cultura moderna, conservando su personalidad indígena”*. Esto se expresaba en la música (difusión de la orquesta), el baile (huaylas), la artesanía (tejidos y mates burilados), la comida (pachamanca) entre otras manifestaciones.

Este proceso de cambio, según J. M. Arguedas, se debió al impacto de una serie de elementos externos a las comunidades rurales, como la ampliación de la red vial de comunicación hacia la costa (ferrocarril y carretera), siendo un factor central de cambio el desarrollo de la actividad minera, especialmente al iniciarse las operaciones de la Cerro de Pasco Mining Corporation en 1902. Se desencadena entonces un proceso de proletarización que implicó fuertes adaptaciones culturales de los trabajadores, la mayoría de ellos de origen campesino o indígena. J. M. Arguedas describe la forma peculiar que asumió el desarrollo capitalista en el valle del Mantaro, que hizo posible la supervivencia de las comunidades campesinas, que reacomodaron su dinámica interna en función del dinero y del mercado. Diversos estudios sobre el caso de la sierra central en el Perú revelan que la proletarización de los mineros fue una experiencia bastante peculiar, a nivel de su imaginario estos trabajadores mantuvieron y recrearon los códigos culturales de su mundo indígena de origen⁶⁹

El valle del Mantaro, según J. Matos Mar (1971), es un espacio social donde existe una estrecha vinculación entre la ciudad y el campo, una población móvil social y geográficamente, y una estructura social muy abierta y permeable a los estímulos externos en todos sus niveles, lo que ha impulsado el desarrollo regional. En las décadas de 1940 a 1970, el proceso de modernización dinamizado por cambios importantes en el contexto nacional repercutió en la estructura regional destacando como rasgos más saltantes: el crecimiento urbano, la difusión de un proceso de urbanización rural, y una más estrecha vinculación entre ciudad y campo que afectó a todos los niveles de la estructura social local, dando lugar a una notable diversificación e incremento de la actividad productiva y comercial. Hay que tomar en cuenta la excepcional diversidad que caracteriza la región en cuanto al acceso a la tierra, disponibilidad de riego, costos de producción, ecología y niveles de vida.

Hasta inicios del siglo XX todos los cambios se habían dado sobre todo a nivel de la organización social urbana del valle sin alterar prácticamente la estructura agraria. La penetración capitalista a gran escala y la apertura de modernos medios de comunicación tuvieron una influencia decisiva en el futuro de la población rural del valle del Mantaro. La

⁶⁹Muestra de ello es la subsistencia de las creencias acerca de los “muquis” en las minas de la sierra central peruana. Son los duendes de la mina, en el imaginario colectivo de los mineros aparecen como seres mágicos que viven a hurtadillas en los socavones. (Pajuelo Frías, Luis. *El muqui y su mundo*. Revista Estribo de Plata, n° 4, Cerro de Pasco, 1998).

instalación de Cerro de Pasco Corporation desencadenó una dinámica que afectó tanto el medio rural como el urbano. Una gran cantidad de campesinos fueron desarraigados de sus hogares e incorporados al mundo “moderno” de los centros mineros. Las nuevas formas de sociabilidad en estos espacios y el trabajo asalariado tuvieron un doble impacto: por un lado propiciaron la acumulación de pequeñas sumas de capital que luego fueron utilizadas para modernizar la agricultura o la artesanía; por otro lado contribuyeron a la resocialización política de los mineros-campesinos (Flores-Galindo, 1983). En este escenario a partir de 1930, las comunidades campesinas empezaron a participar cada vez más en el mercado regional, ampliando y diferenciando sus estructuras socio-económicas, intensificándose la urbanización rural (Alberti y Sánchez, 1974)

3.4 Sistema de poder y dominación implementado por la empresa.

Como hemos mencionado a inicios de la producción minera en la zona, se utilizó el sistema de enganche para captar mano de obra, existiendo reclutamiento coercitivo de la mano de obra con el apoyo directo o indirecto de las autoridades políticas. Esta forma de captación de fuerza laboral fue siendo desplazada por el traslado voluntario de los campesinos hacia las minas conforme se fue modernizando la actividad minera.

La compañía procuraba que los trabajadores se adaptaran al estilo de vida en el campamento minero. Al reconocer problemas socio-culturales en la transición de un modo de vida básicamente rural a un modo de vida urbano, se intentó a través de la labor de un equipo de asistentes sociales resolver los problemas que acarrearaba este cambio en la experiencia vital de la fuerza laboral. Los/las asistentes sociales desarrollaban entre otras funciones las siguientes: 1) Ayudaban a los mineros y a sus familias a encontrar soluciones en el proceso de aprendizaje del nuevo estilo de vida, con este propósito desarrollaban dinámicas de grupo para tratar temas relativos a la higiene, uso de baños modernos, cuidado de las viviendas, como parte de esta actividad se pasaban películas. 2) Vigilaban la “buena presentación” de las casas de los mineros, tratando de inculcar sus propios códigos culturales de clase media. Asimismo criticaban negativamente los hábitos y costumbres de la vida rural. 3) Supervisaban el mantenimiento adecuado de las viviendas y controlaban de que éstas fueran habitadas solamente por el personal dependiente de la compañía (De Wind 1986: 20).

Los/las asistentes sociales actuaban como mandos medios en la estructura de poder de la compañía, para ejecutar mecanismos de vigilancia y sanción entre los miembros de la comunidad minera. Se encargaban de evaluar mensualmente los hogares mineros y dictaban cursos para que las familias lograran un mejor nivel en el sistema de clasificación manejado por la empresa. Al encontrarse los hombres en el trabajo, según De Wind, el proceso de adaptación a la vida en el campamento era asumido básicamente por las mujeres, preocupadas principalmente porque el salario del minero alcanzaría para solventar los gastos.

En los cursos impartidos por los asistentes sociales se capacitaba a las mujeres para resolver problemas prácticos. Al promover el consumo de alimentos producidos industrialmente como: café instantáneo, fideos, gelatina y harina preparada se introducían cambios en la dieta alimenticia, generando nuevos hábitos alimenticios. En el almacén de la compañía las familias de los trabajadores mineros adquirían muchos de los productos que consumían. Se enseñaba a preparar estos alimentos en cocinas a kerosene y a combinarlos para conseguir una dieta nutritiva. Las mujeres llevaban cursos de costura para confeccionar ropa para los miembros de su familia y así ahorrar dinero. Los/las asistentes sociales visitaban las casas de los mineros para enseñarles a sus esposas a amoblar y mantener las viviendas. Se les daba indicaciones desde cómo decorar las habitaciones hasta advertencias acerca de lo anti-higiénico de almacenar legumbres en las duchas de los baños, práctica extendida en el lugar porque las familias no podían adquirir refrigeradoras debido a que su nivel de ingreso no se los permitía (De Wind, 1986).

La intromisión de las/los asistentes en la vida privada de las familias mineras estaba orientada inclusive a la administración del presupuesto familiar, las mujeres eran asesoradas para gastar el dinero más racionalmente. Precisamente los conflictos familiares más frecuentes giraban en torno al gasto del salario, los derechos de las mujeres en compartir el ingreso con los esposos y opinar sobre la distribución del gasto, así como la responsabilidad del padre de mantener a sus hijos. Los mineros sentían que el control de la compañía superaba el ámbito del trabajo y penetraba el espacio privado de las relaciones interpersonales en la vida familiar.

Frente a esta situación se generó en el campamento, entre los trabajadores mineros, una corriente de rechazo a la labor de asistencia social, que se expresó en críticas en contra de la compañía. De Wind (1986: 21) recoge el punto de vista de uno de los funcionarios extranjeros

de Cerro de Pasco Corporation sobre el programa de asistencia social: *“El asunto es mantener contentas a las mujeres. De otro modo, en cualquier día de lluvia, arrinconan a sus esposos y descargan contra ellos todas sus quejas. Entonces los esposos se van a emborrachar, se juntan entre ellos como cuando hacen huelga y culpan de todos sus problemas a la compañía”*

Sin embargo, el mencionado propósito de mantener tranquilas a las mujeres no se logró porque al imponerles patrones culturales ajenos, extraños al estilo de vida rural, sus hábitos y costumbres no eran respetados. Aún más cuando se las humilló, intentando promover un sentimiento de inferioridad por el hecho de ser de origen campesino. El objetivo era lograr que las familias mineras que habitaban el campamento dejaran de lado su modo de vida y aceptaran la forma de organizar la vida cotidiana que la empresa pretendía imponer. Al enseñarles patrones de consumo que rebasaban su nivel de ingreso, se generó entre ellas frustración. Entonces esta insatisfacción revirtió en contra de la compañía, debido a que los salarios no permitían cubrir el nivel de vida al que supuestamente debían aspirar.

Entre los habitantes del campamento se percibía que la compañía ponía en práctica ciertos mecanismos para obligarlos a cambiar su estilo de vida, sólo en función de su propio interés. Esto llevó a que las mujeres frente a la presión que ejercía sobre ellas la compañía, compartieran sentimientos de frustración e indignación, y decidieran formar los Comités de Damas, que actuaron como organizaciones sociales de base, en cierta forma paralelas a los sindicatos de los trabajadores. Cabe señalar el apoyo de las mujeres en las huelgas mineras, en las cuales ellas destacaban por su participación en las marchas de protesta. En el *Informe de situación sobre la vivienda* (1963) se señala la existencia de 43 clubes de madres en La Oroya que tenían como finalidad resolver problemas relativos principalmente a la mantención del hogar, la educación de los hijos; por otro lado, se trataba también de fomentar la práctica del ahorro, siendo motivadas las integrantes de estos clubes por la aspiración al “progreso”. La determinante y creciente mayoría obrera de la población de La Oroya, explica la importancia de sus organizaciones en el medio urbano.



Figura 11: Mujeres en los lavaderos del campamento Club Peruano.

Recuperado de <https://www.flickr.com/photos/lluquish/9721802660/in/set-72157635366077549>

En el campamento los sindicatos fueron importantes espacios de socialización política de los mineros para tomar conciencia de su situación en relación con la empresa. En la historia sindical cabe destacar la ola de huelgas que se llevaron a cabo entre 1969 y 1971⁷⁰, en los testimonios recogidos los mineros reclamaban que era difícil satisfacer sus necesidades con los salarios que percibían. La compañía respondía a este reclamo señalando que los salarios habían aumentado por encima del costo de vida en los últimos quince años (De Wind, 1986). Este argumento probablemente era correcto porque los salarios se habían incrementado y eran superiores al promedio de la región, pero no se tomaba en cuenta que los trabajadores eran cada vez más dependientes del consumo en el mercado y se habían generado necesidades que sólo podían ser satisfechas con bienes de la producción capitalista. Si bien, la compañía intenta constituir una fuerza laboral estable, dependiente fundamentalmente de su salario y adaptada al modo de vida en el campamento, este proceso no tuvo los resultados esperados. Los trabajadores no realizaban sus expectativas plenamente, enfrentaban serias dificultades para obtener en el mercado los medios de subsistencia y esto ocasionó descontento, críticas políticas, y por consiguiente medidas de protesta como las huelgas.

⁷⁰ Durante este período, las pérdidas de Cerro de Pasco Corporation fueron mayores en comparación a la pérdida de toda la década anterior. Los mineros realizaron marchas de sacrificio hacia Lima y hubieron violentas confrontaciones con la policía, produciéndose muertes (D. Sulmont, 1980)

Con el fin de impulsar la proletarización de la fuerza de trabajo, desvinculándola de la agricultura campesina y haciéndola totalmente dependiente de sus salarios, la compañía intentó que los mineros para satisfacer sus necesidades se proveyeran solamente del mercado de bienes de consumo. La estrategia de la compañía consistía en ajustar la vida familiar de su población dependiente al ideal “moderno”, procurando ampliar sus necesidades de consumo en el mercado. Esto explica, entre otros aspectos, la introducción en la dieta familiar de alimentos industrializados. A su vez, la empresa trataba de que los mineros fueran autosuficientes, pero al eliminar los servicios “paternalistas”, se incrementó el gasto que éstos debían cubrir con sus salarios.

En La Oroya la dinámica urbana se encontraba subordinada y limitada por la actividad productiva. La ciudadanía no tenía pleno desarrollo, en este sitio el “ciudadano” no es propietario de nada, no es libre para realizar actividades independientes, es fundamentalmente un asalariado. Su permanencia en el campamento depende de la vigencia de su contrato. Las formas de sociabilidad que desarrolla intentan ser reguladas por un protocolo laboral que impone la compañía que controla la vida en el lugar y procesa el mineral. Se trata de un fenómeno cultural que impactó en la vida cotidiana de los habitantes de este centro minero-metalúrgico, y tuvo repercusiones en el conjunto del país, más allá de los beneficios económicos que generó.

En este centro minero-metalúrgico, la compañía controlaba la gestión urbana, tomando decisiones en relación a la ocupación del espacio y el crecimiento del campamento conforme a sus intereses. El gobierno local (Municipio) no ejercía un control efectivo en relación al desarrollo urbano. Al respecto presentamos el siguiente testimonio:

“Antes éramos dueños de grandes tierras y la empresa nos expulsó al cerro y ni siquiera eso nos quería dejar el Municipio. Algunos creen que como ha crecido, La Oroya ha mejorado. Pero no se dan cuenta que la empresa se ha agarrado casi todo, y así nos ha ido expulsando. Si uno no es minero, no puede vivir en La Oroya, si uno no trabaja para la empresa, no puede vivir en La Oroya, uno se tiene que dedicar a comerciante o irse a otra ciudad, así no es mejor que antes”. (Testimonio de Adela Rivera de Santos, Cooper Acción 2000: 31)

El impacto de la actividad minera es significativo no solamente en los campamentos sino en el ámbito de la sierra central, tomando en cuenta que en el contexto de fortalecimiento de los vínculos región–nación, se difunden patrones de comportamiento urbano que aceleran el proceso de urbanización⁷¹. La influencia de la minería en el quehacer de la región es fundamental a nivel del empleo, el medio ambiente y la inversión debido a la modernización que trae consigo nuevas formas de organización productiva, avance tecnológico, así como también una relación directa con el capital transnacional. La minería en su etapa de auge contribuyó a la construcción de una identidad y organización regional, que dejó huella en la dinámica socio-cultural y en la interacción de los grupos sociales locales cuando la región se integró de manera más plena al área metropolitana de Lima y Callao y al resto del país.

⁷¹ El proceso de cambio que experimenta el país en la década de 1960 (crecimiento poblacional, demanda por reformas sociales, movimientos campesinos, difusión de ideas nacionalistas etcétera) se expresa en procesos sociopolíticos que afectan los intereses de la CPC en el Perú. Entre ellos tenemos las invasiones por los comuneros de las tierras de las que anteriormente habían sido desplazados por la compañía. Como ocurrió con la toma de la hacienda Paría (propiedad de la CPC), en 1960, por campesinos de la comunidad de Rancas, episodio narrado por Manuel Scorza en su conocida novela *Redoble por Rancas*.

Capítulo IV

El proyecto urbano moderno de Talara, ciudad empresa petrolera: 1940-1970

4.1 El proceso fundacional de Talara: de la ocupación al poblamiento

En el territorio donde se encuentra la actual provincia de Talara (región Piura), los pobladores que habitaron este lugar en la época prehispánica, habrían conocido y usado el *copey*⁷², que era la brea recolectada de afloramientos naturales. El cronista José de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias* publicada en 1590, relata que la brea del “manantial” tenía diversos usos, por ejemplo en ciertos ritos para untar el rostro, para alumbrar los cultos e impermeabilizar vasijas. En aquella época, según Juan José Vega (1988: 3), estas tierras fueron habitadas por los tallanes dedicados a la pesca, navegación y agricultura.

En el virreinato existían dos zonas productoras de brea: la punta de Santa Elena al norte del Golfo de Guayaquil (en el territorio del actual Ecuador) donde se ubicaba el yacimiento más importante de esta etapa, y el cerro de Amotape en la jurisdicción de la actual región Piura, perteneciente entonces a la Intendencia de Trujillo⁷³. En la etapa colonial la brea sirvió para el calafateo de las embarcaciones y para el revestimiento de los barriles de vino y aguardientes⁷⁴. Los yacimientos de brea de Amotape se ubicaban en la falda de la cordillera denominada Cerro Prieto, a cinco leguas del mar, cerca de los pueblos de Colán, Pariñas, Catacaos y Amotape, su explotación se inicia, según Pablo Macera, a finales del siglo XVII. Este autor señala que la brea de esta zona solo debió ser utilizada en pequeña escala durante esta

⁷² Los cronistas han incorporado este término en sus textos como un vocablo quechua que denominaba a un betún que manaba del suelo de manera natural (E. Torres 2008: 76).

⁷³ Al hacer referencia a la brea durante el virreinato en el Perú estamos aludiendo a una sustancia que es una mezcla de diversos hidrocarburos que tiene como principal componente al petróleo (P. Macera, 1963).

⁷⁴ El calafateo era la técnica de cerrar las juntas de las maderas de las embarcaciones, para evitar que entre el agua se sellaba con una mezcla de brea, sebo y aceite de pescado (J. A. del Busto, 1973: 569 citado por E. Torres, 2008)

centuria⁷⁵, el principal centro productor de brea en la colonia fue Santa Elena (P. Macera 1963: 12).

En el territorio de la Brea y Pariñas (actual provincia de Talara), en la costa norte del Perú, se encuentran los yacimientos petroleros que van a ser explotados desde inicios de la República. El debate que en la escena económica y política nacional ocasionó su explotación tiene antecedentes en los diversos incidentes vinculados a la propiedad de este territorio que se desarrollaron durante el siglo XIX. En el lugar existían distintas haciendas, destacando la hacienda Máncora; su anexo la hacienda Pariñas, que se extendía hasta el sur de la quebrada del mismo nombre; y la hacienda La Brea, en esta última se encontraba la mina La Brea conocida como Amotape durante la colonia, en la parte occidental de Cerro Prieto (J. Basadre, 1963).

Al empezar la República, el Estado peruano en setiembre 1826 adjudica a José Antonio De la Quintana la mina La Brea, para pagar una deuda que había contraído con esta persona por haber aportado financieramente en las luchas por la independencia. En marzo de 1827 José de Lama, propietario de la hacienda Máncora, compra a De la Quintana la mina La Brea que limitaba con el territorio de su hacienda. Al fallecer José de Lama en 1850, el área de su propiedad se dividió entre sus herederos. A Josefa de Lama (hija) le correspondió una sección de la hacienda Máncora con la mina de brea, que en lo sucesivo se conoció como la hacienda La Brea, y a doña Luisa Godos viuda de Lama el sector de la hacienda Máncora que estaba al norte de La Brea y que colindaba con ésta, conocida como la hacienda Pariñas. A la muerte de doña Luisa Godos hereda los dos sectores Josefa de Lama, unificándose la propiedad y denominándose a partir de entonces: hacienda La Brea y Pariñas (J. Basadre 1963: 184).

Cuando fallece Josefa de Lama en 1872, la mencionada hacienda donde se ubicaban los yacimientos petroleros fue adjudicada a sus parientes Juan Helguero e hijos; uno de ellos Genaro Helguero, en julio de 1873, adquiere el conjunto de esta propiedad. En diciembre de 1887, Genaro Helguero siendo representante de Piura en el Congreso, consigue la exclusividad de la explotación del subsuelo de su propiedad, este hecho generó divergencias

⁷⁵ Al respecto Pablo Macera (1963: 12) consigna un informe administrativo de la época: “*en cuántas partes se hacen excavaciones desde los altos de la ensenada de Talara hasta Máncora, Órganos o Cabo Blanco, diez o doce leguas al norte de Cerro Prieto se halla el copé en más o menos abundancia*”.

en la política nacional, dando lugar al litigio sobre los derechos de explotación de La Brea y Pariñas que va a caracterizar una etapa importante de la historia del petróleo peruano, tomando en cuenta que el Estado peruano tiene los derechos de propiedad sobre los recursos naturales que se encuentran en el subsuelo.

En 1875 Genaro Helguero, dueño de la hacienda La Brea y Pariñas, realiza un viaje a Estados Unidos con el propósito de contratar personal técnico e importar tecnología para desarrollar la explotación petrolera. No obstante las inversiones que demandaban las operaciones petroleras eran muy costosas, lo que lleva a Genaro Helguero en 1888, a tomar la decisión de vender la hacienda La Brea y Pariñas, transfiriendo con esta propiedad los derechos sobre el subsuelo al ciudadano inglés Herbert Tweddle, quien al asociarse con William Keswich fundan en Londres la compañía The London and Pacific Petroleum Company Limited en 1889. Esta empresa arrienda La Brea y Pariñas por un período de 99 años (E. Flores 2008:115)

En el litoral donde se ubica la actual ciudad de Talara una de las primeras formas de asentamiento fue una pascana de pescadores⁷⁶ que mantenía una estrecha relación con las caletas de Colán, Sechura y Máncora pertenecientes a la jurisdicción de la denominada Provincia del Litoral (actual Paita), departamento de Piura. A mediados del siglo XIX, ocupan y se fijan en este sitio un conjunto de pescadores que constituyen la caleta de Talara, habitando en una agrupación de viviendas rudimentarias tipo rancho. Se registra también la existencia de campesinos que se dedicaban al pastoreo de ganado caprino en el bosque de Pariñas, y aprovechaban los frutos del algarrobo para alimentar su ganado, asimismo se utilizaba el carbón de palo del Bosque Seco Tropical. La evolución histórica de Talara, ubicada entre los cerros de Amotape y el mar, en la costa noroeste de la región Piura, está estrechamente ligada a la explotación de los hidrocarburos en el país (ver Figura 1: mapa de ubicación).

⁷⁶ Lugar donde los pescadores permanecían por algunos días, mientras se dedicaban a la pesca en esta parte del litoral norteño, alojándose en pequeñas chozas. (R. Lesson, 1824).



Figura 12: Mapa de la provincia de Talara, región Piura, Perú.

Recuperado de <http://www.datuopinion.com/provincia-de-talara>

A mediados del siglo XIX las principales actividades de explotación y producción se concentraban en Zorritos (actual región Tumbes) y Negritos, campos petroleros ubicados al norte y sur de Talara respectivamente. Al iniciarse la década de 1860, se incrementaron las exploraciones en la costa norte debido a la mayor demanda de petróleo. El inversionista peruano Diego de Lama se asoció con el estadounidense A. Rudens, comerciante de Paita, cónsul de Estados Unidos en ese puerto y agente comercial de la hacienda Máncora, a ellos se unió el escocés Farrier y el ingeniero estadounidense Prentice. Estos socios importaron materiales de Estados Unidos y el 2 de noviembre de 1863 en la localidad de Zorritos comenzaron a perforar el primer pozo con la tecnología de la industria petrolera de la época, logrando extraer petróleo. El “pozo número 4” ha sido considerado el primer pozo perforado en América Latina. En la etapa inicial de la explotación del petróleo se utilizaron castillos de madera, poleas de madera, sogas, acémilas (mulas y caballos) para el acarreo de materiales y para el recorrido de pozos (L. Jochamowitz 2001: 50-52).

Sin embargo, en la época mencionada no se logra todavía la producción de petróleo crudo en cantidades comerciales. Acerca de la producción de Zorritos existen registros recién a partir

de 1884. Los yacimientos de Zorritos pasaron por sucesivas transferencias a ser propiedad en 1878 de los socios Faustino Piaggio y Henry Smith. Después de la muerte de Smith, en 1883 Piaggio funda el Establecimiento Industrial de Zorritos de la firma F.G. Piaggio & Co. para desarrollar la explotación petrolera. Esta fue la primera empresa que logró producir petróleo crudo en cantidades comerciales⁷⁷. Precisamente el éxito de la actividad petrolera en Zorritos propició la llegada de capitales extranjeros a la zona petrolera de la costa norte (R. Deustua 1921: 46-65). Las operaciones petroleras tenían resultados positivos, pero la Guerra del Pacífico (1879- 1883) ocasionó la destrucción de las instalaciones y maquinaria en las zonas de producción. Después del conflicto bélico, la industria petrolera se fue recuperando lentamente de manera favorable.

4.2 Configuración urbana y sociabilidad de hábitat en la vida cotidiana

4.2.1 La modernización de la actividad petrolera y la formación de la fuerza de trabajo.

Como sabemos en 1889, la compañía London and Pacific Petroleum Company asume el control de la industria petrolera en La Brea y Pariñas, llevando a cabo una intensa explotación de los campos petroleros. En la zona, durante la etapa inicial de la actividad petrolera, los técnicos y los obreros petroleros se hospedaban en carpas de lona en los lugares de producción, cerca de los equipos para desarrollar las operaciones. Cuando la compañía lograba rentabilidad en la inversión realizada, se incorporaba la infraestructura necesaria al lugar para ampliar la explotación petrolera. Como resultado de este proceso, en aquella época, se constituían los anexos o centros poblados donde se concentraban aproximadamente entre 800 a 2,000 habitantes. Estos asentamientos de población eran sitios de operaciones petroleras, que tenían una organización administrativa instaurada por la compañía (R. Deustua, 1921).

Talara progresivamente se convierte en una importante zona industrial petrolera, a partir de la última década del siglo XIX. La London Pacific Petroleum Company desarrolla la actividad petrolera no solamente en este lugar, sino también en otros anexos o centros poblados

⁷⁷En 1939, el Estado peruano adquirió los yacimientos que explotaba F. G. Piaggio en la zona de Zorritos (Tumbes), constituyendo, más adelante, en 1948 la Empresa Petrolera Fiscal (EPF) que será la primera empresa petrolera estatal del Perú (E. Candela 2008: 179, 183).

localizados en La Brea y Pariñas como: Negritos, Lagunitos, El Alto, Verdún y Lobitos, zonas donde existían pozos de producción petrolera⁷⁸. Destacaban entre ellos Negritos y Talara donde residían en 1920 aproximadamente 7,000 habitantes. Al ser las inversiones petroleras de alto riesgo y demandar elevados costos, se procede a concentrar la explotación de los campos petroleros de la costa norte, reduciéndose el número de concesionarios. La London Pacific Petroleum Company se consolida como la empresa más importante por la envergadura de sus operaciones, bajo la administración de la Casa Duncan Fox (R. Deustua, 1921).

La refinería para procesar el petróleo se encontraba en Talara, asimismo existía un muelle para la salida, por el puerto, del petróleo y sus productos derivados, de tal manera que allí se concentraba la fuerza laboral dedicada al procesamiento industrial. Mientras que Negritos era habitado básicamente por los trabajadores encargados de la producción petrolera, siendo este anexo el principal centro de explotación petrolera de la London Pacific Petroleum Company.

Al darse inicio a la actividad petrolera en Talara, se produce la transformación de esta caleta de pescadores en un centro poblado donde se emplazan trabajadores petroleros, la mayoría de ellos migrantes: campesinos, artesanos oriundos de los valles del Chira y Piura, y también pescadores de las caletas cercanas del litoral norteño. El desarrollo de la industria petrolera fue un factor de atracción de la mano de obra migrante que llegó libremente al lugar para incorporarse al trabajo petrolero. En Talara no se practicó el “enganche” como ocurrió en los centros mineros de la sierra peruana⁷⁹. La población de la zona, en la etapa inicial de explotación del petróleo, ocupó en condiciones deficientes viviendas hechas de madera, denominadas “palomares” que eran espacios reducidos, sin acceso al agua potable ni a la energía eléctrica⁸⁰.

La London Pacific Petroleum Company durante la etapa que operó en la zona, se dedicó sobre todo a desarrollar la infraestructura industrial, llevando a cabo la construcción de una planta

⁷⁸ Los resultados obtenidos en Zorritos y Negritos incentivaron exploraciones con éxito en lugares vecinos como Lobitos, zona explotada desde 1901 por la empresa inglesa The Peruvian Petroleum Syndicate, que en 1908 cedió sus derechos a la empresa Lobitos Oilfields Ltd. constituida en Londres (R. Deustua, 1921)

⁷⁹Según C. Contreras (1986: 9) el enganche “consistía en comprometer el concurso del trabajador a través del adelanto o la totalidad del salario, antes de que inicie efectivamente su trabajo (...) Generalmente realizaban in situ el adelanto a cambio de una garantía (una parcela de tierra por ejemplo) y costeaban los gastos del traslado del trabajador a la mina”.

⁸⁰ Al respecto existen testimonios de obreros petroleros de la época registrados por Martínez de la Torre en *Apuntes para una interpretación marxista de la historia del Perú*. Tomo III, p.155, 1973.

de procesamiento del petróleo (refinería) y el equipamiento del puerto. La mencionada compañía prácticamente no mejoró las instalaciones en Talara, específicamente en relación a la vivienda y los servicios, para brindar condiciones de vida favorables al personal y sus familias dependientes de la actividad petrolera, es decir, no realizó inversiones importantes para la habilitación urbana de este centro poblado.

En 1914, la London Pacific Petroleum Company transfiere la concesión de los yacimientos petroleros de La Brea y Pariñas a la International Petroleum Company (I.P.C.)⁸¹. Este hecho se enmarca en el proceso de desplazamiento del capital británico por el capital estadounidense en la economía nacional, a partir de la primera guerra mundial, consolidando éste último la hegemonía de las inversiones de capital extranjero en el Perú. A partir de entonces la I.P.C. impulsa el proceso de modernización de la actividad petrolera, en 1915 instala un tranvía para conectar diferentes anexos o centros poblados, entre ellos: Negritos, Lagunitos, Lobitos, Verdun y Talara. Esta vía férrea servía para trasladar personal y para el transporte de la producción petrolera que llegaba también a la refinería y al puerto por medio de oleoductos. Más adelante en la década de 1940, se concentra en Talara la actividad industrial y administrativa, por su parte Negritos continua siendo básicamente una zona de producción. A medida que se desarrollaba esta actividad productiva, se construye la infraestructura industrial y el equipamiento urbano necesario, es decir, resulta evidente la relación directa entre la evolución de la actividad petrolera y el desarrollo de Talara como campamento primero y más adelante como ciudadempresa (E. Aranda 1998: 46).

La I.P.C. además de encargarse de la actividad empresarial propiamente dicha, consolida el desarrollo urbano del campamento petrolero, hasta entonces la población que laboraba en la actividad petrolera habitaba en viviendas precarias en este centro poblado. Al asumir la compañía la gestión urbana del campamento va a demandar diversos tipos de trabajadores, no solamente obreros para realizar labores en los pozos de petróleo o en la refinería, sino también personal para los servicios urbanos (seguridad, limpieza) que brindaba a su población

⁸¹ La International Petroleum Company Ltd. se fundó en Toronto, Canadá, en 1914, como subsidiaria de la Imperial Oil Limited con el objetivo de adquirir en el Perú las acciones de la London Pacific Petroleum Co. A su vez la Imperial Oil era una empresa canadiense subsidiaria de la Standard Oil Co. de New Jersey (Estados Unidos). Esta última empresa no podía adquirir directamente las acciones de la London Pacific Petroleum Co. porque el gobierno norteamericano le había aplicado desde 1912 la ley anti-trust. Sin embargo, más adelante al perder vigencia la mencionada ley, la I.P.C. pasó a ser una subsidiaria de la Standard Oil Company (E. Aranda 1998:48)

dependiente, maestros para las escuelas de los hijos de los trabajadores, mozos para los clubes, trabajadores para el departamento de sanidad encargado del mantenimiento de los espacios públicos y otros servicios como el abastecimiento de agua potable en el campamento.

La mano de obra migrante que llegó a Talara, integrada por artesanos, campesinos, pescadores, ex trabajadores portuarios, en su mayoría tenía un bajo nivel de educación, por consiguiente carecía de calificación especializada. La política laboral de la I.P.C. se caracterizó por contratar fuerza laboral joven y sin experiencia, que era capacitada sobre la marcha a lo largo de su trayectoria laboral, para convertirla en un recurso humano calificado (E. Aranda 1983: 48). Una de las formas más frecuentes de migrar a Talara era a través de las redes sociales establecidas con parientes o amigos ya afincados en el campamento, que de alguna manera podían ayudar a los migrantes a conseguir trabajo en la actividad petrolera (D. Dávila: 1976: 15). Los trabajadores que se asientan en el lugar van a desarrollar una carrera laboral en la empresa. La formación de la fuerza laboral en la actividad petrolera será distinta a la de los trabajadores mineros de la zona andina del país, que se caracterizaban por tener, a inicios de la actividad minera, una suerte de condición mixta: campesino/obrero minero (por ejemplo, al incorporarse al trabajo en las minas conservaban sus tierras, para luego volver a sus comunidades de origen), la mayoría de ellos son reclutados a través del enganche. Mientras que el proceso de proletarización en la actividad petrolera contó con un mercado libre de mano de obra, que se incorporó voluntariamente al trabajo petrolero, sin mediar mecanismos de carácter coercitivo. La fuerza laboral migrante que llega a Talara, atraída por el desarrollo de la industria petrolera, provenía en su mayoría de los valles costeros del Chira y del Piura afectada por la inestabilidad y sobreexplotación en el campo.

Para comprender esta experiencia es importante tomar en cuenta las características de la actividad agropecuaria en esta zona del norte peruano. Como se sabe en las haciendas de la costa el problema secular de la fuerza de trabajo fue resuelto de alguna forma, desde mediados del siglo XIX, con la importación de coolies chinos. En Piura fue diferente, la captación de mano de obra fue parcialmente resuelta mediante el yanaconaje, que según J. Matos Mar (1976: 16) en aquellas áreas donde se desarrolla agricultura de exportación (algodón en el caso de Piura) adopta una versión moderna, a diferencia de zonas tradicionales,

de la sierra principalmente, que mantienen un carácter servil. Desde la perspectiva de J. Matos Mar, el yanaconaje fue una asociación entre la hacienda, que aportaba capital (tierra, agua, dinero, insumos, maquinarias y servicios) y un campesino -el yanacona - que aportaba fuerza de trabajo y experiencia agrícola. En los valles costeros de Piura existían una extensa capa de pequeños propietarios que probablemente constituían un reservorio adicional de fuerza de trabajo.

Con el algodón esta zona agrícola ingresa al mercado internacional, sin embargo estos pequeños propietarios, según H. Bonilla y C. Hünefeldt (1986: 35) no lograron ser despojados de sus tenencias, sino que incluso compitieron con los terratenientes en la producción de la fibra blanca. Según estos autores, otra de las peculiaridades del desarrollo agrario de Piura radica en que la especialización en la producción para la exportación del algodón, no logró articular hacia los valles costeros las unidades de producción existentes en las serranías. Actualmente, cuando se refieren a la hacienda, pocos campesinos de Piura usan la expresión *yanaconas*; en general, emplean la denominación de *colonos* o *arrendatarios* (K. Apel 1996: 7). Como señalan S. Aldana y A. Diez (1994: 114) con la aprobación de la Ley General de Yanaconas en 1941, que estipulaba el derecho de recibir un pago por su trabajo y la venta libre de sus productos, este sistema de trabajo lentamente irá desapareciendo en la costa, surgiendo sociedades agrícolas y ganaderas que convierten a los yanaconas en trabajadores asalariados de las haciendas.

En el marco de este proceso de cambio en la actividad agrícola de la costa piurana, la industria petrolera atrae una gran cantidad de inmigrantes, sobre todo costeros, que se incorporan al trabajo petrolero en el campamento de Talara. En el área rural de la costa norte, los campesinos combinaban trabajo asalariado con la agricultura de auto-subsistencia, situación que probablemente los lleva a buscar una alternativa de trabajo que les ofreciera permanencia y mejores salarios y condiciones de vida (E. Rubín de Celis 1977:18). Sin embargo el proceso de integración a esta nueva experiencia laboral y al modo de vida en el campamento petrolero no significa dejar de lado de manera definitiva las pautas culturales de sus pueblos de origen. La empresa petrolera invertía en la capacitación de los trabajadores, los entrenaba y concientizaba para hacerlos permanecer en la zona, objetivo que logró alcanzar.

En este ámbito hay que tomar en cuenta: las condiciones sociales del empleo de la mano de obra, revelando el tipo de trabajador que se genera en la industria petrolera. En este sentido, las condiciones de vida de la población en la zona petrolera tienen relación con la estructura industrial por medio del mercado de trabajo. Se trata de una experiencia, que provoca el cambio y adaptación de las formas de sociabilidad, de las costumbres y de los hábitos individuales. A partir de lo señalado anteriormente, es conveniente precisar elementos relativos a la división técnica y social del trabajo petrolero, principal escenario de la actividad laboral en Talara. En la etapa que estamos estudiando: 1940-1970, la principal área de operaciones petroleras se ubicaba en tierra, realizándose, desde fines de la década de 1950, actividades exploratorias en el mar del Zócalo Continental, lo que va a dar lugar a partir de 1970 una intensa actividad petrolera en esta zona.

En tierra, dentro del espacio geográfico de la provincia de Talara, se encontraban los campos petroleros de La Brea, Pariñas, El Alto, Los Órganos y Lobitos. Con el fin de presentar una visión clara del proceso productivo petrolero, lo dividimos en dos etapas⁸² :

1.- *Extracción*, comprende las fases de exploración, perforación y producción, orientadas a la extracción del petróleo crudo del subsuelo. Cabe precisar que la única manera de comprobar la existencia de petróleo es perforando las estructuras señaladas como posibles productoras; si el pozo resulta productivo, entonces se desarrolla de manera extendida la perforación. La producción en los campos petroleros de Talara se realizaba mediante unidades extractoras de petróleo, que se encontraban dispersas en el área de operaciones y funcionaban mediante un sistema de bombeo permanente, que permitía llevar el petróleo que salía de los pozos, por medio de tuberías, a tanques de almacenamiento de donde era conducido a la refinería.

2.- *Transformación*, consiste en la industrialización de este recurso natural, es decir, la producción de derivados a través de la refinación.

⁸²La descripción del proceso productivo se basa en los materiales del curso *Tecnología de la Industria del Petróleo* del Ing. Fernando Noriega Calmet, Departamento de Hidrocarburos, Facultad de Ingeniería de Petróleo, Universidad Nacional de Ingeniería, 1972. Asimismo, en información contenida en publicaciones de la I.P.C.

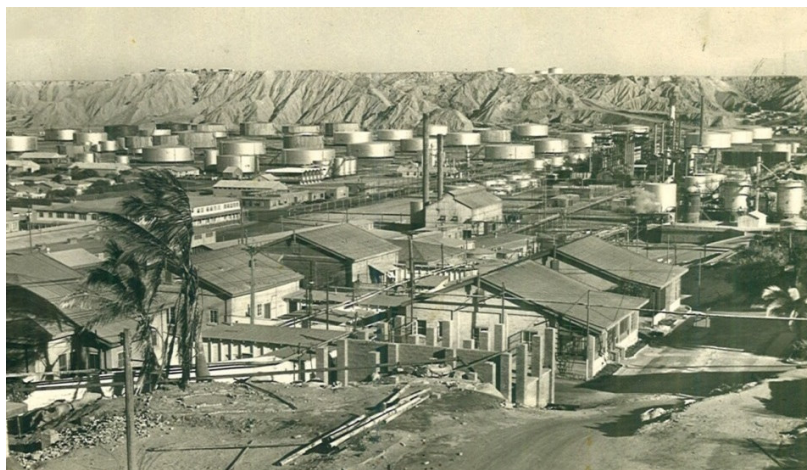


Figura 13: Refinería de Talara, 1954. Swiss Foto, International Petroleum Co. Oil Centre.

Recuperado de <https://pabadal.files.wordpress.com/2014/07/talara.jpg>

El personal de la International Petroleum Company estaba distribuido en las diferentes fases del proceso productivo. Las operaciones, en cada una de estas fases, eran complejas y demandaban un alto nivel tecnológico, representando cada una de ellas un escenario particular del trabajo petrolero con relativa autonomía y a la vez enlazadas entre sí. Cabe señalar que, las innovaciones tecnológicas que se logran en la industria petrolera de la postguerra, después de 1945, van a ser aplicadas por la I.P.C. en Talara, hecho que lleva al perfeccionamiento de una compleja organización funcional que permite dirigir, controlar y orientar con alto nivel de precisión esta industria⁸³. Por consiguiente la racionalidad burocrática se expresa en la disciplina industrial del trabajo petrolero que demanda cada vez más mano de obra calificada. La modernización que se da en la actividad petrolera, en la época señalada, coincide con la aplicación, a partir de 1948, de un proyecto de desarrollo urbano moderno en la ciudad empresa. En la tabla 1 los datos indican el incremento de la población y de los trabajadores petroleros en el período 1940 -1961 que corresponde a la expansión de la industria petrolera en la zona de Talara.

⁸³ Según un informe de la I.P.C. de 1942: “La refinería de Talara, que es la más importante del continente Sudamericano, tiene una capacidad máxima de 21 500 barriles diarios (...) funciona de acuerdo con los principios más modernos de la ingeniería de refinación y está equipada para servir los presentes y futuros requisitos domésticos, así como a otros países Sud y Centro Americanos” (International Petroleum Company, Operaciones Talara, 1942)

Tabla 2: Población total de Talara (distrito de Pariñas) y trabajadores petroleros.

Años	Población Total	Trabajadores Petroleros	%
1920(*)	4,000	1,500	37.50
1940(**)	12,985	5,115	39.39
1961	27, 957	5,500	19.67
1972 (***)	29,911	5,658	18.91

Fuente: Censos Nacionales de Población y Vivienda 1940, 1961 y 1972.

Elaboración propia.

(*) R. Deustua, 1921 (datos población y trabajadores)

(**) Boletines I.P.C. 1940 y 1961 (datos trabajadores petroleros).

(***) Estadísticas Petroleras 1972, Ministerio de Energía y Minas: incluye 5,309 trabajadores de Petroperú y 349 trabajadores de Belco Petroleum Corporation.

En el caso de los obreros petroleros, éstos no eran obreros parcelarios (de cadena), por lo tanto era una necesidad de la empresa estabilizar la mano de obra, para asegurar ciertas combinaciones productivas entre las distintas fases de la actividad petrolera. Los trabajadores petroleros se incorporaban a la empresa para desarrollar una carrera laboral, a lo largo de la cual eran capacitados para tener posibilidades de acceder a niveles superiores en la jerarquía ocupacional. Se trataba de una fuerza laboral estabilizada, de costumbres regulares, que procuraba mantener una estricta disciplina laboral, en función de determinadas necesidades de la empresa. Estos trabajadores se integraron a la organización del trabajo petrolero siguiendo las pautas propias de la racionalidad moderna en esta actividad industrial.

El enclave petrolero no solo constituye una industria de extracción vinculada al mercado internacional, sino que desarrolla una experimentación social y política a través de una cultura empresarial que además de organizar los métodos de producción en las instalaciones, desempeña una importante labor socio-cultural para que los trabajadores y la población se identifiquen con sus intereses. La valorización del trabajo, la puntualidad, la eficiencia, el

respeto a la autoridad tanto empresarial como civil es difundida no sólo entre sus trabajadores, sino también en el conjunto de la población residente en la ciudad petrolera.

El propósito de la I.P.C era fijar la mano de obra en la empresa y en el centro urbano. El pago de un salario alto, en la medida que incluía beneficios en relación a la vivienda, salud y educación, era un elemento esencial en la permanencia de los trabajadores, creando para éstos una importante sensación de diferenciación respecto al exterior, donde otras empresas locales no podían ofrecer salarios más altos por la falta de recursos financieros. Con el fin de alcanzar el objetivo antes mencionado, la compañía desarrollaba una política de alojamiento dirigida a los trabajadores y sus familias, brindándoles, como sabemos, servicios de educación, salud, vivienda y otras instalaciones urbanas. El campamento adquiere así una dimensión particular: ser el lugar físico donde la población dependiente de la compañía se instala, involucrándose en un proceso de socialización, a través del cual procesa diversas maneras de comprender y percibir su experiencia de vida en el lugar.

Acerca de las condiciones de vida y la capacitación que brindaba a sus trabajadores la I.P.C. informa lo siguiente:

“Alrededor de esta industria vive una población de cerca de 30.000 almas en la zona de Talara y Negritos, formada en su mayoría por el personal al servicio de la Compañía y sus familiares. El total de servidores de la Compañía en los yacimientos de Talara y Negritos llegó en 1940 a 518 empleados y 4,597 obreros. Todo este personal recibe además de sus sueldos y jornales, casa-habitación, servicio médico, agua, luz, gas combustible para las cocinas, educación para los niños etc., todo sin costo alguno para los interesados. Esta población de trabajadores ha adquirido profundos conocimientos sobre la industria (...). Como una muestra de la capacidad del personal de servidores de la Compañía se pueden ofrecer los trabajos que efectúan obreros nacionales en las maestranzas de Negritos y Talara, en las que se fabrican delicadas piezas de maquinarias, incluyendo locomotoras desde la fundición del hierro hasta la terminación de la unidad”. (Informe operaciones Talara, International Petroleum Company, 1942).

Asimismo la compañía contaba con hospitales en Talara y Negritos con equipos modernos para atender a los trabajadores y sus familias, quienes accedían a la atención médica y a las medicinas sin ningún costo. El equipo médico de la compañía desarrollaba campañas de vacunación para toda la población contra enfermedades como la tifoidea y la viruela.

Sobre lo anteriormente señalado podríamos preguntarnos: ¿por qué los trabajadores de la I.P.C. tenían condiciones de trabajo y de vida que buscaban estabilizar a largo plazo su participación en la actividad petrolera? Para intentar dar una respuesta rescatamos una reflexión de A. Gramsci (1972: 307):

"El industrial norteamericano se preocupa por mantener la continuidad de la eficacia física del trabajador, de su eficacia muscular y nerviosa; es interés suyo contar con un personal estable, homogeneizado permanentemente, porque también el complejo humano (el trabajador colectivo) de una empresa es una máquina que no debe desmontarse demasiado a menudo y que no puede renovarse en sus piezas sin ingentes pérdidas".

Cabe señalar que en la industria petrolera se desarrollaba un trabajador colectivo que es entrenado sobre la marcha en procesos tecnológicos propios de esta actividad productiva, formándose trabajadores especializados, a lo largo de una trayectoria laboral, portadores de una larga experiencia en las labores que realizaban en una organización empresarial donde cada trabajador era una pieza fundamental en el conjunto.

La organización sistemática y racional del trabajo introducida en la industria petrolera conducía a ordenar la cooperación de los trabajadores, bajo la dirección de la compañía, cuyos efectos van más allá del ámbito laboral y llegaban a la vida cotidiana de esta fuerza laboral. Es decir, la racionalidad moderna en la organización de la producción se prolonga en otros espacios de sociabilidad. A este nivel pretendemos dilucidar las mediaciones que se dan entre lo que denominamos "condiciones del trabajo industrial" y las "condiciones de la vida cotidiana". Tomaremos en cuenta las características que distinguen al proceso de trabajo en la actividad petrolera, las condiciones sociales del contrato de la mano de obra, descubriendo así un perfil particular del trabajador que se forma en esta industria.

Tomando como referencia lo anteriormente señalado, nos formulamos la siguiente pregunta: ¿qué motivó a estos trabajadores a incorporarse a la industria petrolera, considerando los cambios que este hecho implicaba en su vida cotidiana? La adaptación de este sector de trabajadores a los nuevos métodos de producción y de trabajo no puede ocurrir sólo a través de la imposición de una disciplina industrial, sino que está racionalmente combinada con la persuasión y el consenso, el cual puede ser obtenido por una mayor retribución que permita un mejor nivel de vida, capaz de mantener y reintegrar las fuerzas consumidas, y ofrecer una calidad de vida aceptable a sus familias. Estamos frente a un proceso de transformación de las condiciones sociales y los hábitos individuales en el trabajo, lo cual no se logra sino mediante la acción equilibrada de la autodisciplina y de la persuasión

Por lo tanto resulta necesario introducir en el análisis lo que hemos denominado condiciones sociales del contrato y empleo de la mano de obra en la I.P.C, que nos va a definir un tipo particular de trabajador, con un modo de vida característico. Consideramos tres elementos que conjuntamente articulados dan lugar a una situación específica en este sector laboral: a) los niveles de remuneración; b) las condiciones técnicas en que labora la fuerza de trabajo, y c) la movilidad profesional al interior de la empresa y las ventajas sociales que ésta ofrece.

a) En relación a los niveles de remuneración, la I.P.C. pagaba sueldos y salarios superiores en comparación a otras actividades económicas en la región. Sobre el particular la empresa informaba lo siguiente:

"En el caso específico de la I.P.C. en el Perú, nos permitimos informar que pagos directos a 5,190 empleados y obreros alcanzaron en 1951 la suma de 51'000,000 soles. Esta cifra incluye solamente pagos directos, y no incluye vacaciones y pagos por días feriados. Tampoco incluye lo que perciben los trabajadores en Talara por concepto de muchos beneficios indirectos tales como: viviendas, atención médica, transportación y otros (...). En la fecha, el jornal promedio para los obreros es de 22.80 soles por día y para los empleados oficinistas el sueldo mensual promedio es de 806.00 soles". (Revista Fanal. Publicaciones I.P.C, enero-febrero 1952).

El promedio del jornal que se pagaba a los obreros en Piura, en 1951 era de 11.20 soles (Diario *El Tiempo*, 17 de agosto de 1951). No contamos con datos relativos al sueldo promedio de los empleados en Piura para esa época, pero consideramos que es probable que fuera inferior al percibido en la industria petrolera de Talara. Como observamos las remuneraciones de los trabajadores petroleros eran superiores, especialmente sí consideramos los beneficios que recibían por prestaciones de educación, salud, vivienda etc. Si bien existía un nivel de remuneraciones alto en la zona petrolera, a su vez el costo de vida era elevado, entre otros factores, porque Talara se abastecía de alimentos y de otros bienes del resto de la región y del país, en la medida que su actividad productiva se centraba en el sector petróleo, desarrollándose una reducida actividad agropecuaria y de pesca artesanal.

b) Acerca de las condiciones técnicas del trabajo petrolero, nos interesa conocer las condiciones generales del trabajo para tener una mirada, entre otros aspectos, del cambio que significaba laborar en esta actividad productiva para los trabajadores petroleros, en su mayoría gente de origen campesino, artesanos etc. que nunca antes habían trabajado en una actividad industrial. De tal suerte que podamos analizar las formas de sociabilidad en el ámbito del trabajo petrolero, en el cual cada una de las fases del proceso productivo constituye un micro-sistema social que permite caracterizar a los trabajadores involucrados.

En Talara la industria petrolera desarrollaba un intenso trajín, ciertas labores en la refinería y en los pozos en perforación requerían trabajo continuo, día y noche, sin interrupción alguna, durante todo el año. Por lo tanto, la organización de la producción se hacía en turnos continuos y rotativos para los obreros en la mañana, tarde y noche en jornadas de ocho horas. Para los empleados la jornada normal era de 7:15 a.m. a 5:00 p.m., disponiendo de un tiempo para ir a almorzar en sus casas de lunes a viernes y los sábados laboraban de 8:00 a.m. a 12:00 a.m. (E. Aranda 1983: 25)

La ubicación cercana de las viviendas a la refinería y las oficinas facilitaba el desplazamiento de los trabajadores a sus centros de trabajo, este aspecto había sido considerado en el diseño urbano del campamento de madera y posteriormente en la ciudad-empresa. Mientras que, los

obreros que se dedicaban a las operaciones de los pozos en perforación y producción se movilizaban por los campos petroleros, en los alrededores de Talara.

La vida diaria en Talara en relación al manejo del tiempo estaba, de alguna manera, ordenada por el "pito" que la I.P.C. hacía silbar para toda la población, marcando las horas de entrada y salida del trabajo. Es decir, este sistema de trabajo tiene efectos a nivel personal, familiar y social. En el contexto de la división técnica del trabajo, las formas de sociabilidad entre los trabajadores, y entre estos últimos y sus jefes inmediatos se encontraban controladas por métodos racionales de dirección, orientados por la eficiencia que se procuraba alcanzar a partir de una fuerte disciplina y capacitación de los trabajadores. Este nuevo tipo de relaciones sociales en el trabajo influye en cierta forma en la vida cotidiana en el campamento, produciéndose un proceso de adaptación e integración de los trabajadores que se incorporan a la industria petrolera, sin experiencia industrial previa, lo que trae consigo modificaciones en sus patrones de conducta laboral y social en general.

c) En lo relativo a la movilidad profesional al interior de la organización empresarial, la I.P.C. desarrollaba una política que procuraba otorgar igualdad de oportunidades para la promoción de sus trabajadores sean estos empleados u obreros. Para facilitar el logro de este objetivo, la empresa llevaba a cabo programas de capacitación, desarrollándose conferencias para actualizar los conocimientos en las tareas asignadas, además de actividades de instrucción en el campo de operaciones petroleras, con el propósito que los obreros adquirieran habilidades para desempeñar funciones especializadas en faenas de perforación, en operaciones de la refinería etc.



Figura 14: Cuadrilla de trabajadores en pozo petrolero, 1956.

Recuperado

de <http://www.minem.gob.pe/minem/archivos/file/institucional/publicaciones/biblioteca/hidrocarburos/libro/8.pdf>

En el contexto de modernización de la industria petrolera, después de la segunda guerra mundial, que lleva a la introducción de innovaciones tecnológicas, la I.P.C. puso en marcha programas de entrenamiento a largo plazo, aplicando entre otras medidas el denominado "*plan de integración de nacionales*", que consistía en dar una preparación adecuada a los técnicos y empleados peruanos, con el propósito de facilitar su participación gradual en funciones directivas y en tareas industriales de alta responsabilidad. El entrenamiento del personal de la I.P.C. se aprecia en la siguiente información:

Tabla 3: Horas/hombre de capacitación desarrollada por la I.P.C.

Años	Hombres-hora
1948	15,562
1949	22,121
1950	22,318
1951	30,000

Fuente: Revista *Fanal*, marzo-abril, 1952

La política relativa a la movilidad profesional en la jerarquía empresarial, se expresaba en opiniones como el siguiente: *“La satisfacción de los empleados no sólo proviene de salarios justos, sino de buenas condiciones de trabajo y también de oportunidades de ascenso y reconocimiento, según crece el negocio (...) responsabilidad esencial de la gerencia de cualquier negocio moderno”*. (Fragmento del discurso de Frank Abrams, Presidente del Directorio de la Standard Oil, New Jersey, compañía matriz de la I.P.C. publicado en la revista *Fanal*, noviembre-diciembre, 1951).

La I.P.C. trataba de transmitir un mensaje de integración social, denominando a su población dependiente en la ciudad empresa: “la familia petrolera” con el fin de establecer relaciones de tipo paternalista, en las cuales como señala R. Sennett (1982: 59) se concibe a las relaciones sociales como si fueran relaciones familiares, para lograr una legitimación del poder. Sin embargo, las actitudes de los trabajadores no eran de simple aceptación o rechazo a la orientación de la política laboral de la compañía. Estos trabajadores negociaban convenios colectivos con la I.P.C. respaldados por una trayectoria sindical que les había permitido consolidar su organización sindical y contar con una fuerte capacidad de presión a través de paros y huelgas de protesta, debido a su ubicación en un sector estratégico de la economía nacional. Los dirigentes sindicales eran hábiles en combinar la capacidad de protesta de los trabajadores y la instrumentalización de las relaciones paternalistas con la gerencia, para conseguir beneficios laborales. (E. Aranda, 1983).

Si comparamos la política empresarial de la I.P.C. en relación a su fuerza laboral, con otros casos de sectores industriales controlados por el capital extranjero en el país, observamos por ejemplo que la política empresarial de la empresa Grace en la industria textil de Vitarte presenta rasgos similares al caso de la I.P.C. Según señala C. Sanborn (1995: 193), en relación a la industria textil en Vitarte: *“La estrategia de la gerencia textil se caracterizaba por la combinación de políticas paternalistas y represivas, en un esfuerzo por mantener una fuerza laboral productiva y dependiente y frenar el desarrollo del sindicalismo radical. Las prácticas más notables fueron el reclutamiento de familias enteras, y el dar prioridad en los nuevos puestos a familiares y amigos referidos por los propios obreros”*.

En Talara se logró constituir una tradición en el trabajo petrolero: los trabajadores petroleros se sucedieron en la labores aproximadamente a lo largo de sesenta años. Efectivamente padres e hijos laboraban juntos muchas veces en diversas secciones del campo de operaciones. Es decir, se conformaron generaciones de trabajadores petroleros, en la medida que en las familias de los trabajadores cuando los hijos alcanzaban la mayoría de edad, un sector importante de éstos, aspiraban ingresar a laborar en la I.P.C. Considerando que los oriundos del lugar se habían familiarizado al ambiente social y a la naturaleza del trabajo allí realizado, la empresa tenía preferencia por reclutar personal de la zona, en particular parientes de su personal en actividad, de tal manera que eran frecuentes los casos en los cuales prácticamente la ocupación se heredaba. Ilustra lo señalado el hecho de que no era raro encontrar en las oficinas de la compañía, a descendientes de obreros antiguos, quienes habían sido entrenados para alcanzar mejores posiciones en la organización empresarial⁸⁴.

Por lo tanto la historia laboral o productiva de la "familia petrolera" es un elemento a tomar en cuenta en la formación de un trabajador especializado, capacitado sobre la marcha para operar procedimientos técnicos modernos en una empresa que desplegó una racionalidad burocrática en la organización de la producción. De tal suerte que, la transformación de las condiciones de trabajo (salario, jornada, movilidad laboral etc.) van a tener repercusión en la interacción social que se desarrolla en la ciudadempresa, modificando experiencias cotidianas como las condiciones del ocio, la distribución del tiempo y del espacio.

4.2.2 Configuración urbana del campamento y de la ciudad empresa

La modernización en los países de América Latina, a inicios del siglo XX, conllevó a una progresiva industrialización y asimismo implicó un proceso de urbanización creciente de estas sociedades. En este escenario, la instalación de la inversión extranjera en determinados lugares, para la explotación especialmente de recursos agro-industriales, minerales y petróleo propició la creación de *company towns*, que eran centros residenciales relacionados de manera espacial con la localización de actividades industriales. Las compañías extranjeras que

⁸⁴ El caso de la familia del Sr. Domingo Agüero López ilustra lo señalado, en una publicación de la I.P.C. de 1942, se informa que este trabajador y tres de sus hijos prestan sus servicios en la compañía desde su fundación.

controlaban estas actividades productivas trataron de difundir un estilo de vida nuevo y moderno que ponía en evidencia procesos de segregación socio-espacial urbana, acompañados de una rutina y disciplina que procuraba imponerse no solamente en el espacio del trabajo, sino también en la residencia y en el uso del tiempo libre. Efectivamente en los campamentos el ejercicio del poder disciplinario y la ordenación jerárquica y segregada en su diseño, se inspira como señala M. Foucault (2009: 177):

"En un modelo casi ideal: el campamento militar (...). El campamento es el diagrama de un poder que actúa por el efecto de una visibilidad general. Durante mucho tiempo se encontrará en el urbanismo, en la construcción de las ciudades obreras, de los hospitales, de los asilos, de las prisiones, de las casas de educación este modelo del campamento o al menos el principio subyacente: el encaje espacial de las vigilancias jerarquizadas (...)

Desarrollase entonces toda una problemática: la de una arquitectura que ya no está hecha simplemente para ser vista (fausto de los palacios), o para vigilar el espacio exterior (geometría de las fortalezas), sino para permitir un control interior, articulado y detallado —para hacer visibles a quienes se encuentran dentro; más generalmente, la de una arquitectura que habría de ser un operador para la transformación de los individuos: obrar sobre aquellos a quienes abriga, permitir la presa sobre su conducta, conducir hasta ellos los efectos del poder, ofrecerlos a un conocimiento, modificarlos”.

Como hemos señalado Talara que había sido una caleta de pescadores, cuando se inicia la actividad petrolera, se convierte en un centro poblado donde se instala equipamiento industrial y se afincan trabajadores petroleros, la mayoría migrantes procedentes de los valles agrícolas cercanos y de las caletas del litoral de los alrededores. Esta mano de obra conforme se consolida la actividad petrolera, logra estabilidad en el empleo y fija su residencia en el lugar. Los trabajadores y sus familias, en la etapa inicial de la actividad petrolera, ocuparon viviendas precarias llamadas "palomares" que eran cuadras de habitaciones de área reducida, sin servicios básicos, en general en malas condiciones de salubridad (R. Martínez De la Torre 1973: 155).

Mientras la London Pacific Petroleum Co. permaneció en la zona, concentró sus inversiones sobre todo en la infraestructura industrial, no mejoró la habitación urbana de este centro poblado. Cuando en 1914, la I.P.C. toma el control de las operaciones petroleras en Talara, procede entonces a la construcción del campamento de casas de madera, instala equipamiento urbano y determinados servicios para impulsar el desarrollo urbano del campamento petrolero⁸⁵. En esta etapa inicial del campamento se aplican en su diseño algunos principios y experiencia práctica del urbanismo y la arquitectura moderna.

Las casas y otros edificios eran módulos prefabricados de madera de Oregon importados de Estados Unidos. Las viviendas de los trabajadores no tenían servicio de agua y desagüe tampoco energía eléctrica, y estaban conectadas a una red de gas para cocinar, existían en el espacio público baños de uso común y pilones para el abastecimiento de agua. Las casas-habitación formaban parte de un diseño urbano que comprendía amplias avenidas asfaltadas, para el alumbrado público se encendían mechones de gas al anochecer. En 1920 en Talara residían 4,000 habitantes, de los cuales 1,500 eran trabajadores petroleros (R. Deustua, 1921).

La estrecha relación entre el desarrollo de la industria petrolera y la evolución urbana de Talara se evidencia en las dos etapas por las que transita este centro urbano en el período que va de 1914 a 1970, y que corresponde a la presencia de la I.P.C. en el lugar: a) el campamento de madera 1914-1940, y b) la ciudad empresa 1940-1970. Cada una de ellas presenta una configuración urbana particular como escenario de una dinámica social que pasaremos a analizar.

⁸⁵ La experiencia peruana al respecto se remonta a las primeras “colonias obreras” de la dominación inglesa (campamentos en las grandes haciendas de la costa peruana) y a los “company towns” o campamentos mineros resultado de la expansión del capital extranjero de origen norteamericano (W. Ludeña 1983: 30).

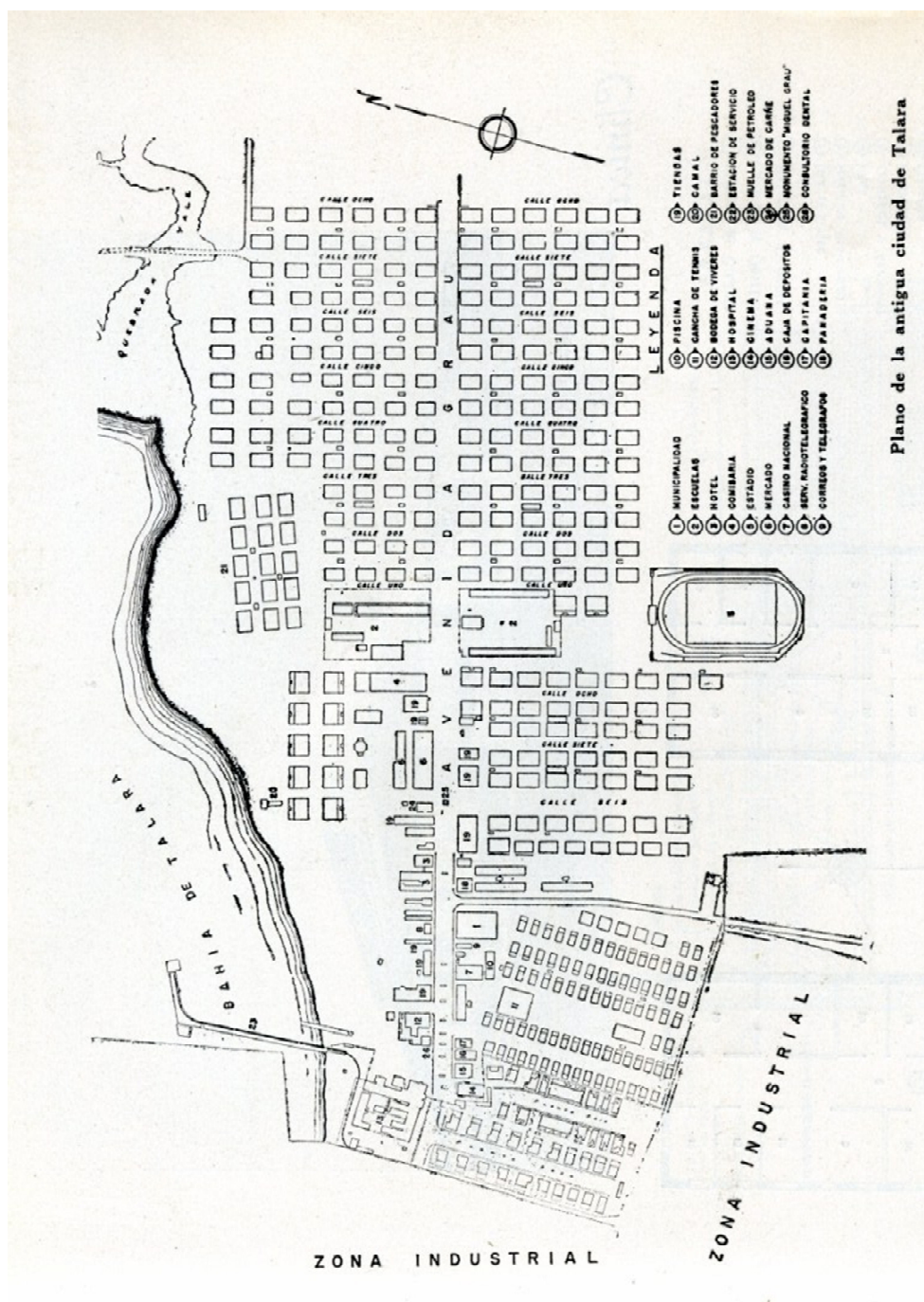


Figura 15: Plano de Talara, campamento de madera, 1945. Revista *El Arquitecto Peruano*, n° 126, 1948.

a) El campamento de madera (1914-1940)

La población del campamento de madera residía en barrios jerarquizados en función de la ubicación de los trabajadores petroleros en la estructura empresarial, de acuerdo a la labor desempeñada. El área residencial comprendía los siguientes barrios:

a. Planta Alta, habitado por el personal "staff"⁸⁶

b. Planta Baja, lugar de residencia de los empleados peruanos con formación profesional como: geólogos, ingenieros y médicos. Este barrio estaba conformado por calles numeradas de la 100 a la 400

c. Barrio obrero o "canchones", denominado Chorrillos, donde vivían los obreros y empleados de baja categoría en la organización empresarial.

Además en el campamento existían zonas ocupadas por población que no laboraba en la compañía, entre ellas: el Barrio Magisterial, el Barrio Militar, el Barrio Policial y la caleta de pescadores San Pedro (ver Figura 2).

El nivel socio-económico de sus habitantes determinaba la calidad de las instalaciones de las viviendas. En Planta Alta, las casas eran confortables dispuestas en áreas amplias, con jardín y contaban con los servicios necesarios; el acceso a esta zona era controlado, se encontraba cercada por una malla de alambre para aislarla del resto del campamento. En Planta Baja se disponía de cómodos "bungalows" que brindaban aceptables condiciones de vida a sus habitantes

Los obreros y empleados de baja categoría en la estructura empresarial vivían en "canchones" compuestos por dos o tres compartimientos estrechos, ocupados cada uno por una familia, existiendo en ciertos casos problemas de hacinamiento, Los habitantes del barrio obrero Chorrillos usaba servicios higiénicos públicos, no disponían de jardines, tenían un servicio

⁸⁶El personal "staff" conformado por los altos ejecutivos extranjeros de la I.P.C., era parte del nivel superior de la jerarquía empresarial, tenía una situación diferencial a nivel social lo que se manifestaba en el estilo de vida al interior del campamento.

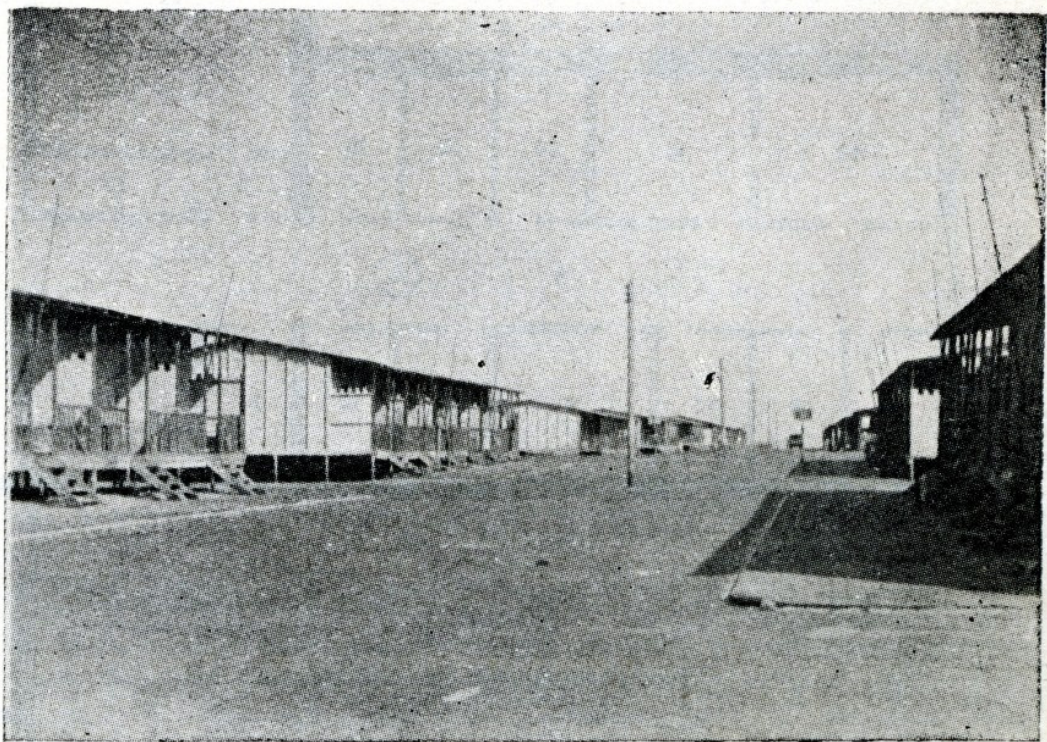
racionado de luz eléctrica y se aprovisionaban de agua por medio de pilones instalados en la calle.

Hacia el sur del campamento de madera en una zona denominada “El Tablazo” había otro barrio obrero donde residían trabajadores de los pozos petroleros. La caleta San Pedro estaba ubicada cerca del muelle, en las cercanías de la playa "Las Peñitas", tenía viviendas desvencijadas, sin acceso a los servicios de agua y luz eléctrica. Los pescadores que habitaban la caleta constituían un sector de población de bajo nivel socio-económico, desarrollaban sus actividades con relativa autonomía, en relación al control social que la I.P.C. ejercía sobre la población del lugar. En el barrio magisterial y el barrio policial también existían "canchones" habitados por maestros y policías, se ubicaban frente a la playa, contiguos al muelle. El barrio militar estaba conformado por una agrupación de viviendas que albergaban al personal militar destacado en Talara. La imagen urbana del campamento incorporaba como hitos importantes: la refinería ubicada al noroeste, al lado del muelle, y en el entorno los campos petroleros con máquinas de bombeo para extraer el petróleo de los pozos que era transportado a través de oleoductos a la refinería.

En el campamento la segregación social se reflejaba en la segregación espacial, basada en la estratificación social determinada por la jerarquía existente al interior de la empresa entre ejecutivos, empleados y obreros. En Talara se procuraba, de alguna manera, la unificación del trabajo y de la vida, al extenderse las determinaciones de la acumulación capitalista en ámbitos de la vida cotidiana, la racionalización burocrática trató de hacer girar todo alrededor de un principio de organización: la extracción y procesamiento industrial del petróleo. Para vigilar el tránsito de la gente por el campamento, la compañía había cercado el territorio que ocupaba con una malla de alambre. La entrada y salida de las personas era controlada por los guachimanes de la compañía, en la garita instalada en un sitio conocido como Santa Lucía. Para ingresar al campamento se presentaban documentos, si se autorizaba pasar se hacía una declaración informando a qué familia se visitaba, motivo y tiempo de permanencia que se tendría en la zona.

El campamento petrolero de Talara es un caso ilustrativo de una experiencia urbana que se da en otros países de América Latina, a inicios del siglo XX, impulsada por la inversión extranjera en sectores extractivo-exportadores como minería y petróleo. Esta forma de

ocupación del espacio fue reconocida por los Estados nacionales, de esta parte del continente, con un régimen especial que calificaba a estos territorios como "sitios de excepción", en la medida que estas ciudades-campamentos eran gestionadas exclusivamente por las empresas que se encargaban de demarcar, construir y equipar su respectivo espacio urbano⁸⁷. Tomando en cuenta el aislamiento geográfico de las áreas donde se ubicaban estos campamentos, su condición de "territorios de excepción" permitía que se constituyan núcleos urbanos destinados prácticamente al uso exclusivo del personal de la compañía que los construía. Como ocurrió en el caso de Talara, el carácter de "excepción" se evidenciaba en la cerca que rodeaba el espacio urbano como si fuera propiedad privada de la empresa, y para evitar que la población de los alrededores logaran acceder al territorio delimitado y controlado.



**Pista de la casa para Empleados de la I. P. Co.,
calle siete, Talara**

⁸⁷ La categoría de "territorios de excepción" es estudiada por André de Chene en su libro: *La Transformación de Comunidades Petroleras*. 1969.

Figura 16: Barrio Chorrillos, calle siete, casas de madera (“canchones”) habitados por los trabajadores de la compañía, 1938. Tomada de revista *El Arquitecto Peruano*, N° 126, 1948.

La vida cotidiana de la población dependiente de la compañía estaba sujeta a mecanismos de control social, más allá del ámbito laboral, abarcando dimensiones como la vivienda, educación salud y recreación. La I.P.C también inspeccionaba actividades como el comercio y establecía vínculos con la policía y las autoridades locales para afianzar su poder⁸⁸. La vigilancia en relación a los trabajadores petroleros y sus familias estaba institucionalizada a través de la administración civil del campamento denominada “Gerencia del Pueblo”, a cargo de un funcionario extranjero. En testimonios de personas que residieron en el campamento de madera, se relata que el “Gerente del Pueblo” obtenía información sobre lo que ocurría en el lugar, a través de “soplones” que le daban a conocer inclusive asuntos relativos a la vida privada de la gente; de tal manera que este personaje, en ciertas ocasiones, actuaba como mediador en conflictos familiares a solicitud de los involucrados (D. Dávila, 1976)

En el campamento el “Gerente del Pueblo” compartía de alguna forma el poder local con el alcalde que intervenía en la esfera de lo público, mientras que el primero ejercía un control estricto de la fuerza laboral petrolera, interfiriendo en la vida privada de ésta, con el fin de garantizar el rendimiento laboral y la integración de la población dependiente a la empresa, en función de sus intereses. Sin embargo, en lo concerniente a la gestión urbana, en la época del campamento, los alcaldes prácticamente no ejercían una real autoridad en la localidad, sus funciones estaban restringidas a las asuntos relativos al Registro Civil, tomando en cuenta que la I.P.C. era la que tomaba decisiones en lo referente al desarrollo urbano. Resulta ilustrativo mencionar que la mayoría de alcaldes de Talara entre 1907 y 1938 fueron funcionarios extranjeros de la I.P.C.⁸⁹

⁸⁸ Según D. Dávila (1976) el control social que la compañía ejercía sobre la población se reforzaba con la participación de las autoridades locales como el subprefecto de Paita, a cuya jurisdicción pertenecía Talara, quien daba órdenes a la policía para que acatará lo dispuesto por la I.P.C. De tal manera que cuando los trabajadores realizaban una huelga, a solicitud de la compañía se movilizaba el ejército y la policía para vigilar la zona petrolera. Es decir, instituciones que representaban al Estado peruano estaban supeditadas a los intereses de la empresa extranjera.

⁸⁹ Entre 1917-1938 fueron alcaldes de Talara: 1917 Arturo Wuest, 1918 Fernando Aceto, 1921 Alberto Tobiasson, 1924 Alberto Guevara, 1929 León Max Stoni, 1929 Rogelio Guistain, 1930 Juan Mc Farlane, 1931 Marcos Saldarriaga, 1932 Guillermo Abad, 1933 David Deeks, 1938 Juvenal Llanos, 1938 David Deeks. (Registro de Alcaldes de la Municipalidad de Talara, 1995)

En el sistema de poder de la compañía, el “Gerente del Pueblo” era un actor central, mostraba una actitud paternalista dando protección y pretendiendo ordenar la vida de la población. Este personaje tenía capacidad para sancionar y otorgar incentivos o “premios”, por ejemplo organizaba fiestas en el campamento participando en ellas, para interactuar con la gente, intentando lograr la aceptación de ésta para legitimar su poder. Al respecto R. Sennett (1982: 58) denomina a este tipo de relaciones: “paternalistas”, porque se aspira: *"a una legitimación del poder fuera de la familia mediante una invocación de los papeles desempeñados dentro de la familia. En la medida en que funcionara esta invocación, se esperaba que los sometidos fueran leales, agradecidos y pasivos"*.



Figura 17: Trabajadores petroleros saliendo de la refinería de Talara, 1937. International Petroleum Company Ltd.

Recuperado de http://images-02.delcampe-static.net/img_large/auction/000/089/140/003_001.jpg

Además de las celebraciones de fiestas del calendario norteamericano: la independencia de Estados Unidos (4 de julio), el “halloween” (31 de octubre) con el propósito de difundir el estilo de vida norteamericano, la compañía promovía la práctica de deportes como el basquetbol, beisbol, bowling y tenis que eran practicados por los empleados peruanos y extranjeros, mientras que el golf y el polo eran preferidos por el personal extranjero. Los ambientes donde se llevaban a cabo estas actividades, durante el tiempo libre, eran claramente

diferenciados: el Club Inglés para los ejecutivos extranjeros y el Club Filarmónica para los empleados y obreros peruanos (D. Dávila 1976: 14). Una de las actividades recreativas de mayor acogida entre los talareños era el fútbol, la compañía promocionaba equipos como el club Sport Estrella de Negritos. Por otro lado la presencia de la compañía se hacía sentir también en relación a los hábitos de consumo, existía una bodega (bazar central) instalada por la I.P.C. provista de productos básicamente de origen norteamericano para vender a la población, tratando así de introducir hábitos de consumo foráneos. Los trabajadores petroleros enfrentan esta situación, solicitando la ampliación del comercio libre en Talara, para conseguir abaratar los precios de los bienes de consumo, tomando en cuenta que el costo de vida en la zona era elevado⁹⁰. La intervención de la compañía en el medio urbano, tratando de difundir pautas culturales que pretendían representar el ideario de la modernidad, provoca reacciones entre la población que se va adecuando a los cambios, y a la vez conserva códigos culturales propios de la cultura regional que se manifiestan en sus costumbres, religiosidad y fiestas populares.

En el período que transcurre entre 1914 y 1930 la industria petrolera se consolida, dinamizando el proceso de urbanización en la zona. La I.P.C incorpora tecnología sofisticada en las distintas fases de esta actividad productiva. Se inicia en 1917, el proceso de modernización de la refinería de Talara, introduciendo como innovación tecnológica una batería de cuatro alambiques de destilación con una capacidad de producción de 10 mil barriles diarios⁹¹. Como señalan Thorp y Bertram (1985: 54) la producción y la exportación de petróleo se incrementaron, ésta última representó en 1915 el 10% de las exportaciones totales peruanas, llegando a elevarse al 24% en 1925 y al 30% en 1930, convirtiéndose entonces el petróleo en el principal producto de exportación. En este escenario de modernización, la población asentada en Talara va a tener probablemente una actitud de adecuación necesaria al modo de vida que la compañía intentaba difundir, con el fin de asegurar su permanencia en el trabajo. Sin embargo no se descarta, como efectivamente

⁹⁰Ver pliego de reclamos de trabajadores petroleros de Talara 1928, en R. Martínez De la Torre, 1973, tomo III, p.154.

⁹¹Cabe destacar en esta etapa, referentes de la modernización que experimenta la industria petrolera: en 1926 se agregan en la refinería de Talara cuatro unidades más de craqueo térmico que era lo más moderno por entonces. En 1929 se instaló la planta de destilación de lubricantes, lo que permitió el ingreso a ese mercado, y en 1938 se construyó la planta de asfaltos

Recuperado de <http://www.petroperu.com.pe/pmrt/refineria-talara-celebra-aniversario-recordando-sus-logros/>

ocurrió, expresiones de disconformidad con la interferencia de la compañía en su vida cotidiana. No hay que perder de vista que los trabajadores eran sancionados cuando trasgredían las reglas establecidas por la empresa, en casos de falta grave eran despedidos del trabajo, desalojados con sus familias de las viviendas que ocupaban y expulsados del campamento. En los primeros años del siglo XX, hay que considerar la falta de organización gremial entre los trabajadores petroleros, quienes llevan a cabo en 1913 su primera huelga, constituyendo posteriormente en 1929 la primera Comisión Sindical⁹². En el pliego de reclamos presentado en 1916, estos trabajadores demandan el tráfico libre por Talara, la I.P.C. se opone a esta petición argumentando que operaba en una zona industrial reservada.

Las condiciones de trabajo y de vida son difíciles en los primeros años del siglo XX para este sector de trabajadores, tal como sostienen J. Aldana (1972) y D. Dávila (1976). La insatisfacción social frente a los bajos salarios y las condiciones de vida en el campamento alcanza un alto nivel de conflicto social en la huelga de 1931. Se desencadena una fuerte represión de la policía y el ejército contra los trabajadores petroleros, que trae como lamentable consecuencia la muerte y encarcelamiento de líderes sindicales, debilitándose el movimiento sindical⁹³. Este suceso deja huella en la memoria colectiva de la población talareña, desde entonces destaca como una de las reivindicaciones centrales de los trabajadores petroleros: la nacionalización del petróleo. Después de este penoso hecho, la organización sindical es desactivada, logrando nuevamente constituirse sindicatos petroleros en Talara hasta 1945⁹⁴.

En la escena urbana, se experimentan cambios en la morfología del campamento a partir de 1945, cuando se construye el barrio de Punta Arenas, detrás de la refinería, como zona residencial del personal "staff" extranjero y peruano, instalando una garita para controlar en esta "área reservada" el tránsito de las personas, en la medida que no se podía acceder libremente a este sitio, sin permiso de la compañía. En 1940, Talara tenía una población de

⁹²En la *Historia del Sindicalismo Petrolero* de Juan Aldana (1972) se consignan estos hechos, destacando la influencia del Partido Socialista de Luciano Castillo y del APRA en la formación de los sindicatos petroleros.

⁹³ En la huelga de 1931, el líder sindical Alejandro Taboada es capturado y torturado, siendo asesinado. A partir de entonces es considerado mártir del movimiento sindical petrolero (J. Aldana, 1972).

⁹⁴En el estudio de D. Dávila (1976), se analiza la dinámica sindical de los trabajadores petroleros en los primeros años del presente siglo, poniendo especial atención en la huelga de 1931 y su impacto en la acción social de este sector laboral.

12, 985 habitantes, es decir, su población se había triplicado en relación a 1920, existiendo alrededor de 5,000 trabajadores petroleros (ver Tabla 2).

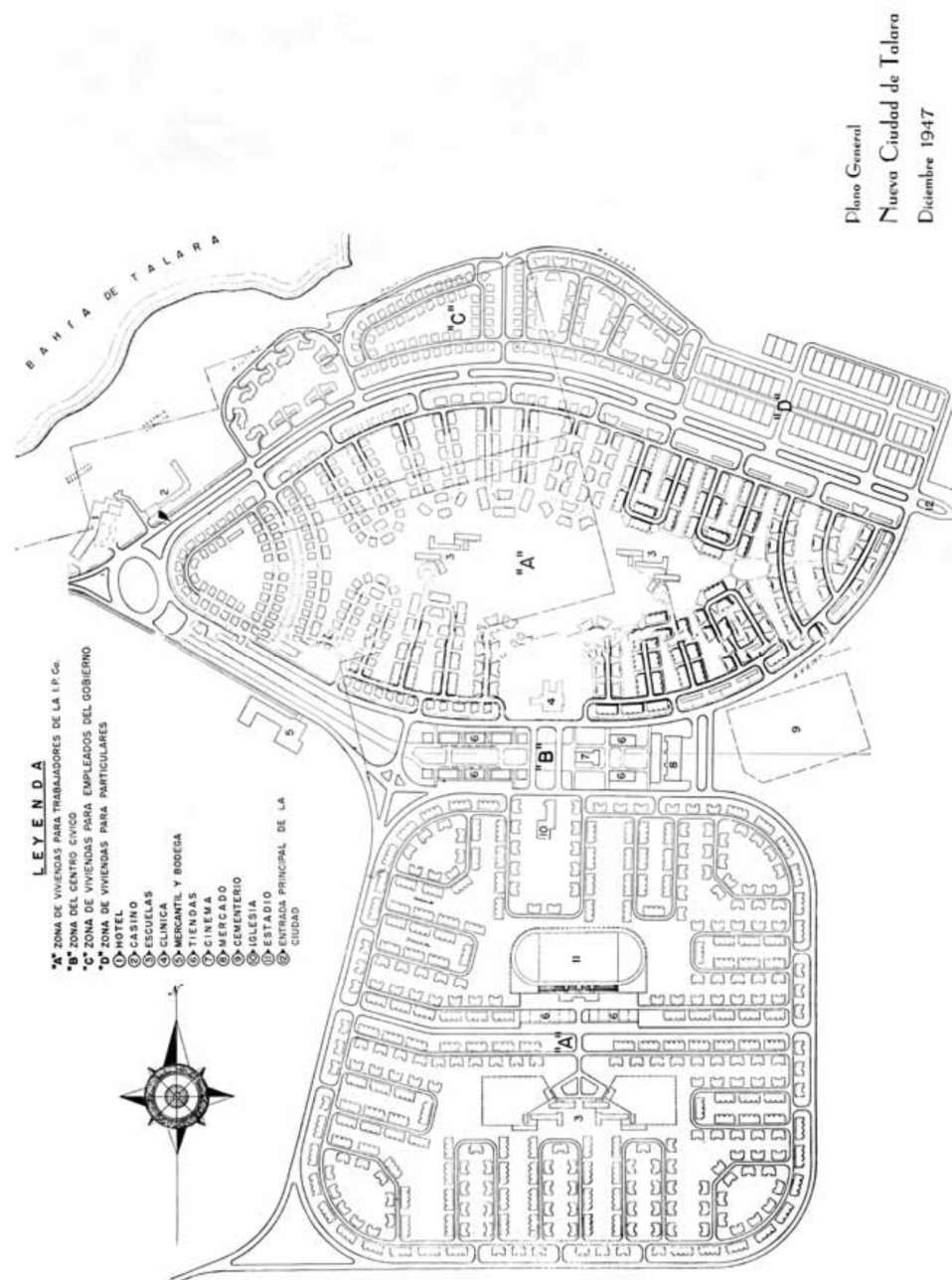


Figura 18: Plano general de la nueva ciudad de Talara, Dammert & Morales Arquitectos. Revista *El Arquitecto Peruano*, n° 126, 1948.

b) La ciudad-empresa 1940-1970

Al transcurrir el tiempo, la infraestructura del campamento de madera se fue deteriorando. La compañía decide entonces construir una nueva ciudad empresa de “material noble”, desarrollando un proyecto urbano moderno para brindar mejores condiciones de vida a sus trabajadores⁹⁵, y a la vez la empresa procura generar una corriente de opinión pública a su favor, en un contexto en el cual era necesario encontrar nuevos yacimientos productivos, para revertir el estancamiento con tendencia al descenso de la producción petrolera, hecho que contribuía a incentivar en la escena política nacional el debate sobre la cuestión del petróleo⁹⁶.

Denominamos ciudad empresa a una nueva tipología edilicia y morfológica urbana basada en un proyecto urbano moderno que se instala en Talara en el período de la postguerra, después de 1945, y que fue planificada con precisión formal y funcional para reemplazar al campamento tradicional inspirado en los *company towns* surgidos en el ámbito de la Revolución Industrial, que era la forma de asentamiento existente desde inicios del siglo XX en esta zona petrolera. En la década de 1940, Talara evoluciona a un modelo de ciudad industrial con mejores estándares y avanzadas técnicas constructivas con el consecuente desmantelamiento del campamento original, experiencia que tiene repercusiones socio-culturales significativas, como analizaremos más adelante. Esta nueva tipología urbanística que es la ciudad empresa está vinculada a la actividad extractiva e industrial petrolera y depende de una administración empresarial centralizada. Se trata de un cambio sustancial en el concepto y tipología de campamento que adopta nuevos estándares en la disposición de funciones y espacios para generar un ambiente de confort que contribuya a mejorar la calidad de vida de la población residente⁹⁷

⁹⁵Cuando se incendia en 1947 la iglesia de madera, se difundió entre la población talareña un sentimiento de temor y malestar por el peligro que existía al ocupar casas de madera cercanas a una refinería de petróleo.

⁹⁶En un informe de la I.P.C. se da a conocer lo siguiente: “*El año de 1940 se ha distinguido por haber desarrollado durante él la Internacional Petroleum su más intenso programa de perforaciones desde que se estableció en el Perú (...). En efecto, en el mencionado año se taladraron 139 pozos con un total de 307,000 pies perforados, o sea aproximadamente 18 veces la altura en que se encuentra Ticlio sobre el nivel del mar*” (International Petroleum Company, 1942).

⁹⁷En relación a los campamentos mineros en Chile, E. Garcés (2003: 147-148) señala: “*Han evolucionado a lo largo del siglo XX desde ejemplos surgidos en el ámbito de la Revolución Industrial hacia nuevos modelos, relacionados con el contexto productivo, geográfico, espacial e histórico en que se sitúan (...). A fines del siglo XX, la villa minera y el hotel minero han terminado reemplazando a la ciudad minera*” Asimismo este autor hace referencia a casos de campamentos mineros chilenos como El Salvador que: “*ha ido modificándose con la vitalidad de una ciudad convencional, debido al incremento de población y la necesaria*

En 1945, la I.P.C. contrata a la firma peruana Dammert & Morales Arquitectos para que se encargue del planeamiento urbano de la nueva ciudad, el diseño arquitectónico y urbanístico fue aprobado por la compañía tal y como había sido concebido por los arquitectos peruanos, solamente se hicieron algunos ajustes⁹⁸. El urbanista Luis Dorich informó a la I.P.C. acerca de la delineación del plan principal que comprendía cinco distritos: dos distritos para casas de los trabajadores, un distrito para el centro comercial, un distrito para casas de empleados del gobierno que trabajaban en Talara, y finalmente un distrito de edificios individuales para negocios particulares y para residencias. Se estableció que dentro de los distritos, el área ocupada por los edificios no debería exceder el 20% del área disponible y el 80% restante sería para parques, senderos, avenidas y caminos de acceso a las casas⁹⁹. Es decir, se destacaba la importancia de los espacios públicos como lugares de encuentro ciudadano en la concepción moderna de este proyecto urbanístico.

Los urbanistas de Dammert & Morales Arquitectos consideraron que el lugar más apropiado para la ubicación de la nueva ciudad sería sobre y hacia el este y sur del área del campamento de madera. Esta decisión se sustentó en las condiciones de sanidad que prevalecían en ese lugar y tomando en cuenta la proximidad para el desplazamiento de los trabajadores a su centro de trabajo. Luego de haber estudiado el terreno escogido, se planificó la nueva ciudad, la experiencia a la que hemos hecho referencia muestra un proceso racional y ordenado que caracteriza la concepción de un proyecto urbano moderno. En relación a las calles de la zona residencial del campamento de madera, se decidió que con excepción de una o dos el resto de calles no podrían formar parte del nuevo plan, es decir, se transforma de manera notable la imagen urbana de Talara. El espacio residencial estaba dividido en dos zonas equidistantes del centro: la zona norte y la zona sur; cada zona estaba organizada en forma similar, es decir, un

dotación de nuevos servicios". Precisamente esta fue la experiencia de la Talara, después de la nacionalización del petróleo, al evolucionar a ciudad abierta.

⁹⁸El conjunto de la ciudad moderna de Talara fue diseñada por la firma peruana Dammert & Morales Arquitectos, con excepción del policlínico que fue diseñado por Crow Lewis & Wick Arquitectos de Nueva York (EE.UU.) especialistas en esta clase de diseños.

⁹⁹Ver: "El Planeamiento de Talara" contiene el proyecto y los planos generales de la nueva ciudad, en Revista *El Arquitecto Peruano*, N° 126, 1948.

área de viviendas con su núcleo comunal constituido por dos escuelas de niños y niñas, campo deportivo y juegos infantiles (J. Timaná, 1985).

Conforme se desarrollaba la actividad petrolera y se avanzaba en la construcción de la nueva ciudad se incorporan a dicha actividad nuevos trabajadores, algunos migrantes procedentes de lugares cercanos: Sullana, Paita, Piura y Tumbes. Se trata de un contingente migratorio discreto, en comparación a la migración que se dirigió a inicios de siglo hacia la zona petrolera. Según datos del Censo de 1940: el 97% de la P.E.A. en la rama de minas e industria extractiva en Talara había nacido en el departamento de Piura, lo que confirma lo señalado anteriormente. A fines de la década de 1940 e inicios de la década de 1950, ingresan también a la industria petrolera los hijos y parientes de los trabajadores pertenecientes a la generación de talareños que vivió y trabajó en el campamento de madera, a quienes consideramos la generación fundadora de la ciudad.

La ciudad empresa empieza a construirse en 1948, las obras se ejecutan progresivamente, a su vez se van demoliendo las antiguas instalaciones del campamento de madera. En la historia urbana de Talara, la demolición del barrio obrero de Chorrillos representa un hito, constituye en la memoria colectiva de los talareños un símbolo de los imaginarios urbanos acerca de la etapa inicial del desarrollo urbano. Una sugestiva forma de expresar las vivencias de la gente en este proceso de cambio es la novela de Carlos Calderón Fajardo (1983) *Así es la Pena en el Paraíso* (Parte I: "La Conquista de la Maravilla") que narra, entre otras incidencias, episodios relativos al tránsito del campamento de madera a la ciudad moderna de Talara, con tal riqueza de detalles realistas que la literatura se acerca a la microhistoria de la ciudad, desde la sensibilidad del autor.

La transición del campamento de madera a la ciudad empresa concluye a inicios de la década de 1950, y significa para los pobladores de Talara el fin de una etapa que tiene como espacio físico construido y referente simbólico el campamento de madera, y la emergencia de un nuevo escenario urbano: la ciudad empresa. La construcción de este proyecto urbano moderno estuvo a cargo de la empresa GRAMONVEL S.A., conformada por los accionistas Graña, Montero y Velarde. Los ingenieros que dirigieron las obras fueron: Luis Noriega, Camilo Miranda y Ernesto Gilardi egresados de la Escuela de Ingenieros de la Pontificia Universidad

Católica del Perú. En representación de la compañía, supervisó los procedimientos constructivos el Ingeniero Inspector de la I.P.C. George J. Jhonsen (Revista *Fanal*, n° 19, 1949: 4). El diseño urbano de la nueva Talara comprende amplias avenidas denominadas por letras: A, B, C (...) H, y caminos paralelos a las avenidas para acceder a los parques designados por números: del 1 al 82. En las avenidas y los parques se encontraban las viviendas con jardines que ocupan los trabajadores petroleros¹⁰⁰. Las casas de las avenidas eran habitadas básicamente por los empleados administrativos y los "sobrestantes" (capataces o jefes de cuadrillas de obreros) que residían también en parques próximos al Centro Cívico, lugar central de la ciudad. En los parques la mayoría de los habitantes eran familias del personal obrero. Por otro lado, Punta Arenas permaneció como un área segregada en el espacio urbano, era el barrio de los altos ejecutivos de la compañía. Se ajusta un criterio que ya existía en el campamento de madera: en función de la categoría ocupacional y ubicación en la jerarquía empresarial el personal ocupaba una vivienda diferente en relación a su ubicación, extensión del área e instalaciones.

¹⁰⁰En la ciudad moderna se construye para los trabajadores de la compañía, dos tipos de casas: 1) A-23, tipo de casas gemelas para dos familias, cada una con sala, tres dormitorios, cocina, baño, patio cerrado, un cobertizo detrás de la casa y un jardín al frente; 2) A-24 tipo de casas juntas para cuatro familias, tiene la misma distribución de habitaciones incluido el jardín, que el tipo anterior, con la diferencia que sólo tiene dos dormitorios. (Planos de tipos de vivienda, *El Arquitecto Peruano*, N° 126, 1948).



Figura 19: Típicas viviendas de los trabajadores de la I.P.C. en una avenida de la ciudad empresa.
Talara, 1965.

Recuperada de <https://www.facebook.com/Talarenoes-who-lived-and-worked-in-Talara-Peru-115224458521190/>

Sin embargo, a pesar de que continúa en cierta forma vigente el modelo de segregación social en la ocupación del espacio, también se dan condiciones para favorecer el desplazamiento de las personas al interior de la ciudad, haciendo posible que la interacción social sea más fluida, en la medida que el diseño de los espacios públicos y la ubicación de los parques y avenidas propiciaban el encuentro ciudadano. Se conservan en la ciudad-empresa algunas zonas de residencia del campamento de madera: Planta Baja, el barrio de pescadores, el barrio magisterial, y el barrio policial. En la década de 1960, los dos últimos barrios van a desaparecer.

Como parte del proyecto de modernización de la ciudad se instala una nueva red de servicios para toda la población: agua potable, luz eléctrica y gas suministrado a cada vivienda por medio de tuberías¹⁰¹. Además de las casas y los servicios mencionados la habilitación urbana comprendía el Centro Cívico (área central de la ciudad) con áreas verdes y locales para la

¹⁰¹ El conjunto de la infraestructura urbana era propiedad de la I.P.C., que administraba por ejemplo la planta de tratamiento de agua potable situada en Portachuelo, lugar donde el agua tomada del río Chira era procesada para luego ser bombeada a Talara.

actividad comercial y bancaria, edificios para el uso público como: escuelas, hospital, policlínico, iglesia, mercado, cines etc.

Al demolerse el campamento de madera y la cerca de alambre que lo delimitaba, la IPC decide en 1954, declarar formalmente a Talara como “ciudad abierta” facilitando supuestamente el libre tránsito por la ciudad. Sin embargo en la garita ubicada en el sector Santa Lucía, se continúa con el control policial para informar a la compañía la entrada y salida de pasajeros y mercancías, en la medida que la gestión urbana continuaba bajo la tutela de la IPC. El proceso de consolidación urbana de la ciudad contribuye a la creación político-administrativa de la provincia de Talará el 16 de marzo de 1956 (Ley 12649), instalándose el primer Consejo Provincial presidido por el Alcalde Francisco Seminario.

El proyecto urbano de la ciudad empresa constituye como sostienen los urbanistas que llevaron a cabo su planeamiento: *“la primera aplicación local de los más modernos avances en materia de ciudades industriales, aprovechando experiencias de Europa y Estados Unidos”*. La ciudad de Talara representa un proyecto que se enmarca dentro del movimiento moderno en la arquitectura y el urbanismo peruanos. Cuyo fundamento teórico y práctico es liderado en el Perú por colectivos como la Agrupación Espacio (1947) integrada por arquitectos, artistas e intelectuales (J. I. López Soria 1997: 23). Precisamente, arquitectos ligados a la Agrupación Espacio participaron en el diseño urbano de Talara. Este centro urbano moderno tenía la apariencia de una ciudad horizontal, con elementos homogéneos en el diseño de sus edificaciones, amplias áreas verdes y anchas avenidas. Se trataba de una particular aplicación del modelo de “ciudad-jardín” de Ebenezer Howard que se difundió en la postguerra (1945)¹⁰². Caracterizaban el área residencial el tipo de viviendas, las instalaciones públicas, la amplitud de los espacios libres, los jardines de las casas de los parques y avenidas que brindaban una imagen urbana con extensas áreas verdes en medio del desierto. Al

¹⁰² Los concepción sociológica y urbanística del modelo “ciudad jardín” está contenida en el libro de E. Howard (1902) *Ciudades Jardín del mañana*. Se trata de una zona urbana diseñada para una vida saludable y de trabajo; tendrá un tamaño que haga posible una vida social a plenitud, su crecimiento será controlado. Este modelo fue propuesto para mejorar las condiciones de la vivienda obrera en las ciudades industriales, es un nuevo concepto de ciudad basado en una comunidad establecida en un entorno natural y por lo tanto separado de la gran urbe. Estas ideas tuvieron gran repercusión en el urbanismo de la época y fueron adoptadas de alguna forma, con las variantes del caso, en el diseño urbano de las ciudades industriales de las compañías transnacionales asentadas en los países latinoamericanos.

respecto el testimonio de un talareño, empleado de la I.P.C. que residía en la ciudad a inicios de la década de 1950, expresa el proceso cambio que se estaba produciendo:

"Al ingresar a Talara descendiendo desde el Tablazo hacia el puerto podíamos observar un fenómeno de transición, a un lado las antiguas casas de madera destinadas a desaparecer porque la demolición del campamento estaba en marcha y por otro lado se encontraban las nuevas construcciones formando una bonita vista panorámica".



Figura 20: Vista panorámica de Talara, 1950

Recuperada de <https://www.facebook.com/Talarenoes-who-lived-and-worked-in-Talara-Peru-115224458521190/>

Al indagar sobre la experiencia de los campamentos petroleros en Venezuela encontramos similitudes con el caso de Talara, es decir, la concepción moderna del diseño urbano de estos asentamientos es reproducida en diferentes contextos de las sociedades latinoamericanas, por las compañías petroleras norteamericanas. Los campamentos se insertan en el territorio como nuevas piezas arquitectónicas y son referentes de la modernización que trae consigo la inversión extranjera, mostrando un distanciamiento social y técnico del entorno local. En relación a los campamentos petroleros en Venezuela, L. González y O. Marín (2003: 383) señalan que desde los inicios de la explotación petrolera se introdujeron dos “paisajes de la modernidad”: los campos petroleros y sus conjuntos residenciales, precisando que la noción de paisaje se refiere no solo al medio físico, sino también a las prácticas sociales y simbólicas que en estos escenarios se desarrollan. La descripción que estos autores hacen de las

instalaciones de los campamentos venezolanos corresponde a una imagen muy parecida al caso de Talara:

“Los campamentos estaban provistos de unidades de viviendas mejores, aisladas, higiénicas y relativamente amplias, modelos de habitar entre jardines, en las cuales se alojaba no solamente la familia sino los bienes de consumo que los ingresos petroleros permitían adquirir. Contaban los campamentos con dotación de servicios de red, un suministro del agua, cloacas y drenajes, electricidad, servicio postal, plomería, recolección frecuente y eficiente de basura, caminos pavimentados y un buen mantenimiento de edificios y áreas verdes. Contaban también con una provisión de equipamientos y servicios muy superiores a lo existente en el país”

En esta etapa de la evolución urbana de Talara, los actores sociales que habitan la ciudad experimentan la transformación del espacio urbano, participando en un proceso de adaptación a las nuevas condiciones del medio urbano, que van siendo apropiadas por la gente de acuerdo a sus representaciones sociales del nuevo contexto en el que comparten la vida cotidiana. Sin embargo, continúa vigente en la ciudad empresa una “lógica de campamento” porque se mantiene el principio organizador del desarrollo urbano de esta ciudad: la explotación y procesamiento industrial del petróleo. En función de esta actividad productiva se crea la ciudad de Talara, planificada desde una concepción moderna y administrada por la empresa extranjera: I.P.C. que durante su permanencia en la zona instauró las pautas de la evolución urbana.



Figura 21: Vista aérea de Talara, en el lado superior la nueva ciudad, 1951

Recuperada de <http://rpasmd.org/rms/Images/1951-Talara-Peru-Aerial.png>

Las condiciones de vida de las familias de los trabajadores petroleros que habitaban la ciudad empresa se diferenciaban de aquellas que compartían el resto de pobladores de la zona, porque disfrutaban de comodidades obtenidas por necesidad de la empresa para garantizar la permanencia de su mano de obra en el trabajo petrolero. Asimismo ciertas condiciones en relación a la educación, salud y vivienda habían sido logradas como resultado de la presión gremial y social ejercida sobre la empresa para mejorar la calidad de vida (E. Aranda 1983: 45). En este escenario los pobladores construían identidades que tenían como eje su condición de trabajadores petroleros y habitantes de la ciudad empresa, proceso de particular complejidad que será analizado más adelante. En la ciudad empresa se logra un nivel de vida más aceptable, en relación a la etapa del campamento de madera. Cabe mencionar que, en 1961 residían en Talara 27,957 habitantes, es decir, se había duplicado la cantidad de población en relación a 1940, existiendo alrededor de 5,500 trabajadores petroleros (ver Tabla 2).

Al producirse una serie de transformaciones sociales, económicas, culturales y políticas en los países latinoamericanos, aproximadamente a partir de la década de 1950, como resultado de

los procesos sociales de industrialización, migración y urbanización que son expresión de la modernización de estas sociedades. Progresivamente van a perder el carácter de excepcionalidad las ciudades empresa, generándose un redimensionamiento en la vida cotidiana y específicamente en las relaciones laborales que se desarrollaban en estos centros urbano-industriales. En este marco de referencia, en el caso peruano se lleva a cabo en 1968, la nacionalización de la industria petrolera por el gobierno militar¹⁰³, dándose paso a la evolución de Talara de ciudad empresa a ciudad abierta, lo que implica cambios fundamentales en la experiencia urbana de esta ciudad, persistiendo la lógica de la extracción del petróleo como el eje organizador esta vez de la ciudad abierta. En la tabla siguiente presentamos un resumen de la evolución de la población Talara durante el período 1940 - 1981.

Tabla 4: Distrito de Pariñas (Talara): aspectos de ocupación del área

Período	Población	Tasa de crecimiento poblacional	Características
1940-1961	12, 985 – 27, 957	3.7%	Fenómeno demográfico relacionado con la expansión de la actividad petrolera
1961-1972	27, 957 – 29, 911	0.6%	Este bajo crecimiento se debe al control ejercido por la Internacional Petroleum Company en el desarrollo urbano
1972-1981	29, 911 – 60, 351	8.1%	Proceso migratorio que se presenta cuando Talara es declarada Ciudad Abierta

Fuente: Plan Integral de Desarrollo Local Sostenible del Distrito Pariñas al 2015. Municipalidad Provincial de Talara, 2004. Censo 1940, 1961, 1972, 1981. Instituto Nacional de Estadística e Informática, INEI.

Elaboración: Walsh Perú S.A.

¹⁰³En 1962 el Perú pierde su condición de exportador de petróleo, situación que actualiza en la escena política del país el tema sobre la nacionalización del petróleo, pronunciándose a favor de esta medida los trabajadores petroleros organizados. La problemática relativa a la nacionalización del petróleo fue un factor que influyó en la decisión de realizar el golpe militar el 3 de octubre de 1968, asumiendo el gobierno la Fuerza Armada

4.2.3 Sociabilidad de hábitat en la ciudad empresa

El análisis de la sociabilidad de hábitat considera los vínculos esenciales que influyen en el estilo de vida en la ciudad empresa, nos referimos a la articulación básica que existe entre el trabajo, las formas de sociabilidad, el uso del tiempo libre en el contexto de la vida diaria. Al respecto no perdemos de vista que las vivencias en el ámbito del trabajo, con frecuencia se manifiestan en la intersubjetividad cotidiana. Desde la perspectiva de R. Ledrut (1974: 109), la noción sociabilidad de hábitat está referida a las diversas relaciones sociales que se desenvuelven en el espacio, en este caso de la ciudad empresa, observando los aspectos singulares que caracterizan la forma cómo se organiza el espacio en este centro urbano. Las condiciones del hábitat están enlazadas con la forma e intensidad de la vida social; las relaciones espaciales ejercen cierto efecto en las sociales. Cabe precisar que la influencia de las condiciones espaciales no actúa de manera mecánica sobre la vida social, y este influjo será más o menos significativo, de acuerdo a la capacidad de recreación del espacio por los actores sociales. De tal manera que la ubicación y el tipo de vivienda que ocupan los habitantes de la ciudad empresa revela el contexto espacial de ciertas relaciones sociales particulares de la vida social en Talara, donde existe un afán de control y orden en relación al espacio urbano, y a la vez una actitud vital expresada en la apropiación del espacio por los habitantes.

Al referirse a los campamentos petroleros L. González y O. Marín (2003) señalan que éstos incorporan trazados urbanos y tipologías arquitectónicas de nuevo cuño, introduciéndose estándares de calidad de vida y novedosos equipamientos con el propósito de modelar actitudes y hábitos entre los residentes. El urbanismo petrolero, como ocurrió en el caso de Talara, se caracteriza por un trazado orgánico de baja densidad residencial y amplia provisión de equipamiento y servicios. Este espacio residencial controlado por la compañía petrolera presentaba en su imagen urbana la reproducción de segmentos del paisaje suburbano norteamericano.



Figura22:Espacio público, jardines de Punta Arenas,1960.

Recuperada de <https://www.facebook.com/Talarenoes-who-lived-and-worked-in-Talara-Peru-115224458521190/>

En cierta forma los códigos culturales que se expresaban en la organización de la actividad productiva trataban de ser reproducidos en la estructuración social del espacio de habitación, con el propósito de regular la conducta y el estilo de vida de los residentes. En este sentido el discurso de la I.P.C. difundía una ideología que recalcaba la dependencia de los trabajadores y sus familias en relación a la compañía, tal como se manifiesta en opiniones como la siguiente:

"Trabajadores sanos y felices, con plena satisfacción de ellos mismos, con la conciencia de que su porvenir y el de sus hijos está en la compañía es uno de los objetivos de la política de relaciones laborales de la I.P.C.(...). Un común anhelo de la Gerencia y sus servidores es: un salario apropiado, oportunidad para mejorar, confianza en la compañía y seguridad en el trabajo". (Revista Fanal,fragmento de editorial, enero- febrero, 1952).

Lo anterior se mostraba, en la práctica, en relaciones de tipo paternalista con el fin de lograr que los trabajadores se identificaran con la empresa, y por consiguiente se restringiera el riesgo de conflictos laborales, aspirando establecer una relación de "pertenencia" entre el trabajador y la compañía (R. Sennett, 1982). Sin embargo los pobladores trataban de recrear

un espacio propio en el hogar, en los lugares de residencia (parques, avenidas), en las instituciones sociales, deportivas y religiosas en las que participaban.

En la escena urbana de la ciudad empresa existían zonas de residencia cualitativamente distintas, habitadas por sectores sociales diferenciados. La estructura urbana comprendía el casco urbano y los alrededores:¹⁰⁴

1.- En el casco urbano¹⁰⁵ se ubicaban las siguientes áreas de residencia:

- a. Punta Arenas: habitada por ejecutivos extranjeros y peruanos de la I.P.C.
- b. Planta Baja: ocupada por empleados de la compañía con formación profesional, personal de la aduana, autoridades políticas y militares.
- c. Avenidas designadas por letras desde la A hasta la H, lugar de residencia de empleados y algunos obreros conocidos como “sobrestantes” (jefes de cuadrillas de obreros) de la I.P.C.
- d. Parques designados por números del 1 al 82 donde habitaban obreros y empleados, Asimismo maestros de las escuelas de la I.P.C. y personal de asistencia médica.
- e. Barrio particular Santa Rosa, lugar de residencia de gente que no laboraba en la I.P.C.: profesionales independientes, comerciantes y personal bancario.
- f. Barrio magisterial, donde residían los maestros de los colegios estatales.
- g. Barrio policial, lugar de residencia de miembros de la Guardia Civil.
- h. Villa militar, lugar de residencia del personal del ejército, conocido como "los bloques".

2.- En los alrededores se ubicaban:

- a. Talara Alta conocida como "el Tablazo", donde residían obreros, maestros, policías y jubilados.
- b. El barrio de pescadores San Pedro.
- c. Villa F.A.P. lugar de residencia de oficiales y suboficiales de la Fuerza Aérea Peruana.

¹⁰⁴ La información al respecto se basa en los estudios de J. Timana (1985) y E. Aranda (1998).

¹⁰⁵ Al iniciarse en 1948, la construcción de la ciudad-empresa desaparece Planta Alta. Punta Arenas será la nueva área residencial del personal ejecutivo de la I.P.C. El barrio magisterial y el barrio policial desaparecieron en la década de 1960, la mayoría de sus habitantes fueron reubicados en el Tablazo. Mientras que el barrio militar fue trasladado al distrito de Lobitos. La I.P.C. cedió dos áreas a los particulares: el Centro Cívico y el barrio particular Santa Rosa, quedando ambos bajo la jurisdicción del Consejo Municipal.

d. Villa CORPAC, ubicada frente al aeropuerto Cap. FAP Víctor Montes Arias, habitada por el personal de CORPAC.

(Ver Figura 5: plano de la nueva ciudad).

En la escena urbana de la ciudad empresa observamos cambios importantes: de la estricta separación de las zonas reservadas del campamento de madera, delimitadas por una malla de alambre, se procura en el nuevo contexto una mayor elasticidad en la ocupación del espacio social¹⁰⁶ por los diversos sectores sociales. Si bien se continúa aplicando para la ocupación de las viviendas, pautas socioeconómicas determinadas por la ubicación del personal en la estructura empresarial. Encontramos que en los parques residían a la vez obreros y empleados, y la cercanía de las avenidas con los parques favorecía relaciones de vecindad. Las avenidas y los parques eran las áreas residenciales más extensas de la ciudad-empresa, donde habitaba la mayor cantidad de población, constituían vecindarios de trabajadores petroleros con fuertes identidades étnicas, particularmente de la costa norte del país, la mayoría de ellos eran “paisanos” que participaban de redes de parentesco y amicales.

En Talara prácticamente todos los habitantes se conocían o estaban enterados de las relaciones de parentesco de la gente que residía en la ciudad, la interacción social era favorecida por la proximidad de los parques y avenidas, dando lugar a relaciones de vecindad frecuentes que hacían posible una sociabilidad de hábitat intensa. La existencia de estas formas de sociabilidad propició la constitución de una comunidad urbana en el espacio social de la ciudad empresa. Según R. Ledrut (1974): *“en una comunidad local actividad y hábitat se compenetran permitiendo que todos estén próximos a los lugares a donde concurren habitualmente”*. De tal suerte que la vida en común transcurría, compartiendo también espacios públicos como el Centro Cívico y la Plaza Grau, lugares de encuentro preferidos por los talareños, donde coincidían con personas conocidas. Sin embargo, como señala B. Wellman¹⁰⁷: *“una “comunidad” no se define necesariamente ni por un espacio físico*

¹⁰⁶ El espacio social, es concebido por R. Ledrut, (1974: 24): *“como aquel espacio que solamente tiene significado con relación a la vida colectiva de los hombres que ocupan los lugares, en los cuales éstos se reúnen y mantienen relaciones sociales diversas”*.

¹⁰⁷ Barry Wellman: “The Community Question” en American Journal of Sociology N° 84, marzo 1979. pp. 12-31. Citado por A. Panfich (1997).

específico, ni por un grupo étnico específico. En vez de ello, los individuos pueden construir sus propias comunidades sobre la base de redes sociales de interés mutuo, inclusive si no comparten el mismo espacio residencial o una identidad étnica". En efecto los residentes de los parques y avenidas integran otras redes sociales de interés mutuo como: cofradías religiosas, clubes deportivos, sindicatos etc. participando en colectividades diferentes a aquellas constituidas a partir de la sociabilidad en el espacio de parques y avenidas.

Dentro de la ciudad-empresa existían espacios sociales acotados como: Punta Arenas, el barrio particular Santa Rosa, los parques etc., existiendo entre sus habitantes lazos de cohesión social que facilitaban su capacidad de organización, para participar por ejemplo en actividades fomentadas por la I.P.C, como el concurso anual de jardines el 24 de setiembre, que implicaba cada año compartir labores para cuidar los jardines, y competir en el mencionado concurso. Esta actividad coadyuvaba, como señalaba la compañía: *"a hermosear la ciudad en medio de la aridez del panorama (...) para que Talara sea un pequeño oasis en medio de la desértica tierra costena"* (Revista *Fanal*, setiembre 1952). Asimismo era parte de la estrategia de la empresa para conseguir, la integración social de los habitantes de esta comunidad urbana, estimulando relaciones de ayuda mutua y cooperación que trascendían las simples relaciones de coexistencia basadas en la cercanía local.

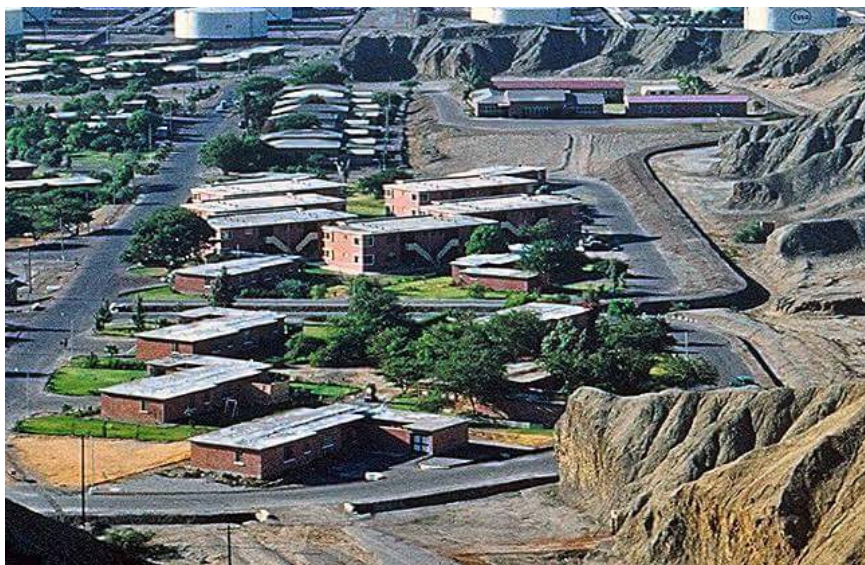


Figura 23: Punta Arenas, en el lado superior la refinería, 1959

Recuperada de <https://www.facebook.com/Talarenoes-who-lived-and-worked-in-Talara-Peru-115224458521190/>

A. Vida cotidiana en la ciudad-empresa

La localización de las distintas zonas de hábitat en Talara tenía correspondencia con el diseño de las viviendas y sus respectivas formas de agrupación. Desde la concepción del urbanismo moderno, la relación: vivienda - circulación - espacio social – calle - ciudad, se materializaba a través de una red que hacía posible la integración efectiva de las zonas de hábitat. Cabe señalar que el tipo de vivienda y su ubicación en parques, avenidas etc. pone de manifiesto el estatus social de su morador, por lo tanto los parques, las avenidas, Punta Arenas, el barrio particular Santa Rosa etc. simbolizaban la diferenciación social. En diversos testimonios recogidos acerca de la experiencia de vida en la ciudad empresa, observamos que había entre los residentes una percepción clara, acerca de este hecho, es decir, asumían que la distribución espacial de la población en distintas zonas residenciales expresaba las diferencias socio económicas.

En la vida diaria los pobladores se apropiaban a su manera de la ciudad como escenario de una historia construida por ellos. Por consiguiente, la sociabilidad entre los residentes de los parques y avenidas no sólo se asienta, en la definición de su estructura interna, concebida por el diseño urbano, sino también en la recreación del espacio social a partir de sus vivencias y el

significado que le otorgan a su inserción en la ciudad empresa. Las redes sociales entre los pobladores que laboraban en la industria petrolera revelan una identidad, construida a través de varias generaciones que compartieron un sentido de pertenencia en relación a esta ciudad surgida a partir del impulso de la industria petrolera. Acerca de esta experiencia vital, un obrero de la refinería, que habitó en la ciudad empresa declara lo siguiente:

"Los trabajadores de la compañía nos acostumbramos a la vida en este lugar, porque encontramos aquí un buen ambiente para nuestras familias. Nosotros teníamos conciencia que nuestro porvenir y el de nuestros hijos estaba en Talara, trabajando en la compañía..."

En el espacio social de los parques y avenidas se desarrollaban relaciones vecinales caracterizadas por un contacto social permanente. Los residentes de los parques y avenidas, como hemos señalado, constituían en la ciudad empresa una comunidad urbana, en la medida que dicha ciudad tenía una pequeña dimensión y baja densidad de población: menos de 100 habt./ha (J. Timaná, 1985), hacía posible la cercanía espacial y el acceso a lugares de encuentro ciudadano. En los recorridos del espacio se vivía la experiencia del peatón, que se trasladaba en un espacio urbano reducido donde la proximidad de los diferentes sitios facilitaba la accesibilidad. Nos referimos a un espacio compartido por los talareños, que ellos sienten que les "pertenece" y donde con frecuencia se "conocen" entre sí. La sociabilidad entre los habitantes de las agrupaciones vecinales se desenvolvía de manera fluida en la rutina de la vida cotidiana, sin embargo se encontraba ligada a las categorías laborales de los trabajadores petroleros. En situaciones conflictivas se expresaban las diferencias de estatus, esto ocurría, por ejemplo, cuando el personal de la compañía residente en los parques y avenidas participaba en huelgas, en estas ocasiones salían a relucir las discrepancias entre los miembros de los sindicatos de obreros y empleados respectivamente, a partir de intereses diferenciados.

Como hemos observado la ubicación de las viviendas, representaba un símbolo de diferenciación social, existiendo una clara percepción de la segregación social y espacial en el caso del área residencial de Punta Arenas, en relación al resto de la ciudad empresa. La distribución de las casas en los parques favorecía la interacción social, porque éstas formaban

hileras una frente a la otra, siendo separadas por un espacio libre que era usado para actividades vecinales, y la práctica de deportes como el fútbol y el voleibol. En las avenidas había bloques de dos casas en hileras de gran extensión, separadas por una vía de circulación y una berma central. Los residentes de las avenidas interactuaban entre si y también con los vecinos de los parques, a los cuales accedían a través de los postigos (puertas falsas) de sus viviendas.

Las relaciones sociales según los testimonios de pobladores que habitaron en la ciudad empresa, se desenvolvían a través de reuniones convocadas para alguna celebración o para realizar actividades de ayuda mutua. En las agrupaciones vecinales se realizaban actividades deportivas, festivas y religiosas que, según el punto de vista de los entrevistados, ayudaban a paliar la monotonía de la vida en esta ciudad. Cuando ocurrían conflictos entre los vecinos que no lograban resolverse llegando a un acuerdo entre ellos, intervenía como mediadora una Asistente Social de la empresa para encontrar una solución, en este caso particular se hacía evidente la acción tutelar de la compañía.



Figura 24: Trabajador petrolero y su familia en una casa de la ciudad empresa, 1949.

El diseño urbano de la ciudad empresa ofrecía un espacio físico construido que propiciaba la interacción social entre sus habitantes. El parque o la avenida como escenario de la vida

cotidiana tenía funciones simbólicas y lúdicas, a partir de la construcción social de quienes lo habitaban como se registra en estas declaraciones:

“El parque donde viví no solo era el sitio donde estaba mi casa sino que allí compartíamos con otras familias muchas experiencias, allí estaban mis mejores amigos, era el lugar donde me sentía seguro y acompañado, guardo bonitos recuerdos de aquella etapa de mi vida en Talara (...).” (Testimonio de un obrero (taller de mecánica) de la I.P.C.)

“Yo vivía en la avenida A, al lado de la refinería y conocía prácticamente a toda la gente que vivía en la ciudad, pero mis amigos más cercanos eran mis vecinos de la avenida y del parque 22 y 23, con los muchachos íbamos al campo a cazar lagartijas, jugamos fútbol y compartimos momentos felices y tristes”. (Testimonio de un empleado de la I.P.C.)

Las formas de sociabilidad en la ciudad empresa se desplegaban en determinados ámbitos como las viviendas que corresponden a la esfera de lo privado, en los espacios libres de los parques, avenidas, y en el centro de la ciudad que formaban parte de los espacios públicos que contaban con el mobiliario urbano necesario. En las agrupaciones vecinales, los residentes participaban en organizaciones que pretendían determinados objetivos como: los comités vecinales para organizar la fiesta del carnaval, para auspiciar equipos de fútbol que competían en el campeonato inter-barrios promovido por la parroquia del lugar. En el medio urbano prevalecían las asociaciones vecinales, deportivas y recreativas, la población no participaba en la solución de los problemas relativos a la infraestructura social y servicios públicos que estaban a cargo de la compañía. La I.P.C. administraba el desarrollo urbano, como parte de la gestión urbana realizaba campañas de difusión y motivación para que los habitantes cuidaran el buen mantenimiento de las instalaciones de viviendas, servicios públicos, jardines y limpieza pública. Al respecto una profesora de una de las escuelas de la I.P.C. residente en la ciudad empresa relata lo siguiente:

“La compañía nos solucionaba hasta problemas de mantenimiento en nuestras casas, cuando se malograba una puerta, se atoraba un lavatorio sólo teníamos que avisar y nos mandaban un carpintero o gasfitero para arreglar el desperfecto”

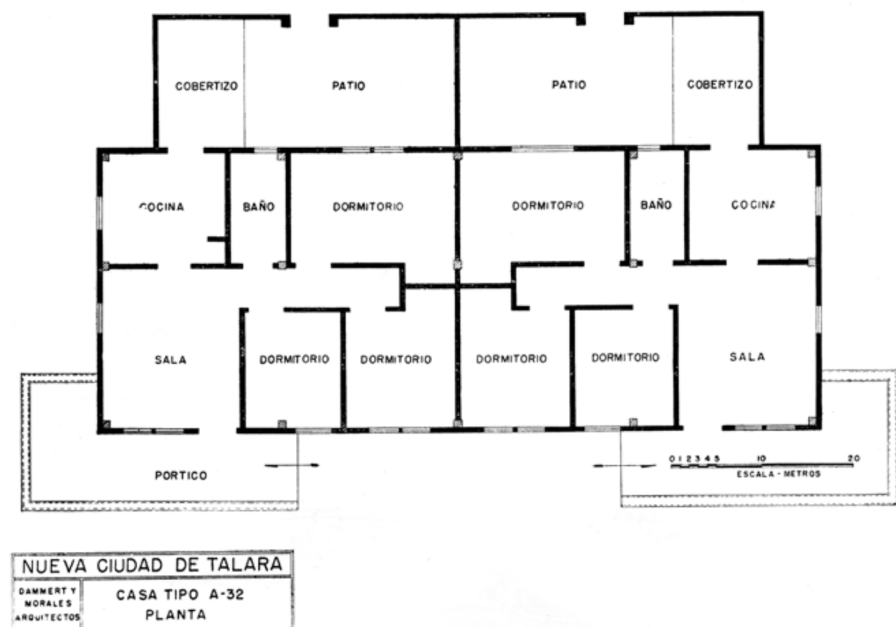


Figura 25: Planta, casa tipo A-32, Dammert & Morales Arquitectos. Revista *El Arquitecto Peruano*, n° 126, 1948.

En la ciudad empresa uno de los sitios de entretenimiento más frecuentado por el personal de la I.P.C. (obreros y empleados) era el club ESSO, donde se jugaba cartas, billar y se llevaban a cabo diversas celebraciones. En el transcurrir de la vida cotidiana, el tiempo libre era aprovechado para reunirse en lugares de encuentro preferidos por la gente como el Centro Cívico y la Plaza Grau donde confluían personas de diversos sectores sociales y de diferentes edades. Asimismo algunas de las personas que nos dieron su testimonio declaran que elegían como lugares de encuentro ciudadano los espacios libres de los parques, los alrededores del mercado, y en la temporada de verano la playa más concurrida era “Las Peñitas”. Los talareños acudían a estos espacios públicos para interactuar y menguar la tediosa rutina de la vida diaria en este lugar donde las diversas actividades giraban en torno de la industria petrolera.

4.3 Dinámica sociocultural: adaptación y continuidades

Al analizar la ciudad como expresión cultural de un espacio físico y social, trataremos de aproximarnos al conocimiento de la ciudad vivida e interiorizada por los grupos sociales que la habitan, de tal forma que en sus usos y recorridos la recrean como imagen urbana¹⁰⁸. Por consiguiente lo histórico y lo social en la ciudad concebidos como procesos e interacción se vinculan con la dimensión cultural. Nos acercamos a la cultura urbana para comprender las diferentes estrategias de uso y apropiación del espacio, no sólo a nivel físico, sino rescatando el significado y el sentido particular que le otorga la gente. Al respecto hemos recogido testimonios de pobladores que residieron en Talara entre 1940 y 1970¹⁰⁹, esta herramienta cualitativa nos ha permitido registrar las experiencias de vida que dejan huella en la historia personal y colectiva, permitiendo conocer las representaciones sociales que elaboran nuestros entrevistados sobre su vida en la ciudad empresa. Si bien encontramos diferencias en los puntos de vista de los diversos sectores sociales, también se comparten elementos comunes. Además de los relatos de los entrevistados, hemos recuperado información de crónicas periodísticas, novelas y colecciones de fotografías de la ciudad, dichas fuentes aportan valiosas referencias sobre la dinámica sociocultural en Talara. Se recogió testimonios sobre los siguientes aspectos de la vida urbana: a) el recuerdo de hechos que marcaron la historia de la ciudad; b) percepciones y valoraciones acerca del papel desempeñado por la I.P.C. en la ciudad; c) imaginarios contruidos por los habitantes a partir de los usos y recorridos del espacio urbano¹¹⁰.

¹⁰⁸ Como señala Rapoport, A. (1978: 4) *“la noción de esquema imaginativo se incorpora al análisis de las ciencias sociales, historia del arte y estudios sobre el medio (...). Estudiando las imágenes, sus significados y sus estructuras, pueden analizarse las diferencias entre grupos sociales, entre diferentes métodos y tipos de diseño y conocerse la naturaleza de las ciudades, así como el significado latente de las actividades”*.

¹⁰⁹ Se realizaron cuarenta entrevistas a personas pertenecientes a tres sectores sociales diferenciados a partir de su ubicación en la jerarquía empresarial de la I.P.C. y lugar de residencia: sector social A integrado por personal ejecutivo, residente en Punta Arenas; sector social B conformado por empleados de la I.P.C., profesionales que no laboraban en la compañía y residieron en las avenidas y en el barrio particular Santa Rosa; sector social C constituido por obreros de la I.P.C. y trabajadores independientes que habitaban en los parques o en los barrios ocupados por pobladores que no laboraban en la compañía.

¹¹⁰ Consideramos lo imaginario, según A. Silva (1992): *“como un elemento que completa la percepción real, es decir, el estudio de la cultura urbana trata de comprender las diferentes estrategias de uso, imaginabilidad y apropiación del espacio, no sólo en términos físicos, sino considerando una dimensión simbólica y cognitiva que les otorga un significado y un sentido particular”*.

A) Hitos en la historia de la ciudad.

Se trató de rescatar de la memoria colectiva aquellos hechos que tenían especial significado por haber ocasionado cambios importantes en el acontecer urbano. Los pobladores que habían residido en la ciudad empresa desde su fundación, pertenecientes al sector social C, en su mayoría declara que el incendio de la iglesia de madera en 1947, fue la causa que hizo decidir a la compañía construir la ciudad de material noble, frente al riesgo de un incendio en el campamento de madera ubicado al lado de la refinería. Se expresa temor y deseo de protección y seguridad por habitar casas de madera cerca de una refinería de petróleo. Entre los habitantes del sector social B predomina acerca del mismo hecho un punto de vista pragmático, que es compartido por miembros del sector social A, en el sentido de que era necesario modernizar el campamento de madera porque sus instalaciones estaban obsoletas y por lo tanto se justificaba construir una nueva ciudad. Los entrevistados del sector social A destacaron aspectos racionales, señalando que la construcción de la ciudad empresa fue una decisión de la compañía en un contexto de auge de la industria petrolera en la postguerra (después de 1945), orientada a modernizar los procesos tecnológicos y mejorar las condiciones de vida en Talara. Si bien no descartan el riesgo de un incendio, consideran que el plan de seguridad industrial de la I.P.C. era eficiente y contaba con la tecnología necesaria para tomar las medidas del caso.

La demolición del barrio de Chorrillos, para los entrevistados de los sectores sociales B y C, representa un acontecimiento que marca el cierre de un ciclo en la historia urbana. Para dichos pobladores el barrio de Chorrillos es un símbolo de la antigua Talara (campamento de madera), es decir, el proceso de cambio de la trama física de la ciudad es una vivencia que la gente experimenta, otorgándole un significado, tal como se expresa en el siguiente testimonio de un poblador que habitó en el barrio de Chorrillos:

"Las cuadrillas de demolición se trajeron Chorrillos abajo. Se utilizaron volquetes carterpillar para desplomar las casas. En las calles veíamos rumas de tablas que fueron las paredes y puertas de los canchones. Esto se hizo poco a poco y mientras veíamos con pena como se desfondaban las calles del barrio, esperábamos el momento

que la compañía nos avisara para mudarnos a las casas nuevas que estaba construyendo. Tenía la sensación de estar comenzando otra etapa de nuestra vida".

En los relatos de integrantes de los diversos sectores sociales encontramos puntos de vista apocalípticos acerca de la ciudad, para ellos Talara se convertiría en una “ciudad fantasma” cuando se agotara el petróleo o prácticamente la ciudad desaparecería si se producía un incendio de gran magnitud. Asimismo los trabajadores de la I.P.C compartían un sentimiento de incertidumbre a medida que se acercaba la jubilación, porque perderían el derecho a habitar las casas de la ciudad empresa, es decir, tenían que enfrentar la opción de emigrar. Frente a esta situación los trabajadores petroleros adquirirían viviendas en ciudades cercanas como Sullana y Piura.

En los testimonios recogidos de trabajadores petroleros migrantes, procedentes de pueblos campesinos de la región norte, existen constantes referencias a creencias relacionados con el curanderismo, hechicería y supersticiones propias de su cultura de origen, nos narran por ejemplo, ritos de curanderismo en las lagunas Las Huarinas ubicadas en Huancabamba (provincia andina de Piura). En los códigos culturales de estos trabajadores se encuentran arraigadas creencias, costumbres que forman parte de su tradición, las que permanecen en su cosmovisión y se entremezclan con pautas culturales modernas que están presentes en la organización del trabajo petrolero y en la prácticas urbanas en la ciudad-empresa.

Si bien nuestros entrevistados fueron consultados en relación a su experiencia urbana en la ciudad empresa (1940- 1970). Sin embargo varios de ellos, particularmente los de mayor edad (sectores sociales B y C), se refieren a hechos que ocurrieron en el campamento de madera, como la huelga de 1931, que ocasionó una fuerte represión policial y militar contra los trabajadores petroleros, provocando la desactivación del movimiento sindical. Dicha huelga es considerada un acontecimiento significativo en el devenir histórico de la ciudad, destacando el recuerdo del dirigente sindical petrolero Alejandro Taboada, quien murió víctima de la represión, siendo desde entonces reconocido como “mártir petrolero”. En la memoria colectiva de los antiguos talareños, la huelga de 1931 es considerada particularmente un hito en la historia sindical de los trabajadores petroleros, desde aquella época reivindicaban

la nacionalización del petróleo. Efectivamente después de este hecho, la organización sindical desaparece, reconstituyéndose los sindicatos petroleros a partir de 1945. Otro de los acontecimientos que se recuerda entre los residentes en la ciudad empresa: es la visita de Víctor Raúl Haya de la Torre a Talara en 1957, regresando del exilio el líder aprista arriba por vía aérea a la ciudad, reencontrándose con los trabajadores petroleros, al respecto presentamos el siguiente testimonio de un dirigente sindical petrolero:

“El entusiasmo de los trabajadores petroleros ante la presencia de Haya de la Torre fue muy grande. Los obreros de Talara lo llevaron a sus viviendas, logradas mediante la lucha sindical, y le manifestaban como había mejorado su vida en el centro petrolero. Algunos de ellos, antiguos obreros petroleros, lo abrazaban emocionados, recordando los momentos iniciales de la lucha sindical”.

Al respecto hay que tener presente la participación del APRA y del Partido Socialista de Luciano Castillo en la asesoría y organización de los primeros sindicatos de trabajadores petroleros a fines de la década de 1920 (J. Aldana, 1972).

En el desierto de la costa norte peruana se distinguen por las características del clima solamente dos estaciones: el verano y el invierno. Sin embargo, en Talara, según narran nuestros informantes, se celebraba con mucho entusiasmo el advenimiento de la primavera el 23 de setiembre, llevándose a cabo dos actividades simbólicas: el concurso de jardines auspiciado por la I.P.C. y el tradicional curso de primavera organizado por el colegio Ignacio Merino con la participación de jóvenes estudiantes luciendo los trajes típicos de la región norte (tejedores de Catacaos, ceramistas de Simbilá), desfilando carros que representaban alegorías de la actividad petrolera, el paisaje del desierto con sus algarrobos y también a personajes de la historia universal.

En el imaginario de los pobladores entrevistados festejar la llegada de la primavera en medio del desierto, era una suerte de reencuentro con la naturaleza, especialmente entre aquellos habitantes de origen campesino. En este tipo de festividades se manifestaban componentes propios de la cultura regional compartidos por la gente del lugar. Como parte de la religiosidad popular destacaban las conmemoraciones del Señor Cautivo de Ayabaca el 12 de

octubre y de la virgen Inmaculada Concepción el 8 de diciembre. También pobladores de diversos sectores sociales consideran como acontecimientos significativos en la trayectoria de la ciudad: los campeonatos nacionales de fútbol en 1954, 1958 y el triunfo de Atlético Torino en la Copa Perú de 1970. Estos triunfos deportivos son reconocidos como sucesos destacados en una ciudad con limitadas alternativas para la recreación, donde el tiempo dedicado al trabajo petrolero era el referente central de las otras actividades que se desarrollaban en el medio urbano.

En la evocación de una parte importante de los entrevistados (sectores sociales B y C) se recalca como un hecho relevante en el devenir urbano: las asambleas realizadas, en la década de 1960, en la sede de la Federación Nacional de Trabajadores Petroleros, para informar y debatir acerca de la nacionalización del petróleo, tema de especial importancia en la agenda política del país de aquella época, y que afectaba directamente los intereses de los habitantes de la ciudad empresa. A propósito de esta situación se constituye una comisión de dirigentes sindicales petroleros que va a participar en las negociaciones entre el gobierno y la I.P.C. para resguardar los derechos de la fuerza laboral de la industria petrolera. Mientras se llevaban a cabo dichas negociaciones, los pobladores de Talara compartían sentimientos de incertidumbre y preocupación en relación al futuro de sus condiciones de vida y trabajo, manteniéndose informados de las noticias acerca del avance para solucionar el mencionado problema. Los pobladores que fueron testigos de la expropiación de las instalaciones de la I.P.C. el 9 de octubre de 1968, rememoran como acto simbólico destacado la “toma de la refinería” por miembros del ejército peruano, que expresó, según su criterio, el sentido de la nacionalización cuando se izó la bandera y se cantó el himno nacional en este complejo industrial. El siguiente testimonio obrero de la refinería ilustra lo señalado:

“Cuando Velasco expropió la I.P.C. el 9 de octubre de 1968 fue un acontecimiento histórico para la gente de Talara, nos sentíamos confundidos y preocupados porque los que trabajábamos para la compañía no sabíamos cuál iba a ser nuestra situación, a partir de ese momento. Pero éramos conscientes que ya nada sería igual, que nuestra vida en Talara iba a cambiar (...)”

Precisamente en los relatos de nuestros entrevistados la nacionalización del petróleo implica el fin de una etapa en la historia de Talara, que corresponde a la ciudad empresa y abre un nuevo período en su trayectoria histórica. Esta experiencia aparece en las representaciones sociales de los talareños, como un acontecimiento que instaura en la historia de la ciudad: "un antes y después de la I.P.C.". Desde entonces un sector de la población que había residido en la ciudad empresa, le atribuye a esta compañía extranjera un valor mítico. Cuando estas personas evocan a la I.P.C. expresan un sentimiento de añoranza por lo perdido, existen también aquellos que si bien lamentan no disfrutar de ciertas condiciones de vida, a la vez reconocen que su vida en la ciudad ya no es controlada y tutelada por la compañía, abriéndose la posibilidad de construir ciudadanía participando en los asuntos que conciernen a la vida urbana.

B) Percepciones y valoraciones acerca del papel desempeñado por la I.P.C. en la ciudad

Como hemos observado la historia de la ciudad empresa está vinculada a la presencia de la I.P.C. que administraba la industria petrolera y controlaba el desarrollo urbano de Talara como apéndice del complejo industrial. Dicha situación favorecía a la compañía para prolongar su intervención más allá del escenario del trabajo petrolero y abarcar la vida cotidiana en este centro urbano. Existía entre la población dependiente de la I.P.C. un sentimiento muy enraizado acerca del rol que desempeñaba la compañía en las condiciones de vida en la ciudad, asimismo su proyecto de vida personal y familiar estaba vinculado a esta empresa, tomando en cuenta que generaciones de talareños habían laborado en la industria petrolera.

En el contexto de referencia antes señalado, las representaciones sociales que construyen los entrevistados de los sectores sociales B y C contienen rasgos de su propia tradición cultural y también aquellos que provienen de la cultura norteamericana que la compañía difunde. Encontramos en las percepciones y valoraciones de los diversos sectores sociales, puntos de vista de aceptación y cuestionamiento a la vez en relación al papel de la compañía extranjera. En los discursos recogidos se asiente que la I.P.C. pretendía controlar sus vidas, frente a esto procesaban actitudes de adecuación para permanecer en el trabajo petrolero. Existían también

posiciones que expresaban disenso frente a la compañía, sobre todo entre aquellos trabajadores más politizados que demandaba la nacionalización del petróleo.

A partir de lo señalado consideramos que se daba cierta combinación entre los códigos de la cultura de origen de los habitantes de la ciudad empresa y las pautas culturales extranjeras, admitidas estas últimas como reglas de juego frente a las cuales desplegaban tácticas de adaptación, sin renunciar a su propio horizonte cultural. Al brindar la compañía en Talara una mejor calidad de vida en comparación al resto de la región, los habitantes de la ciudad empresa afirmaban su sentido de pertenencia con el medio urbano y se sentían privilegiados por habitar en una ciudad que ellos percibían como: *“bonita, limpia y ordenada, donde se podía vivir decentemente”*. En los imaginarios de los talareños que residieron en la ciudad empresa se expresa una vida urbana de bienestar, es decir, la idea de progreso como valor central de la modernidad está presente en las mentalidades de estos pobladores. Sin embargo, resulta paradójico que a la vez reconozcan que su vida, inclusive en la esfera privada estaba controlada, vigilada por la compañía. A partir de su sensibilidad de narrador C. Calderón Fajardo (1983), en su novela sobre Talara, expresa este contradictorio sentimiento en el título de la primera parte de su relato: "Así es la pena en el paraíso".

C) Imaginarios urbanos e identidades de los habitantes de la ciudad empresa

Los habitantes a través de los usos y recorridos del espacio urbano procesan valoraciones de los distintos lugares, infraestructura y servicios urbanos. Como señala K. Lynch (2000), la gente se desplaza por la ciudad y a partir de esta experiencia cotidiana se forma puntos de vista sobre sus diversas zonas. Asimismo, el desplazamiento por la ciudad hace posible que sus habitantes conozcan más ciertos sitios que otros, también la distribución de su población según sectores sociales. Indagar por tal experiencia nos permite aproximarnos a conocer cómo la ciudad es aprehendida por los ciudadanos.

En los recorridos urbanos por la ciudad narrados por los entrevistados de los sectores sociales B y C, Punta Arenas aparece como una zona diferenciada del resto de la ciudad. Como sabemos era el lugar de residencia del sector social A, integrado por los ejecutivos de la I.P.C. y sus familias, que interactuaban ocasionalmente con el resto de la población sobre todo en el

ámbito del trabajo petrolero. En el espacio social de los parques y avenidas habitados por los empleados y obreros (sectores sociales B y C respectivamente) la sociabilidad era fluida y continua, como registran los testimonios, se participaba en redes familiares y amicales en una comunidad urbana acotada y relativamente cerrada. Cuando los pobladores entrevistados describen sus impresiones acerca de los diversos sitios de la ciudad empresa, manifiestan conocer el conjunto de la ciudad, es decir, tenían un mapa mental que abarcaba la totalidad del medio urbano, aunque a nivel micro-social su espacio de sociabilidad más inmediato eran las redes sociales de los vecindarios que habitaban.

En el paisaje urbano, la refinería es un símbolo urbano reconocido por los miembros de los distintos sectores sociales, esta instalación industrial destaca como un lugar característico de la ciudad no solamente para sus habitantes sino para quienes están de paso por ella. En los relatos urbanos de los talareños se hace referencia a la refinería en declaraciones como las siguientes de un residente de la avenida A ubicada frente a la refinería:

“En la época de la ciudad empresa la refinería estaba aislada por una malla que tenía fama de electrocutada. Había un letrero que decía: Peligro. Alambrada Electrocutada, y debajo una calavera indicando: Alto Voltaje (...). Cuando había emergencia las sirenas sonaban alto y había un fuerte ajetreo de los trabajadores de la refinería, se accionaban palancas que encendían luces de emergencia, el sistema de seguridad industrial de la compañía funcionaba muy bien, siempre capacitaban al personal para enfrentar situaciones de riesgo (...).”

“Recuerdo cuando era joven los simulacros contra incendios que se realizaban en la refinería, toda la población de Talara participaba, porque los gringos nos entrenaban para saber cómo reaccionar si hubiera un incendio”. (Testimonio de un poblador residente en la avenida F)

La construcción de mapas mentales por los habitantes de la ciudad empresa involucra elementos socioculturales que tienen como referente empírico la morfología urbana. En este sentido nuestros entrevistados coincidieron en organizar la imagen urbana en áreas como: el Centro Cívico y la plaza Miguel Grau percibidos como el centro urbano con un importante contenido simbólico, las avenidas, los parques y Punta Arenas como espacios que representan

un determinado sector social, mostrando emblemáticamente la diferenciación social. De esta manera los mapas mentales se estructuran a partir de itinerarios e hitos urbanos: el mercado, el club ESSO, la refinería, la playa, los espacios libres de los parques, que existen como lugares de encuentro y recreación significativos, y son a la vez señales que sirven para desplazarse por la ciudad.



Figura 26: Centro Cívico, Talara 1960

<https://www.facebook.com/Talarenoes-who-lived-and-worked-in-Talara-Peru-115224458521190/>



Figura 27: Plaza Miguel Grau Talara 1960.

<https://www.facebook.com/Talarenoes-who-lived-and-worked-in-Talara-Peru-115224458521190/>

Como señala A. Rapoport (2003: 44):

“El entorno como organización de espacio, tiempo, significado y comunicación se expresa físicamente como paisaje cultural a diferentes escalas, desde la escala regional, pasando por el paisaje urbano, hasta el paisaje de la vivienda. Los paisajes culturales están compuestos por sistemas de lugares (settings), dentro de los cuales discurren sistemas de actividades. Tanto el paisaje cultural (lugares y sus señas) como los sistemas de actividad están compuestos por elementos fijos y semifijos y han sido creados y habitados por elementos no fijos (principalmente personas)”.

En relación a la valoración de las condiciones de vida en la ciudad empresa como la limpieza y seguridad ciudadana existía consenso entre los miembros de diversos sectores sociales al expresar puntos de vista positivos, dando a conocer su satisfacción por vivir en una ciudad que ellos reconocen como: *“bonita, limpia y segura”*. Al respecto rescatamos la siguiente opinión:

“En Talara teníamos la vida resuelta. La I.P.C. no sólo cuidaba la ciudad con los guachimanes, hacía mantenimiento de la infraestructura, sino que teníamos también el policlínico, el hospital para atendernos y escuelas para nuestros hijos (...)”.

Los habitantes de la ciudad empresa coinciden también en señalar que vivían en una ciudad donde prácticamente no existía peligro, porque la seguridad estaba garantizada por los guachimanes de la compañía que vigilaban y recorrían la ciudad en carros patrulleros para evitar situaciones de riesgo, coordinando su labor con la Guardia Civil. Según nuestros informantes “el peligro venía de fuera”, relatan que los pocos asaltos y robos eran realizados por gente que llegaba de otros lugares. Los actos violentos que ocurrían en la ciudad empresa, se daban generalmente los fines de semana en las cantinas, debido al consumo excesivo de bebidas alcohólicas, y también la violencia se manifestaba en conflictos familiares. La población talareña se sentía segura al contar con la protección que les ofrecía la compañía en la vida urbana, por medio del sistema de vigilancia antes mencionado, es decir, la dependencia en relación a la compañía era evidente en diversas experiencias de la vida cotidiana.

Los habitantes que residieron en la ciudad empresa entre 1940 a 1970 experimentan el cambio que trae consigo la modernización del espacio urbano a partir de una concepción racional y funcional, cada uno de ellos desde su propia subjetividad va dando sentido a la nueva situación y construye representaciones sociales en el contexto de la interacción social. De tal forma que van configurando una suerte de identidad colectiva, en la medida que comparten en la ciudad empresa una experiencia social común y un discurso para interpretarla, sin perder de vista las vivencias subjetivas que forman parte en la construcción de identidades. Al respecto cabe preguntarnos ¿en qué consiste el sentimiento de pertenencia a esta ciudad? Desde la perspectiva de Berger y Luckmann (2001: 214-215) la identidad es un fenómeno que surge de la dialéctica entre el individuo y la sociedad. La identidad es social, por consiguiente se relaciona con otras identidades para afirmar similitudes y diferencias, es decir, la identidad es un producto intersubjetivo. En el escenario de la ciudad empresa, si bien los sujetos que la habitaban se reconocían en una experiencia social común, existían diferencias socio-culturales entre ellos, de acuerdo a su inserción en las categorías laborales de la industria petrolera.

En la ciudad empresa se desarrollaban variadas interacciones entre individuos de procedencia similar, la mayoría provenía de pueblos campesinos de la costa norte, ellos habían constituido una identidad étnica y socio-económica a través de una socialización que asimiló pautas culturales propias de sus lugares de origen. En el nuevo contexto urbano, las identidades se reconstruyen a partir de los referentes simbólicos que cada individuo posee de su identidad de origen, y a la vez se procesan las condiciones materiales y sociales que suministra la ciudad petrolera, en la cual los sujetos van negociando y afirmando su igualdad o sus diferencias con los demás. El proceso de construcción de identidades es complejo, aunque es posible encontrar en los testimonios de los habitantes que vivieron en la ciudad empresa entre 1940 y 1970 elementos que definen claramente el sentido de pertenencia con la ciudad, los entrevistados se identifican plenamente como talareños y expresan su orgullo de pertenecer a la principal ciudad petrolera del país. Estos individuos son portadores de una memoria colectiva que tiene registradas las diversas etapas de evolución de la ciudad, como parte de su identidad, es decir, se trata de una identidad histórica. Existe entre ellos un fuerte arraigo con la ciudad empresa, al compartir vivencias socioculturales en este centro urbano de

características particulares. Sin embargo, esta experiencia vital no ocasionó una ruptura con los códigos culturales del resto de la población de la región y del país.

En el estilo de vida de la ciudad empresa coexisten elementos de distinta procedencia: los tradicionales y los extranjeros. Al tomar en cuenta el aislamiento geográfico, y el hecho de trabajar y vivir en un ambiente relativamente cerrado consideramos que los habitantes de Talara tenían un universo inmediato reducido: la extensión del área de operaciones de la empresa extranjera. Sin embargo, mantenían contacto permanente a través de relaciones amicales y de parentesco con gente de otros pueblos y ciudades de la región, de donde muchos de ellos eran originarios, realizando visitas recíprocas. Es decir, en el espacio social de la ciudad empresa conservaban un sentido de identidad común, al compartir la cultura propia de la región y del país. A nivel general, los residentes de la ciudad empresa manifestaban una flexible capacidad para entender hábitos distintos en relación con sus matrices simbólicas de origen. La influencia de pautas culturales extranjeras difundidas por la I.P.C. se daba en un escenario urbano moderno controlado por la compañía a nivel del trabajo y la vida cotidiana. Por consiguiente valores dominantes de la racionalidad moderna como la eficacia y productividad tratan de ser inculcados no solamente entre los trabajadores petroleros, sino también en el conjunto de la población residente en la ciudad empresa.

En el sentido que los habitantes de la ciudad empresa dan a sus prácticas y a sus discursos se puede percibir que la influencia de elementos de la cultura norteamericana ocasionaba desencuentros entre elementos opuestos de las culturas local, nacional y extranjera, pero al mismo tiempo tienden a integrarse a través de un proceso de reacción y adaptación. Hay que tener presente que existían en la cultura local: costumbres, hábitos, en general un repertorio de códigos culturales muy arraigados que expresaban lo propio y sentaban la diferencia frente a la difusión de otras formas culturales. No obstante estos pobladores negociaban en función de sus intereses, para aprovechar tanto sus recursos tradicionales como los que les proporcionaba el hábitat moderno de la ciudad petrolera para lograr condiciones de vida favorables.

4.4 Sistema de poder y dominación implementado por la empresa

La compañía aplicaba ciertos mecanismos para regular la vida cotidiana de su población dependiente. En la ciudad empresa se modernizan los medios para lograr dicho propósito: desaparece la administración civil que existía en el campamento de madera, a cargo de un funcionario extranjero denominado “Gerente del Pueblo”, que supervisaba la vida de los trabajadores petroleros, y es reemplazada por la Superintendencia Administrativa de la que formaba parte el departamento de Asistencia Social. Teniendo como escenario la organización funcional del espacio, los actores sociales que comparten la vida cotidiana en la ciudad muestran actitudes de adecuación al control social puesto en práctica por la I.P.C. porque resultaba conveniente para ellos tomar en cuenta las reglas de juego dispuestas por la compañía, para garantizar su permanencia en el trabajo petrolero y en la ciudad empresa; lo que no involucraba necesariamente renunciar a sus propias pautas culturales. El departamento de Asistencia Social de la empresa evaluaba la situación de los trabajadores involucrados en diversos tipos de problemas que tenían un impacto negativo en el desarrollo de sus labores, es decir, para garantizar la eficiencia y productividad de la fuerza laboral, la compañía desarrollaba una cultura organizacional de continua evaluación del desempeño de sus trabajadores, acompañada por una capacitación permanente.

La I.P.C. trataba de mantener el sistema de control e integración de los trabajadores petroleros y sus familias, provocando desajustes que se manifestaban en la interacción social. Es así que los actores sociales revelaban sentimientos de dependencia en relación a la empresa extranjera, y a la vez cuestionaban las exigencias impuestas por ésta para ordenar la vida urbana. La dominación como forma de expresión del poder que ejercía la compañía tenía como base una estructura burocrática jerarquizada, en la cual los niveles socio-económicos entre obreros, empleados y jefes estaban claramente delimitados, como expresión de una cultura organizacional moderna. En este marco de referencia el migrante de origen campesino convertido en trabajador petrolero experimentaba un nuevo tipo de relaciones sociales que intentaban ser impuestas por la compañía, la reacción frente a esta situación se manifestaba en actitudes de reserva, de crítica, mientras iba adaptándose a la disciplina industrial y a los valores que representaban los jefes extranjeros.

Al respecto M. Tinker (2003: 341), al analizar la cultura y las relaciones de poder en los campamentos petroleros venezolanos señala que éstos constituyen un laboratorio social, donde las empresas extranjeras promovieron un nuevo modelo de participación social y política para que los trabajadores y la sociedad en general se solidaricen con sus intereses. Según el mencionado autor:

“El discurso empresarial tendía a asociar propuestas como el “progreso”, “la modernización” y “civilización” siempre con las acciones de la industria petrolera. Lograr el “progreso” bajo este esquema también estaba asociado a la aceptación del nuevo orden social, que surge como resultado del régimen petrolero. A su vez el rechazo a esa propuesta se correlaciona con ignorancia, o el retraso que se produciría si no se aceptaba este planteamiento. Estos conceptos encontraban expresión en las publicaciones de las empresas petroleras”

Esta política empresarial se daba también en el caso de la I.P.C. asociando en su discurso la actividad que realizaba en el país con la idea de la modernidad y el progreso, y por lo tanto sustentando la necesidad del capital extranjero en la industria petrolera. En publicaciones como la revista *Fanal* y los *Boletines Informativos I.P.C.* se resaltaban el aporte de este sector productivo al “progreso nacional” tanto a nivel económico como cultural, en la medida que esta compañía auspiciaba diversos eventos culturales en el país. De tal manera que asociaba sus objetivos políticos y económicos con elementos de la cultura nacional, a través de la participación de destacados intelectuales y artistas en la revista *Fanal* como un medio para lograr que su actividad empresarial tuviera cierta legitimidad.

La ciudad empresa concebida a partir de un planeamiento urbano moderno funcionaba con normas e instituciones implementadas por la compañía, en este territorio la presencia del Estado era limitada, sus habitantes participaban en una dinámica sociocultural que conservaba elementos de su propia cultura y a la vez procesaba los códigos culturales extranjeros que pretendían influenciar en la mentalidad de la gente. Dicha experiencia se mostraba en instancias fundamentales como: el trabajo, el control social y la educación que corresponden a la economía, la política y la ideología respectivamente. En la esfera del trabajo, la fuerza

laboral era capacitada sobre la marcha difundándose ciertos valores para garantizar la estabilidad y lealtad con la empresa, y era entrenada para utilizar una tecnología avanzada acorde con los requerimientos de la industria petrolera. De tal manera que la compañía no sólo usaba mecanismos coercitivos, sino que ponía en práctica el paternalismo en diversas formas: apadrinaba y reprendía, confortaba y controlaba, es decir, de acuerdo a sus intereses desplegaba una cualidad ambivalente del paternalismo: proteger y controlar. Al respecto resulta ilustrativa la siguiente declaración de un trabajador petrolero: *"los gringos con una mano daban y con la otra quitaban"*.



Figura 28: Residentes en la nueva ciudad de Talara, 1951. Estudio Ramos.

A nivel de la vida cotidiana, el control social se daba mediante el contacto del trabajador y su familia con las Asistentes Sociales de la empresa, que organizaban campañas de conservación de las viviendas e instalaciones públicas, supervisaban mediante visitas programadas el mantenimiento de las viviendas que ocupaban las familias, desarrollaban cursos de costura y repostería para las esposas de los trabajadores e intervenían como mediadoras en la solución de conflictos familiares. De tal manera que la presencia de la compañía se hacía sentir inclusive en asuntos relativos a la vida privada de los trabajadores petroleros. Asimismo la difusión de la ideología de integración social de la I.P.C. se hacía a través de diversas publicaciones como los *Boletines Informativos*, la revista *Fanal* y programas preparados por

la empresa que eran transmitidos por la radio local. En las escuelas de la I.P.C. donde estudiaban los hijos(as) de los trabajadores petroleros se inculcaban pautas de conducta individual y social acordes con los intereses de la compañía¹¹¹. A partir de lo mencionado podemos observar que la compañía hizo funcionar un sistema de control social sustentado en una ideología que incorporó valores relativos a una cultura del trabajo, eficiencia, orden, que son parte del ideario del pensamiento moderno, instrumentalizando a la vez el paternalismo en función de sus intereses.

En un estudio de R. Quintero (1978: 5) referido a la cultura del petróleo en Venezuela se argumenta:

“Al estudiar la cultura del petróleo encontramos un sistema de valores creado por ella que responde a necesidades peculiares de una estructura de poder (...) La cultura del petróleo ajusta a sus normas las subculturas criollas. Coexisten estilos de vida diferentes: los tradicionales o legítimos que se nutren de adentro hacia afuera, y los artificiales que lo hacen de afuera hacia adentro. La cultura del petróleo presiona las culturas rurales para que modifiquen su escala de valores, hábitos y pautas. Provoca transformaciones que dan lugar a un estado de ansiedad colectiva y de conflicto, donde juegan sentimientos nacionalistas”

En consecuencia, en la ideología divulgada por la compañía, la idea del progreso ligada a la modernización sería uno de los signos más característicos, tratando de lograr que componentes de la mentalidad tradicional comenzaran a desencantarse y asumieran nuevos esquemas de pensamiento y acción propios del pensamiento moderno. En relación a esta experiencia, las categorías de desencantamiento (desacralización) y racionalización que M. Weber (2001: 34) incorpora en su interpretación de la modernidad, contribuyen a entender el

¹¹¹ En 1940, había 11 escuelas con 112 profesores y 4,153 alumnos matriculados. Estas escuelas contaban con todo el equipamiento necesario. Un inspector normalista nombrado por la Dirección de Instrucción supervisaba la educación en estos centros. La empresa proporcionaba libros, cuadernos, y el material necesario. En estas escuelas la actividad deportiva merecía especial atención, organizándose campeonatos escolares atléticos y deportivos. En relación a este servicio de educación los representantes de la compañía declaran lo siguiente: “*Es así como la International Petroleum cumple son una de sus obligaciones de buena ciudadanía, contribuyendo a la formación de los futuros técnicos y trabajadores de la industria del petróleo*” (International Petroleum Company, 1942).

propósito de la compañía de intervenir no solamente en el ámbito del trabajo, sino también en la vida cotidiana y en la esfera de la cultura como tres niveles interrelacionados para difundir los principios claves del proyecto moderno. Tal como señala J. I. López Soria (2006. 3):

“Leída con atención, como lo hace Habermas en “El discurso filosófico de la modernidad”, la introducción de La ética protestante revela ya las claves weberianas para entender el proyecto moderno. En él se hace mención al proceso de desacralización que sustituye la creencia por la razón para fundamentar y autonomizar las tres esferas de la cultura (la ciencia, el derecho y la ética, y la representación artística), se identifican los subsistemas de acción racional con arreglo a fines, llamados a veces “esferas vitales”, que conforman la vida social (el estado burocrático, la industrialización, el capitalismo, el trabajo científico, la educación, la guerra), y, finalmente, se sugiere la relación de esta compleja trama de fenómenos con la psicología de las personas, las normas de comportamiento y las formas de la vida cotidiana”.

La permanencia de la I.P.C. durante varias décadas en Talara tuvo impacto en el estilo de vida de varias generaciones, la reproducción de pautas culturales extranjeras por ciertos sectores de la población era avalada por la idea de progreso como una forma de acceder a la modernidad. Aunque es pertinente precisar que la adopción de la modernidad no es necesariamente sustitutiva de sus tradiciones. Los residentes de la ciudad-empresa manifestaban, como hemos señalado, una flexible capacidad para asumir que la preservación pura de las tradiciones no es siempre lo más conveniente para mejorar su situación. Entonces los habitantes de este centro urbano orientados por una actitud pragmática aprovechaban las condiciones de vida moderna que les ofrecía la ciudad petrolera para satisfacer sus necesidades. Por su parte la compañía instrumentalizaba los recursos con los que contaba, auspiciando clubes deportivos, actividades parroquiales, haciendo donativos con gran amplitud y sin exigencia visible de retribución como una estrategia para legitimar su poder.

Los habitantes de la ciudad empresa son actores sociales que participan en un proceso de cambio de particular complejidad, recrean sus pautas culturales tradicionales y se adaptan a condiciones socioculturales urbanas que corresponden a una concepción moderna, puesta en práctica por una compañía extranjera para organizar el trabajo petrolero y que a la vez se amplía a la vida cotidiana. De tal manera que la dinámica sociocultural y las características

particulares de las relaciones entre la compañía y la población residente diferencian a la ciudad empresa de otros centros urbanos en general.

Capítulo V

Análisis comparativo del proyecto urbano moderno de los *company towns* en el Perú: los casos de La Oroya y de Talara, 1940-1970

En este capítulo abordamos el análisis comparativo de los casos materia de estudio, con el fin de destacar sus diferencias recíprocas, por consiguiente trataremos de interpretar la manera cómo en cada uno de los contextos se producen procesos de cambio contrastantes. Este enfoque por *contraste de los contextos* es un tipo de análisis comparativo estudiado por T. Skocpol y Somers¹¹² (1980) que según D. Collier (2002: 58) ocupa un papel central en la vertiente más “interpretativa” de las ciencias sociales. Si bien se trata de poner de manifiesto las diferencias que observamos en los proyectos urbano moderno de La Oroya y Talara, la comparación que desarrollaremos toma en cuenta también atributos en parte compartidos (similares).

Consideramos que el análisis comparativo refuerza el estudio de los casos, que según la perspectiva de G. Sartori (2002: 45): “deben ser, para ser tales, *implícitamente comparativos*”. En este sentido vamos a proceder al análisis sistemático de los diversos aspectos considerados en la reflexión acerca de la experiencia de la modernidad en los proyectos urbanos de La Oroya y Talara controlados por compañías extranjeras, dedicadas a la explotación e industrialización de minerales e hidrocarburos respectivamente, en dos espacios físico geográficos y socio culturales distintos del territorio peruano, para contribuir a la confrontación entre explicaciones alternativas que nos permitan profundizar el conocimiento de la problemática estudiada.

¹¹²¹¹² El estudio de tipos de análisis comparativo realizado por Skocpol y Somers es mencionado por D. Collier en su ensayo: *El método comparativo: dos décadas de cambio*, 2002, p. 58.



Figura 27: Mapa del Perú: ubicación La Oroya – Talara

5.1 El proceso fundacional: de la ocupación al poblamiento

La Oroya y Talara representan dos ciudades industriales emblemáticas en la historia urbana del Perú. El territorio donde se ubican ha sido ocupado desde la época prehispánica por población que desarrolló actividades en función de los recursos disponibles en el lugar: la ganadería y agricultura en La Oroya, la pesca artesanal en el litoral y la crianza de ganado caprino en el bosque seco tropical en Talara.

Estas ciudades se ubican en espacios geográficos del territorio peruano claramente diferenciados: La Oroya en el valle del Mantaro de la sierra central (región Junín) y Talara en el litoral de la costa norte (región Piura). La trayectoria histórica de estos centros urbanos evidencia rasgos económicos, sociales y culturales que los diferencian, pero a la vez, específicamente en su evolución urbana, comparten elementos comunes al constituir ambas ciudades referentes empíricos del proceso de modernización que trajo consigo la explotación e industrialización de hidrocarburos y minerales respectivamente desde fines del siglo XIX en

Talara, y desde la segunda década del siglo XX en La Oroya. Es decir, ambas se constituyen y consolidan como centros urbanos industriales a partir de la instalación de compañías extranjeras: London Pacific Petroleum (1889-1914) e International Petroleum Company (1914-1968) (Talara) y Cerro de Pasco Corporation (1920-1970) (La Oroya). En la época mencionada, el capital extranjero que controlaba la explotación de recursos naturales desarrollaba su actividad productiva asumiendo la modalidad de enclave¹¹³.

El proceso de urbanización de La Oroya fue impulsado por la construcción de la fundición y las refinerías, que se inicia en la década de 1910 y concluye en 1922, para procesar el mineral poli-metálico de los Andes centrales en este complejo minero-metalúrgico. Acompañan la modernización de esta zona de la sierra central el ferrocarril que desde 1893 había integrado a La Oroya al circuito de la economía regional, y a partir de mediados de la década de 1920 la carretera central que conecta La Oroya en un solo tramo a Lima y a la costa. Debido a su ubicación geográfica este lugar destaca por su importancia como punto de encuentro de diferentes rutas del país, constituye un paso de la Cordillera de los Andes, que comunica a varios valles de los Andes centrales y la costa.

Cuando en 1889, la London Pacific Petroleum inició la explotación de los yacimientos petroleros en la zona de la Brea y Pariñas, la caleta de pescadores que hasta entonces era Talara se convierte en un anexo o centro poblado donde se construye la planta de procesamiento del petróleo (refinería) y el puerto para la salida del petróleo y sus derivados. La mencionada compañía inglesa concentra en gran medida sus inversiones en la

¹¹³ Nos referimos a la categoría “enclave”, según J. L. Pellegrini, M. Liendo y otros (2012): “para caracterizar no a un lugar, sino a una situación que se desenvuelve en un lugar con características de “ciudad de la compañía”, en la que la dificultad para interactuar con el resto de entorno económico no se debe a determinaciones geográficas, étnicas o políticas, sino a la orientación productiva de empresas que nacieron y se desarrollaron teniendo a “la compañía de la ciudad” como principal o único cliente”.

infraestructura industrial, y prácticamente no mejora la habilitación urbana del lugar en relación a la vivienda y los servicios, para brindar condiciones de vida favorables a los trabajadores petroleros y sus familias. A partir de 1914, la London Pacific Petroleum Company transfiere la concesión de los yacimientos petroleros a la International Petroleum Company (I.P.C.), esta compañía promueve el proceso de modernización de la actividad petrolera, experiencia descrita en el capítulo IV del presente estudio. Conforme se ampliaba esta actividad productiva, se levantaba la infraestructura industrial y el equipamiento urbano necesario, mostrándose una relación directa entre el avance de la industria petrolera y el desarrollo de Talara como campamento primero, y posteriormente como ciudad empresa (E. Aranda 1998: 46). La I.P.C. además de controlar la actividad productiva, consolida el desarrollo urbano de la ciudad petrolera, conectada por vía aérea, vía marítima y a través de la carretera Panamericana al resto de la región y del país.

5.2 La modernización de la actividad minera y petrolera: la formación de un mercado de mano de obra

No hay que perder de vista la procedencia campesina de la mayoría de la fuerza laboral que se incorpora a la actividad minera-metalúrgica en La Oroya y a la actividad petrolera en la zona de La Brea y Pariñas (Talara). Al respecto analizaremos las condiciones socio-económicas y culturales del devenir histórico a través del cual se conforma un mercado libre de mano de obra en la actividad minera y petrolera, mientras tanto se lleva a cabo la transformación de los migrantes que llegan a los campamentos en proletariado minero y petrolero.

La mano de obra en la zona minera, durante las primeras décadas del siglo XX, alternaba el trabajo en la minería con labores en los pastizales o las parcelas agrícolas, de tal manera que la incorporación estacional a la minería era supuestamente un hecho restrictivo para su modernización. Asimismo en la época mencionada debido a la escasa oferta de mano de obra en el mercado de mano de obra estacional o eventual, se recurre al sistema de enganche como modalidad de captación de fuerza laboral indígena para el trabajo minero. Conforme se expande el capitalismo en la región de la sierra central, paulatinamente se despliega un proceso de migración voluntaria al campamento minero que no solamente es consecuencia de la modernización tecnológica de la minería, sino que es impulsado por el comercio, la

apertura de nuevas vías de comunicación como el ferrocarril, la carretera central, el empobrecimiento del campo por la presión demográfica sobre el recurso tierra y la depredación de los recursos naturales por efecto de la actividad minera, entre otros factores.

En Talara, el desarrollo de la actividad petrolera ocasiona la transformación de esta caleta de pescadores en un centro poblado a donde llegan migrantes: la mayoría campesinos, artesanos procedentes de los valles costeros del Chira y de Piura, además pescadores de las caletas próximas del litoral norteño. La fuerza laboral migrante se desplazó a la zona petrolera libremente, atraída por el auge de la industria petrolera. En esta actividad productiva para captar mano de obra no se aplicó el enganche como aconteció en la minería de la sierra central. Al asumir en 1914, la International Petroleum Company (I.P.C.) el control de la actividad petrolera, contrata personal joven y sin experiencia, que va a ser entrenado sobre la marcha para convertirlo en un recurso humano calificado, es decir, los campesinos y artesanos que se incorporan al trabajo en los yacimientos de petróleo poseían un bajo nivel de educación y escasa o nula calificación. A lo largo de su trayectoria en la industria petrolera desarrollarán una carrera laboral que implicaba una capacitación permanente en las tareas de la producción y refinación del petróleo. Es distinta la experiencia de la formación de la fuerza laboral en la actividad petrolera a aquella que corresponde a los trabajadores mineros de la sierra central del país que comparten prácticamente una doble condición: campesino / obrero minero, en la medida que a la vez que trabajan en la minería conservan sus tierras y retornan eventualmente a sus pueblos de origen. Mientras que los trabajadores petroleros se integran plenamente como asalariados en esta actividad productiva, asumen esta opción laboral como una alternativa frente a la inestabilidad y sobreexplotación en el campo, en el cual habían sido colonos o arrendatarios (yanaconas), pequeños propietarios o peones en las haciendas dedicadas a la agricultura de exportación (algodón), es decir, entre ellos existían trabajadores asalariados de las haciendas que habían participado en procesos productivos modernos especializados en la agricultura para la exportación, y también habían campesinos que combinaban trabajo asalariado con la agricultura de auto-subsistencia, que decidieron quizás motivados por la idea de progreso incorporarse al trabajo petrolero que les brindaba permanencia, mejores salarios y condiciones de vida favorables en comparación al medio rural de origen. Se trata de un contingente de trabajadores que se fija en esta actividad productiva y logra estabilidad en el empleo que desarrolla en la compañía, instalándose junto

con sus familias en el campamento petrolero. Estos habitantes participan en un proceso de adaptación al nuevo estilo de vida, recreando sus propias pautas culturales.

Como hemos señalado los trabajadores mineros de los Andes centrales tenían un pie en la mina y otro en la agricultura campesina. Trataban de aprovechar estos dos espacios de sociabilidad para lograr cubrir la subsistencia de sus familias la mayoría de ellas asentadas en los pueblos del valle del Mantaro. De tal suerte que los vínculos con el mundo rural y la cosmovisión andina constituían una impronta notable en la trayectoria vital de esta fuerza laboral. A partir de los hallazgos encontrados por diversos estudiosos de la minería en la sierra central del Perú, se considera que en el enclave minero controlado por la C.P.C. las relaciones de producción capitalistas propiamente modernas, en las primeras décadas del siglo XX, coexistieron con las relaciones pre-capitalistas de producción existentes en el entorno rural. Por consiguiente, la tradicional organización socio-económica de la economía campesina se adecuó progresivamente a los cambios que la modernización impulsada por la minería y otras actividades ocasionaron. Las comunidades campesinas no permanecen incólumes frente al impacto del desarrollo capitalista, sino que lo procesan y aprovechan en función de sus intereses.

En este escenario, el campesino migrante al insertarse al trabajo en la minería, procedió a un reordenamiento social y cultural de sus relaciones con la comunidad de origen. La mano de obra minera en la sierra central se caracterizaba por su relativa inestabilidad y por su constante movilidad. Mientras que por el tipo de trabajo en la minería, según De Wind (1977:189), los índices de cambio de personal proporcionados por la C.P.C. estiman que en 1958 el promedio de permanencia en las minas era de un poco más de tres años, para 1969 esto había aumentado a cinco años, por su parte los trabajadores petroleros de la I.P.C. permanecían entre 25 a 30 años en la compañía hasta cumplir el tiempo de servicios para jubilarse (E. Aranda, 1983).

Alrededor de la década de 1940, el sistema de enganche va siendo relegado como mecanismo para absorber mano de obra, en la medida que se da una mayor integración de la economía campesina al mercado. Contribuyen a dinamizar este proceso de modernización: la presión de una creciente población sobre la disponibilidad del recurso tierra existente y los cambios

tecnológicos que mecanizaron el trabajo en la minería. Por consiguiente los mineros de origen campesino asumieron cada vez más como una opción atractiva: el trabajo a tiempo completo en la minería en comparación con el pasado y reajustaron sus vínculos con la economía campesina.

Ambos sectores de trabajadores: mineros y petroleros conforman las primeras fracciones de la clase obrera peruana, ubicándose en sectores estratégicos de la actividad productiva del país, vinculados al mercado internacional a través de las exportaciones y el control de estas actividades económicas por el capital extranjero. A medida que se lleva a cabo la modernización en estos sectores productivos, después de la Segunda Guerra Mundial (1945), el sindicalismo en la minería se consolida al incorporarse cada vez más trabajadores permanentes que dependen de su salario para cubrir sus necesidades. En la industria petrolera se organizan también sindicatos, con una importante capacidad de negociación con la compañía para celebrar los convenios colectivos, participando en relaciones laborales propiamente modernas.

5.3 Configuración urbana de La Oroya y Talara

Nos interesa tomar en cuenta la configuración urbana como escenario de las formas de sociabilidad que se desarrollan en La Oroya y Talara. Ambos son proyectos urbanos que pretendieron modernizar el hábitat de los trabajadores que laboraban en actividades extractivas como la minería y el petróleo, conformando un espacio social funcional a estas actividades productivas, aplicando pautas residenciales, como mecanismo de control social, que intentaban prolongar en el lugar de residencia la disciplina del trabajo industrial.

Si bien el campamento minero-metalúrgico de La Oroya se ubica en un sitio geográfico de especial valor, por ser una encrucijada natural de rutas de circulación en los Andes Centrales del Perú, sin embargo diversos urbanistas sostienen que es un lugar inadecuado para un asentamiento urbano, debido a sus pendientes pronunciadas que conforman un territorio estrecho y sinuoso. Este centro minero no fue el resultado de un apropiado planeamiento urbano, carecía de un conveniente equipamiento urbano, además presentaba un complicado

problema habitacional debido a la baja calidad y déficit de viviendas para cubrir la demanda de la mayoría de su población. La configuración urbana de este centro minero no presenta en su conjunto características propiamente modernas, la C.P.C. construyó progresivamente viviendas, edificios públicos (escuelas, iglesias, hospitales), además calles en función de los requerimientos de la actividad productiva, pero la habilitación urbana y las instalaciones de las viviendas no ofrecían condiciones de vida aceptables para la mayoría de la población. Asimismo en La Oroya el crecimiento urbano no logra ser regulado, manifestándose caos y desorden en la ocupación del espacio debido al incremento de la población: proliferan tugurios, se reproducen sin control actividades terciarias informales. La población de más bajos ingresos invade terrenos en los cerros aledaños, habitando viviendas precarias sin acceso a los servicios básicos.

El sitio de emplazamiento de Talara se ubica entre los cerros de Amotape y el mar de la costa norte (región Piura), en una zona del desierto de Pariñas. La evolución urbana de esta ciudad mantiene una estrecha vinculación con el desarrollo de la industria petrolera, pasando por dos etapas en el período que transcurre entre 1914 a 1970, durante el cual la I.P.C. controla la mencionada actividad productiva: a) el campamento de madera, 1914-1940, y b) la ciudad empresa, 1940-1970. Haremos referencia a la configuración urbana de la ciudad empresa porque abarca el período materia de estudio.

En la década de 1940, Talara evoluciona del campamento de madera basado en la concepción de los *company towns*,¹¹⁴ a un modelo de ciudad industrial concebido como un proyecto urbano moderno que emplaza una tipología edilicia y una morfología urbana que muestra estándares elevados y técnicas constructivas avanzadas, produciéndose el desmontaje del campamento original. La ciudad de Talara representa un proyecto que se enmarca dentro de la corriente moderna en la arquitectura y el urbanismo peruanos. La ciudad empresa es una tipología urbanística administrada por una compañía petrolera, y constituye un cambio significativo en la habilitación urbana para mejorar la calidad de vida de sus residentes.

¹¹⁴ Tipología urbana que adoptan los campamentos como lugares de residencia de la fuerza laboral, cuando se inicia la explotación de recursos naturales por compañías extranjeras, en determinados lugares del territorio de los países latinoamericanos, desde fines del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX.

El planeamiento urbano de la ciudad empresa evidenciaba una segregación socio-espacial asentada en la estratificación social determinada por la jerarquía empresarial compuesta por ejecutivos, empleados y obreros. La racionalización burocrática de la vida en el lugar intentaba imponer una disciplina en el ámbito del trabajo, asimismo en los lugares de residencia, teniendo como eje de organización: la extracción e industrialización del petróleo. Talara como proyecto urbano moderno es resultado de un proceso racional y ordenado, cuando en 1945 la firma peruana Dammert & Morales Arquitectos se encarga del planeamiento urbano de la nueva ciudad, el proyecto elaborado por los urbanistas fue aprobado por la I.P.C. con ligeros ajustes, procediéndose a su ejecución. Si bien existía segregación en la ocupación del espacio, la concepción moderna de la ciudad empresa en el diseño de los espacios públicos y de los lugares de residencia: parques y avenidas, tal como hemos señalado, favorecía el encuentro ciudadano, propiciando la interacción social.

La experiencia urbana de La Oroya está relacionada al proceso de adquisición de tierras por la C.P.C. que al instalarse en la zona a partir de 1902, compra las haciendas ubicadas en el lugar, entre ellas La Oroya para levantar allí un complejo metalúrgico, desplazándose un contingente migratorio a este sitio. La estructura urbana de La Oroya comprende a partir de entonces las siguientes áreas: a) La Oroya Antigua, pueblo de origen colonial dedicado a la ganadería y la agricultura que van a ser afectadas por la actividad minero- metalúrgica, que impulsa el desarrollo de actividades terciarias como el comercio y los servicios; b) La Oroya Nueva donde se ubican el complejo industrial y los campamentos. Estas áreas son notoriamente diferenciadas: la primera, es el asentamiento más antiguo, de larga trayectoria histórica como hemos mencionado anteriormente, y la segunda provoca un cambio significativo en la zona por efecto de la industria minero-metalúrgica, constituyendo un conjunto urbano apéndice de dicha actividad. Cabe destacar que la habilitación urbana se concentraba en La Oroya Nueva, frente a la escasez de viviendas en esta área, los trabajadores de la C.P.C. residían también en La Oroya Antigua, donde se daba una ocupación informal del suelo.

En este pueblo dedicado a la crianza de ganado y a los cultivos de sus chacras se instala un complejo industrial minero, que a diferencia de la experiencia de Talara no da lugar a un desarrollo urbano que responda a un plan urbano integral. La Oroya crece de manera caótica y desordenada, entre otros factores, la contradicción entre la función industrial y la función

residencial es parte de su problemática urbana: la instalación industrial cada vez más ocupa el suelo disponible, en desmedro del espacio residencial, situación que se agrava debido a los efectos nocivos de los humos de la fundición. Si bien la C.P.C cuando decide ubicar la fundición y las refinerías en La Oroya encarga a los ingenieros residentes planificar la construcción del complejo industrial y de los campamentos, éstos últimos se irán instalando progresivamente conforme a los intereses productivos de la compañía, que priorizó la actividad industrial, sin llevar a cabo una habilitación urbana adecuada que brindara mejores condiciones de vida a los habitantes de este centro minero.

A mediados del siglo XX, la compañía intenta regular el desarrollo urbano de La Oroya Nueva como ciudad industrial, delimita el área para la industria minero-metalúrgica, construye cierta cantidad de viviendas e infraestructura urbana, pero con el transcurso del tiempo se impuso la lógica de la producción: los edificios y las instalaciones urbanas se situaron en función de la secuencia de las actividades productivas. En la imagen urbana de La Oroya preponderaba la infraestructura industrial: la fundición, las plantas de refinación, y en su entorno se ubicaba el área residencial que comprendía: La Oroya Antigua, La Oroya Nueva y Chulec. Entre estas zonas de residencia existían notables diferencias en relación a las viviendas y servicios urbanos, destacaba el deficiente equipamiento urbano en La Oroya Antigua y en La Oroya Nueva, por su parte Chulec, lugar de residencia del personal ejecutivo de la C.P.C. ubicado detrás del complejo industrial, en una zona menos contaminada tenía chalets al estilo norteamericano y equipamiento urbano moderno. Este centro industrial metalúrgico, en términos urbanos era una aglomeración de campamentos congestionados que no contaba con viviendas e instalaciones urbanas adecuadas. Era evidente el contraste y la segmentación social entre los campamentos de obreros como Club Peruano, Plomos, y Chulec el campamento del personal staff.

En La Oroya no se logró llevar a cabo un proyecto urbano moderno como ocurrió en el caso de Talara, donde la I.P.C. consiguió regular y controlar el desarrollo urbano a partir de una racionalidad burocrática que puso en práctica principios claves de una concepción moderna. Si bien en la ciudad petrolera también la estratificación social derivada de la jerarquía empresarial se reflejaba en la ocupación del espacio, sin embargo se brindaba una calidad de vida aceptable a las diferentes categorías de trabajadores y sus familias, tal como hemos

señalado las viviendas, los servicios básicos y el equipamiento urbano tenían estándares elevados en comparación a la dotación de servicios urbanos existentes en ciudades de la región y del resto del país.

El conglomerado de campamentos que constituyen La Oroya se ubica en un territorio accidentado que no ofrece óptimas condiciones para un asentamiento urbano, de tal manera que la ciudad se extiende en forma lineal por un estrecho corredor, a lo largo de la carretera central, paralela al ferrocarril central. Los campamentos conformados por largas filas de viviendas sin calles transversales, presentaban una imagen monótona, no había en ellos espacios públicos apropiados que brindaran condiciones para la interacción social entre la gente que residía en el lugar, se carecía de un diseño urbano y arquitectónico de características modernas. De tal suerte que en este centro urbano-industrial no se logra conciliar la ocupación del espacio disponible entre la zona industrial y el área de viviendas, resultando perjudicado el hábitat humano que además es afectado por la contaminación ambiental que genera la industria minera-metalúrgica.

A diferencia de la I.P.C. en Talara, la C.P.C. en La Oroya no proveía de vivienda al conjunto de sus trabajadores, según un informe sobre la vivienda en 1963, que hemos consignado, solamente cerca del 45% de trabajadores habitaba en viviendas suministradas por la compañía. Por lo tanto un sector importante del personal del complejo minero metalúrgico habitaba en viviendas precarias de La Oroya Antigua. Al respecto hay que tomar en cuenta la permanencia esporádica de la fuerza laboral en este centro urbano como lugar de residencia, en la medida que se desplazaban con frecuencia a sus pueblos de origen, entre otros factores anteriormente mencionados, destacamos el hecho de no disponer de una casa-habitación adecuada en el campamento. La población de la Oroya se ha caracterizado históricamente por su alto nivel de movilidad, en el período de estudio esta tendencia era compartida tanto por el personal ejecutivo como por los obreros, la mayoría de las familias de estos últimos residían en las comunidades o pueblos de los alrededores, hecho que está vinculado a la reproducción de la fuerza laboral y a condiciones socioculturales. Por su parte en la ciudad empresa de Talara la población dependiente de la compañía fija su residencia en el lugar y desarrolla una larga trayectoria laboral en la industria petrolera, siendo permanentemente capacitada para lograr ser promovida en la jerarquía empresarial, es decir, los trabajadores petroleros llevan a

cabo una carrera laboral que culmina cuando se cumple el período establecido para la jubilación, es entonces que abandonan el campamento y emigran a otras ciudades, existiendo también casos de trabajadores jubilados que adquieren viviendas en las limitadas zonas que no estaban bajo el control de la compañía, y permanecen con sus familias en el lugar.

La configuración urbana de La Oroya intento emular el modelo de los *company towns* instalados en enclaves controlados por compañías extranjeras en América Latina, sin embargo no se logró plasmar una propuesta modernizante en el hábitat de este centro minero-metalúrgico. Mientras que en relación a Talara asistimos a un proceso de evolución del modelo tradicional de *company town* a una tipología urbanística moderna que hemos denominado ciudad empresa, que hace posible la realización de un proyecto urbano moderno gestionado por una entidad empresarial.

Si bien La Oroya y Talara como proyectos urbanos difieren en los aspectos antes mencionados, sin embargo ambos van a tener un impacto notable en la vida cotidiana de la gente y en el paisaje del sitio geográfico donde se instalan, dando lugar a cambios a nivel económico y socio cultural como resultado de la experiencia vivida. Estas dos ciudades industriales se rigen por una “lógica de campamento” debido a que el eje que determina su desarrollo urbano es la explotación e industrialización de un recurso natural, en función de la producción se instalan estos emplazamientos urbanos controlados por una compañía extranjera: La Oroya no logra realizar un patrón urbano moderno, subordina el desarrollo urbano a las necesidades de la actividad industrial, su imagen urbana es una muestra del deterioro de la calidad de vida de la mayoría de sus habitantes, afectados desde el inicio de las operaciones minero metalúrgicas por un grave problema de contaminación ambiental, es decir, en este centro minero no se logra conciliar la dinámica productiva con las condiciones de vida aceptables para la población residente. Mientras que en Talara el diseño arquitectónico y urbanístico de baja densidad residencial y amplia provisión de equipamiento y servicios brinda una mejor calidad de vida a los habitantes, de tal manera que en la ciudad empresa la función industrial que se desarrollaba en la refinería no entra en contradicción con el urbanismo residencial de los parques y avenidas habitados por el personal de la compañía, donde la sociabilidad era intensa entre los miembros de esta comunidad urbana. En Talara se

contaba con espacios públicos como lugares de encuentro ciudadano, concurridos habitualmente para desarrollar la interacción social

Estos centros urbano-industriales controlados por compañías extranjeras se caracterizaban por un espacio residencial estratificado socialmente y representaron dos experiencias distintas de intentar poner en práctica el racionalismo y funcionalismo de la arquitectura y urbanismo moderno en el Perú, adoptando el modelo de ciudad industrial: en el caso de La Oroya fue un intento fallido, por su parte en Talara se logró hacer realidad este proyecto urbano moderno. Esta experiencia urbana va a ser afectada por la nacionalización de la minería y de la industria petrolera por el gobierno militar (1968-1975), dándose cambios fundamentales en la vida cotidiana, y en particular en la dinámica laboral, sin embargo continua la lógica de extracción y procesamiento industrial de un recurso natural como referente central del desarrollo urbano de estas ciudades.

5.4 Sociabilidad de hábitat en la Oroya y Talara: vida cotidiana y dinámica sociocultural

La configuración urbana a la que hemos hecho referencia constituye un espacio de sociabilidad, de tal manera que en esta parte desarrollaremos un análisis comparativo de la interacción social que se desarrolla en estos centros urbanos, tomando en cuenta la recreación del espacio por los actores sociales en el transcurrir de su vida cotidiana, expresando una dinámica sociocultural.

La gente que habitó el conjunto de campamentos que constituían La Oroya y la ciudad empresa de Talara procesó a su manera la experiencia modernizante promovida por las compañías extranjeras, dando lugar a un cambio sociocultural que puso de manifiesto la particular forma, en sociedades como la nuestra, de acceder a la modernidad. En un país pluricultural como el Perú, las tradiciones culturales de las regiones donde se asientan los mencionados centros urbanos-industriales presentan rasgos que las diferencian, situación que va a influir en la manera cómo se vive la modernidad cultural, es decir, cómo los habitantes procesan los valores fundamentales del pensamiento moderno.

Como sabemos a partir de la década de 1940, el Perú experimenta un proceso de modernización que implica no solamente la expansión de la urbanización en las ciudades, sino también el campo es afectado y debido, entre otros elementos, a la escasa disponibilidad de

tierras frente al crecimiento de la población y la profundización de la diferenciación campesina se impulsa la migración de la población rural hacia los centros urbanos. Cabe señalar que este escenario propicia la progresiva incorporación al trabajo permanente en la minería de la sierra central y un reacomodo de los vínculos con los pueblos y comunidades campesinas de origen de los trabajadores mineros. Al contar con una mayor cantidad de trabajadores proletarizados residiendo en los campamentos, la compañía tuvo que enfrentar un incremento de los reclamos para mejorar las condiciones de vida y de trabajo, en la medida que la fuerza laboral asume necesidades que son satisfechas por el consumo capitalista, inevitablemente presionara por aumentos del salario. Asimismo la mayor presencia de trabajadores estables en los campamentos contribuirá a consolidar la organización sindical. En el caso particular de La Oroya, los procesos tecnológicos aplicados en la fundición y refinerías requerían mano de obra con cierta calificación lo que favoreció la fijación paulatina de ésta en el lugar. La C.P.C. en el período que corresponde a la postguerra (después de 1945) procura que la fuerza laboral se instale en los campamentos y logre una proletarización efectiva.

En Talara tal como hemos analizado los migrantes de origen campesino que llegan a la zona petrolera asumen la condición de asalariados y se integran plenamente a la disciplina industrial de la actividad petrolera, participando en un entrenamiento constante para formarse como trabajadores calificados en las distintas operaciones de producción, perforación y refinación del petróleo. Se trata de un sector de trabajadores que apuesta por un proyecto laboral de largo plazo, y por consiguiente se arraiga en la ciudad empresa como lugar de residencia permanente. Si bien mantienen lazos con sus pueblos de origen, la mayoría de ellos ubicados en los valles costeros del Chira y Piura, a través de redes de parentesco y amicales, éstas no representan una alternativa para cubrir la satisfacción de sus necesidades, como ocurrió con los mineros de La Oroya, porque perciben salarios que son en promedio los más altos de la región y beneficios indirectos en relación a la vivienda, salud y educación de sus hijos dada la habilitación urbana moderna que disponían en la ciudad empresa. Esta fijación de la mano de obra en la industria petrolera tiene antecedentes desde los inicios de la explotación de los yacimientos de petróleo en La Brea y Pariñas, a fines de siglo XIX por la London Pacific Petroleum. En el período de estudio que abarca desde la década de 1940 hasta

1970, los trabajadores petroleros y sus familias se involucran en la consolidación del proyecto urbano moderno que lleva a cabo la I.P.C.

En La Oroya como en Talara la vida cotidiana de sus habitantes giró en torno de la actividad productiva que hizo posible su emplazamiento urbano y a la vez determinó su desarrollo socio-económico. Si bien en La Oroya el procesamiento industrial de los minerales logró un importante avance tecnológico, en el contexto de la modernización de esta actividad productiva no se dinamiza simultáneamente un proceso de urbanización que mejore las condiciones de vida de la población, es decir, la habilitación urbana no presenta características propiamente modernas. Situación que influye en el estilo de vida de la gente que moraba en el lugar, para ellos el campamento era sobre todo un sitio de residencia ocasional en función del trabajo en el complejo metalúrgico, al respecto hay que considerar la ancestral movilidad de la población de la sierra central, además el pasivo de la contaminación ambiental en La Oroya desalentaba la permanencia en esta ciudad. Asimismo la mayoría de los trabajadores minero-metalúrgicos procedentes de pueblos campesinos del Valle del Mantaro, compartían la cosmovisión andina como parte de su identidad cultural, de tal suerte que reajustaron sus lazos con el medio campesino de origen, recreando las relaciones entre tradición y modernidad para salvaguardar sus intereses en la medida de lo posible, mientras se adaptaban a los cambios que traía consigo la modernización que impulsaba la industria minero-metalúrgica. Se produce una singular forma de integración a la economía capitalista moderna: la mano de obra campesina se convierte en asalariada al trabajar en el complejo industrial, no obstante mantiene intereses sociales y económicos en su comunidad de origen donde se encontraba su familia y disponía de recursos como tierra y ganado que constituían un complemento para satisfacer sus necesidades básicas frente a los bajos salarios que percibían en la actividad minera.

No hay que perder de vista que aproximadamente a mediados del siglo XX, la proletarización de la fuerza laboral alcanza mayor impulso y ésta prolonga su tiempo de permanencia en la fundición de La Oroya. Observamos una mezcla de relaciones que corresponden al mercado capitalista moderno con redes de parentesco típicas de una sociedad tradicional que van siendo procesadas para adaptarse a los cambios que la modernización trae consigo. Aquellos trabajadores que logran cierto nivel de ahorro, optan por invertir en la compra de vivienda, en

actividades comerciales y de servicios fuera de La Oroya, también contribuyen a la modernización de sus pueblos aportando económicamente en la ejecución de proyectos comunales como la construcción de escuelas y postas médicas. Se trata de una compleja experiencia sociocultural que aglutina formas de sociabilidad tradicionales: ayuda mutua, solidaridad y reciprocidad con la disponibilidad de ingresos del mercado capitalista para hacer realidad el “progreso” un valor central de la modernidad en el mundo rural de origen. Se vive la experiencia de ser moderno a partir de la reinterpretación de los rasgos característicos del contexto socio cultural de referencia.

En Talara, los trabajadores petroleros que residían en los vecindarios de parques y avenidas compartían identidades étnicas, en la medida que la mayoría de ellos procedía de centros poblados rurales y haciendas de la costa norte del país, participaban en una trama de redes sociales amicales y de parentesco que les servían de ayuda por ejemplo para conseguir trabajo en la compañía, lo mismo ocurría en La Oroya con la diferencia del rol determinante a nivel socio cultural que tenían dichas relaciones de parentesco para los trabajadores mineros, con el fin de cubrir la satisfacción de sus necesidades y conservar los bienes que disponían en sus comunidades de origen.

Entre los habitantes de Talara se revela la construcción de un sentido de pertenencia que se va conformando a través de varias generaciones, al compartir la experiencia vital en la ciudad petrolera, asumiendo que su porvenir y el de sus familias estaban ligados al trabajo en la compañía. Los residentes de la ciudad empresa logran consolidar una identidad urbana, sienten que esta ciudad les “pertenece”, son parte de una comunidad urbana asentada en un espacio de dimensión reducida y baja densidad poblacional, organizado a partir de un planeamiento moderno que intenta regular el estilo de vida de sus habitantes por una entidad empresarial. De tal manera que la I.P.C. resaltaba la dependencia que los trabajadores y sus familias tenían en relación a la compañía, estableciendo relaciones de tipo paternalista. Sin embargo los habitantes de la ciudad empresa recrean el espacio social en los lugares de residencia (parques, avenidas), en las diversas instituciones sociales que integran.

En La Oroya las identidades se conforman teniendo como referente la condición laboral en el complejo minero metalúrgico y la residencia en el lugar, en particular para aquellos

pobladores que habitaban de manera permanente en el campamento. Como ocurrió en Talara, el desarrollo de una nueva actividad productiva por una compañía extranjera en este lugar de la sierra central tuvo impacto en el territorio y en las percepciones de la gente acerca del nuevo paisaje que se configuró, y que a la vez afectaba las costumbres y los usos como resultado de la evolución urbana. Sin embargo, en La Oroya la estructuración del espacio de habitación no representó la mejora de la calidad de vida del conjunto de la población asentada en la zona, tal como se evidencia en las precarias condiciones de las viviendas y del equipamiento urbano. Si consideramos que la modernidad está vinculada al logro condiciones de vida que muestran la realización de la idea de progreso, en La Oroya esta aspiración del proyecto moderno no se alcanzó, asimismo el impacto ecológico de la actividad minero-metalúrgica fue un efecto perverso de la modernización que trajo consigo la contaminación del agua, los pastizales y los campos de cultivo de la zona.

Al provenir la mayoría de los trabajadores metalúrgicos de los pueblos y comunidades rurales del entorno, existía entre ellos lazos de solidaridad y cohesión social que transcendían la esfera laboral y se manifestaban en la identificación con sus pueblos de origen y sus intereses. La constante movilidad y limitada permanencia de un contingente importante de población de La Oroya dificultó entre ellos, la construcción de un sentido de pertenencia al centro minero. Sin embargo aquella población que decidió afincarse a largo plazo construyó una identidad con el medio urbano, sin que esto significara una ruptura con los vínculos socioculturales que mantenían con su lugar de procedencia. Como hemos señalado los trabajadores asentados en La Oroya Nueva ocupaban estrechas viviendas de tipo cuartel en pendientes sin vegetación y con altos niveles de contaminación, mientras que en La Oroya Antigua los tugurios, donde residían algunos trabajadores, no brindaban tampoco una calidad de vida aceptable. Situación que nos permite explicar la opción de los trabajadores metalúrgicos de mantener a sus familias en los pueblos donde podían disfrutar de un hábitat más adecuado y acceder a servicios de educación y salud debido al desarrollo del proceso de urbanización. Al mismo tiempo no hay que perder de vista la racionalidad andina en la organización de diversas actividades locales que se desarrollaban simultáneamente, siguiendo una antigua tradición desde la época prehispánica en la región, para manejar diversos pisos ecológicos y distintas economías paralelas lo cual demandaba la constante movilidad de la mano de obra (J. Golte,

2001). De tal manera que los trabajadores de origen campesino del complejo metalúrgico tenían ingresos monetarios que complementaban con bienes de la economía campesina, y en muchos casos también desarrollaban actividades como la artesanía, el comercio y el transporte. Esta diversidad de actividades paralelas es una característica singular de la fuerza laboral asentada en La Oroya, por su parte los trabajadores petroleros de Talara al incorporarse a la industria petrolera asumieron ésta como actividad económica exclusiva y se proletarizaron plenamente, recreando los códigos culturales de sus pueblos campesinos de origen de los valles costeros del norte del país. En la sierra central, las relaciones entre la C.P.C. y la economía campesina fueron procesadas en función de los intereses de ambas partes, dando lugar a una extraordinaria combinación de componentes tradicionales y modernos, como experiencia que caracteriza el proceso de modernización en esta región del país, lo que muestra como hemos mencionado anteriormente, la apertura de la racionalidad andina para re-significar códigos culturales distintos a los suyos y vivir a su manera la experiencia de la modernidad

5.5 Sistema de poder y dominación implementado por las empresas

Como sabemos La Oroya y Talara corresponden a un fenómeno urbanístico diferente al resto del país, de tal manera que estas concesiones territoriales de capitales norteamericanos fueron el escenario de un proceso de urbanización controlado por las compañías asentadas en estos lugares. Se trata de asentamientos urbano-industriales que se configuraron a través de un proceso de modificación de la base geográfica, mediante la construcción de infraestructura industrial y residencial que convierte el territorio que ocupaban en un espacio de producción que determinaba el conjunto de la dinámica socio cultural y política, abriendo formas de convivencia que intentan ser reguladas a través de un sistema de poder, poniendo en práctica determinados mecanismos de control social en relación a la población dependiente de las compañías.

La ocupación del área residencial de La Oroya y Talara se daba en función de las categorías del personal que laboraba en las compañías: ejecutivos, empleados y obreros. Es decir, formas de expresión del poder como la dominación y la subordinación se expresaban inclusive en la

estructuración del espacio de habitación. A partir de la diferenciación socio-económica que existía entre la fuerza laboral se determinaba su lugar de residencia: en La Oroya, los campamentos se encontraban uno tras otro, y conforme se distanciaban de la fundición estaban menos expuestos a la contaminación que ésta generaba. Es así que los campamentos de obreros se encontraban más cercanos al complejo metalúrgico, mientras que Chulec, el campamento del personal ejecutivo, estaba más alejado de la instalación industrial en un ambiente menos contaminado y contaba con mejor infraestructura. Como sabemos la escasez de viviendas en La Oroya Nueva, donde se ubicaban los campamentos, ocasionó que un importante sector de trabajadores no tuviera vivienda proporcionada por la C.P. C. por consiguiente habitaban viviendas precarias en La Oroya Antigua. Si consideramos la deficiencia de las viviendas y de la habilitación urbana de los campamentos donde residían los obreros y empleados minero-metalúrgicos, observamos que la calidad de vida en este centro industrial enfrentaba graves problemas. Por su parte, en Talara la distribución de la población en la zona residencial de la ciudad empresa se daba también en función de la ubicación de los trabajadores petroleros en la jerarquía empresarial, tomando en cuenta las categorías ocupacionales: ejecutivos, empleados y obreros. Sin embargo la calidad de las viviendas a las que tenían acceso todo el personal de la compañía y el equipamiento urbano disponible se caracterizaban por estándares constructivos acordes con el proyecto urbano moderno que representaba la ciudad empresa brindando aceptables condiciones de vida a la población residente.

En ambos casos, las empresas pretendían que la población se adecuara al estilo de vida en el campamento minero y en la ciudad empresa respectivamente. En el proceso de transición de un modo de vida básicamente rural a un modo de vida urbano, desempeña un rol importante el departamento de Asistencia Social de la organización empresarial. Los/las asistentes sociales, entre otras funciones, trataban de resolver los problemas socioculturales que trajo consigo el cambio que experimentaban en su vida cotidiana los trabajadores y sus familias. Sin embargo, cuando los habitantes de estos centros industriales percibían que la labor de asistencia social invadía la esfera de su vida privada, manifestaban su disconformidad porque consideraban que la empresa pretendía ejercer su poder inclusive en espacios de sociabilidad domésticos. El personal de asistencia social intervenía en la solución de conflictos familiares, supervisaban el

cuidado de las viviendas, tratando de persuadir a los residentes para que asumieran códigos culturales modernos en función de los intereses de la compañía. Sin embargo se generaban ciertas contradicciones, como ocurrió en La Oroya al difundirse estándares de consumo que excedían el nivel de ingreso de la población dependiente, se generó insatisfacción y frustración. Situación que provocó entre las familias de los mineros una percepción negativa de la compañía, porque los salarios que ésta pagaba no hacían posible acceder al nivel de vida que se trataba de difundir.

En Talara, los actores sociales que habitaban la ciudad empresa se adecuaron al control social ejercido por la I.P.C., en la medida que tenían una calidad de vida aceptable, guiados por sus intereses buscaban conseguir su permanencia en la compañía y en la ciudad empresa adaptándose a las pautas orientadas a regular la vida en el lugar, lo que no implicaba dejar de lado sus propios códigos culturales. En el sistema de control e integración de la población dependiente cumplían también un papel destacado las Asistentas Sociales de la compañía que inspeccionaban el mantenimiento de las casas ocupadas por los trabajadores y sus familias, asumían el rol de consejeras para resolver conflictos familiares. A este nivel se producían desavenencias entre la población de la ciudad empresa y la compañía, se criticaba la interferencia de ésta en asuntos relativos a la vida privada. Si bien se manifestaban ciertas actitudes de controversia en relación a las reglas de juego impuestas por la compañía, observamos una tendencia definida de adaptación a la disciplina industrial y a las pautas establecidas para regular la vida urbana en función de los valores de una racionalidad moderna difundida por la compañía. Las relaciones de poder se basaban en una institucionalidad social y política que promovía la integración de la población residente, tratando de prolongar la dominación que se desplegaba al interior de la organización empresarial en el espacio social de la ciudad empresa.

En el proceso de adaptación a la vida en el campamento y en la ciudad empresa, las mujeres asumían una importante tarea vinculada a la administración de la economía familiar, ellas eran las que interactuaban con las Asistentes Sociales encargadas de difundir una ideología propia de una cultura moderna. En la experiencia de La Oroya el propósito era lograr que las familias mineras abandonaran sus costumbres y asumieran el modo de vida que la empresa

trataba de imponer. No obstante al promover patrones de consumo que no eran posibles de satisfacer con el bajo nivel de ingreso que percibían los trabajadores metalúrgicos y siendo además las mujeres conscientes de que los hábitos y costumbres de su estilo de vida rural no eran respetados, se fue haciendo notorio su rechazo frente a la intervención de la compañía en la vida cotidiana. De tal manera que las esposas de los trabajadores mineros optan por organizarse en Comités de Damas, para solucionar dificultades en relación a la satisfacción de sus necesidades familiares, la educación de sus hijos etc. Los mencionados comités constituían una suerte de organizaciones sociales que inclusive apoyaban a los trabajadores mineros cuando participaban en una huelga. Precisamente en el campamento minero, los sindicatos eran espacios de socialización política de los trabajadores y constituían instituciones importantes en la dinámica socio-política que se desarrollaba en el lugar. Cabe destacar el nivel de organización y capacidad de presión del movimiento sindical de los trabajadores de La Oroya en la minería de la sierra central del país. Estas organizaciones sociales y gremiales intentaban contrarrestar el poder que la compañía ponía en práctica en el campamento

Para impulsar la proletarización de la fuerza de trabajo, haciendo que cada vez más dependiera de su salario, la C.P.C. pretendió que sus trabajadores se abastecieran solamente del mercado de bienes de consumo para cubrir sus necesidades, con esta finalidad por ejemplo, se introduce en la dieta familiar alimentos industrializados. Si bien se intentó que la fuerza laboral se convirtiera plenamente en asalariada, esta propósito no se logró cabalmente porque los trabajadores metalúrgicos frente a los bajos salarios complementaban la satisfacción de sus necesidades con recursos provenientes de la economía campesina y/o de otras actividades de servicios y comercio, recreando la tradición de realizar diversas actividades paralelas en esta región andina del país.

Mientras que en la ciudad empresa de Talara la vida urbana estaba regulada por las normas impuestas por la compañía que se encargaba de la gestión urbana, por lo tanto el gobierno local tenía una labor limitada a asuntos vinculados al Registro Civil, es decir, la presencia del Estado era restringida. El control social efectuado por la compañía, abarcaba diversos espacios de sociabilidad más allá del trabajo petrolero, como la educación de los hijos de los

trabajadores y la vida cotidiana en la ciudad empresa. En este escenario, la compañía consiguió afincar al personal y sus familias, procurando que asumieran principios claves de la racionalidad moderna, los mencionados actores sociales procesaban esta influencia cultural reacomodando sus propios códigos culturales. Para lograr que las pautas establecidas por la compañía fueran aceptadas por los habitantes de Talara se recurrió a la persuasión, aplicándose también sanciones cuando dichas normas eran transgredidas, en un contexto donde se ponía en práctica relaciones paternalistas entre la compañía y la población dependiente que combinaban la protección y el control sobre ésta última. Cabe mencionar que al vincular los trabajadores petroleros su proyecto de vida personal y familiar con la permanencia a largo plazo en la empresa, acataban el orden establecido procesando esta experiencia en función de sus intereses.

La I.P.C. se instaló por más de cinco décadas en Talara e influyó en el modo de vida de varias generaciones, divulgando la idea de progreso como un valor que, entre otros, hace posible el acceso a la modernidad. La población residente en el lugar reveló cierto pragmatismo para aprovechar la calidad de vida moderna que la compañía le ofrecía. A su vez la empresa puso en práctica diversos mecanismos para legitimar su poder, entre ellos auspiciar actividades deportivas, parroquiales y brindando apoyo también a otras iniciativas comunitarias. Asimismo los representantes de la I.P.C. relacionaban la política empresarial con la idea de contribuir al “progreso nacional” a través de la actividad productiva que desarrollaban, también auspiciando y promoviendo diversas expresiones culturales en el país. Como hemos señalado, en el discurso contenido en las publicaciones de la compañía, entre ellas la revista *Fanal*, los *Boletines Informativos I.P.C.* y en los programas transmitidos por la radio local se manifestaba una ideología que propalaba valores del pensamiento moderno como eficiencia, orden, cultura del trabajo etc. tratando de mantener un sistema de control social congruente con los intereses económicos y políticos de la empresa.

Tanto en La Oroya como en Talara la vida urbana estaba supeditada a la actividad productiva. De tal suerte que la ciudadanía no se realizaba plenamente, la libertad de los individuos, un valor fundamental de la modernidad, estaba limitada en estos centros urbanos por las restricciones impuestas en el sistema de control social de las compañías. La continuidad de la

residencia en el campamento y en la ciudad empresa dependía de la duración del contrato de trabajo como asalariados. Los habitantes de estas ciudades industriales son parte de una particular experiencia de cambio que les lleva a recrear sus códigos culturales tradicionales para adecuarse a entornos socioculturales urbanos, que en el caso de Talara logra plasmar un proyecto urbano moderno gestionado por una compañía extranjera. Las particulares relaciones entre la compañía y los habitantes de estos centros urbanos dan lugar a una dinámica sociocultural que los diferencian de otras ciudades en el territorio de nuestros países.

A manera de conclusión:

- El análisis del proyecto urbano moderno de los *company towns* nos ha permitido diferenciar la modernización arquitectónica y urbanística de los procesos de modernidad en la vida cotidiana, expresados en las formas de sociabilidad, y a la vez los mecanismos de retroalimentación entre ambas experiencias.
- Los componentes de la modernidad se presentan en estos espacios sociales de manera contradictoria y desigual, en los cuales los cruces socioculturales hacen posible una mezcla de extraordinaria complejidad entre lo tradicional y lo moderno, si consideramos que la mano de obra que trabaja y vive en estos lugares son en su mayoría migrantes de origen campesino.
- Los planes urbanos de los *company towns* inspirados en los conceptos del lenguaje moderno, imaginan una ciudad ideal donde supuestamente el ordenamiento urbanístico y el ordenamiento social se identifican entre sí. Representan un “orden social privatizado” que se caracteriza por la segregación de usos, la distribución de los sectores sociales en áreas funcionales y diferenciadas tratando de implementar un proceso de racionalización del conjunto de la vida individual y colectiva que es característico de la modernidad. Al respecto, en los casos estudiados tomando en cuenta las variantes encontradas, este intento de racionalización no encuentra una correspondencia plena con la dinámica sociocultural de sus habitantes que recrean a su manera el espacio social compartido, manifestando sus propios códigos culturales.
- Los *company towns* constituyen una propuesta urbanística modernizante, donde primó una intención controlista de orden y disciplina guiada por el ideal de progreso. En este sentido el urbanismo registra a las *company towns* como un modelo del grado de progreso que alcanzaba el país, en la medida que las innovaciones tecnológicas incorporadas en su construcción, representaron para la época un avance significativo en comparación a otras áreas urbanas.

- El proyecto urbano representado por los *company towns* se basa en el racionalismo y funcionalismo de la arquitectura y urbanismo modernos y, se enlaza con la “lógica campamental” puesta en práctica por las empresas para controlar a la población residente, siguiendo principios de la modernidad como los de orden, eficiencia y progreso en un intento de racionalización del conjunto de la vida cotidiana que se desarrolla en estos espacios.
- La modernidad no debe ser vista solamente como el trasplante de formas y modelos, sino que es necesario considerar las prácticas sociales en que se inscriben las ideas modernas; en el caso de los *company towns* pueden presentar dislocamientos y desviaciones, constituyendo un sistema de ambigüedades y rutinas que dotan de sentido a una “manera particular de ser modernos”, lo que nos lleva a considerar cómo esta forma de organización del espacio urbano es procesada por la población residente de acuerdo a sus intereses.
- El intento reflexivo de las empresas para controlar el modo de vida de la población dependiente, a través del ejercicio de un poder disciplinario, evidencia el carácter contradictorio de este proyecto moderno que se implanta en medio de desigualdades, límites impuestos a la participación y recortes a la libertad de los individuos.
- La configuración urbana de La Oroya trata de aplicar el modelo de los *company towns* instalados en enclaves controlados por compañías extranjeras en América Latina, sin embargo no se logró plasmar una propuesta modernizante en el hábitat de este centro minero-metalúrgico. Mientras que en relación a Talara asistimos a un proceso de evolución del modelo tradicional de *company town* a una tipología urbanística moderna que hemos denominado ciudad empresa, que hace posible la realización de un proyecto urbano moderno gestionado por una entidad empresarial.
- La Oroya y Talara como proyectos urbanos tienen un impacto notable en la vida cotidiana de la gente y en el paisaje del sitio geográfico donde se instalan, dando lugar

a cambios a nivel económico y socio cultural como resultado de la experiencia vivida. La Oroya no logra realizar un patrón urbano moderno, subordina el desarrollo urbano a las necesidades de la actividad industrial, su imagen urbana es una muestra del deterioro de la calidad de vida de la mayoría de sus habitantes, afectados desde el inicio de las operaciones minero metalúrgicas por un grave problema de contaminación ambiental, es decir, en este centro minero no se logra conciliar la dinámica productiva con las condiciones de vida aceptables para la población residente. En el caso de Talara, el diseño arquitectónico y urbanístico de baja densidad residencial y amplia provisión de equipamiento y servicios brinda una mejor calidad de vida a los habitantes, de tal manera que en la ciudad empresa la función industrial que se desarrollaba en la refinería no entra en contradicción con el urbanismo residencial de los parques y avenidas habitados por el personal de la compañía.

- En un país pluricultural como el Perú, las tradiciones culturales de las regiones donde se asientan los mencionados centros urbanos-industriales presentan rasgos que las diferencian, situación que va a influir en la manera cómo se vive la modernidad cultural, es decir, cómo los habitantes procesan los valores fundamentales del pensamiento moderno. La gente que habitó el conjunto de campamentos que constituían La Oroya y la ciudad empresa de Talara procesó a su manera la experiencia modernizante promovida por las compañías extranjeras, dando lugar a un cambio sociocultural que puso de manifiesto la particular forma, en sociedades como la nuestra, de acceder a la modernidad.

Referencias bibliográficas

Acosta, José. (2008). *Historia natural y moral de las Indias [1590]*. Ed. Crítica de Fermín del Pino-Díaz, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Alberti, Giorgio y **Sánchez** Rodrigo (1974). *Poder y conflicto social en el valle del Mantaro*. Lima: Instituto de estudios peruanos.

Aldana Susana y **Diez** Alejandro (1994). *Balsillas, piajenos y algodón. Procesos históricos en Piura y Tumbes*. Lima: CIPCA-TAREA.

Aldana, Juan (1972). *Historia del Sindicalismo Petrolero*. Lima: SINAMOS.

Almandoz, Arturo (2007). “Modernización urbanística en América Latina. Luminarias extranjeras y cambios disciplinares 1900-1960” en Revista Iberoamericana VII, 27, pp. 59-78. Recuperado de <http://www.iai.spk-berlin.de/fileadmin/dokumentenbibliothek/Iberoamericana/2007/27-Almandoz.pdf>

Amaro, E. Alfredo, **Santos** Eduardo (1975). *La Oroya, planificación urbana*. Tesis de Bachillerato. Lima: Programa Académico de Arquitectura, Urbanismo y Artes, Universidad Nacional de Ingeniería.

Apel, Karin (1996), *De la hacienda a la comunidad: la sierra de Piura 1934-1990*. Lima: Instituto de estudios peruanos IEP - Institut français d'études andines. IFEA - Centre national de la recherche scientifique, CNRS.

Aragón, Emilia (2003). “Orígenes del urbanismo moderno en el Perú. El *company town* de Casa Grande” en Revista Ur[b]es. Vol.I, N° 1. Lima, abril 2003.

Aranda, Edith (1983). *Los petroleros de Talara después de la nacionalización: 1968-1979*.

Tesis de Licenciatura en Sociología, Lima: Programa Académico de

Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica del Perú.

----- (1998). *Del proyecto urbano moderno a la imagen trizada. Talara 1950-*

1990. Lima: Coedición Fondo Editorial Pontificia Universidad

Católica del Perú – Universidad Nacional de Ingeniería.

----- (2007). “Las cambiantes formas de sociabilidad y construcción de identidades en Lima Metropolitana”. En revista *Debates en Sociología*, pp. 109-123, N° 32, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Arguedas, José María (1957), “Evolución de las comunidades indígenas. El valle del Mantaro y la ciudad de Huancayo: un caso de fusión de culturas no comprometida por la acción de las instituciones de origen colonial”. En *Revista del Museo Nacional*, tomo XXVI, Lima

Assadourian, Carlos Sempat, Heraclio Bonilla, Antonio Mitre y Tristan Platt (1980). *Minería y espacio económico en los Andes, siglo XVI- XX*. Lima: Ediciones Instituto de estudios peruanos.

Basadre, Jorge (1963). *Historia de la República del Perú*. Tomo VI, Lima: Editorial Universitaria.

----- (2005). *Historia de la República del Perú*. Editada por Raúl Palacios y Héctor López Martínez. Historia de la República (1933-2000). Lima: El Comercio, vol. 18.

Bastos, Helena (1991). *Investigación, análisis y diagnóstico de la ciudad de La Oroya y programación de la nueva urbanización de la casa propia Pachachaca*. Trabajo de investigación para optar el título profesional de Arquitecta, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes, Universidad Nacional de Ingeniería.

Bauman, Zygmund (2004). *Modernidad líquida*. México D.F: Editorial Fondo de Cultura Económica.

----- (2005). *Modernidad y ambivalencia*. Barcelona: Antropos.

Benévolo, Leonardo (1994). *Orígenes del urbanismo moderno*. Madrid: Celeste Ediciones.

Benjamín, Walter (1980). “El libro de los pasajes: París capital del siglo XIX” en *Imaginación y*

sociedad: Iluminaciones I y II. Madrid: Taurus.

Berger Peter y **Luckmann** Thomas (2001). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores, decimoséptima reimpresión.

Berman, Marshall (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid: Siglo XXI.

Bonilla, Heraclio (1974). *El minero de los Andes: una aproximación a su estudio*. Lima: Instituto de estudios peruanos.

Bonilla Heraclio y **Hünefeldt** Christine (1986). *Piura: propuestas para una historia regional*. Documento de Trabajo n° 10, Serie: Historia n° 1, Instituto de estudios peruanos.

Braudel, Fernand (1984). *Civilización material, economía y capitalismo*. Madrid: Alianza Editorial.

Burga, Manuel y **Flores Galindo**, Alberto (1987). *Apogeo y crisis de la República Aristocrática (oligarquía, aprismo y comunismo en el Perú 1895-1932)*. Lima: Ediciones Rikchay Perú. Cuarta edición.

Calderón Fajardo, Carlos (1983). *La conquista de la maravilla. Parte I: Así es la pena en el paraíso*. Novela, Lima: Mosca Azul Editores.

Calderón, Julio (2005). *La ciudad ilegal. Lima en el siglo XX*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Campaña Pilar y **Rivera** Rigoberto (2001). “Las comunidades de la puna alta y el impacto de la economía minera”. En Norman Long y Bryan Roberts. *Mineros, campesinos y empresarios en la sierra central del Perú*. Lima: Instituto de estudios peruanos.

Candela, Emilio (2008). “Los hidrocarburos en el Perú (1931-1968)”. En *Historia del petróleo en el Perú*. Lima: Instituto Riva Agüero, PUCP, Ediciones Copé, Petróleos del Perú.

Castells, Manuel (1988). *La cuestión urbana*. 12a México: Siglo XXI.

----- (1987). *Crisis urbana y cambio social*. México: Siglo XXI.

Chuquimantari, Carlos (1992). *Yauli-La Oroya: Minería y ciudades empresa*. La Oroya: Adec-ATC.

Collier, David (2002). “El método comparativo: dos décadas de cambios”. En G. Sartori, L. Morlino (comps). *La comparación en las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial.

Contreras, Carlos (1986). *La fuerza laboral minera y sus condiciones de funcionamiento: Cerro de Pasco, siglo XIX*. Lima: Instituto de estudios peruanos.

----- (1987), *Mineros y campesinos en los Andes. Mercado laboral y economía campesina en la sierra central, siglo XIX*. Lima: Instituto de estudios peruanos.

CooperAcción (2000). *Minería y comunidades. Testimonios orales y gráficos*. Lima, CooperAcción

Cuesta, José Manuel (2004). *Juegos de duelo: la historia según Walter Benjamín*. Madrid: Abada Editores.

Dávila, Dilma (1976). *Talara, los petroleros y la huelga de 1931*. Memoria de Bachiller en Sociología, Lima: Programa Académico de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica del Perú.

De Chene, André (1969). *La transformación de las Comunidades Petroleras*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca.

De Vries, Jan (1997) *La urbanización en Europa, 1500-1800*. Barcelona: Crítica.

De Wind, Josh (1986). *De campesinos a mineros*. Lima: Serie materiales de enseñanza, sub-serie: Sociología, Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Ciencias Sociales, mimeo.

Deustua, Ricardo A. (1921). *El Petróleo en el Perú*. Lima: Imprenta Americana.

Drinot, Paulo (2003). «Perú, 1884-1930: ¿un pobre sentado en un banco de oro?». En Cárdenas, E., J. Ocampo y R. Thorp (Comp.) *La era de las exportaciones latinoamericanas. De fines del siglo XIX a principios del XX*. México: Fondo de Cultura Económica.

Flores, Enrique (2008). “Nacimiento de la industria del petróleo en el Perú (1860-1900)”. En *Historia del petróleo en el Perú*. Lima: Instituto Riva Agüero, PUCP, Ediciones Copé, Petróleos del Perú.

Flores-Galindo, Alberto (1983). *Los mineros de la Cerro de Pasco 1900-1930*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

Forgues, Roland (1999). “Mujer, creación y problemas de identidad en América Latina”. Mérida, Venezuela: Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes.

Foucault, Michel (2009). *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*. 2ª edición revisada y corregida. México. D.F: Siglo Veintiuno.

Franco, Carlos (1991). “Exploraciones en “otra modernidad”: de la migración a la plebe urbana”. En *Modernidad en los Andes*. H. Urbano (compilador), pp. 189-228. Cusco: Centro de estudios regionales andinos Bartolomé de Las Casas.

Gamero, Enrique (1918) “*Ferrocarriles y puentes. Algunas informaciones interesantes sobre el ferrocarril del Callao a La Oroya*”. En Boletín de Minas, Industria y Construcciones. Serie II, tomo X, 31 de marzo 1918, Números 1-3, p. 9.

Garcés, Eugenio (1999). *Las ciudades del salitre. Un estudio de las oficinas salitreras de la región de Antofagasta*. Santiago de Chile: Orígenes. Recuperado de

<http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0000315.pdf>

----- (2003).“Las ciudades del cobre. Del campamento de montaña al hotel minero como variaciones de la *company town*”. En Revista **eure** (Vol. XXIX, N° 88), pp. 131-148, Santiago de Chile, diciembre. Recuperado de www.scielo.el/pdf/eure/v29n88/art06.pdf.

García Canclini, Néstor (1998). *Culturas híbridas o cómo salir de la postmodernidad para entrar en la modernidad*. México: F.C.E.

García Canclini, Néstor, **Castellanos** Alejandro y **Rosas Mantecón** Ana (coautores) (2013). *La ciudad de los viajeros. Travesías e imaginarios urbanos: México 1940-2000*. México: UAM / Fondo de Cultura Económica.

Giddens, Anthony (1999). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.

Girola, Lidia (2005). “Tiempo, tradición y modernidad: la necesaria re-semantización de los conceptos” en *Sociológica*, año 20, n° 58, mayo-agosto 2005, pp. 13 – 52. Recuperado de

<http://www.revistasociologica.com.mx/pdf/5802.pdf>

----- (1992). “Desafíos teóricos después de la crisis”, en Revista *Sociológica*, n° 20, setiembre-octubre, México

Golte, Jurgén (2001). *Cultura, racionalidad y migración andina*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Gonzáles Lorenzo y **Marín** Orlando (2003).”El transcurrir tras el cercado: ámbito residencial y vida cotidiana en los campamentos petroleros de Venezuela (1940-1975)”. En *Espacio Abierto*, julio-septiembre, vol. 12, n° 003, pp.377-390, Maracaibo, Venezuela. Recuperado de www.produccioncientifica.luz.edu.ve/index.php/espacio/article/download/.../2080

Gramsci, Antonio (1972). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la Política y sobre el Estado Moderno (1932-1935)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Grondín, M (1978). “Cooperación y dependencia campesina: el caso de las empresas eléctricas de Muquiyauyo”. En Long y Roberts (eds): *Peasant cooperation and capitalist expansion*. University of Texas Press.

Habermas, Jurgen (1990). *Teoría de la acción comunicativa*. Buenos Aires: Ed. Taurus.

----- (2008). *El discurso filosófico de la modernidad*. Buenos Aires: Katz

Halbwachs, Maurice (1992). *On collective memory*. University Chicago Press.

Hampe Martínez, Teodoro (2010). *Meiggs, Grace y la obra del ferrocarril central andino(1870-1885)*. Universidad Nacional San Agustín, Arequipa: Historia 9. Recuperado de www.bvirtual-unsa.edu.pe/edicion9/7-historia-9-hampe.pdf

Hardoy, Jorge E. (1968). *El modelo clásico de la ciudad colonial hispanoamericana*. Buenos Aires: CEUS, Instituto Torcuato Di Tella.

----- (1972) “El rol de la ciudad en la modernización de América Latina”, pp. 33 - 48. En *Las ciudades en América Latina*. Buenos Aires: Paidós.

Hauser, Philip M. (1967). *La urbanización en América Latina*. Buenos Aires: Solar.

Heller, Agnes (1982). *Teoría de la historia*. Barcelona: Fontamara.

----- (con Ferenc Féher) (1985) *Anatomía de la izquierda occidental*. Barcelona: Península.

Huapaya, José Carlos (2014). *Fernando Belaunde Terry y el Ideario Moderno. Arquitectura y Urbanismo en el Perú entre 1936 y 1968*. Lima: Serie: Coedición Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes (Universidad Nacional de Ingeniería) – Facultad de Arquitectura (Universidad Federal de Bahía, Brasil)

Jochamowitz, Luis (2001). *Crónicas del petróleo en el Perú*. Lima: Repsol.

Kruijt, Dirk y Menno Vellinga (1983). *Estado, clase obrera y empresa industrial. El caso de la minería peruana, 1900-1980*. México: Siglo XXI Editores.

Laite, Julian (2001). "Migración y diferenciación social entre los campesinos del valle del Mantaro". En *Mineros, campesinos y empresarios en la sierra central del Perú*. Lima: IEP Ediciones.

Le Corbusier (2001). *Como concebir el urbanismo*. Buenos Aires: Ediciones Infinito, 5ª edición.

Ledgard, Reynaldo (2015). "Condición urbana y modernidad". En *La ciudad moderna. Textos sobre arquitectura peruana*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

----- (2015). "La ciudad moderna". En *La ciudad moderna. Textos sobre arquitectura peruana*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

Ledrut, Raymond (1974). *El espacio social de la ciudad: problemas de sociología aplicada al ordenamiento urbano*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Lefebvre, Henri (1983). *La revolución urbana*. 4ª ed. Madrid: Alianza Editorial.

Lesson, Reneé (1973). "Impresiones de Paita (1824)". En Estuardo Núñez (compilador). *El Perú visto por viajeros*. Tomo I. Lima: PEISA, Biblioteca Peruana.

Long Norman y **Roberts** Bryan (2001). *Mineros, campesinos y empresarios en la sierra central del Perú*. Lima: Instituto de estudios peruanos.

López Soria, José Ignacio (1992). "Modernidad / posmodernidad. Horizontes desde la tradición andina". En *Tradición y Modernidad en los Andes*. Cusco: Centro Bartolomé De Las Casas.

----- (1997). "Aproximaciones a la Agrupación Espacio" en Revista

Medio de Construcción. Lima: n° 126, mayo 1997, p.18-23.

----- (2003). "Para una filosofía de la ciudad" en Revista *Urbes*, vol. I, N° 1, abril

----- (2006). “Weber y las claves para comprender la modernidad”. En *Debates en Sociología*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, n° 30, p. 29-39.

Ludeña, Wiley (2002). “Lima: poder, centro y centralidad. Del centro nativo al centro neoliberal”. En Revista EURE. Santiago de Chile: Vol. XXVIII, N° 83, pp.45-65, Mayo. Recuperado de <http://www.eure.cl/index.php/eure/article/view/1216>

----- (2003). “Orígenes del Urbanismo Moderno en el Perú. El aporte de la Agrupación Espacio. Aproximaciones”, en: Ur[b]es. Lima: Vol. I, abril 2003.

----- (2008). “Patrimonio industrial en el Perú del siglo XX: ¿exotismo cultural o memoria sin memoria?”. En *Apuntes: Revista de estudios sobre patrimonio cultural*. Vol. 21, núm. 1. Bogotá. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/apun/v21n1/v21n1a07>

Lynch, Kevin (2000). *La Imagen de la Ciudad*. 4° edición, Barcelona: Gustavo Gili.

Macera, Pablo (1963). *Historia del petróleo peruano. 1.- Las breas coloniales del siglo XVIII*. Lima: Imprenta de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Martínez Alier, Juan (1973). *Los huacchilleros del Perú: dos estudios de formaciones sociales agrarias*. París: Instituto de estudios peruanos - Ruedo Ibérico.

Martínez de la Torre, Ricardo (1974). *Apuntes para una interpretación marxista de la historia del Perú*. Tomo III, Lima: Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Marx, Karl (1979). *El capital*. Tomo I, vol. 3. México: Siglo XXI.

Matos Mar, José (1971). "La coyuntura del Perú de hoy". En: *Perú Hoy*. México: Siglo XXI.
----- (1976). *Yanaconaje y reforma agraria en el Perú. El caso del valle de Chancay*. Lima: Instituto de estudios peruanos. Perú Problema 15.

Mumford, Lewis (1963). *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Buenos Aires: Ediciones Infinito.

Muñoz, Fanni (2002). *Diversiones públicas en Lima, 1890-1920: la experiencia de la modernidad*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales.

Noriega Calmet, Fernando (1972). "Tecnología de la Industria del Petróleo. Materiales de Enseñanza", Lima: Facultad de Ingeniería de Petróleo, Universidad Nacional de Ingeniería.

Ortiz de Zevallos P., Luis (1982). "Centros urbanos mineros en la República" Lima: Boletín Instituto Riva Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú.
revistas.pucp.edu.pe/index.php/boletinira/article/viewFile/9469/9874

Ortiz, Renato (2000). *Modernidad y espacio. Benjamin en Paris*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Pajuelo, Ramón (2005). *Medio ambiente y salud en la Oroya. Sistematización de un programa de intervención* Lima: Cooper Acción, Acción Solidaria para el Desarrollo.

Pajuelo, Luis. "El muqui y su mundo" en Revista *Estribo de Plata*, n° 4, Cerro de Pasco, 1998.

Panfichi, Aldo (1997). "Del vecindario a las redes sociales: cambio de perspectivas en la sociología urbana". En revista *Debates en Sociología*, N°20-21. Lima: Fondo Editorial Universidad Católica.

Pellegrini, J. L. Liendo, **Martinez M.**, **Platino**, A. (2012). "En busca de alternativas a una situación de enclave. El caso de Villa Constitución". En Decimoséptimas Jornadas "Investigaciones en la Facultad de Ciencias Económicas y Estadística". Noviembre del 2012. Instituto de Investigaciones Económicas de la Escuela de Economía. Recuperado de http://www.fcecon.unr.edu.ar/web-nueva/sites/default/files/u16/Decimocuarta/pellegrini_liendo_en_busca_de_alternativas_enclave_villa_constitucion.pdf

Picó, Josep y Sanchis Enric (2003). *Sociología y Sociedad*. Madrid: Tecnos.

Pipitone, Ugo (2003). *Ciudades, naciones, regiones*. México: F.C.E.

Quijano, Anibal (1977). *Dependencia urbanización y cambio social en Latinoamérica*. Capítulo II: Urbanización y tendencias de cambio en la sociedad rural en Latinoamérica. Lima: Mosca Azul.

----- (1988). *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*. Lima: Sociedad y Política Ediciones

----- (1998). *La economía popular y sus caminos en América Latina*. Lima: Mosca Azul

Quintero, Rodolfo (1978). *Antropología del petróleo*. México: Siglo XXI Editores.

Raimondi, Antonio. (1929). *El Perú. Itinerarios de viajes*. Libro 1, Lima: Banco Italiano de Lima (Imp. Torres Aguirre).

Rapoport, Amos (1978). *Aspectos humanos de la forma urbana. Hacia una confrontación de las Ciencias Sociales con el diseño de la forma urbana*. Barcelona: Gustavo Gilli S.A.

----- (2003). *Cultura, arquitectura y diseño*. Barcelona: Universidad Politécnica de Cataluña.

Ricoeur, Paul (2000). *Tiempo y narración*. 3ª ed. México D.F.: Siglo XIX.

Riesco, Laura (1995). *Ximena de dos caminos*. Novela, Lima: Peisa, segunda edición.

Rojo, Teresa (1981). "Diseño espacial de un poblado de empresa". En Revista *Sociología del Trabajo*, nº 5, Barcelona.

Rubin de Celis, Emma (1977). *Las CAPS de Piura y sus contradicciones*. Piura: Centro de Investigaciones y Promoción del Campesinado (CIPCA).

Sanborn, Cynthia (1995). "Los obreros textiles de Lima: redes sociales y organización laboral, 1900-1930". En Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero (editores.) *Mundos interiores: Lima 1850-1950*. Lima: Centro de Investigaciones de la Universidad del Pacífico.

Sánchez Maraví, Jesús (1996). *Yauli – La Oroya. Antecedentes históricos*. Lima: Editorial Universo S.A.

Sanz, Luis (1981). "Vivir para trabajar, trabajar para vivir". En Revista *Sociología del Trabajo*, nº 5, Barcelona.

Sanz, Juan Pedro, Miguel Centellas, Pedro García (2013). "La construcción teórica y práctica de un nuevo hábitat moderno: unos patios y una calle (1946-1954)". En *Proyecto, Progreso, Arquitectura*. Nº 9, noviembre 2013 (año IV) hábitat y habitar. Recuperado de <https://ojs.publius.us.es/ojs/index.php/ppa/article/viewFile/42/48>

Sartori, Giovanni (2002). "Comparación y método comparativo". En G. Sartori, L. Morlino (comps) *La comparación en las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial.

Sassen, Saskia (2007). *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz

Schutz, Alfred y **Luckmann** Thomas (1977). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.

Silva, Armando (1992). *Imaginarios Urbanos: cultura y comunicación urbana en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

----- (2001). *Los imaginarios nos habitan*. Lima-Quito: Universidad Nacional de Ingeniería - OLACHI.

Simmel, Georg (1976) *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos,

Sjoberg, Gideon (1988). "Origen y evolución de las ciudades", pp. 9-25, en Mario, Bassols, Alejandra Massolo. *Antología de Sociología Urbana*. México: UNAM.

Sulmont, Denis (1980). *El movimiento obrero peruano (1890-1980): reseña histórica*. Lima: Tarea.

Sulmont, Denis; Valcárcel, Marcel (1993). *Vetas de futuro: educación y cultura en las minas del Perú*. Lima: PUCP. Fondo Editorial PUCP.

Thorp Rosemary y **Bertram** Geoffrey(1985). *Perú: 1890-1977. Crecimiento y políticas en una economía abierta*. 2° ed. Lima: Mosca Azul Editores, Fundación Friedrich Ebert, Universidad del Pacífico.

Timaná, Jacinto (1985). *Planeamiento del equipamiento comunal institucional de la ciudad de Talara*. Tesis para optar el título profesional de Arquitecto. Lima: Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes, Universidad Nacional de Ingeniería.

Tinker, Miguel (2003). “Cultura, poder y petróleo: campos petroleros y la construcción de ciudadanía en Venezuela”. En *Espacio Abierto*, julio-septiembre, vol. 12, n° 003, pp.323-348, Maracaibo, Venezuela.

Torres, Eduardo (2008). “Las breas del Perú”. En *Historia del petróleo en el Perú*. Lima: Instituto Riva Agüero, PUCP, Ediciones Copé, Petróleos del Perú.

Tschudi, Johan Jacob (1966). *Testimonio del Perú 1838-1842*. Consejo Económico Consultivo Suiza – Perú.

Urbano, Henrique (Compilador) (1991). “Modernidad en los Andes: Un tema y un debate”, pp. 9-37. En *Modernidad en los Andes*. Debates Andinos N° 17. Cusco: Centro de estudios regionales andinos Bartolomé de las Casas.

Vega, Juan José (1988). *Los tallanes*. Lima: Mimeo, Universidad Nacional de Educación La Cantuta.

Vega-Centeno, Pablo (2007). *El ocaso de un modelo de ciudad minera: Una mirada a Cerro de Pasco y La Oroya*. Departamento de Arquitectura, Pontificia Universidad Católica del Perú. Cuadernos de Arquitectura y Ciudad. Edición.Digital_001 Recuperado de http://repositorio.pucp.edu.pe/index/bitstream/handle/123456789/28684/Cuadernos_06_1.pdf?sequence=1

Weber, Max (1967). *La ciudad*. Madrid: Ed. La Piqueta.

----- (1971). *Sobre la teoría de las Ciencias Sociales*. Barcelona: Península.

----- (2001). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Alianza Editorial.

Wirth, Louis (1968) *El urbanismo como modo de vida*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Yepes, Ernesto (1992). *La modernización en el Perú del siglo XX. Ilusión y realidad*. Lima: MoscaAzul.

Documentos Oficiales.

Instituto Nacional de Estadística e Informática. *Censos Nacionales de Población y Vivienda*. Lima: 1940, 1961 y 1972

Junta Nacional de Vivienda (1963). *Informe de situación sobre vivienda, construcción y desarrollo urbano: La Oroya*. Lima: División de Proyectos y Asesoría de Planificación, julio 1963.

Ministerio de Agricultura(1971). *Las comunidades integrantes de la SAIS Túpac Amaru*. Comisión de Apoyo y Coordinación para la Reforma Agraria (COMACRA). Lima.

Ministerio de Energía y Minas. *Estadísticas Petroleras*, 1972.

Municipalidad Provincial de Talara. *Registro de Alcaldes de la Municipalidad de Talara*, 1995.

Publicaciones diversas.

Boletín del Cuerpo de Ingenieros de Minas del Perú, n° 108, 1926

Boletín de Minas, Industria y Construcciones. Serie II, tomo X, 31 de marzo de 1918.

Boletín del Cuerpo de Ingenieros de Minas del Perú, n° 41, 1906

Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA) (1966). *Tenencia de tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola*. Washington D.C: Unión Panamericana.

International Petroleum Company Limited (1942). *Informe de la I.P.C. Operaciones zona petrolera de Talara*. Departamento de Relaciones Públicas.

International Petroleum Company. *Boletines Informativos* 1940, 1945-1949 y 1959-1967. Zona de Operaciones Talara.

International Petroleum Company (1944). *El Petróleo. Breve reseña de su historia e industrialización*. Lima: Imprenta Americana.

International Petroleum Company (1954). *Petróleo. Aspectos de su industrialización en el Perú y en el mundo*. Lima: Publicaciones I.P.C.

Marcelo Puente, Milton. (2005). Planos de La Oroya, Taller de Investigación en Urbanismo, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes, Universidad Nacional de Ingeniería

Revista *El Arquitecto Peruano*. "El Planeamiento de Talara", n° 126, Lima, 1948.

Revista *Fanal*: 1948-1957 y 1964-1968. Lima: Publicaciones I.P.C.

EAD, 2017

ANEXO

Datos de los habitantes de La Oroya entrevistados

Nombre	Sexo	Edad	Ocupación (*)	Lugar de residencia
Entrevistado N° 1	M	89	Ingeniero	Chulet
Entrevistado N° 2	M	87	Ingeniero	Chulet
Entrevistado N° 3	M	89	Obrero	Campamento Plomos
Entrevistado N° 4	M	79	Obrero	Campamento Plomos
Entrevistado N° 5	F	56	Comerciante	La Oroya Antigua
Entrevistado N° 6	M	80	Obrero	Campamento Club Peruano
Entrevistado N° 7	M	69	Administrador	Marcavalle
Entrevistado N° 8	M	67	Empleado	Av. Wilson
Entrevistado N° 9	M	88	Ingeniero	Marcavalle
Entrevistado N° 10	M	79	Geólogo	Chulet
Entrevistado N° 11	F	58	Profesora	La Oroya Antigua
Entrevistado N° 12	M	77	Obrero	La Oroya Antigua
Entrevistado N° 13	F	73	Ama de casa	Campamento Alto Perú
Entrevistado N° 14	M	59	Trabajador independiente	Calle Lima

Entrevistado N° 15	M	78	Obrero	Campamento Alto Perú
Entrevistado N°16	M	85	Obrero	Campamento Huaymanta
Entrevistado N°17	F	68	Ama de casa	Marcavalle
Entrevistado N° 18	F	78	Enfermera	La Oroya Antigua

(*) Se consigna la ocupación que tuvieron en su trayectoria laboral activa, cuando fueron entrevistados la mayoría eran jubilados

Datos de los habitantes de Talara entrevistados

Nombre	Sexo	Edad	Ocupación (*)	Lugar de residencia
Entrevistado N° 1	M	65	Contador	Barrio Particular Santa Rosa
Entrevistado N° 2	M	77	Obrero	Parque 25
Entrevistado N° 3	F	69	Ama de casa	Parque 25
Entrevistado N° 4	M	80	Agente de Aduana	Barrio Particular Santa Rosa
Entrevistado N° 5	F	72	Secretaria	Avenida B
Entrevistado N° 6	F	69	Administradora	Parque 17
Entrevistado N° 7	F	75	Profesora	Avenida C
Entrevistado N° 8	M	87	Empleado	Avenida A
Entrevistado N° 9	M	84	Empleado	Avenida A
Entrevistado N° 10	M	92	Obrero	Parque 18
Entrevistado N°11	M	94	Obrero	Parque 20
Entrevistado N° 12	M	89	Obrero	Parque 54
Entrevistado N°13	M	90	Obrero	Parque 23
Entrevistado N° 14	M	92	Obrero	Parque 22

Entrevistado N° 15	M	88	Comerciante	Talara Alta
Entrevistado N° 16	M	59	Trabajador independiente	Barrio Particular Santa Rosa
Entrevistado N° 17	M	65	Trabajador independiente	Negritos
Entrevistado N° 18	M	84	Ingeniero	Punta Arenas
Entrevistado N° 19	M	83	Médico	Punta Arenas
Entrevistado N° 20	M	78	Ingeniero	Punta Arenas
Entrevistado N° 21	F	68	Asistente Social	Avenida H
Entrevistado N° 22	F	64	Ama de casa	Avenida F
Entrevistado N° 23	M	81	Geólogo	Punta Arenas
Entrevistado N° 24	M	91	Obrero	Parque 40
Entrevistado N° 25	M	93	Obrero	Parque 42
Entrevistado N° 26	M	88	Obrero	Avenida C
Entrevistado N° 27	M	81	Ingeniero	Punta Arenas
Entrevistado N° 28	F	78	Profesora	Barrio Particular Santa Rosa
Entrevistado N° 29	F	69	Trabajadora independiente	Parque 15
Nombre	Sexo	Edad	Ocupación	Lugar de residencia
Entrevistado N° 30	M	89	Obrero	Parque 30
Entrevistado N° 31	M	81	Obrero	Parque 70
Entrevistado N° 32	M	78	Obrero	Parque 56
Entrevistado N° 33	M	80	Empleado	Avenida D
Entrevistado N° 34	F	82	Ama de casa	Avenida H
Entrevistado N° 35	M	78	Empleado	Avenida G
Entrevistado N° 36	M	80	Estibador	Talara Alta
Entrevistado N° 37	F	70	Secretaria	Avenida F
Entrevistado N° 38	F	59	Ama de casa	Punta Arenas
Entrevistado N° 39	F	75	Ama de casa	Punta Arenas
Entrevistado N° 40	M	79	Obrero	Parque 25

(*) Se consigna la ocupación que tuvieron en su trayectoria laboral activa, cuando fueron entrevistados la mayoría eran jubilados

Guía de entrevista semi-estructurada para los pobladores de La Oroya

Nº del cuestionario:

Cuestionario

I. Datos generales:

- **Lugar de nacimiento: -----**
- **Sexo: -----**
- **Edad: -----**
- **Nivel de educación: -----**
- **Ocupación: -----**
- **Período de trabajo en la C.P.C. -----**
- **Barrio de residencia: -----**

II. Acerca de los trabajadores de La Oroya

1.- ¿De dónde procedían la mayoría de los trabajadores que laboraban en el centro minero-metalúrgico de La Oroya entre 1940-1970?

2.- ¿Algún familiar suyo trabajó en el complejo metalúrgico de La Oroya? (indique la relación de parentesco)

3.- ¿Los trabajadores del complejo metalúrgico percibían ingresos única y exclusivamente de Cerro de Pasco Corporation o tenían fuentes alternativas de ingresos?

4.- ¿El personal (y sus familias) que trabajaban en La Oroya vivían en su mayoría en los campamentos construidos por la compañía en el período 1940-1970? (Al responder **si** o **no** explique brevemente porqué)

5.- ¿Los trabajadores de La Oroya se movilizaba constantemente a sus pueblos de origen? Indique porque lo hacían, es decir, las razones de esa movilidad.

II. Percepciones sobre Cerro de Pasco Corporation (1940-1970)

6.- ¿Cuál es el punto de vista que usted tiene de Cerro de Pasco Corporation en relación a su presencia en La Oroya?

7.- ¿Cuál es el recuerdo que queda en la memoria de la gente del lugar acerca de Cerro de Pasco Corporation? (Señale aquello que ha escuchado de gente que pertenece a generaciones de la época en que operó la CPC)

8.- ¿Cómo era la relación de Cerro de Pasco Corporation con sus trabajadores y sus familias en La Oroya? (1940-1970)

III. Los campamentos de La Oroya

9.- Describa brevemente la vivienda de un obrero y de un empleado en La Oroya (1940-1970)

10.- ¿En los campamentos habitados por los trabajadores las viviendas contaban con servicio de agua, desagüe y energía eléctrica? (1940-1970).

11.- Describa brevemente la imagen que usted recuerda de La Oroya Antigua y de La Oroya Nueva entre 1940-1970 (tome en cuenta la calidad de las viviendas, las calles, la infraestructura, las edificaciones, servicios públicos etc.). Describa por separado cada una de estos aspectos.

12.- Indique cuáles son las principales diferencias entre La Oroya Antigua y La Oroya Nueva.

13.- ¿La población de La Oroya se ubicaba en determinadas zonas de acuerdo a la pertenencia a sectores sociales diferenciados? (Si responde afirmativamente indique brevemente cuáles eran los barrios o campamentos de sectores alto, medio y bajo) (tome en cuenta que el período referido es entre 1940 a 1970).

IV. Dinámica cultural y percepciones urbanas

14.- Señale costumbres, creencias como parte de las tradiciones culturales de la gente en La Oroya.

15.- ¿Cuáles son las tradiciones culturales que permanecen en la memoria de la gente y que continúan manifestándose?

16.- En sus recorridos urbanos por La Oroya que imagen (impresión) tiene usted de esta ciudad en sus recuerdos que se ubiquen en el período 1940-1970.

17.- ¿En La Oroya la población contaba con espacios públicos (parques, plazas, infraestructura de recreación y deporte) para pasar el tiempo libre, encuentros amicales, en general para socializar? (1940-1970)

18.- Si usted tiene algún recuerdo significativo de su vida en La Oroya en el período 1940-1970 le agradecería que nos cuente su experiencia al respecto.

Guía de entrevista semi-estructurada para los pobladores de Talara

Nº del cuestionario:

Cuestionario

I. Datos generales:

- **Lugar de nacimiento:** -----
- **Sexo:** -----
- **Edad:** -----
- **Nivel de educación:** -----
- **Ocupación:** -----
- **Período de trabajo en la I.P.C.** -----
- **Barrio de residencia:** -----

II. Acerca de los trabajadores petroleros de Talara

1.- ¿De dónde procedían la mayoría de los trabajadores que laboraban en la industria petrolera en Talara entre 1940-1970?

2.- ¿Algún familiar suyo trabajó en la actividad petrolera en Talara? (indique la relación de parentesco)

3.- ¿Los trabajadores petroleros percibían ingresos única y exclusivamente de International Petroleum Company o tenían fuentes alternativas de ingresos?

4.- ¿El personal (y sus familias) que trabajaban en Talara vivían en su mayoría en la ciudad empresa construida por la compañía en el período 1940-1970? (Al responder **si** o **no** explique brevemente porqué)

5.- ¿Los trabajadores petroleros mantenían contacto con sus pueblos de origen? Indique cómo se daba esa relación con los pueblos de donde procedían.

II. Percepciones sobre International Petroleum Company (1940-1970)

6.- ¿Cuál es el punto de vista que usted tiene de International Petroleum Company en relación a su presencia en Talara?

7.- ¿Cuál es el recuerdo que queda en la memoria de la gente del lugar acerca de International Petroleum Company? (Señale aquello que ha escuchado de gente que pertenece a generaciones de la época en que operó la I.P.C.)

8.- ¿Cómo era la relación de International Petroleum Company con los trabajadores y sus familias en Talara? (1940-1970)

9.- Cómo la I.P.C. ejercía control sobre la población residente en la ciudad empresa. Indique qué mecanismos ponía en práctica

III. Talara: ciudad empresa.

10.- Si usted vivió en el campamento de madera señale los cambios fundamentales que experimentó Talara cuando se construyó la ciudad empresa (1948)

11.- Describa brevemente cómo eran los siguientes sitios en la ciudad empresa:

- Los parques -----
- Las avenidas: -----
- Punta Arenas: -----
- El Centro Cívico -----
- La refinería: -----

12.- Describa brevemente las viviendas de los trabajadores petroleros en los parques y avenidas en el período 1940-1970.

13.- ¿Las viviendas habitadas por los trabajadores contaban con servicio de agua, desagüe y energía eléctrica? (1940-1970).

14.- Indique qué otros servicios prestaba la I.P.C. a sus trabajadores y familias

15.- Describa brevemente la imagen que usted recuerda de Talara (ciudad empresa) entre 1940-1970 (tome en cuenta la calidad de las viviendas, las calles, la infraestructura, las edificaciones, servicios públicos etc.). Describa por separado cada una de estos elementos.

16.- ¿La población de Talara se ubicaba en determinadas zonas de acuerdo a la pertenencia a sectores sociales diferenciados? (Si responde afirmativamente indique brevemente cuáles eran los barrios de sectores alto, medio y bajo) (tome en cuenta que el período referido es entre 1940 a 1970).

IV. Dinámica cultural y percepciones urbanas

17.- Señale costumbres, creencias como parte de las tradiciones culturales de la gente en Talara.

18.- ¿Cuáles son las tradiciones culturales que permanecen en la memoria de la gente y que continúan manifestándose?

19.- En sus recorridos urbanos por Talara que imagen (impresión) tiene usted de esta ciudad en sus recuerdos que se ubiquen en el período 1940-1970.

20.- ¿En Talara la población contaba con espacios públicos (parques, plazas, infraestructura de recreación y deporte) para pasar el tiempo libre, encuentros amicales, en general para socializar? (1940-1970)

21.- Según su criterio indique cuáles eran los lugares más representativos de la ciudad empresa en el período 1940-1970.

22.- Si usted tiene algún recuerdo significativo de su vida en Talara en el período 1940-1970 le agradecería que nos cuente su experiencia al respecto.

EAD